D'ALEMBERT

DISCURSO PRELIMINAR A LA ENCICLOPEDIA

A DOS SIGLOS
DE SU PUBLICACIÓN

ESTUDIOS POR
FRANCISCO ROMERO, JOSE A. ORIA,
JOSE BABINI, ROBERTO F. GIUSTI Y
LUIS REISSIG



LOSADA S. A.
BUENOS AIRES

JEAN LE ROND D'ALEMBERT

DISCURSO PRELIMINAR A LA ENCICLOPEDIA

A DOS SIGLOS DE SU PUBLICACION

ESTUDIOS POR

Francisco Romero, José A. Oría, José Babini,
Roberto F. Giusti y Luis Reissig



EDITORIAL LOSADA
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Este libro se terminó de imprimir el día 30 de setiembre de 1954 en
Talleres Gráficos "Continental", Lavalle 1671, Buenos Aires.

ENCYCLOPÉDIE,

OU

DICTIONNAIRE RAISONNÉ DES SCIENCES, DES ARTS ET DES MÉTIERS,

PAR UNE SOCIETÉ DE GENS DE LETTRES.

Mis en ordre & publié par M. *DIDEROT*, de l'Académie Royale des Sciences & des Belles-Lettres de Prusse; & quant à la PARTIE MATHÉMATIQUE, par M. *D'ALEMBERT*, de l'Académie Royale des Sciences de Paris, de celle de Prusse, & de la Société Royale de Londres.

Tantùm series juncturaque pollet,
Tantùm de medio sumptis accedit honoris! HORAT.

TOME PREMIER.



A PARIS,

Chez { BRIASSON, *rue Saint Jacques, à la Science.*
DAVID l'aîné, *rue Saint Jacques, à la Plume d'or.*
LE BRETON, Imprimeur ordinaire du Roy, *rue de la Harpe.*
DURAND, *rue Saint Jacques, à Saint Landry, & au Griffon.*

M. DCC. LI.

AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU ROY.

DISCURSO PRELIMINAR DE LOS EDITORES

La *Enciclopedia* que presentamos al público es, como lo anuncia su título, obra de una Sociedad de Letrados. Creeríamos poder asegurar, si no perteneciéramos a ella, que todos son ventajosamente conocidos, o dignos de serlo. Pero sin querer adelantar un juicio que sólo a los sabios corresponde dar, por lo menos es deber nuestro refutar, en seguida, una objeción que puede hacer mucho daño al éxito de tan grande empresa. Declaramos, pues, que no hemos tenido la temeridad de cargar nosotros solos con un peso muy superior a nuestras fuerzas, y que nuestra función de editores consiste principalmente en ordenar materiales, cuya parte más considerable nos ha sido suministrada por entero. Hicimos expresamente idéntica declaración en el cuerpo del *Prospecto*[1]; pero quizá debió encabezarlo. Con tal precaución, habríamos respondido de antemano a muchísima gente, y aun a algunos literatos que nos han preguntado (a pesar de que habían echado, sin duda, una ojeada al *Prospecto*, puesto que tuvieron a bien honrarlo con elogios) cómo pueden dos personas tratar de todas las ciencias y todas las artes. Por consiguiente, el único medio de impedir que reaparezca la objeción es dedicar los primeros renglones de nuestra obra a destruírla, como lo hacemos aquí. Este comienzo, pues, sólo está destinado a aquellos de nuestros lectores que no juzguen adecuado ir más lejos; debemos a los otros un informe mucho más extenso sobre la ejecución de la *Enciclopedia*: lo hallarán en la continuación de este *Discurso*, junto con el nombre de cada uno de nuestros colegas; pero ese informe tan importante por su naturaleza y por su materia, requiere que lo precedan algunas reflexiones filosóficas.

1 Ese *Prospecto* fué publicado en el mes de noviembre de 1750.

La obra cuyo primer volumen ofrecemos hoy tiene dos propósitos: como *Enciclopedia*, debe exponer, en la medida de lo posible, el orden y la concatenación de los conocimientos humanos; como *Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*, debe contener de cada ciencia y de cada arte, sea liberal, sea mecánica, los principios generales que constituyen la base y los detalles más esenciales que hacen el cuerpo y la substancia. Esos dos puntos de vista, de *Enciclopedia* y de *Diccionario razonado*, formarán, pues, el plan y la división de nuestro *Discurso preliminar*. Vamos a encararlos, a seguirlos uno tras otro y a dar cuenta de los medios con los cuales hemos procurado satisfacer ese doble objeto.

Por poco que uno haya reflexionado sobre la ligazón que existe entre los descubrimientos, es fácil advertir que las ciencias y las artes se prestan mutua ayuda y que, por consiguiente, las une una cadena. Pero si a menudo es difícil reducir a unas pocas reglas o nociones generales cada ciencia o cada arte en particular, no lo es menos encerrar en un sistema único las ramas infinitamente variadas de la ciencia humana.

El primer paso que vamos a dar en esta investigación es examinar, si se nos permite el término, la genealogía y la filiación de nuestros conocimientos, las causas que han debido hacerlos surgir y los caracteres que los distinguen; en pocas palabras, remontarnos al origen y la generación de nuestras ideas. Tal examen —además del auxilio que aporta para la enumeración enciclopédica de las ciencias y las artes— no podría faltar en el encabezamiento de una obra como ésta.

Podemos dividir todos nuestros conocimientos en directos y reflejados. Los directos son aquellos que recibimos en forma inmediata, sin operación alguna de nuestra voluntad y que al encontrar abiertas todas las puertas de nuestra alma, si podemos decirlo así, penetran en ella sin resistencia y sin esfuerzo. Los conocimientos reflejados son los que el espíritu adquiere operando sobre los directos, uniéndolos y combinándolos.

Todos nuestros conocimientos directos se reducen a los que recibimos por los sentidos; de donde se sigue que debemos todas nuestras ideas a nuestras sensaciones. Ese principio de los primeros filóso-

fos ha sido mirado durante mucho tiempo como un axioma por los escolásticos; le tributaban tal honor en mérito a su antigüedad y con igual fervor habrían defendido las formas substanciales o las cualidades ocultas. Tal verdad fué discutida en el renacimiento de la filosofía, asi como las opiniones absurdas de las que habría debido separársela, y se la proscribió junto con ellas, porque nada hay tan peligroso para la verdad, ni la expone tanto a que se la desconozca, como la alianza o la vecindad del error. El sistema de las ideas innatas, seductor en muchos aspectos, y quizá más impresionante porque era menos conocido, sucedió al axioma de los escolásticos; y después de haber dominado mucho tiempo, conserva aún algunos partidarios: tanta dificultad tiene la verdad para recobrar su sitio, cuando la han expulsado los prejuicios o el sofisma. Al fin, desde hace bastante poco tiempo, se conviene casi generalmente en que los antiguos tenían razón; y no es esto lo único en que comenzamos a acercarnos a ellos.

Nada más incuestionable que la existencia de nuestras sensaciones; luego, para probar que son el principio de todos nuestros conocimientos, basta demostrar que pueden serlo: porque en buena filosofía, toda deducción que tiene por base hechos o verdades reconocidas es preferible a lo que sólo está apoyado en hipótesis, aunque sean ingeniosas.

¿Por qué suponer que tenemos de antemano nociones puramente intelectuales, cuando, para formarlas, no necesitamos más que reflexionar sobre nuestras sensaciones? El examen en que vamos a entrar demostrará que, en efecto, esas nociones no tienen otro origen.

Lo primero que nos enseñan nuestras sensaciones y que no se distingue siquiera de ellas, es nuestra existencia; de donde se deduce que nuestras primeras ideas reflexivas deben recaer sobre nosotros, es decir, sobre ese principio pensante que constituye nuestra naturaleza y que no es diferente de nosotros mismos. El segundo conocimiento que debemos a nuestras sensaciones es la existencia de objetos exteriores, entre los cuales debemos incluír nuestro propio cuerpo, dado que nos es exterior, por decirlo así, aun antes que hayamos discernido la naturaleza del principio que piensa dentro de nosotros. Esos innumerables objetos producen en nosotros un efecto tan poderoso, tan continuo y que nos une de tal modo a ellos, que después de un primer instante en que nuestras ideas reflexivas

nos llaman hacia nosotros mismos, somos forzados a salir por las sensaciones que nos asedian de todas partes y que nos arrancan de la soledad donde, sin ellas, permaneceríamos. La multiplicidad de esas sensaciones, el acuerdo que advertimos en su testimonio, los matices que observamos en ellas, los afectos involuntarios que nos hacen experimentar, comparados con la decisión voluntaria que preside nuestras ideas reflexivas y que asimismo opera sobre nuestras sensaciones; todo ello forma en nosotros una inclinación irresistible a asegurar la existencia de objetos a los cuales referimos esas sensaciones y que nos parecen ser la causa de ellas; inclinación que muchos filósofos han considerado obra de un Ser superior, y el argumento más convincente de la existencia de tales objetos. En efecto, no habiendo ningún vínculo entre cada sensación y el objeto que la ocasiona, o al menos al cual nosotros la referimos, no parece que se pueda encontrar, por el razonamiento, ningún tránsito posible del uno a la otra: sólo hay una especie de instinto, más seguro que la razón misma, que pueda forzarnos a franquear tan grande intervalo; y ese instinto es tan vivo en nosotros, que aunque supusiéramos por un momento que subsistiese mientras los objetos exteriores serían aniquilados, esos mismos objetos, reproducidos de súbito, no podrían aumentar su fuerza. Juzgamos, pues, sin titubear, que nuestras sensaciones, en efecto, tienen fuera de nosotros la causa que les suponemos, dado que el efecto que puede resultar de la existencia real de esta causa, de ninguna manera diferiría del que experimentamos; y no imitemos a esos filósofos de que habla Montaigne que, interrogados acerca del principio de las acciones humanas, indagan todavía si hay hombres. Lejos de querer esparcir nubes sobre una verdad reconocida por los mismos escépticos, cuando no disputan, dejemos a los metafísicos ilustrados el cuidado de desarrollar el principio de ella: a éstos corresponde determinar, si es posible, qué gradación observa nuestra alma en ese primer paso que da fuera de sí misma, impulsada, por decirlo así, y retenida, a la vez, por una multitud de percepciones que, de un lado, la arrastran hacia los objetos exteriores y del otro, perteneciéndole propiamente sólo a ella misma, parecen circunscribirle un estrecho espacio del cual no le permiten salir.

De todos los objetos que nos afectan por su presencia, nuestro cuerpo es aquel cuya existencia nos impresiona más, porque nos per-

tenece más íntimamente; pero no bien sentimos la existencia de nuestro cuerpo, en seguida advertimos la atención que exige de nosotros para apartar los peligros que lo rodean. Sujeto a mil necesidades, y sensible en extremo a la acción de los cuerpos exteriores, pronto sería destruído, si no nos preocupara el cuidado de su conservación. No se trata de que todos los cuerpos exteriores nos hagan experimentar sensaciones desagradables; algunos parecen resarcirnos, por el placer que su acción nos procura. Pero la desdicha de la condición humana es tal, que en nosotros el sentimiento más vivo es el dolor; el placer nos conmueve menos y casi nunca es bastante para consolarnos. En vano sostenían algunos filósofos, conteniendo sus gritos en medio de los sufrimientos, que el dolor no es un mal; en vano otros colocaron la suprema felicidad en el deleite sensual, al que no dejaban de rechazar por temor de las consecuencias: todos habrían conocido mejor nuestra naturaleza, si se hubieran contentado con limitar a la exención del dolor el soberano bien de la vida presente, y con acordar que, sin poder alcanzar ese soberano bien, sólo nos estaba permitido aproximarnos a él más o menos, en la medida de nuestros cuidados y de nuestra vigilancia. Reflexiones tan naturales se suscitarán infaliblemente en todo hombre abandonado a sí mismo y libre de prejuicios de educación o de estudio: serán la consecuencia de la primera impresión que recibirá de los objetos; y podemos ponerlas en el número de aquellos primeros movimientos del alma, preciosos para los sabios verdaderos, y dignos de ser observados por ellos, pero descuidados o rechazados por la filosofía común, cuyos principios casi siempre desmienten.

La necesidad de preservar del dolor y de la destrucción nuestro propio cuerpo, nos hace examinar, entre los objetos exteriores, los que pueden sernos útiles o nocivos, a fin de buscar los unos y evitar los otros. Pero en cuanto comenzamos a examinar esos objetos, descubrimos entre ellos un gran número de seres que nos parecen enteramente semejantes a nosotros, es decir, seres cuya forma es en todo parecida a la nuestra y que, según podemos juzgar al primer golpe de vista, parecen tener las mismas percepciones que nosotros: todo nos lleva, pues, a pensar que también tienen las mismas necesidades que nosotros experimentamos y, por consiguiente, el mismo interés en satisfacerlas; de donde resulta que debe sernos muy ventajoso unirnos con ellos para distinguir en la naturaleza lo que puede con-

servarnos o dañarnos. La comunicación de las ideas es el principio y el sostén de esta unión, y demanda, necesariamente, la invención de signos; tal es el origen de la formación de las sociedades, con la cual han debido nacer las lenguas.

Ese comercio con los otros hombres, que tantos motivos poderosos nos comprometen a entablar, aumenta pronto la extensión de nuestras ideas y hace nacer otras muy nuevas y muy alejadas, según toda apariencia, de las que habríamos tenido por nosotros mismos sin tal ayuda. Tarea de los filósofos es juzgar si esta comunicación recíproca, unida a la semejanza que percibimos entre nuestras sensaciones y las de nuestros semejantes, no contribuye mucho a fortificar esa invencible inclinación que tenemos a suponer la existencia de todos los objetos que nos impresionan. Para ceñirme a mi tema, sólo destacaré que el agrado y la ventaja que encontramos en semejante comercio, ora al hacer conocer nuestras ideas a otros hombres, ora al unir las ideas suyas a las nuestras, debe llevarnos a fortificar más y más los vínculos de la sociedad comenzada y a volverla lo más útil posible para nosotros. Pero tratando cada miembro de la sociedad de aumentar para sí mismo el provecho que de ella saca, y teniendo que luchar con cada uno de los otros, empeñado en lo mismo, no pueden tener todos parte igual en las ventajas, aunque todos tengan igual derecho. Un derecho tan legítimo es, pues, quebrantado pronto por ese derecho bárbaro de la desigualdad, llamado ley del más fuerte, cuya aplicación parece confundirnos con los animales y del cual, sin embargo, es tan difícil no abusar. Así la fuerza, dada por la naturaleza a algunos hombres, y que ellos no deberían emplear, sin duda, sino para sostén y protección de los débiles, es, por el contrario, el origen de la opresión de estos últimos. Pero cuanto más violenta es la opresión, con menos paciencia la soportan, porque sienten que nada razonable hay en ese sometimiento. De allí la noción de lo injusto y, por consiguiente, del bien y del mal moral, cuyo principio han buscado tantos filósofos y que el grito de la naturaleza, que resuena en cada hombre, hace comprender aun entre los pueblos más salvajes. De ahí también proviene esa ley natural que hallamos dentro de nosotros, y es fuente de las primeras leyes que han debido elaborar los hombres; aun sin el socorro de esas leyes es a veces lo bastante fuerte si no para aniquilar la opresión, para contenerla al menos en ciertos límites. De esta manera, el mal que experimentamos

por los vicios de nuestros semejantes produce en nosotros el conocimiento reflexivo de las virtudes opuestas a los vicios; conocimiento precioso, del cual nos habrían privado, tal vez, una unión y una igualdad perfectas.

Por la idea adquirida de lo justo y de lo injusto y, por consiguiente, de la naturaleza moral de las acciones, somos llevados naturalmente a examinar cuál es en nosotros el principio que actúa, o lo que es lo mismo, la substancia que quiere y que piensa. No es menester profundizar mucho en la naturaleza de nuestro cuerpo y en la idea que de él tenemos, para reconocer que no podría ser aquella substancia, porque las propiedades que observamos en la materia nada tienen de común con la facultad de querer y de pensar; de donde resulta que este ser llamado *nosotros* está formado de dos principios de diferente naturaleza, unidos de tal modo, que reina entre los movimientos de uno y las afecciones del otro una correspondencia que no sabríamos ni suspender ni alterar, y que los mantiene en una sujeción recíproca. Esta esclavitud tan independiente de nosotros, unida a las reflexiones que estamos forzados a hacer sobre la naturaleza de los dos principios y sobre su imperfección, nos eleva a la contemplación de una inteligencia todopoderosa a la cual debemos lo que somos y que exige, por consiguiente, nuestro culto: su existencia, para ser reconocida, no necesitaría más que nuestro sentimiento interior, aun cuando no se le unieran el testimonio universal de los otros hombres y el de la naturaleza entera.

Es, pues, evidente que las nociones puramente intelectuales del vicio y de la virtud, el principio y la necesidad de las leyes, la espiritualidad del alma, la existencia de Dios y nuestros deberes hacia él, en una palabra, las verdades de que tenemos necesidad más temprana e imperiosa son el fruto de las primeras ideas reflexivas que nuestras sensaciones ocasionan.

Por más interesantes que sean esas primeras verdades para la porción más noble de nosotros mismos, el cuerpo a que está unida nos llama pronto hacia él, por la urgencia de proveer a necesidades que se multiplican sin cesar. Su conservación debe tener por objeto, o prevenir los males que lo amenazan o remediar los que ya sufre. Tratamos de lograrlo por dos medios, a saber: por nuestros descubrimientos particulares y por las investigaciones de otros hombres, investigaciones que nuestro trato con ellos nos pone en situación de

aprovechar. De ahí han debido nacer, primero, la agricultura y la medicina; en fin, todas las artes más absolutamente necesarias. Han sido, al mismo tiempo, nuestros primitivos conocimientos y la fuente de todos los otros, aun de aquellos que por su naturaleza parecen muy alejados de ellos.

Esto hay que desarrollarlo con mayor detalle.

Los primeros hombres, ayudándose mutuamente con sus luces, es decir, con sus esfuerzos separados o conjuntos han llegado, quizá en tiempo bastante corto, a descubrir una parte de los usos en que podían emplear los cuerpos. Ávidos de conocimientos útiles, han debido apartar al principio toda especulación ociosa, considerar rápidamente unos después de otros los diferentes seres que la naturaleza les presentaba y combinarlos, para decirlo así, materialmente, por sus propiedades más sorprendentes y más palpables. A esta primera combinación debió suceder una segunda, más cuidadosa, pero siempre relativa a las necesidades, y que consistió, principalmente, en un estudio más profundo de algunas propiedades menos sensibles, en la alteración y la descomposición de los cuerpos y en la utilidad que se podía sacar de ellos.

Sin embargo, cualquiera que fuese el camino que hayan sido capaces de recorrer los hombres de que hablamos y sus sucesores, incitados por un objeto tan interesante como el de su propia conservación, la experiencia y la observación del vasto universo les hicieron tropezar pronto con obstáculos que sus mayores esfuerzos no lograron franquear. El espíritu, acostumbrado a la meditación y ávido por extraer de ella algún fruto, debió hallar entonces una especie de recurso en el descubrimiento de propiedades de los cuerpos únicamente curiosas, descubrimiento que no conoció límites. En efecto, si un gran número de conocimientos agradables es suficiente para consolarnos de la privación de una verdad útil, podríamos decir que el estudio de la naturaleza, cuando nos rehusa lo necesario, nos suministra al menos placeres en profusión; es una especie de cosa superflua que suple, aunque muy imperfectamente, lo que nos falta. Además, en el orden de nuestras necesidades y de los objetos de nuestras pasiones, el placer ocupa uno de los primeros lugares, y la curiosidad es una necesidad para quien sabe pensar, sobre todo cuando ese deseo inquieto está animado por una suerte de despecho por no poder satisfacerlo del todo. Debemos, pues, un gran número de co-

nocimientos meramente agradables a la desdichada impotencia en que estamos de adquirir los que nos serían de mayor necesidad. Otro motivo contribuye a sostenernos en tal trabajo; si la utilidad no es el objeto, puede al menor ser el pretexto. Nos basta haber hallado alguna vez, en ciertos conocimientos, una ventaja real donde al principio no la habíamos sospechado, para autorizarnos a mirar todas las investigaciones de pura curiosidad, como capaces de sernos útiles algún día. Hé aquí el origen y la causa de los progresos de esa vasta ciencia, llamada en general física o estudio de la naturaleza, que comprende tantas partes diferentes. La agricultura y la medicina, que principalmente le dieron nacimiento, no son en la actualidad más que ramas de ella. Además, aunque son las más esenciales y las primeras de todas, han sido más o menos honradas en la misma proporción en que han sido más o menos sofocadas y obscurecidas por las otras.

En el estudio que hacemos de la naturaleza, en parte por necesidad, en parte por entretenimiento, notamos que los cuerpos tienen gran número de propiedades, pero la mayoría unidas de tal modo en un mismo sujeto, que para estudiarlas una a una más a fondo, nos vemos obligados a considerarlas separadamente. Por esta operación de nuestro espíritu descubrimos bien pronto propiedades que parecen pertenecer a todos los cuerpos, como la facultad de moverse o de permanecer en reposo, y la de trasmitir el movimiento, fuentes de los principales cambios que observamos en la naturaleza. El examen de esas propiedades, y sobre todo de la última, ayudado por nuestros propios sentidos, nos hace descubrir pronto otra propiedad de la cual dependen: la impenetrabilidad, o sea, esa especie de fuerza por la cual cada cuerpo excluye a cualquier otro del lugar que ocupa, de manera que dos cuerpos, aproximados lo más que sea posible, nunca pueden ocupar un espacio menor que el que llenan cuando están separados. La impenetrabilidad es la propiedad principal por la cual distinguimos los cuerpos de las partes del espacio indefinido, donde nos imaginamos que están situados; al menos nos lo hacen juzgar así nuestros sentidos; y si en este punto nos engañan, es un error tan metafísico, que nuestra existencia y nuestra conservación nada tienen que temer, y a él volvemos continuamente, como a pesar nuestro, por nuestra manera corriente de pensar. Todo nos conduce a mirar el espacio como lugar de los cuerpos, si no real, al menos su-

puesto; en efecto, con la ayuda de las partes de este espacio consideradas penetrables e inmóviles, llegamos a formarnos la idea más clara que podemos tener del movimiento. Estamos, pues, como obligados naturalmente a distinguir, al menos por el espíritu, dos fuerzas de extensión, de las cuales una es impenetrable y la otra constituye el lugar de los cuerpos. Por consiguiente, aunque la impenetrabilidad entra necesariamente en la idea que nos formamos de las porciones de la materia, no obstante, como es una propiedad relativa, es decir, de la cual sólo tenemos idea al examinar dos cuerpos juntos, nos acostumbramos pronto a mirarla como distinta de la extensión y a considerarla separadamente de ella.

Por esta nueva consideración vemos los cuerpos como partes figuradas y extensas del espacio; punto de vista el más general y el más abstracto desde el cual podemos examinarlos. Porque la extensión en la cual no distinguiéramos partes figuradas, no seria más que un cuadro lejano y oscuro, donde todo se nos escaparía, puesto que nos sería imposible discernir nada allí. El color y la figura, propiedades siempre unidas a los cuerpos, aunque variables para cada uno de ellos, nos sirven en cierto modo para desligarlos del fondo del espacio: una de estas dos propiedades es asimismo suficiente a este propósito: igualmente, para considerar los cuerpos bajo la forma más intelectual, preferimos la figura al color, sea porque la figura nos es más familiar al ser conocida a la vez por la vista y por el tacto, sea porque es más fácil considerar en un cuerpo la figura sin el color que el color sin la figura; sea, en fin, porque la figura sirve para fijar más cómodamente y de una manera menos vaga, las partes del espacio.

Hénos, pues, conducidos a determinar las propiedades de la extensión figurada: es el objeto de la geometría que, para alcanzarlo más fácilmente, considera al principio la extensión limitada por una sola dimensión; en seguida, por dos; y al fin, por las tres dimensiones que constituyen la esencia del cuerpo inteligible, es decir, una porción de espacio determinada en todos sentidos por límites intelectuales.

Así, mediante operaciones y abstracciones sucesivas de nuestro espíritu, despojamos la materia de casi todas sus propiedades sensibles, para considerar, en cierta manera, su fantasma; y debemos notar, en primer término, que los descubrimientos a que esta indaga-

ción nos conduce, no podrán dejar de ser muy útiles cada vez que no sea necesario tener en cuenta la impenetrabilidad de los cuerpos; por ejemplo, cuando habrá que estudiar su movimiento, considerándolos como partes del espacio, figuradas, móviles y distantes las unas de las otras.

El examen que hacemos de la extensión figurada, al presentarnos un gran número de combinaciones posibles, nos fuerza a inventar algún medio que nos vuelva más fáciles tales combinaciones; y como consisten principalmente en el cálculo y la relación de las diferentes partes de que imaginamos están formados los cuerpos geométricos, esta búsqueda nos conduce pronto a la aritmética o ciencia de los números, que no es otra cosa que el arte de encontrar, de una manera abreviada, la expresión de una relación única que resulta de la comparación de muchas otras. Las diferentes maneras de comparar esas relaciones dan las diferentes reglas de la aritmética.

Por lo demás, es muy difícil que al reflexionar sobre estas reglas no percibamos ciertos principios o propiedades generales de las relaciones, por medio de las cuales podemos, expresando esas relaciones de una manera universal, descubrir las diferentes combinaciones que con ellas pueden hacerse. Los resultados de esas combinaciones, reducidos a una forma general, serán, en efecto, cálculos aritméticos indicados y representados por la expresión más simple y más breve que puede admitir su estado de generalidad. La ciencia o el arte de designar así las relaciones se denomina álgebra. Así, aunque propiamente no hay cálculo posible sino mediante números, ni otra magnitud mensurable que la extensión (pues sin el espacio no podríamos medir exactamente el tiempo) llegamos, generalizando siempre nuestras ideas, a esta parte principal de las matemáticas y de todas las ciencias naturales, que se llama ciencia de las magnitudes en general y es el fundamento de todos los descubrimientos que pueden hacerse sobre la cantidad, es decir, sobre todo lo que es susceptible de aumento o de disminución.

Esta ciencia es el limite más distante adonde puede conducirnos la contemplación de las propiedades de la materia, y no podríamos ir más lejos sin salirnos del universo material. Pero es tal la marcha del espíritu en sus búsquedas que, después de haber generalizado sus percepciones hasta el punto de no poder descomponerlas más, vuelve en seguida sobre sus pasos, recompone de nuevo sus percepciones

mismas, y forma con ellas, poco a poco y gradualmente, los seres reales que son el objeto inmediato y directo de nuestras sensaciones. Esos seres, inmediatamente relativos a nuestras necesidades, son también los que más nos importa estudiar; las abstracciones matemáticas nos facilitan su conocimiento, pero nos son útiles sólo en tanto que no nos quedemos ahí.

Por eso, habiendo agotado, en cierto modo, por las especulaciones geométricas, las propiedades de la extensión figurada, comenzamos por devolverle la impenetrabilidad, que constituye el cuerpo físico y que era la última cualidad sensible de que la habíamos despojado. Esta nueva consideración implica la de la acción de esos cuerpos, unos sobre otros, porque los cuerpos no actúan sino en tanto que son impenetrables; de ahí se deducen las leyes del equilibrio y del movimiento, objeto de la mecánica. Extendemos, asimismo, nuestras investigaciones hasta el movimiento de los cuerpos animados por fuerzas o causa motrices desconocidas, con tal que la ley según la cual actúan esas causas sea conocida o se suponga que lo es.

Vueltos a entrar completamente en el mundo corporal, percibimos pronto el uso que podemos hacer de la geometría y de la mecánica, para adquirir los conocimientos más variados y profundos sobre las propiedades de los cuerpos. Más o menos de esta manera han nacido todas las ciencias llamadas físicomatemáticas. Puede ponerse a la cabeza la astronomía, cuyo estudio, después del de nosotros mismos, es el más digno de nuestra dedicación, por el magnífico espectáculo que nos brinda. Uniendo la observación al cálculo, y aclarando la una con el otro, esta ciencia determina, con una exactitud digna de admiración, las distancias y los movimientos más complicados de los cuerpos celestes; señala aun las fuerzas mismas mediante las cuales se producen o alteran esos movimientos. Así puede mirársela a justo título como la aplicación más segura y sublime de la geometría y de la mecánica reunidas, y considerarse sus progresos como el monumento más indiscutible del éxito que puede obtener, por sus propios esfuerzos, el espíritu humano.

El uso de los conocimientos matemáticos no es menor en el examen de los cuerpos terrestres que nos rodean. Todas las propiedades que observamos en esos cuerpos tienen entre sí relaciones más o menos sensibles para nosotros: el conocimiento o el descubrimiento de esas relaciones es casi siempre el único objeto que nos sea permitido

lograr, y el único, por consiguiente, que debemos proponernos. En efecto, no podemos esperar conocer la naturaleza mediante hipótesis vagas y arbitrarias, sino por el estudio reflexivo de los fenómenos, por la comparación que haremos de los unos con los otros, por el arte de reducir, en la medida de lo posible, un gran número de fenómenos a uno solo que puede ser mirado como su principio. En efecto, cuanto más disminuimos el número de principios de una ciencia, mayor extensión le damos; porque siendo necesariamente determinado el objeto de una ciencia, los principios aplicados a este objeto serán tanto más fecundos cuanto menor sea su número. Esta reducción, que los vuelve, por otra parte, más fáciles de aprehender, constituye el verdadero espíritu sistemático, que es menester guardarse bien de tomar por el espíritu de sistema con el cual no suele coincidir. De ello hablaremos luego más largamente.

Pero en la misma proporción en que el objeto que abarcamos es más o menos difícil y más o menos vasto, la reducción de que hablamos es más o menos trabajosa; tenemos pues, también, mayor o menor derecho de exigirla de quienes se entregan al estudio de la naturaleza. El imán, por ejemplo, uno de los cuerpos que han sido más estudiados, y sobre el cual se han hecho descubrimientos tan sorprendentes, tiene la propiedad de atraer el hierro; la de comunicarle su virtud de volverse hacia los polos del mundo, con una variación que está también ella sujeta a reglas, y que no es menos sorprendente que lo sería una dirección más exacta; en fin, la propiedad de inclinarse para formar con la línea horizontal un ángulo mayor o menor, según el lugar de la Tierra donde esté colocado. Todas esas singulares propiedades, dependientes de la naturaleza del imán, verosímilmente provienen de alguna propiedad general que es el origen de aquéllas, la cual hasta ahora nos es desconocida y quizá lo será por mucho tiempo. A falta de ese conocimiento y de las luces necesarias sobre la causa física de las propiedades del imán, sin duda sería investigación muy digna de un filósofo reducir, si fuera posible, todas esas propiedades a una sola mostrando la ligazón que tienen entre sí. Pero como un descubrimiento de tal índole sería muy útil a los progresos de la física, mucho hemos de temer que sea negado a nuestros esfuerzos. Digo otro tanto de gran número de diferentes fenómenos cuyo encadenamiento proviene tal vez del sistema general del mundo.

El único recurso que nos queda, pues, en una búsqueda tan trabajosa, aunque tan necesaria y hasta tan agradable, es reunir el mayor número posible de hechos, disponerlos en el orden más natural, hacerlos entrar de nuevo en un cierto número de hechos principales de los cuales los otros no serían más que consecuencias. Si a veces osamos elevarnos más alto, que sea con esa prudente circunspección que tanto conviene a una vista tan débil como la nuestra.

Tal es el plan que debemos seguir en esta parte tan vasta de la física, llamada física general y experimental. Difiere de las ciencias físico-matemáticas en que no es, propiamente, sino una colección razonada de experiencias y observaciones, mientras que aquéllas, por la aplicación de cálculos matemáticos a la experiencia, deducen a veces de una sola y única observación gran número de consecuencias que, por su certeza, están muy cerca de las verdades geométricas. Así, una sola experiencia sobre la reflexión de la luz da toda la catóptrica, o ciencia de las propiedades de los espejos; una sola experiencia sobre la refracción de la luz produce la explicación matemática del arco iris, la teoría de los colores, y toda la dióptrica, o ciencia de los cristales cóncavos y convexos; de una sola observación sobre la presión de los flúidos, se obtienen todas las leyes del equilibrio y movimiento de esos cuerpos; en fin, una única experiencia sobre la aceleración de los cuerpos que caen permite descubrir las leyes de su caída sobre planos inclinados y las del movimiento de los péndulos.

Hay que confesar, sin embargo, que los geómetras abusan, a veces, de esta aplicación del álgebra a la física. A falta de experiencias adecuadas para servir de base a sus cálculos, se permiten hipótesis, las más cómodas que les es posible, a la verdad, pero a menudo muy alejadas de lo que ocurre realmente en la naturaleza. Se ha querido reducir a cálculo hasta el arte de curar; y el cuerpo humano, esta máquina tan complicada, ha sido tratado por nuestros médicos algebristas como lo sería la máquina más sencilla o la más fácil de descomponer. Es cosa singular ver a esos autores resolver al correr de la pluma problemas de hidráulica y de estática capaces de detener durante toda la vida a los más grandes geómetras. Por nuestra parte, más juiciosos o más tímidos, contentémonos con considerar la mayoría de esos cálculos y de esas suposiciones vagas como juegos del espíritu, a los cuales la naturaleza no está obligada a

someterse; y concluyamos que la única manera auténtica de filosofar en física consiste, o en la aplicación del análisis matemático a las experiencias, o en la sola observación, ilustrada por el espíritu de método, ayudado a veces por conjeturas, cuando éstas pueden suministrar puntos de vista, pero rigurosamente desembarazada de toda hipótesis arbitraria.

Detengámonos aquí un momento y echemos una mirada al espacio que acabamos de recorrer; distinguiremos en él dos hitos donde se hallan concentrados, por decirlo así, casi todos los conocimientos ciertos acordados a nuestras luces naturales. Uno de esos hitos, aquel de donde partimos, es la idea de nosotros mismos, que conduce a la del Ser todopoderoso y a la de nuestros principales deberes. El otro es esa parte de las matemáticas que tiene por objeto las propiedades generales de los cuerpos, de la extensión y de la magnitud. Entre esos dos términos hay un intervalo inmenso, donde la Inteligencia suprema parece haber querido burlarse de la curiosidad humana, tanto por las innumerables nubes que ha esparcido ahí, como por algunos rayos de luz que parecen filtrarse de distancia en distancia para atraernos. Podríamos comparar el Universo con ciertas obras de oscuridad sublime, cuyos autores, bajando a veces a la altura del que los lee, tratan de persuadirlo de que entiende todo, aproximadamente. Felices, pues, si al meternos en ese laberinto, no abandonamos la verdadera ruta; de lo contrario, los relámpagos destinados a conducirnos, a menudo sólo servirían para extraviarnos más.

Por otra parte, el corto número de conocimientos ciertos con los cuales podemos contar y que están relegados, si es lícito expresarse de este modo, a las dos extremidades del espacio de que hablamos, dista mucho de ser suficiente para satisfacer todas nuestras necesidades. La naturaleza del hombre, cuyo estudio es tan necesario y tan recomendado por Sócrates, es un misterio impenetrable para el hombre mismo, cuando sólo es alumbrado por la razón; y los genios más grandes, después de mucho reflexionar sobre materia tan importante, demasiado a menudo llegan a saber de ella un poco menos que el resto de los hombres. Podemos decir otro tanto de nuestra existencia presente y futura, de la esencia del Ser al que la debemos y de la clase de culto que exige de nosotros.

Nada, pues, es más necesario que una religión revelada, que nos instruye sobre tantos objetos diversos. Destinada a servir de

suplemento al conocimiento natural, nos muestra una parte de lo que nos estaba oculto; pero se limita a lo que nos es absolutamente necesario conocer; el resto nos está vedado y aparentemente lo estará siempre. Algunas verdades que creer, un corto número de preceptos que practicar, hé aquí a qué se reduce la religión revelada: con todo, a favor de las luces que ha comunicado al mundo, el pueblo mismo se siente más firme y decidido a propósito de gran número de cuestiones interesantes, que las sectas de los filósofos.

Con respecto a las ciencias matemáticas, que constituyen el segundo de los límites de que hemos hablado, su naturaleza y su número no deben hacernos creer lo que no es. A la simplicidad de su objeto deben principalmente su certidumbre. Es preciso asimismo confesar que, como todas las partes de las matemáticas no tienen un objeto igualmente simple, la certidumbre propiamente dicha, aquella que está fundada sobre principios necesariamente verdaderos y evidentes por sí mismos, no pertenece ni igualmente ni de la misma manera a todas esas partes. Muchas de ellas, apoyadas en principios físicos, es decir, en verdades de experiencia o en simples hipótesis, sólo tienen, por decirlo así, una certeza de experiencia o aun de mera conjetura. Para hablar con exactitud, sólo las que tratan del cálculo de las magnitudes y de las propiedades generales de la extensión, es decir, el álgebra, la geometría y la mecánica pueden considerarse marcadas con el sello de la evidencia. Hay además en la luz que esas ciencias proyectan sobre nuestro espíritu, una especie de gradación, y para decirlo así, de matiz que debemos observar. Cuanto más extenso y considerado de una manera general y abstracta es el objeto que abarcan, tanto más exentos de nubes están sus principios. Por esta razón la geometría es más sencilla que la mecánica, y una y otra menos sencillas que el álgebra. Esta paradoja no será tal para quienes hayan estudiado esas ciencias como filósofos: las nociones más abstractas, las que el común de los hombres mira como las más inaccesibles son, a menudo, las que portan consigo mayor luz: la obscuridad se apodera de nuestras ideas a medida que examinamos en un objeto mayor número de propiedades sensibles. La impenetrabilidad, añadida a la idea de extensión, parece ofrecernos un misterio más; la naturaleza del movimiento es un enigma para los filósofos; el principio metafísico de las leyes de la percusión no es menos hermético; es una palabra, cuanto más ahondan la idea que

se forman de la materia y de las propiedades que la representan, más se oscurece esta idea y parece querérseles escapar.

No podemos, pues, dejar de convenir en que el espíritu no está satisfecho en igual grado con todos los conocimientos matemáticos; vayamos más lejos, y examinemos sin prevención a qué se reducen tales conocimientos. Considerados a primera vista, sin duda son muy numerosos y hasta inagotables en cierto modo; pero después de haberlos acumulado, cuando hacemos su enumeración filosófica, advertimos que somos, en efecto, mucho menos ricos de lo que creíamos ser. No hablo aquí de la escasa aplicación y uso que podemos hacer de muchas de esas verdades; sería, quizá, un argumento bastante débil contra ellas; hablo de esas verdades consideradas en sí mismas. La mayoría de esos axiomas de que la geometría está tan orgullosa ¿qué es sino la expresión de una misma idea simple por dos signos o palabras diferentes? El que dice que dos más dos son cuatro ¿tiene un conocimiento mayor que el que se contentara con decir que dos más dos son dos más dos? Las ideas de todo, de parte, de mayor y menor ¿no son, hablando con propiedad, la misma idea simple e individual, ya que no podríamos considerar una sin que todas las otras se presenten al mismo tiempo? Debemos al abuso de las palabras muchos errores, como lo han observado algunos filósofos; tal vez a ese mismo abuso debemos los axiomas. No pretendo, sin embargo, condenar absolutamente su utilidad; sólo quiero hacer observar a qué se reduce: a volvernos las ideas simples más familiares por el hábito y más propias para los diferentes usos a que podemos aplicarlas. Digo otro tanto, aproximadamente, si bien con las convenientes limitaciones, de los teoremas matemáticos. Considerados sin prejuicio se reducen a un número bastante pequeño de verdades primitivas. Examinemos una serie de proposiciones de geometría deducidas las unas de las otras, de suerte que dos proposiciones vecinas se toquen inmediatamente y sin ningún intervalo, y advertiremos que todas son la proposición primera que se desfigura, por decirlo así, sucesivamente y poco a poco, en el paso de una consecuencia a la siguiente, pero que, no obstante, no ha sido realmente multiplicada por ese encadenamiento, y no ha hecho sino recibir diferentes formas. Más o menos es como si se quisiera expresar esta proposición por medio de una lengua que se hubiera desnaturalizado insensiblemente y la expresáramos

sucesivamente de diversas maneras que representasen los diferentes estados por que ha pasado la lengua.

Cada uno de esos estados se reconocería en aquel que le fuera inmediatamente vecino; pero en un estado más alejado no lo descubriríamos más, aunque fuera siempre dependiente de los que lo habían precedido, y destinado a trasmitir las mismas ideas. Podemos mirar, pues, el encadenamiento de muchas verdades geométricas como traducciones, más o menos diferentes y más o menos complicadas, de la misma proposición y a menudo de la misma hipótesis. Esas traducciones son, por otra parte, muy ventajosas por los diversos usos que nos permiten hacer del teorema que expresan; usos más o menos estimables en proporción de su importancia y de su alcance. Pero conviniendo en el mérito real de la traducción matemática de una proposición, es preciso reconocer también que ese mérito reside originariamente en la proposición misma. Esto nos debe hacer sentir cuánto debemos a los genios inventores que, al descubrir alguna de esas verdades fundamentales, fuentes y, por decirlo así, original de gran número de otras, han enriquecido realmente la geometría y extendido sus dominios.

Lo mismo sucede con las verdades físicas y las propiedades de los cuerpos cuya relación percibimos. Todas esas propiedades, bien aproximadas, no nos ofrecen, propiamente hablando, más que un conocimiento simple y único. Si otras, en mayor número, son separadas por nosotros y forman verdades diferentes, debemos a la debilidad de nuestras luces esa triste ventaja; y puede decirse que nuestra abundancia a este respecto es el resultado de nuestra misma indigencia. Los cuerpos eléctricos en los cuales se han descubierto tantas propiedades singulares, pero que no parecen provenir las unas de las otras son, tal vez, en un sentido, los cuerpos menos conocidos, porque parecen serlo más. La virtud que adquieren, al ser frotados, de atraer pequeños corpúsculos y la de producir en los animales una conmoción violenta son dos cosas para nosotros; serían una sola si pudiéramos remontarnos a la causa primera. El Universo, para quien supiera abarcarlo con una mirada, sería, si nos es permitido decirlo, un hecho único y una sola gran verdad.

Los diferentes conocimientos, tanto útiles como agradables, de que hemos hablado hasta aquí y de los cuales nuestras necesidades

han sido el primer origen, no son los únicos que se han debido cultivar. Hay otros que se relacionan con ellos y a los cuales por esta razón los hombres se han aplicado al mismo tiempo que se dedicaban a los primeros. Así, habríamos hablado de todos al mismo tiempo, si no hubiéramos creído más a propósito y más conforme al orden filosófico de este *Discurso,* encarar primero sin interrupción el estudio general que los hombres han hecho de los cuerpos pues por tal estudio han comenzado, aunque hayan emprendido otros inmediatamente después. Hé aquí, aproximadamente, el orden en que han debido sucederse estos últimos.

La ventaja que hallaron los hombres al extender la esfera de sus ideas, sea por sus propios esfuerzos, sea con la ayuda de sus semejantes, les hizo pensar que sería útil reducir a un arte la manera misma de adquirir conocimientos y la de comunicarse recíprocamente sus propios pensamientos; tal arte, pues, fué hallado y se denomina lógica. Enseña a enfilar las ideas en el orden más natural; a formar con ellas la cadena más inmediata; a descomponer las que encierran un número demasiado grande de ideas simples; a examinarlas por todos sus aspectos; en fin, a presentarlas a los otros bajo una forma que las vuelva fáciles de captar. En eso consiste esta ciencia del razonamiento que se mira con razón como la llave de todos nuestros conocimientos. Sin embargo, no hay que creer que ocupa la primera fila en el orden de la invención. El arte de razonar es un regalo que la naturaleza hace espontáneamente a los espíritus distinguidos; y puede decirse que los libros que de él tratan no son útiles sino a los que pueden prescindir de ellos. Se hizo gran número de razonamientos justos mucho tiempo antes que la lógica, reducida a principios, enseñara a separar los malos o aun a veces a cubrirlos con una forma sutil y engañosa.

Ese arte tan precioso de poner las ideas en el encadenamiento conveniente y facilitar, en consecuencia, el pasaje de una a otra, da de alguna manera el medio de aproximar hasta cierto punto a los hombres que parecen más distintos. En efecto, todos nuestros conocimientos se reducen primitivamente a sensaciones que son más o menos las mismas en todos los hombres; y el arte de combinar y aproximar ideas directas sólo añade propiamente a esas mismas ideas un ordenamiento más o menos exacto, y una enumeración que puede volverse más o menos sensible a los otros. El hombre que com-

bina fácilmente ideas difiere apenas del que las combina con dificultad, así como el que juzga inmediatamente un cuadro al contemplarlo, difiere del que tiene necesidad de que se le hagan observar sucesivamente todas las partes para apreciarlo; uno y otro han tenido las mismas sensaciones, al primer golpe de vista; pero esas sensaciones sólo han resbalado, por decirlo así, sobre el segundo; no ha sido necesario más que detenerlo y fijarlo mayor tiempo en cada una, para llevarlo al mismo punto donde el primero se halló inmediatamente. Por ese medio las ideas reflexivas del primero se habrían puesto al alcance del segundo tanto como las ideas directas. Así tal vez es verdadero decir que casi no hay ciencia o arte que no pueda enseñarse, en rigor y con una buena lógica, al espíritu más limitado, porque hay pocas de ellas cuyas proporciones o reglas no puedan reducirse a nociones simples y dispuestas entre sí en un orden tan inmediato, que la cadena no se encuentra interrumpida en ninguna parte. La lentitud mayor o menor de las operaciones del espíritu exige más o menos tal encadenamiento, y la ventaja de los genios más extraordinarios se reduce a tener menor necesidad de él que los demás hombres, o mejor, a formarlo rápidamente y casi sin darse cuenta de ello.

La ciencia de la comunicación de las ideas no se limita a poner orden en las ideas mismas; también debe enseñar a expresar cada idea de la manera más neta que sea posible y, por consiguiente, a perfeccionar los signos que están destinados a representarla: esto también lo han realizado los hombres poco a poco. Las lenguas, nacidas con las sociedades, fueron al principio, sin duda, una colección bastante rara de signos de toda especie; y los cuerpos naturales que caen bajo nuestros sentidos han sido, en consecuencia, los primeros objetos que se han designado por nombres. Pero según podemos juzgar, en ese primer origen, las lenguas, destinadas al uso más urgente, debieron ser muy imperfectas, poco abundantes y sometidas a muy pocos principios ciertos; y las artes y las ciencias absolutamente necesarias pudieron haber hecho muchos progresos mientras las reglas de la dicción y del estilo aún estaban por nacer. La comunicación de las ideas se resintió apenas, sin embargo, por esa falta de reglas, y aun por la penuria de palabras; o más bien, sufrió sólo lo que era necesario, para obligar a cada uno de los hombres a aumentar sus propios conocimientos mediante un trabajo obs-

tinado, sin descansar demasiado sobre los otros. Una comunicación demasiado fácil a veces puede mantener el alma embotada y trabar los esfuerzos de que sería capaz. Echemos una mirada sobre los prodigios de los ciegos y los sordomudos de nacimiento; veremos lo que pueden lograr los resortes del espíritu, en cuanto están vivos y puestos en actividad por las dificultades que hay que vencer.

No obstante, como la facilidad de entregar y recibir ideas por una relación mutua tiene también de su parte incontestables ventajas, no es sorprendente que los hombres hayan buscado aumentar esta facilidad más y más. Por eso comenzaron por reducir los signos a palabras, puesto que son, por decirlo asi, los símbolos que tenemos a mano con mayor facilidad. Más, el orden de la generación de las palabras siguió el orden de las operaciones del espíritu: después de los individuos se nombraron las cualidades sensibles que, sin existir por sí mismas, existen en esos individuos y son comunes a muchos; poco a poco, se llegó en fin a esos términos abstractos, de los cuales unos sirven para enlazar las ideas, otros, para designar las propiedades generales de los cuerpos, otros para expresar nociones puramente espirituales. Todos esos términos que tanto tiempo les cuesta aprender a los niños, han costado sin duda aun más tiempo para ser hallados. En fin, reduciendo a preceptos el uso de las palabras se creó la gramática, que puede mirarse como una rama de la lógica. Iluminada por una metafísica sagaz y sutil, discierne los matices de las ideas, aprende a distinguir esos matices mediante signos diferentes, da reglas para hacer de esos signos el uso más ventajoso, descubre a menudo, por el espíritu filosófico que remonta a la fuente de todo, las razones de la elección, rara en apariencia, que hace preferir un signo a otro, y no deja en fin a ese capricho nacional que llamamos costumbre, sino lo que no puede absolutamente quitarle.

Los hombres, al comunicarse las ideas, también tratan de comunicarse las pasiones; lo logran por la elocuencia. Hecha para hablar al sentimiento, así como la lógica y la gramática hablan al espíritu, impone silencio a la razón misma; y los prodigios que opera a menudo, entre las manos de uno solo, sobre toda una nación, son quizá el más patente testimonio de la superioridad de un hombre sobre otro. Lo que hay de singular es que se ha creído suplir con reglas un talento tan raro. Es poco más o menos como si se hubiera querido reducir el genio a preceptos. Quien fué primero en pretender que

debíamos los oradores al arte o no fué orador o se mostró muy ingrato con la naturaleza. Sólo ella puede crear a un hombre elocuente; los hombres son el primer libro que debe estudiar para tener éxito, el segundo son los grandes modelos; y todo cuanto nos han dejado ilustres escritores, al filosofar y reflexionar sobre el talento del orador, sólo prueba la dificultad de parecérseles. ¡Demasiado ilustrados para pretender abrir a todos el camino, sin duda no han querido más que indicar los escollos! En cuanto a esas puerilidades pedantescas que se han honrado con el nombre de retórica, o mejor, que sólo han servido para volver ridículo tal nombre, y que son al arte oratoria lo que la escolástica es a la verdadera filosofía, sólo son propias para dar de la elocuencia la idea más falsa y bárbara. No obstante convenirse casi universalmente en reconocer el abuso, la situación de que gozan desde hace mucho tiempo de formar una rama distinguida del conocimiento humano, no permite aún desterrarlas. Para honra de nuestro discernimiento, alguna vez llegará ese día.

No nos es suficiente vivir con nuestros contemporáneos y dominarlos. Animados por la curiosidad y por el amor propio y procurando, por cierta avidez natural, abarcar a la vez el pasado, el presente y el porvenir, deseamos a un tiempo vivir con los que nos seguirán y haber vivido con los que nos precedieron. De ahí el origen y el estudio de la historia que, uniéndonos a los siglos pasados por el espectáculo de sus vicios y sus virtudes, de sus conocimientos y sus errores, trasmite los nuestros a los siglos futuros. De ahí aprendemos a estimar a los hombres por el bien que hacen y no por el aparato imponente que los rodea. Los soberanos, esos hombres asaz desdichados, dado que todo conspira para ocultarles la verdad, pueden juzgarse a sí mismos antes que falle ese tribunal íntegro y terrible: el testimonio que da la historia a aquellos de sus predecesores que se les parecen es la imagen de lo que dirá de ellos mismos la posteridad.

La cronología y la geografía son los dos vástagos y los dos fundamentos de la ciencia de que hablamos; la una, por decirlo así, sitúa a los hombres en el tiempo; la otra los distribuye sobre nuestro globo. Las dos obtienen gran ayuda de la historia de la Tierra y de la historia de los cielos, es decir, de los hechos históricos y de las observaciones celestes; y si nos estuviera permitido aquí pedir prestado el lenguaje de los poetas, podríamos decir que la ciencia de los

tiempos y la ciencia de los lugares son hijas de la astronomía y de la historia.

Uno de los frutos principales del estudio de los imperios y de sus revoluciones es el examinar cómo los hombres, separados, por así decirlo, en muchas grandes familias, han formado diversas sociedades; cómo esas diferentes sociedades han dado nacimiento a las diferentes especies de gobiernos; cómo han tratado de distinguirse las unas de las otras, tanto por las leyes que se han dado como por los signos particulares que cada una imaginó para que sus miembros se comunicaran más fácilmente entre sí. Tal es la fuente de esta diversidad de lenguas y de leyes, que ha llegado a ser, para desgracia nuestra, un objeto considerable de estudio. Tal es también el origen de la política, especie de moral de un género particular y superior, a la cual no pueden a veces acomodarse sino con mucha sutileza los principios de la moral corriente y que, penetrando en los resortes principales del gobierno de los Estados, distingue lo que puede conservarlos, debilitarlos o destruírlos. Estudio quizá el más difícil de todos, por los conocimientos profundos que exige de los pueblos y de los hombres, y por la amplitud y la variedad de talentos que supone; sobre todo cuando el político no quiere olvidar que la ley natural, anterior a todas las convenciones particulares, es también la ley básica de los pueblos, y que para ser hombre de Estado no se debe dejar de ser hombre.

Hé ahí las ramas principales de esta parte del conocimiento humano que consiste, o en las ideas directas que hemos recibido por los sentidos, o en la combinación y la comparación de esas ideas; combinación que en general se llama *filosofía.* Esas ramas se subdividen en una infinidad de otras ramas cuya enumeración sería inmensa, y pertenece más a esta obra misma que a su prefacio.

Consistiendo la primera operación de la reflexión en aproximar y unir las nociones directas, debimos comenzar, en este *Discurso*, por encarar la reflexión en ese aspecto, y apuntar las diferentes ciencias que de ahí resultan. Pero las nociones formadas por la combinación de las ideas primitivas no son las únicas de que sea capaz nuestro espíritu. Hay otra especie de conocimientos reflejados, de los cuales debemos hablar ahora. Consisten en las ideas que nosotros mismos nos formamos, imaginando y componiendo seres semejantes a los que son el objeto de nuestras ideas directas. Es lo que se llama

la imitación de la naturaleza, tan conocida y tan recomendada por los antiguos. Como las ideas directas que nos impresionan de un modo más vivo son aquellas cuyo recuerdo conservamos más fácilmente, son también las que más a menudo tratamos de despertar en nosotros por la imitación de sus objetos. Si los objetos agradables nos conmueven más cuando son reales que cuando son simples representaciones, esa merma de agrado está compensada, de alguna manera, por el placer propio de la imitación. Con respecto a los objetos que no excitarían, siendo reales, más que sentimientos tristes o tumultosos, su imitación es más agradable que los objetos mismos, porque nos sitúa a esa justa distancia, que nos permite probar el placer de la emoción sin sentir su desorden. En esta imitación de los objetos capaces de excitar en nosotros sentimientos vivos y agradables, de cualquier naturaleza que sean, consiste en general la imitación de la bella naturaleza, sobre la cual han escrito tantos autores sin dar de ella una idea clara; sea porque la bella naturaleza no se discierne más que por un sentimiento exquisito, sea también porque en esta materia los límites que distinguen lo arbitrario de lo verdadero no están aún bien determinados, y dejan algún espacio libre a la opinión.

A la cabeza de los conocimientos que consisten en la imitación deben colocarse la pintura y la escultura, porque de todos esos conocimientos es en la pintura y en la escultura donde la imitación se acerca más a los objetos que representa y habla más directamente a los sentidos. Puede agregarse aqui aquel arte nacida de la necesidad y perfeccionada por el lujo, la arquitectura, que habiéndose elevado gradualmente de las cabañas al palacio, no es a los ojos del filósofo, si podemos hablar así, sino la máscara embellecida de una de nuestras mayores necesidades. La imitación de la bella naturaleza es aquí menos notoria y más limitada que en las otras dos artes de las que acabamos de hablar; éstas expresan indiferentemente y sin restricción todas las partes de la bella naturaleza, y la representan tal como es, uniforme o variada; la arquitectura, por el contrario, se limita a imitar, por la ensambladura y la unión de los diferentes cuerpos que emplea, la disposición simétrica que la naturaleza observa más o menos sensiblemente en cada individuo y que tan bien contrasta con la hermosa variedad de todo el conjunto.

La poesia, que viene después de la pintura y la escultura, y que

no emplea para la imitación más que palabras dispuestas según una armonía agradable al oído, habla más a la imaginación que a los sentidos; le representa de una manera viva y conmovedora los objetos que componen este Universo; y parece más bien crearlos que pintarlos, por el calor, el movimiento, y la vida que les da. En fin, la música, que habla a la vez a la imaginación y a los sentidos, ocupa la última fila en el orden de la imitación; no porque su imitación sea menos perfecta en los objetos que se propone representar, sino porque parece limitada hasta ahora a un número más pequeño de imágenes; lo cual debe atribuirse menos a su naturaleza que a la demasiado escasa inventiva y pocos recursos de la mayoría de los que la cultivan. No será inútil hacer a este respecto algunas reflexiones. La música, que en su origen sólo estuvo destinada tal vez a representar el ruido, llegó a ser poco a poco una especie de discurso o aun de lengua, con que se expresan los diferentes sentimientos del alma, o más bien, sus diferentes pasiones. Pero ¿por qué reducir esta expresión a las solas pasiones y no extenderla, tanto como sea posible, a las sensaciones mismas? Aunque las percepciones que recibimos por diferentes órganos difieren entre sí tanto como sus objetos, podemos no obstante compararlas desde otro punto de vista que les es común, es decir, por el estado de placer o de malestar en que ponen nuestra alma. Un objeto pavoroso, un ruido terrible producen, cada uno, en nosotros, una emoción por la cual podemos, hasta cierto punto, aproximarlos, y que designamos a menudo en uno y otro caso o por el mismo nombre o por nombres sinónimos. No veo, pues, por qué un músico que tuviera que pintar un objeto pavoroso no podría lograrlo, buscando en la naturaleza la especie de ruido que puede producir en nosotros la emoción más semejante a la que ese objeto suscita. Digo otro tanto de las sensaciones agradables. Pensar de otra manera sería querer reducir los límites del arte y de nuestros placeres. Reconozco que la pintura de que se trata exige un estudio fino y profundo de los matices que distinguen nuestras sensaciones, pero tampoco es preciso esperar que esos matices sean desentrañados por un talento común. Captados por el hombre de genio, sentidos por el hombre de buen gusto, percibidos por el hombre culto, escapan a la multitud. La música que nada pinta sólo es ruido; y sin el hábito, que todo desnaturaliza, no causaría más placer que una serie de palabras armoniosas y sonoras desprovistas de orden y relación. Es cierto que

un músico atento a pintarlo todo nos presentaría en muchas circunstancias cuadros de armonía que no estarían hechos para sentidos vulgares; pero cuanto debemos sacar en conclusión es que después de haber hecho un arte del aprendizaje de la música, debemos convertir en arte el escucharla.

Terminaremos aquí la enumeración de nuestros principales conocimientos. Si los consideramos ahora todos en conjunto y buscamos los propósitos generales que pueden servir para distinguirlos, hallamos que unos, puramente prácticos, tienen por meta la ejecución de alguna cosa; otros, meramente especulativos, se limitan al examen de su objeto, y a la contemplación de sus propiedades; otros, en fin, extraen del estudio especulativo de su objeto el uso que de él puede hacerse en la práctica. La especulación y la práctica constituyen la principal diferencia que distingue las *ciencias* de las *artes* y más o menos según esta noción hemos dado uno u otro nombre a cada uno de nuestros conocimientos. Sin embargo, hay que confesar que nuestras ideas aún no están bien firmes acerca de este tema. A menudo no sabemos qué nombre dar a la mayoría de los conocimientos en que la especulación se suma a la práctica. Por ejemplo, todos los días se discute en las escuelas, si la lógica es un arte o una ciencia: el problema sería bien pronto resuelto respondiendo que es, a la vez, arte y ciencia. ¡Cuántas cuestiones y fatigas se ahorrarían si determináramos al fin la significación de las palabras de una manera clara y precisa!

Se puede, en general, dar el nombre de *arte* a todo sistema de conocimientos que es posible reducir a reglas positivas, invariables e independientes del capricho o de la opinión, y sería permitido decir, en este sentido, que muchas de nuestras ciencias son artes, encaradas por su lado práctico. Pero así como hay reglas para las operaciones del espíritu o del alma, las hay también para las del cuerpo; es decir, para aquellas que limitadas a los cuerpos exteriores, sólo necesitan de la mano para su ejecución. De ahí la distinción de las artes en liberales y mecánicas, y la superioridad que se acuerda a las primeras sobre las segundas. Esta superioridad es, sin duda, injusta en muchos aspectos. No obstante, entre los prejuicios, por más ridículos que puedan ser, no hay uno solo que no tenga su razón, o, para hablar con mayor exactitud, su origen; y la filosofía, a menudo impotente para corregir los abusos, puede al menos discernir la fuente. Ha-

biendo sido la fuerza del cuerpo el primer principio que volvió inútil el derecho de ser iguales que tenían todos los hombres, los más débiles, cuyo número siempre es mayor, se unieron para reprimirla. Han establecido, pues, con ayuda de las leyes y de las diferentes clases de gobiernos, una desigualdad convencional cuyo principio dejó de ser la fuerza. Una vez bien consolidada esta última desigualdad, los hombres, uniéndose con razón para conservarla, no han dejado de reclamar en secreto contra ella, por ese deseo de superioridad que nada pudo destruir en ellos. Buscaron, pues, una suerte de compensación en una desigualdad menos arbitraria; y no pudiendo ofrecer ya la fuerza corporal, encadenada por las leyes, ningún medio de superioridad, los hombres se vieron reducidos a buscar en la diferencia de los espíritus un principio de desigualdad también natural, más apacible y útil a la sociedad. Así la parte más noble de nuestro ser se ha vengado de alguna manera de las primeras ventajas que la parte más vil había usurpado, y los talentos del espíritu han sido reconocidos generalmente como superiores a los del cuerpo. Dependiendo las artes mecánicas de una operación manual y sujetas, si se me permite el término, a una especie de rutina, fueron abandonadas a los hombres que los prejuicios colocaron en la clase ínfima. La indigencia, que más a menudo que el gusto o el genio forzó a esos hombres a aplicarse a un trabajo semejante, llegó a ser de inmediato una razón para despreciarlos, que tanto daña a quien le hace compañía. En cuanto a las operaciones libres del espíritu, han sido el patrimonio de los que se han creído en este punto más favorecidos por la naturaleza. Sin embargo, la ventaja que las artes liberales tienen sobre las artes mecánicas, por el trabajo que exigen las primeras al espíritu y por la dificultad de descollar en ellas, está suficientemente compensada por la utilidad superior que las últimas, en su mayoría, nos procuran. Esta misma utilidad ha forzado a reducirlas a operaciones puramente maquinales, para facilitar su práctica a un mayor número de hombres. Pero la sociedad, respetando con justicia a los grandes genios que la ilustran, no debe envilecer las manos que la sirven. El descubrimiento de la brújula no es menos ventajoso, para el género humano, que lo sería para la física la explicación de las propiedades de esa aguja. En fin, considerado en sí mismo el principio de la distinción de que hablamos, ¡cuántos pretendidos sabios hay cuya ciencia no es propiamente sino un arte mecánico! ¿Y qué diferencia

real hay entre una cabeza repleta de hechos sin orden, sin uso, sin vinculación, y el instinto del artesano reducido a la ejecución maquinal?

El menosprecio que se tiene por las artes mecánicas parece haber influido hasta cierto punto sobre los mismos inventores. Los nombres de esos benefactores del género humano son casi todos desconocidos, mientras que la historia de sus destructores, es decir, de los conquistadores, por nadie es ignorada. Sin embargo, entre los artesanos es, quizá, adonde hay que ir a buscar las pruebas más admirables de sagacidad de espíritu, de paciencia y de industria. Reconozco que la mayoría de las artes han sido inventadas poco a poco y que ha sido menester una serie bastante larga de siglos para llevar los relojes, por ejemplo, al punto de perfección en que los vemos. Pero, ¿no sucede lo mismo con las ciencias? ¡Cuántos descubrimientos, que han inmortalizado a sus autores, habían sido preparados por los trabajos de los siglos precedentes, a menudo hasta llevados a su madurez, a punto que no faltaba más que un paso por dar! Y para no salir de la relojería, ¿por qué aquellos a quienes debemos el volante de los relojes, el escape y la repetición, no son tan estimados como los que trabajaron sucesivamente en perfeccionar el álgebra? Por otra parte, si doy crédito a algunos filósofos, a quienes el menosprecio que se tiene por tales artes no les ha estorbado para estudiarlas, hay ciertas máquinas tan complicadas y cuyas partes dependen de tal modo la una de la otra, que es difícil que la invención se deba a más de un solo hombre. Ese genio raro, cuyo nombre está sepultado en el olvido, ¿no era muy digno de ser colocado junto al corto número de espíritus creadores, que nos han abierto nuevas rutas en las ciencias?

Entre las artes liberales que se han reducido a principios, las que se proponen la imitación de la naturaleza han sido llamadas bellas artes, porque tienen por objeto, principalmente, el agradar. Pero no es lo único que las distingue de las artes liberales más necesarias o más útiles, como la gramática, la lógica y la moral. Estas últimas tienen reglas fijas y reconocidas, que cualquier hombre puede trasmitir a otro: mientras que la práctica de las bellas artes consiste principalmente en una invención que casi toma sus leyes del genio, las reglas que se han escrito sobre esas artes se refieren propiamente a la parte mecánica; producen más o menos el efecto del telescopio, sólo ayudan a los que ven.

De todo lo que hemos dicho hasta aquí, resulta que las diferentes

maneras como nuestro espíritu opera sobre los objetos, y las diferentes aplicaciones que saca de esos mismos objetos son el primer medio que se nos presenta para distinguir en general nuestros conocimientos los unos de los otros. Todo se refiere aquí a nuestras necesidades, sean de precisión absoluta, sean de conveniencia y de deleite, sean asimismo de costumbre y de capricho. Cuanto más alejadas o difíciles son las necesidades que hay que satisfacer, más lentos en aparecer son los conocimientos destinados a ese fin. ¿Qué progresos no habría hecho la medicina a expensas de las ciencias de pura especulación, si fuera tan segura como la geometría? Pero hay también otros caracteres muy señalados en la manera como nuestros conocimientos nos afectan y en los diferentes juicios que nuestra alma forma con sus ideas. Esos juicios se designan con las palabras evidencia, certidumbre, probabilidad, sentimiento y gusto.

La evidencia pertenece propiamente a las ideas cuyo encadenamiento percibe el espíritu inmediatamente; la certidumbre a aquellas cuya vinculación sólo puede ser conocida mediante la ayuda de cierto número de ideas intermediarias, o, lo que es lo mismo, a las proposiciones cuya identidad con un principio evidente por sí mismo no puede descubrirse más que por un rodeo más o menos largo; de donde se seguiría que, según la naturaleza de los espíritus, lo que es evidente para uno no sería a veces más que cierto para otro. Podría decirse también, tomando las palabras evidencia y certidumbre en otro sentido, que la primera es el resultado de operaciones del espíritu solamente y corresponde a las especulaciones metafísicas y matemáticas; y que la segunda es más propia de los objetos físicos cuyo conocimiento es el fruto del informe constante e invariable de nuestros sentidos. La probabilidad se verifica, principalmente, para los hechos históricos y, en general, para todos los acontecimientos pasados, presentes y por venir, que atribuimos a una especie de azar, porque no distinguimos sus causas. La parte de este conocimiento que tiene por objeto el presente y el pasado, aunque sólo esté fundada sobre el simple testimonio, produce en nosotros, a menudo, una persuasión tan fuerte, como la que nace de los axiomas. El sentimiento es de dos clases. Uno, destinado a las verdades morales, se llama conciencia; es una consecuencia de la ley natural y de la idea que tenemos del bien y del mal; y podría llamársela evidencia del corazón, porque a pesar de ser completamente diferente de la evidencia del espíritu

ligada a las verdades especulativas, nos subyuga con el mismo imperio. La otra especie de sentimiento es particularmente sensible a la imitación de la bella naturaleza y a lo que se llama bellezas de expresión. Capta con arrebato las bellezas sublimes y patentes, discierne con sutileza las bellezas ocultas, y proscribe lo que sólo tiene apariencia de belleza. A menudo hasta pronuncia severas sentencias sin tomarse la molestia de detallar los motivos, porque esos motivos dependen de una multitud de ideas difíciles de desarrollar inmediatamente y todavía más difíciles de trasmitir a los demás. A esta especie de sentimiento debemos el buen gusto y el genio, que se distinguen el uno del otro en que el genio es el sentimiento que crea y el buen gusto, el sentimiento que juzga.

Después del pormenor en que hemos entrado a propósito de las diferentes partes de nuestros conocimientos y acerca de los caracteres que los distinguen, sólo nos resta formar un árbol genealógico o enciclopédico que los reúna desde un mismo punto de vista y sirva para indicar su origen y las vinculaciones que tienen entre sí. Explicaremos pronto el uso que pretendemos hacer de este árbol. Pero la ejecución no carece de dificultades. Aunque la historia filosófica del origen de nuestras ideas, que acabamos de exponer, sea muy útil para facilitar semejante trabajo, no hay que creer que el árbol enciclopédico deba ni aun pueda estar servilmente sujeto a esta historia. El sistema general de las ciencias y de las artes es una especie de laberinto tortuoso, camino donde el espíritu se empeña sin conocer demasiado la ruta que debe seguir. Urgido por sus necesidades, y por las del cuerpo a que está unido, estudia en primer lugar los primeros objetos que se le presentan; penetra lo más adelante que puede en el conocimiento de esos objetos; pronto tropieza con dificultades que lo detienen; y sea por la esperanza o aun por la desesperación de vencerlas, se arroja en una ruta nueva; vuelve en seguida sobre sus pasos, franquea a veces las primeras barreras para tropezar con otras nuevas; y pasando rápidamente de un objeto a otro, hace sobre cada uno de esos objetos, a diferentes intervalos y como por sacudidas, una serie de operaciones, cuya discontinuidad se torna necesaria por la generación misma de las ideas. Pero ese desorden, por más filosófico que sea en lo que concierne al alma, desfiguraría o más bien aniquilaría un árbol enciclopédico en el cual se quisiera representarlo.

Por otra parte, como ya lo hemos hecho notar a propósito de la lógica, la mayoría de las ciencias que consideramos encierran los principios de todas las otras y que, por esta razón, deben ocupar los primeros lugares en el orden enciclopédico, no tienen el mismo puesto en el orden genealógico de las ideas, porque no han sido inventadas las primeras. En efecto, nuestro estudio primitivo ha debido ser el de los individuos; sólo después de haber considerado sus propiedades particulares y palpables, hemos encarado, por abstracción de nuestro espíritu, sus propiedades generales y comunes, y formado la metafísica y la geometría; sólo después de largo uso de los primeros signos, hemos perfeccionado el arte de esos signos al punto de hacer de ello una ciencia; finalmente sólo después de una larga serie de operaciones sobre los objetos de nuestras ideas, hemos dado reglas, por la reflexión, a esas operaciones mismas.

En fin, el sistema de nuestros conocimientos se compone de diferentes ramas, muchas de las cuales tienen un mismo punto de reunión; y como partiendo de ese punto no es posible empeñarse a la vez en todas las rutas, lo que determina la elección es la naturaleza de los diferentes espíritus. Igualmente es bastante raro que un mismo espíritu recorra a la vez un gran número de rutas. En el estudio de la naturaleza, los hombres se han aplicado todos, en primer lugar, y como de concierto, a satisfacer las necesidades más urgentes; pero cuando han llegado a los conocimientos menos absolutamente necesarios, han debido dividírselos y avanzar cada uno por su lado más o menos a un paso igual. De este modo, muchas ciencias han sido contemporáneas, por decirlo así; pero en el orden histórico de los progresos del espíritu, sólo se las puede encarar sucesivamente.

No sucede lo mismo con el orden enciclopédico de nuestros conocimientos. Este último consiste en reunirlos en el espacio más pequeño que sea posible y situar al filósofo por encima de ese vasto laberinto, en un punto de vista muy alto, desde donde pueda percibir a la vez las ciencias y las artes principales; ver de una sola mirada los objetos de sus especulaciones y las operaciones que puede hacer sobre esos objetos; distinguir las ramas generales de los conocimientos humanos, los puntos que los separan o los unen: y entrever asimismo algunas veces las sendas secretas que los aproximan. Es una especie de mapamundi que debe mostrar los principales países, su posición y su mutua dependencia; y el camino en línea recta que va de uno a otro,

camino cortado a menudo por mil obstáculos que sólo pueden ser conocidos en cada país por los habitantes o los viajeros y que sólo se señalarían en mapas especiales muy detallados. Esos mapas especiales serán los diferentes artículos de la *Enciclopedia* y el árbol o sistema figurado será el mapamundi.

Pero así como en los mapas generales del globo que habitamos los objetos están más o menos próximos y presentan un aspecto diferente según el punto de vista en que se coloca el geógrafo que construye el mapa, del mismo modo la forma del árbol enciclopédico dependerá del punto de vista en que nos situemos para contemplar el universo literario. Se pueden, pues, imaginar tantos sistemas diferentes del conocimiento humano, cuantos mapamundis de diferentes proyecciones; y cada uno de esos sistemas podrá tener, asimismo, alguna ventaja particular, con exclusión de los otros. Apenas hay sabios que no pongan de buena gana en el centro de todas las ciencias aquella en que se ocupan, más o menos como los primeros hombres se situaron en el centro del mundo, persuadidos de que el Universo estaba hecho para ellos. La pretensión de muchos de esos sabios, considerada con mirada filosófica, hallaría tal vez, aun fuera del amor propio, bastantes buenas razones para justificarse.

Sea lo que fuere, de todos los árboles enciclopédicos aquel que ofrezca el mayor número de vinculaciones y conexiones entre las ciencias, merecerá sin duda ser preferido. Pero ¿puede uno jactarse de lograrlo? La naturaleza, no podríamos repetirlo demasiado, está compuesta de individuos que son el objeto primitivo de nuestras sensaciones y de nuestras percepciones directas. En verdad notamos en esos individuos propiedades comunes por las cuales los comparamos, y propiedades diferentes por las cuales los separamos; y esas propiedades designadas por nombres abstractos nos han conducido a formar diversas clases donde esos objetos han sido situados. Pero a menudo tal objeto, que ha sido colocado en una clase por una o muchas de sus propiedades, pertenece a otra clase por otras propiedades y habría podido igualmente bien ocupar ahí su lugar. Necesarimente, pues, queda algo de arbitrario en la división general. El ordenamiento más natural seria aquel en que los objetos se sucediesen por los matices insensibles que sirven a la vez para separarlos y para unirlos. Pero el reducido número de seres que nos son conocidos no nos permite señalar esos matices. El Universo es un vasto océano en la superficie del cual per-

cibimos algunas islas más o menos grandes, cuya ligazón con el continente no percibimos.

Podría formarse el árbol de nuestros conocimientos dividiéndolos sea en naturales y revelados, sea en útiles y agradables, sea en especulativos y prácticos, sea en evidentes, ciertos, probables y sensibles, sea en conocimiento de cosas y conocimiento de signos, y así hasta el infinito. Hemos elegido una división que nos ha parecido satisfacer a la vez, en la medida de lo posible, el orden enciclopédico de nuestros conocimientos y su orden genealógico. Debemos esta división a un autor célebre de quien hablaremos en las páginas subsiguientes de este prefacio; no obstante, hemos creído que debíamos hacer algunos cambios, de los que daremos cuenta; pero estamos demasiado convencidos de la arbitrariedad que reinará siempre en semejante división, para creer que nuestro sistema sea el único o el mejor; nos bastará que nuestro trabajo no sea enteramente desaprobado por los espíritus inteligentes. No queremos parecernos a esa multitud de naturalistas que un filósofo moderno ha tenido tanta razón al censurar; los cuales, ocupados sin cesar en dividir las producciones de la naturaleza en géneros y en especies, han consumido en ese trabajo un tiempo que habrían empleado mejor en el estudio de esas producciones mismas. ¿Qué se diría de un arquitecto que, teniendo que construír un inmenso edificio, se pasara toda la vida trazando el plano; o de un curioso que proponiéndose recorrer un vasto palacio, empleara todo el tiempo en observar la entrada?

Los objetos en que se ocupa nuestra alma son o espirituales o materiales, y nuestra alma se ocupa en esos objetos o por ideas directas o por ideas reflexivas. El sistema de los conocimientos directos sólo puede consistir en la colección puramente pasiva y como maquinal de esos mismos conocimientos; a eso se llama memoria. La reflexión es de dos clases, ya lo hemos observado; o razona sobre los objetos de las ideas directas o los imita. De este modo, la memoria, la razón propiamente dicha y la imaginación son las tres maneras diferentes como nuestra alma opera sobre los objetos de sus pensamientos. No nos referimos aquí a la imaginación como la facultad que tenemos de representarnos los objetos; porque esta facultad no es otra cosa que la memoria misma de los objetos sensibles; memoria que estaría en continuo ejercicio si la invención de signos no la aliviara. Llama-

mos imaginación, en un sentido más noble y más preciso, al talento de crear imitando.

Esas tres facultades forman en primer lugar las tres divisiones generales de nuestro sistema, y los tres objetos generales de los conocimientos humanos; la historia, que se relaciona con la memoria; la filosofía, que es el fruto de la razón; y las bellas artes, que nacen de la imaginación. Si situamos la razón antes de la imaginación, este orden nos parece bien fundado y conforme al progreso natural de las operaciones del espíritu: la imaginación es una facultad creadora; y el espíritu, antes de tener la intención de crear, comienza por razonar sobre lo que ve y lo que conoce. Otro motivo que debe determinarnos a situar la razón antes de la imaginación es que, en esta última facultad del alma, se encuentran reunidas las otras dos hasta cierto punto, pues que la razón se une ahí a la memoria. El espíritu no crea ni imagina objetos sino en tanto que son semejantes a los que ha conocido por las ideas directas y por las sensaciones; cuanto más se aleja de esos objetos, más extravagantes y desagradables son los seres que forma. Así en la imitación de la naturaleza, la invención misma está sujeta a ciertas reglas; y son esas reglas las que forman principalmente la parte filosófica de las bellas artes, hasta el presente asaz imperfecta, porque sólo puede ser la obra del genio y el genio prefiere crear a discutir.

Por último, si examinamos los progresos de la razón en sus sucesivas operaciones, nos convenceremos también de que debe preceder a la imaginación en el orden de nuestras facultades, dado que la razón, por las últimas operaciones que hace sobre los objetos, conduce de algún modo hacia la imaginación; porque sus operaciones consisten en crear, por decirlo así, seres generales que, separados de su sujeto por abstracción, ya no son de la incumbencia inmediata de nuestros sentidos. Por ello la metafísica y la geometría son, de todas las ciencias que pertenecen a la razón, aquellas en que la imaginación tiene parte mayor. Pido perdón a nuestros hombres cultos detractores de la geometría; sin duda no suponen estar tan cerca de esta ciencia, aunque tal vez sólo la metafísica los separa de ella. En un geómetra que crea, la imaginación no actúa menos que en un poeta que inventa. Es verdad que operan de modo diverso sobre su objeto; el primero lo despoja y analiza, el segundo lo compone y embellece. También es verdad que esta diferente manera de operar pertenece a diferentes clases de espíri-

tus; por eso los talentos de un gran geómetra y de un gran poeta quizá nunca se encontrarán juntos. Pero se excluyan o no recíprocamente, de ninguna manera tienen el derecho de menospreciarse. De todos los grandes hombres de la Antigüedad, Arquímedes es tal vez el que merece más ser colocado junto a Homero. Espero que se perdonará esta digresión a un geómetra que ama su arte, pero a quien nunca se acusará de ser admirador desmedido; y vuelvo a mi tema.

La distribución general de los seres en espirituales y materiales provee la subdivisión de las tres ramas generales. La historia y la filosofía se ocupan igualmente en esas dos especies de seres mientras que la imaginación sólo trabaja con los seres puramente materiales; nueva razón para situarla la última en el orden de nuestras facultades. A la cabeza de los seres espirituales está Dios, que debe ocupar el primer lugar por su naturaleza, y por la necesidad que tenemos de conocerlo. Debajo de este Ser supremo están los espíritus creados, cuya existencia nos enseña la revelación. En seguida viene el hombre, que, compuesto de dos principios, corresponde por su alma a los espíritus y por su cuerpo al mundo material; y en último término está ese vasto universo que llamamos el mundo corporal o la naturaleza. Ignoramos por qué el célebre autor que nos sirve de guía en esta distribución ha colocado la naturaleza antes del hombre en su sistema; por el contrario, parece que todo lleva a situar al hombre en el pasaje que separa a Dios y los espíritus de los cuerpos.

La historia, en cuanto se relaciona con Dios, encierra o la revelación o la tradición y se divide, desde esos dos puntos de vista, en historia sagrada y en historia eclesiástica. La historia del hombre tiene por objeto o sus acciones o sus conocimientos; es, por consiguiente, civil o literaria, es decir, se divide entre las grandes naciones y los grandes genios, entre los reyes y los literatos, entre los conquistadores y los filósofos. En fin, la historia de la naturaleza es la de las producciones innumerables que ahí observamos y forma una cantidad de ramas casi igual al número de esas diversas producciones. Entre esas diferentes ramas debe ser colocada con distinción la historia de las artes, que no es otra cosa que la historia de los usos que han hecho los hombres de las producciones de la naturaleza, para satisfacer sus necesidades o su curiosidad.

Tales son los objetos principales de la memoria. Vayamos ahora a la facultad que reflexiona y razona. Teniendo los seres, tanto es-

pirituales como materiales, sobre los cuales ella se ejercita algunas propiedades generales, como la existencia, la posibilidad, la duración, el examen de esas propiedades forma, en primer término, esa rama de la filosofía de la cual todas las demás toman, en parte, sus principios: se le llama ontología o ciencia del ser, o metafísica general. Descendemos de ahí a los diferentes seres particulares; y las divisiones que provee la ciencia de esos diferentes seres se forman sobre el mismo plan que las de la historia.

La ciencia de Dios, llamada teología, tiene dos ramas: la teología natural posee el conocimiento de Dios que produce la sola razón; conocimiento que no es de muy grande extensión; la teología revelada extrae de la historia sagrada un conocimiento mucho más perfecto de este ser. De esta misma teología revelada deriva la ciencia de los espíritus creados. También aquí hemos creído que debíamos apartarnos de nuestro autor. Nos parece que la ciencia, considerada como perteneciente a la razón, no debe ser dividida como él lo ha hecho, en teología y filosofía; porque la teología revelada no es otra cosa que la razón aplicada a los hechos revelados; puede decirse que atañe a la historia por los dogmas que enseña, y a la filosofía, por las consecuencias que saca de esos dogmas. Así, separar la teología de la filosofía sería arrancar del tronco un vástago que está unido a él por sí mismo. Parece también que la ciencia del espíritu pertenece mucho más íntimamente a la teología revelada que a la teología natural.

La primera parte de la ciencia del hombre es la del alma; y esta ciencia tiene por finalidad o el conocimiento especulativo del alma humana o el de sus operaciones. El conocimiento especulativo del alma deriva en parte de la teología natural, y en parte de la teología revelada, y se llama pneumatología o metafísica particular. El conocimiento de sus operaciones se subdivide en dos ramas, dado que esas operaciones pueden tener por objeto o el descubrimiento de la verdad o la práctica de la virtud. El descubrimiento de la verdad, que es la finalidad de la lógica, produce el arte de trasmitirla a los demás; así, el uso que hacemos de la lógica es, en parte, para nuestro propio beneficio, en parte, para beneficio de los seres semejantes a nosotros; las reglas de la moral se refieren menos al hombre aislado y lo suponen necesariamente asociado con los otros hombres.

La ciencia de la naturaleza no es otra que la de los cuerpos:

pero teniendo los cuerpos propiedades generales que les son comunes, tales como la impenetrabilidad, la movilidad y la extensión, por el estudio de esas propiedades debe comenzar también la ciencia de la naturaleza; tienen, por así decirlo, un lado puramente intelectual, por el cual abren un campo inmenso a las especulaciones del espíritu, y un lado material y sensible por el cual podemos medirlas. La especulación intelectual pertenece a la física general, que es propiamente la metafísica de los cuerpos; y la medida es el objeto de la matemática, cuyas divisiones se extienden casi hasta el infinito.

Esas dos ciencias conducen a la física particular, que estudia los cuerpos en sí mismos y sólo tiene a los individuos por objeto. Entre los cuerpos cuyas propiedades nos importa conocer, el nuestro debe ocupar el primer lugar y es inmediatamente seguido por aquellos cuyo conocimiento es muy necesario para nuestra conservación; de donde resultan la anatomía, la agricultura, la medicina y sus diferentes ramas. Finalmente, todos los cuerpos naturales sometidos a nuestro examen producen las innumerables ramas de la física razonada.

La pintura, la escultura, la arquitectura, la poesía, la música y sus diferentes divisiones componen la tercera distribución general que nace de la imaginación y cuyas partes están comprendidas bajo el nombre de bellas artes. Podría también encerrárselas bajo el título general de pintura, porque todas las bellas artes se reducen a pintar, y sólo difieren en los medios que emplean; en fin, podríamos referirlas todas a la poesía, tomando esa palabra en su significación natural, que no es otra que invención o creación.

Tales son las partes principales de nuestro árbol enciclopédico: se las hallará más detalladas al final de este *Discurso preliminar*. Hemos formado una especie de mapa al cual añadimos una explicación mucho más extensa que la que acaba de darse. Este mapa y esta explicación ya han sido publicados en el *Prospecto*, como para sondear el gusto del público; hemos hecho aquí algunos cambios que será fácil advertir, y que son el fruto o de nuestras reflexiones o de los consejos de algunos filósofos, asaz buenos ciudadanos para tomar interés en nuestra obra. Si el público ilustrado da su aprobación a esos cambios; ésa será la recompensa de nuestra docilidad; y si no los aprueba, estaremos más convencidos que nunca de la imposibilidad de componer un árbol enciclopédico que agrade a todo el mundo.

La división general de nuestros conocimientos, según nuestras

tres facultades, tiene esta ventaja: podría también proporcionarnos las tres divisiones del mundo literario, en eruditos, filósofos, y hombres ingeniosos (beaux-esprits), de suerte que, después de haber formado el árbol de las ciencias, se podría formar según el mismo plan el de los hombres de letras. La memoria es el talento de los primeros, la sagacidad pertenece a los segundos y es patrimonio de los últimos el atractivo. Por consiguiente, mirando la memoria como un comienzo de reflexión y añadiendo la reflexión que combina y la que imita, se podría decir en general que el número mayor o menor de ideas reflexivas, y la naturaleza de esas ideas constituyen la mayor o menor diferencia que hay entre los hombres; que la reflexión, tomada en el sentido más lato que pueda dársele, forma el carácter del espíritu y distingue las diferentes clases de espíritus. Por otra parte, las tres clases de república en las cuales acabamos de distribuir a los hombres de letras no tienen ordinariamente nada de común, salvo hacer poco caso los unos de los otros. El poeta y el filósofo se tratan mutuamente de insensatos y quimeristas; uno y otro miran al erudito como a una especie de avaro, que no piensa más que en acumular sin goce y que hacina sin selección los metales más viles con los más preciosos; y el erudito, que no ve sino palabras allí donde no lee hechos, desprecia al poeta y al filósofo como a hombres que se creen ricos porque sus gastos exceden a sus recursos.

Así nos vengamos de las ventajas de que carecemos. Los hombres de letras entenderían mejor sus intereses si en lugar de tratar de aislarse, reconociesen la recíproca necesidad que tienen de sus trabajos y los auxilios que obtienen de ellos. La sociedad debe, sin duda, a los hombres de ingenio (beaux-esprits), sus principales placeres, y sus luces a los filósofos; pero ni los unos ni los otros sienten qué deudores son de la memoria; ésta encierra la materia prima de todos nuestros conocimientos; y los trabajos del erudito a menudo han procurado al filósofo y al poeta los temas en que trabajan. Cuando los antiguos llamaron a las Musas hijas de la Memoria, ha dicho un autor moderno, tal vez sentían qué necesaria es a todas las otras esta facultad de nuestra alma; y los romanos le levantaban templos, comp a la Fortuna.

Nos falta mostrar cómo hemos tratado de conciliar en este diccionario el orden enciclopédico con el orden alfabético. Para ello

hemos empleado tres medios: el sistema figurado que está al frente de la obra, la ciencia a la que se refiere cada artículo, y la manera como está tratado el artículo. Comúnmente se ha puesto, después de la palabra que es el tema del articulo, el nombre de la ciencia de la cual ese artículo forma parte; sólo es necesario ver en el sistema figurado qué lugar ocupa esta ciencia, para conocer el sitio que el artículo debe tener en la *Enciclopedia.* Si sucede que el nombre de la ciencia ha sido omitido en el artículo, bastará la lectura para saber a qué ciencia se refiere; y cuando hemos olvidado advertir, por ejemplo, que la palabra *bomba* pertenece al arte militar, y el nombre de una ciudad o de un país a la geografía, contamos bastante con la inteligencia de nuestros lectores, para esperar que no les chocará tal omisión. Además, por la disposición de las materias en cada artículo, sobre todo cuando es un poco extenso, no podrá dejar de verse que el artículo está relacionado con otro que depende de una ciencia diferente, éste con un tercero y así sucesivamente. Se ha procurado que la exactitud y la frecuencia de las remisiones no deje nada que desear; pues en este diccionario las remisiones tienen de particular que sirven principalmente para indicar la vinculación de las materias; mientras que en las demás obras de esta especie sólo están destinadas a explicar un artículo por otro. Asimismo hemos omitido a menudo la remisión, porque los términos de arte o de ciencia a los cuales habría podido dirigirse se encuentran explicados en su artículo, que el lector irá a buscar por sí mismo. Sobre todo en los artículos generales de ciencias se ha procurado explicar los mutuos auxilios que se prestan. Así, tres cosas forman el orden enciclopédico: el nombre de la ciencia a la que pertenece el artículo; el rango de esta ciencia en el árbol; la vinculación del artículo con otros de la misma ciencia o de una ciencia diferente; vinculación indicada por las remisiones o fácil de percibir por medio de los términos técnicos explicados según su orden alfabético. No se trata aquí de las razones que nos han hecho preferir en esta obra el orden alfabético a los otros; las expondremos luego, cuando encaremos esta colección como Diccionario de las ciencias y las artes.

Por lo demás, acerca de la parte de nuestro trabajo que consiste en el orden enciclopédico y que está destinada más a las personas ilustradas que a la multitud, observaremos dos cosas: la primera, que a menudo sería absurdo querer encontrar una vinculación inmediata

entre un articulo de este diccionario y otro artículo elegido al azar; así se buscaría en vano por qué lazos secretos *sección cónica* puede relacionarse con el *acusativo*. El orden enciclopédico no supone que todas las ciencias dependen directamente las unas de las otras. Son ramas que parten de un mismo tronco, a saber, del entendimiento humano. Estas ramas a menudo no tienen entre si ninguna vinculación inmediata y muchas sólo están reunidas por el tronco mismo. Así, *sección cónica* pertenece a la geometría; la geometría conduce a la física particular, ésta a la física general, la física general a la metafísica y la metafísica está muy cerca de la gramática a la cual pertenece el *acusativo*. Pero cuando se ha llegado a este último término por la ruta que acabamos de indicar, nos encontramos tan lejos del punto de donde hemos partido, que lo hemos perdido de vista totalmente.

La segunda observación que vamos a hacer es que no es menester atribuir a nuestro árbol enciclopédico mayor utilidad de la que pretendemos darle. El uso de las divisiones generales permite reunir un número muy grande de objetos: pero no hay que creer que pueda suplir al estudio de esos objetos mismos. Es una especie de enumeración de los conocimientos que se pueden adquirir; enumeración frívola para quien quisiera contentarse con ella, útil para quien desea ir más lejos. Un solo artículo razonado sobre un objeto particular de ciencia o de arte, encierra más substancia que todas las divisiones y subdivisiones que puedan hacerse de los términos generales; y para no salir de la comparación que hemos hecho más arriba con los mapas geográficos, quien se atuviera al árbol enciclopédico por todo conocimiento, apenas sabría más que el que, por haber adquirido mediante mapamundis una idea general del globo y de sus partes principales, se jactara de conocer los diferentes pueblos que lo habitan, y los Estados particulares que lo componen. Sobre todo es menester no olvidar, al considerar nuestro sistema figurado, que el orden enciclopédico que presenta es muy diferente del orden genealógico de las operaciones del espíritu; que las ciencias que se ocupan en los seres generales son útiles en tanto llevan a aquellas cuyo objeto son los seres particulares; que no existen verdaderamente más que esos seres particulares; y que si nuestro espíritu ha creado seres generales, ha sido para poder estudiar más fácilmente una tras otra las propiedades que por su naturaleza existen a la vez en una misma substancia,

y que no pueden físicamente ser separadas. Estas reflexiones deben ser el fruto y el resultado de todo lo que hemos dicho hasta aquí; y por ellas terminaremos la primera parte de este *Discurso.*

Vamos ahora a considerar esta obra como *Diccionario razonado de las ciencias y las artes.* El objeto es tanto más importante cuanto que es, sin duda, el que puede interesar más a la mayor parte de nuestros lectores, y el que, para ser cumplido, ha demandado mayores cuidados y trabajo. Pero antes de entrar en este tema con todo el detalle que se tiene derecho de exigirnos, no será inútil examinar con alguna extensión el estado presente de las ciencias y las artes, y mostrar por qué gradación se llegó a él. La exposición metafísica del origen y de la vinculación de las ciencias nos ha sido de gran utilidad para formar el árbol enciclopédico; la exposición histórica del orden en que se han sucedido nuestros conocimientos no será menos útil para iluminarnos a nosotros mismos acerca de la manera como debemos trasmitir esos conocimientos a nuestros lectores. Por lo demás, la historia de las ciencias está ligada naturalmente a la del corto número de grandes genios cuyas obras han contribuído a expandir la luz entre los hombres; y habiendo suministrado estas obras a la nuestra auxilios generales, debemos comenzar por hablar de ellas antes de dar cuenta de los auxilios particulares que hemos obtenido. Para no remontarnos demasiado, fijémonos en el renacimiento de las letras.

Cuando se consideran los progresos del espíritu desde esa época memorable, encontramos que esos progresos se han hecho en el orden que debían naturalmente seguir. Se ha comenzado por la erudición, continuado por la literatura y terminado por la filosofía. Este orden difiere, a la verdad, del que debe observar el hombre abandonado a sus propias luces o limitado al trato de sus contemporáneos, tal como lo hemos considerado principalmente en la primera parte de este *Discurso*: en efecto, hemos demostrado que el espíritu aislado debe encontrar en su camino la filosofía antes que la literatura. Pero al salir de un largo intervalo de ignorancia al que habían precedido siglos de luz, la regeneración de las ideas, si podemos hablar así, necesariamente ha debido diferir de su generación primitiva. Vamos a tratar de evidenciarlo.

Las obras maestras, que los antiguos nos habían dejado en casi todos los géneros, fueron olvidadas durante doce siglos. Los prin-

cipios de las ciencias y de las artes estaban perdidos, porque lo bello y lo verdadero que parecen mostrarse de todas partes a los hombres apenas los afectan, salvo cuando están advertidos. No se trata de que esos tiempos desdichados hayan sido más estériles que otros en genios insignes; la naturaleza es siempre la misma; pero ¿qué podían hacer esos grandes hombres, diseminados como lo están siempre a grandes intervalos, ocupados en objetos diferentes, y abandonados sin cultura a sus propias luces? Las ideas que se adquieren por la lectura y la sociedad son el germen de casi todos los descubrimientos; es el aire que se respira sin pensar en ello y al que debemos la vida; y los hombres de que hablamos estaban privados de tal socorro. Se parecían a los primeros creadores de las ciencias y de las artes, a quienes han hecho olvidar sus ilustres sucesores y que, precedidos por éstos, los habrían hecho olvidar igualmente. El primero que inventó las ruedas y los piñones habría inventado en otro siglo los relojes; y Gerbert, colocado en tiempo de Arquimedes, tal vez lo hubiera igualado.

Sin embargo, la mayoría de los hombres instruidos (beaux-esprits) de esos tiempos tenebrosos se hacían llamar poetas o filósofos. En efecto, ¿qué les costaba usurpar esos títulos que se compran tan barato y que todos se jactan siempre de no deber, casi, a luces prestadas? Creían que era inútil buscar modelos de poesía en las obras de los griegos y los romanos, cuya lengua no se habla más; y tomaban por la verdadera filosofía de los antiguos una tradición bárbara que la desfiguraba. La poesía se reducía para ellos a un mecanismo pueril; el examen profundo de la naturaleza y el gran estudio del hombre eran reemplazados por mil cuestiones frívolas sobre seres abstractos y metafísicos; cuestiones cuya solución, buena o mala, demandaba a menudo mucha sutileza y, por consiguiente, un gran abuso del espíritu. Agréguese a este desorden el estado de esclavitud en que estaba sumida casi toda Europa, los estragos de la superstición que nace de la ignorancia y que la reproduce a su turno: y se verá que estaban reunidos todos los obstáculos que alejaban el retorno de la razón y el buen gusto; pues sólo la libertad de actuar y de pensar es capaz de producir grandes cosas y la libertad sólo necesita luces para preservarse de los excesos.

Así necesitó el género humano, para salir de la barbarie, una de esas revoluciones que hacen adquirir a la Tierra una faz nueva:

el imperio griego es destruído y su ruina hace refluir sobre Europa los pocos conocimientos que aún quedaban en el mundo; la invención de la imprenta, la protección de los Médicis y de Francisco I reaniman los espíritus; y la luz renace por doquier.

El estudio de las lenguas y de la historia, abandonado por necesidad durante los siglos de ignorancia, fué el primero al que se dedicaron. El espíritu humano se hallaba, al salir de la barbarie, en una especie de infancia, ávido de acumular ideas e incapaz, no obstante, de lograr al principio orden alguno, por la especie de embotamiento en que las facultades del alma habían estado durante tanto tiempo. De todas esas facultades, fué la memoria la que se cultivó primero, porque es la más fácil de satisfacer, y porque los conocimientos que se obtienen con su ayuda son los que más fácilmente pueden ser acumulados. De ninguna manera se comenzó por estudiar la naturaleza, como los primeros hombres habían debido hacerlo; se poseía una ayuda de la que aquéllos estaban desprovistos: las obras de los antiguos, que comenzaban a difundirse por la generosidad de los grandes y la imprenta; se creía que bastaba leer para volverse sabio; y es mucho más sencillo leer que ver. Por lo tanto, devoraron sin hacer distingos cuanto habían dejado los antiguos en cada género: los tradujeron, los comentaron; y por una especie de gratitud se pusieron a adorarlos sin conocer ni con mucho lo que valían.

De ahí esa turba de eruditos, compenetrados de las lenguas sabias hasta el punto de desdeñar la propia, los cuales, como lo dijo un célebre autor, conocían todo en los antiguos, excepto la gracia y la fineza, y a quienes ponía tan orgullosos la ostentación vana de su erudición, porque muy a menudo preferimos adornarnos con las victorias que cuestan menos. Esos eruditos eran algo así como grandes señores que, sin ser similares, por mérito real, a quienes les habían dado la vida, se vanagloriaban mucho de creer que formaban parte de aquéllos. Por lo demás esta vanidad nunca dejaba de tener algún pretexto. La tierra de la erudición y de los hechos es inagotable; creemos ver aumentar día a día su substancia, por las adquisiciones que ahí hacemos sin esfuerzo. Por el contrario, la comarca de la razón y los descubrimientos es de bastante poca extensión; y a menudo, en lugar de aprender lo que ignoraba, uno llega, a fuerza de estudio, a desaprender lo que creía saber. Por eso, con mérito muy desigual, un erudito debe ser mucho más vano que un filósofo

y tal vez que un poeta: pues el espíritu que inventa está siempre descontento de sus progresos, porque ve más allá; y los genios más grandes a menudo encuentran en su amor propio un juez secreto, pero severo, a quien la aprobación de los demás hace callar por algunos instantes, pero a quien nunca logra sobornar. No debe sorprendernos, pues, que los sabios de que hablamos pusieran tanta gloria en gozar de una ciencia trabajosa, a menudo ridícula, y a veces bárbara.

Es cierto que nuestra época, que se cree destinada a cambiar toda clase de leyes y a hacer justicia, no piensa muy favorablemente de esos hombres tan célebres en otros tiempos. Hoy es una especie de mérito hacer poco caso de ellos y hasta es un mérito con el cual mucha gente se contenta. Parece que, con el desprecio que se tiene por esos sabios, se trata de castigarlos por la estimación exagerada que tenían de sí mismos o por el voto poco ilustrado de sus contemporáneos; y que pisoteando esos ídolos se quiera hacer olvidar hasta sus nombres. Pero todo exceso es injusto. Más bien gocemos con gratitud del trabajo de esos hombres laboriosos. Para ponernos en condiciones de extraer de las obras de los antiguos todo lo que podía sernos útil, era menester que ellos sacaran aun lo que no lo era; no podríamos sacar oro de una mina sin extraer al mismo tiempo muchas gangas o materias menos preciosas; habrían hecho ellos la separación, como la hacemos nosotros, si hubieran llegado más tarde. La erudición fué, pues, necesaria para conducirnos a las bellas letras.

En efecto, no fué preciso entregarse largo tiempo a la lectura de los antiguos para convencerse de que en esas mismas obras, donde se buscaban hechos y palabras, había mejores cosas que aprender. Se percibieron pronto las bellezas que sus autores habian esparcido en ellas; pues si los hombres, como dijimos más arriba, necesitan ser advertidos acerca de lo verdadero, en recompensa sienten la necesidad de serlo. La admiración que se había tenido hasta entonces por los antiguos no podía ser más viva; pero comenzó a volverse más justa. Sin embargo, aún estaba muy lejos de ser razonable. Se creyó que sólo podía imitárselos copiándolos servilmente, y que no era posible hablar bien sino en su lengua. No se pensó que el estudio de las palabras es una especie de inconveniente pasajero, necesario para facilitar el estudio de las cosas, pero que llega a ser un

mal real cuando lo retarda; que en consecuencia habrían debido limitarse a frecuentar a los autores griegos y romanos para aprovechar lo mejor de cuanto habían pensado; y que el trabajo a que debían entregarse para escribir en aquellas lenguas era trabajo perdido para el progreso de la razón. Además tampoco vieron que, si hay en los antiguos innumerables bellezas de estilo perdidas para nosotros, debe haber también, por la misma razón, muchos defectos que se nos escapan, y que corremos el riesgo de copiar como bellezas; en fin, que cuanto se podía esperar del uso servil de la lengua de los antiguos, era hacerse de un estilo extrañamente nacido de infinidad de estilos diferentes, muy correcto y hasta admirable para los modernos, pero que Cicerón o Virgilio habrían encontrado ridículo. Así nos reiríamos de una obra escrita en nuestra lengua, en la que su autor hubiera reunido frases de Bossuet, La Fontaine, la Bruyère y Racine, persuadido con razón de que cada uno de esos escritores en particular es un excelente modelo.

Ese prejuicio de los primeros sabios produjo en el siglo XVI una multitud de poetas, oradores e historiadores latinos, cuyas obras, hay que declararlo, demasiado a menudo tienen su mérito principal en una latinidad de la que poco podemos juzgar. Pueden compararse algunas a las arengas de la mayoría de nuestros rétores que, vacías de cosas y semejantes a cuerpos sin substancia, sólo necesitarían ser puestas en francés para que nadie las leyera.

Los letrados se recobraron al fin poco a poco de esta especie de manía. Parece que se debe el cambio, al menos en parte, a la protección de los grandes que están bien dispuestos a ser sabios, a condición de llegar a serlo sin fatiga, y que quieren poder juzgar sin estudio una obra del espíritu, al precio de los beneficios que prometen al autor, o de la amistad con que creen honrarlo. Comenzó a sentirse que lo bello no perdía ninguna de sus ventajas por estar en lengua vulgar; que hasta adquiría la de ser más fácilmente captado por el común de los hombres y que no había ningún mérito en decir cosas comunes o ridículas, cualquiera que fuese la lengua usada, y con mayor razón en aquellas que se debían de hablar peor. Los letrados pensaron, pues, en perfeccionar las lenguas vulgares; trataron primero de decir en esas lenguas lo que habían dicho los antiguos en las suyas. Sin embargo, por una secuela del prejuicio de que se habían librado con tanta fatiga, en lugar de enriquecer la lengua

francesa, comenzaron por desfigurarla. Ronsard compuso una jerigonza bárbara, erizada de griego y de latín; pero felizmente la volvió lo suficientemente despreciable, para que se tornara ridícula. Pronto se sintió que era menester transportar a nuestra lengua las bellezas y no las palabras de las lenguas antiguas. Regida y perfeccionada por el buen gusto, adquirió con bastante rapidez una infinidad de giros y expresiones felices. Al fin no se limitaron ya a copiar a los romanos y a los griegos, ni siquiera a imitarlos; se trató de sobrepasarlos, si era posible, y de pensar por sí mismos. Así, poco a poco la imaginación de los modernos renació de la de los antiguos; y se vió germinar casi al mismo tiempo todas las obras maestras del siglo pasado, en elocuencia, en historia, en poesía y en los diferentes géneros de la literatura.

Malherbe, nutrido en la lectura de los excelentes poetas de la Antigüedad, y tomando como ellos a la naturaleza por modelo, esparció el primero en nuestra poesía, armonía y bellezas antes desconocidas. Balzac, hoy menospreciado en exceso, dió a nuestra prosa nobleza y ritmo. Los escritores de Port Royal continuaron lo que Balzac había comenzado; añadieron la precisión, la elección feliz de los términos, y la pureza, que han conservado hasta hoy, a la mayoría de sus obras, un aire moderno que las distingue de un gran número de libros anticuados, escritos en la misma época. Corneille, después de haber hecho sacrificios al mal gusto durante algunos años en la carrera dramática, se liberó al fin; descubrió por la fuerza de su genio, más que por la lectura, las leyes del teatro, y las expuso en sus admirables discursos sobre la tragedia, en las reflexiones sobre cada una de sus obras, y principalmente en sus obras mismas. Racine, abriéndose otra ruta, hizo aparecer en el teatro una pasión que los antiguos apenas habían conocido; y desarrollando las fuerzas del corazón humano, unió a una elegancia y verdad continuas algunos rasgos sublimes. Despréaux en su arte poética se mostró el igual de Horacio, al imitarlo. Molière por la fina pintura de las ridiculeces y las costumbres de la época dejó muy atrás la comedia antigua. La Fontaine casi hizo olvidar a Esopo y a Fedro; y Bossuet fué a colocarse al lado de Demóstenes.

Las bellas artes están de tal modo unidas a las bellas letras, que el mismo buen gusto que cultiva unas, lleva también a perfeccionar las otras. En la misma época en que nuestra literatura se

enriquecía con tantas obras bellas, Poussin hacía sus cuadros y Puget sus estatuas; Le Sueur pintaba el claustro de los Cartujos y Le Brun las batallas de Alejandro; en fin, Lulli, creador de una melodía que conviene a nuestro idioma, acordó, con su música, a los poemas de Quinault, la inmortalidad que ellos le inspiraban.

No obstante es preciso declarar que el renacimiento de la pintura y la escultura había sido mucho más rápido que el de la poesía y el de la música; y la razón de ello no es difícil de comprender. Desde que se comenzaron a estudiar las obras de los antiguos en todos los géneros, las obras maestras antiguas, que habían escapado a la superstición y la barbarie en número bastante grande, impresionaron pronto los ojos de los artistas ilustrados; no podía imitarse a los Praxiteles y a los Fidias sino haciendo exactamente como ellos; y el talento sólo tenía necesidad de ver bien: así, Rafael y Miguel Ángel no demoraron mucho tiempo en llevar su arte a un punto de perfección que no se ha podido aún sobrepasar. En general, siendo más bien de la competencia de los sentidos el objeto de la pintura y la escultura, esas artes no pueden dejar de preceder a la poesía, porque los sentidos han debido ser afectados por las bellezas sensibles y palpables de las estatuas antiguas más rápidamente que la imaginación ha debido percibir las bellezas intelectuales y sutiles de los antiguos escritores. Por otra parte, cuando comenzó a descubrirlas, la imitación de esas mismas bellezas, imperfecta por su servidumbre y por la lengua extranjera de que se valía, no ha podido dejar de trabar los progresos de la imaginación misma. Supongamos por un momento a nuestros pintores y escultores privados de la ventaja que tenían de trabajar el mismo material que los antiguos; si, como nuestros literatos, hubiesen perdido mucho tiempo en buscar e imitar mal esa materia, en vez de pensar en hacer uso de otra, para imitar las obras mismas que eran objeto de su admiración, sin duda habrían hecho una jornada mucho menos rápida y aún estarían por descubrir el mármol.

Respecto de la música, debió llegar mucho más tarde a cierto grado de perfección, porque es un arte que los modernos han tenido que crear. El tiempo destruyó todos los modelos que los antiguos habían podido dejarnos en este género; y sus escritores, al menos los que nos quedan, no nos han trasmitido sobre ese tema más que conocimientos muy oscuros, o historias más adecuadas para asombrarnos

que para instruírnos. Por lo tanto muchos de nuestros sabios, empujados quizá por una especie de amor de lo propio, han pretendido que hemos llevado este arte mucho más lejos que los griegos, pretensión que la falta de documentos hace tan difícil de apoyar como de destruír, y que no puede ser sino asaz débilmente combatida por los prodigios verdaderos o supuestos de la música antigua. Quizá estaría permitido conjeturar, con alguna verosimilitud, que esta música era completamente diferente de la nuestra, y que si la antigua era superior por la melodía, la armonía da ventajas a la moderna.

Seríamos injustos, si en ocasión del detalle en que acabamos de entrar, no reconociéramos lo que debemos a Italia; de ella hemos recibido las ciencias que luego fructificaron con tanta abundancia en toda Europa; a ella, sobre todo, debemos las bellas artes y el buen gusto, de que nos ha suministrado gran número de modelos inimitables.

Mientras eran honradas las artes y las bellas letras se necesitó mucho para que la filosofía hiciese el mismo progreso, por lo menos en cada nación tomada en conjunto; reapareció la filosofía mucho más tarde. No se trata de que sea más fácil, en el fondo, descollar en las bellas letras que en la filosofía; la superioridad en cada género es igualmente difícil de lograr. Pero la lectura de los antiguos debía contribuir más rápidamente al adelanto de las bellas letras y del buen gusto que al de las ciencias naturales. Las bellezas literarias no necesitan ser contempladas largo tiempo para ser sentidas; y como los hombres sienten antes de pensar, deben por la misma razón juzgar lo que sienten antes de juzgar lo que piensan. Además, los antiguos no eran, ni con mucho, tan perfectos filósofos como escritores. En efecto, aunque en el orden de nuestras ideas las primeras operaciones de la razón preceden a los primeros esfuerzos de la imaginación, ésta, cuando ha dado los primeros pasos, avanza mucho más veloz que aquélla: tiene la ventaja de trabajar sobre objetos que ella misma crea; mientras que la razón, forzada a limitarse a los objetos que tiene ante sí y a detenerse a cada instante, muy a menudo se agota en búsquedas infructuosas. El Universo y las reflexiones son el primer libro de los verdaderos filósofos y los antiguos lo habian estudiado sin duda; era, pues, necesario hacer como ellos, y no podía suplirse ese estudio con el de sus obras, la mayoría de las cuales había sido destruída, y el pequeño número que restaba, mutilado

por el tiempo, no podía dar sobre materia tan vasta, más que nociones muy inciertas y alteradas.

La escolástica, que componía toda la pretendida ciencia de siglos de ignorancia, dañó también los progresos de la verdadera filosofía en ese primer siglo de luz. Estaban persuadidos desde tiempo inmemorial, por decirlo así, de que poseían en toda su pureza la doctrina de Aristóteles, comentada por los árabes y alterada por mil adiciones absurdas o pueriles, y ni siquiera pensaban en asegurarse de que esa filosofía bárbara era realmente la de aquel grande hombre, tanto era el respeto que les merecían los antiguos. De este modo, una multitud de pueblos nacidos y afirmados en sus errores por la educación, se creen tanto más sinceramente en el camino de la verdad, cuanto que nunca les ha venido al pensamiento plantearse la menor duda al respecto. Así en la época en que muchos escritores, rivales de oradores y poetas griegos, marchaban junto a sus modelos o tal vez hasta los sobrepasaban, la filosofía griega, aunque muy imperfecta, no era aún bien conocida.

Tantos prejuicios —que la admiración ciega por la Antigüedad contribuía a mantener— parecían también fortificarse por el abuso que osaban hacer de la sumisión de los pueblos algunos teólogos poco numerosos, pero influyentes; digo poco numerosos, porque estoy muy lejos de extender a un cuerpo respetable y muy ilustrado una acusación que se limita a algunos de sus miembros. Se había permitido a los poetas cantar en sus obras a las divinidades del paganismo, porque se tenía el justo convencimiento de que los nombres de esas divinidades ya no podían ser más que un juego del que no había nada que temer. Si por un lado la religión de los antiguos, que lo animaba todo, abría un vasto campo a la imaginación de los hombres ingeniosos (beaux esprits), del otro, los principios de esa religión eran demasiado absurdos, para que se tuviera miedo de ver resucitados a Júpiter y Plutón por alguna secta de innovadores. Pero se temían o parecían temerse los golpes que una razón ciega podía llevar al cristianismo; ¿cómo no se veía que nada tenía que temer el cristianismo de un ataque tan débil? Enviado del cielo a los hombres, la veneración tan justa y tan antigua que los pueblos le testimoniaban había sido garantida para siempre por las promesas de Dios mismo. Además, por más absurda que pueda ser una religión (reproche que sólo la impiedad puede hacer a la nuestra), nunca son los filósofos

quienes la destruyen; aun cuando enseñen la verdad, se contentan con mostrarla, sin forzar a nadie a reconocerla; tal poder sólo pertenece al Ser todopoderoso: son los hombres inspirados quienes iluminan al pueblo y los exaltados quienes lo extravían. El freno que estamos obligados a poner a la licencia de estos últimos no debe dañar a la libertad, tan necesaria a la verdadera filosofía, y de la que puede sacar la religión las mayores ventajas. Si el cristianismo añade a la filosofía las luces que le faltan, si sólo pertenece a la Gracia someter a los incrédulos, a la filosofía está reservado reducirlos a silencio; y para asegurar el triunfo de la fe, los teólogos de que hablamos no tenían más que hacer uso de las armas que se habría querido emplear contra ella.

Pero entre esos mismos hombres, algunos tenían un interés mucho más real en oponerse al avance de la filosofía. Falsamente persuadidos de que la creencia de los pueblos es tanto más firme cuanto más se la ejerce sobre diferentes objetos, no se contentaban con exigir para nuestros misterios la sumisión que merecen; trataban de erigir en dogmas sus opiniones particulares; y eran esas mismas opiniones, mucho más que los dogmas, lo que querían consolidar. Por ahí habrían llevado a la religión el golpe más terrible, si ella hubiera sido obra de los hombres; pues era de temerse que, una vez reconocidas sus opiniones como falsas, el pueblo, que nada discierne, tratara de la misma manera a las verdades con las cuales se había querido confundirlas.

Otros teólogos de mejor fe, pero también peligrosos, se unen a los primeros por otros motivos. Aunque la religión esté únicamente destinada a reglar nuestras costumbres y nuestra fe, ellos la creen hecha para iluminarnos también sobre el sistema del mundo, es decir, sobre esas materias que el Todopoderoso ha abandonado expresamente a nuestras disputas. No reflexionaban esos teólogos que los libros sagrados y las obras de los Padres, hechos para mostrar al pueblo, así como a los filósofos, lo que hay que practicar y creer, no debían hablar, sobre las cuestiones indiferentes, distinto lenguaje que el pueblo. Sin embargo prevaleció el despotismo teológico o el prejuicio. Un tribunal que llegó a ser poderoso en el Mediodía de Europa, en las Indias, en el Nuevo Mundo, pero en el cual la Fe no ordena creer, ni la caridad aprobar, y cuyo nombre aún no se ha acostumbrado Francia a pronunciar sin espanto, condenó y declaró

herético a un célebre astrónomo por haber sostenido el movimiento de la Tierra, más o menos como el papa Zacarías había condenado a un obispo algunos siglos antes, por no haber pensado como San Agustín sobre los antípodas, y por haber adivinado su existencia seiscientos años antes que Cristóbal Colón los descubriera. De este modo, el abuso de la autoridad espiritual unida a la temporal forzaba al silencio a la razón; y poco faltó para que se prohibiera pensar al género humano.

Mientras adversarios poco instruidos o mal intencionados hacían abiertamente la guerra a la filosofía, ésta se refugió, por decirlo así, en las obras de algunos grandes hombres que, sin tener la peligrosa ambición de arrancar la venda de los ojos de sus contemporáneos, preparaban de lejos, a la sombra y en el silencio, la luz con que el mundo debía ser iluminado poco a poco y por insensibles grados.

A la cabeza de esos ilustres personajes debe ser colocado el inmortal Canciller de Inglaterra, FRANCIS BACON, cuyas obras, tan justamente estimadas y no obstante más estimadas que conocidas, merecen la lectura aun más que los elogios. Al considerar las vistas sanas y amplias de ese gran hombre, la multitud de objetos sobre los cuales se fijó su espíritu, la osadía de su estilo que reúne siempre las más sublimes imágenes con la precisión más rigurosa, nos sentimos inducidos a mirarlo como el más grande, el más universal, y el más elocuente de los filósofos. Bacon, nacido en el seno de la noche más profunda, sintió que la filosofía aún no existía, aunque mucha gente, sin duda, se jactaba de descollar en ella; pues cuanto más grosera es una época, tanto más se cree instruída de todo lo que se puede saber. Bacon comenzó, pues, por considerar con una mirada general los diversos objetos de todas las ciencias naturales; dividió esas ciencias en diferentes ramas, cuya enumeración hizo lo más exacta que le fué posible; examinó lo que ya se sabia sobre cada uno de esos objetos e hizo el catálogo inmenso de lo que faltaba por descubrir; es el propósito de su admirable obra *De la dignidad y el acrecentamiento de los conocimientos humanos*. En su *Nuevo órgano de las ciencias*, perfecciona los conceptos que había expuesto en la primera obra; los lleva más lejos y hace conocer la necesidad de la física experimental, en la que aún no se pensaba. Enemigo de los sistemas, encara la filosofía como la parte de nuestros conocimientos

que debe contribuir a hacernos mejores o más felices; parece limitarla a la ciencia de las cosas útiles, y recomienda, en todo, el estudio de la naturaleza. Sus demás escritos están construídos sobre el mismo plan; todo (hasta los títulos) anuncia al hombre de genio, al espíritu que ve en grande. Recoge hechos, compara experiencias, indica un gran número de experimentos por hacer; invita a los sabios a estudiar y perfeccionar las artes, que mira como la parte más sobresaliente y esencial de la ciencia humana; expone con noble sencillez *sus conjeturas y sus pensamientos* sobre los diferentes objetos dignos de interesar a los hombres; y habría podido decir, como aquel viejo de la comedia de Terencio, que nada de lo que toca a la humanidad le era extraño. Ciencia de la naturaleza, moral, política, economía, todo parece haberle pertenecido a este espíritu luminoso y profundo; y uno no sabe qué admirar más en él, si las riquezas que esparce por todos los temas que trata, o la dignidad con que habla de ellos. Sus escritos sólo pueden ser comparados con los de Hipócrates sobre medicina; y no serían ni menos admirados ni menos leídos, si la cultura del espíritu fuera tan cara al género humano como la conservación de la salud. Pero sólo las obras de los jefes de secta de toda clase pueden tener seguro éxito; Bacon no ha sido de ese número y la forma de su filosofía se oponía a su triunfo: era demasiado prudente para sorprender a nadie. La escolástica, que dominaba en su época, únicamente podía ser derribada por opiniones audaces y nuevas; y no es probable que un filósofo que se contenta con decir a los hombres: *hé ahí lo poco que habéis aprendido, hé aquí lo que os resta por investigar*, esté destinado a hacer mucho ruido entre sus contemporáneos. Nosotros mismos nos atreveríamos a hacerle algún reproche al Canciller Bacon por haber sido quizá demasiado tímido, si no supiéramos con qué moderación y, por decirlo así, con qué superstición debemos juzgar a un genio tan sublime. Aunque declara que los escolásticos han enervado las ciencias con sus minuciosas cuestiones y que el espíritu debe sacrificar el estudio de los seres generales por el de los objetos particulares, parece, con todo, por el frecuente empleo que hace de los términos de la escuela, a veces también de principios escolásticos, y de las divisiones y subdivisiones cuyo uso estaba entonces muy de moda, haber mostrado, un poco excesivamente, miramiento o deferencia por el gusto dominante en su época. Ese gran hombre, después de haber

quebrantado tantos hierros, estaba aún retenido por algunas cadenas que no podía o no osaba romper.

Declaramos aquí que debemos principalmente al Canciller Bacon el árbol enciclopédico del que ya hemos hablado mucho y que se encontrará al final de este *Discurso.* Hemos hecho tal declaración en muchos lugares del *Prospecto*; volvemos a hacerla y no dejaremos pasar ninguna ocasión sin repetirla. Sin embargo, no hemos creído que debíamos seguir punto por punto al grande hombre que reconocemos aquí por maestro. Si no situamos, como él, la razón después de la imaginación, es porque hemos observado en el sistema enciclopédico el orden metafísico de las operaciones del espíritu, más bien que el orden histórico de sus progresos desde el renacimiento de las letras; orden que el ilustre Canciller de Inglaterra tuvo quizá en vista, hasta cierto punto, al hacer, como él dice, el censo y la enumeración de los conocimientos humanos. Por lo demás, siendo diferente del nuestro el plan de Bacon, y habiendo hecho las ciencias grandes progresos después, no debe sorprender que hayamos tomado algunas veces una ruta diferente.

Así, aparte de los cambios que hicimos en el orden de la distribución general, cuyas razones ya hemos expuesto, llevamos las divisiones más lejos en ciertos aspectos, sobre todo en la parte de la matemática y de la física particular. Por lo demás, nos hemos abstenido de extender al mismo punto que él la división de ciertas ciencias que él sigue hasta sus últimas ramas. Esas ramas, que propiamente debían entrar en el cuerpo de nuestra *Enciclopedia,* no habrían hecho, a nuestro parecer, más que recargar bastante inútilmente el sistema general. Inmediatamente después de nuestro árbol enciclopédico se encontrará el del filósofo inglés; es el camino más corto y más fácil de hacer distinguir lo que nos pertenece de lo que hemos tomado de él.

Al canciller Bacon le sucedió el ilustre DESCARTES. Este hombre insigne, cuya fortuna ha variado tanto en menos de un siglo, tenía todo lo que es menester para cambiar la faz de la filosofía: imaginación poderosa, espíritu muy consecuente, conocimientos extraídos de sí mismo más que de los libros, mucho coraje para combatir los prejuicios más arraigados, y ninguna clase de dependencia que lo forzara a tener miramientos. También le ocurrió a Descartes, durante su vida, lo que suele acaecer a un hombre que adquiere muy

notorio ascendiente sobre los demás: se hizo de algunos entusiastas y tuvo muchos enemigos. Sea que conociese a su nación, sea que desconfiara solamente, se había refugiado en un país enteramente libre, para meditar allí más a sus anchas. Aunque pensaba mucho menos en formar discípulos que en merecerlos, la persecución fué a buscarlo en su retiro; y la vida recoleta que llevaba no pudo librarlo. A pesar de toda la sagacidad que había empleado para probar la existencia de Dios, fué acusado de negarla, por ministros que tal vez no creían en ella. Atormentado y calumniado por extranjeros y bastante mal acogido por sus compatriotas, fué a morir en Suecia, y estuvo muy lejos, sin duda, de prever el éxito brillante que sus opiniones iban a tener algún día.

Podemos considerar a Descartes como geómetra o como filósofo. Las matemáticas, de las que parece haber hecho bastante poco caso, son hoy, sin embargo, la parte más sólida y menos discutida de su gloria. El álgebra, creada en cierta manera por los italianos, y prodigiosamente aumentada por nuestro ilustre Viete, ha recibido entre las manos de Descartes nuevos acrecentamientos. Uno de los más considerables es su método de los coeficientes indeterminados, artificio muy ingenioso y muy sutil, que se ha podido aplicar luego a un gran número de investigaciones. Pero lo que sobre todo ha inmortalizado el nombre de este grande hombre, es la aplicación que hizo del álgebra a la geometría; idea de las más vastas y felices que el espíritu humano haya tenido jamás y que será siempre la clave de las más profundas búsquedas, no sólo en la geometría sublime sino en todas las ciencias físico-matemáticas.

Como filósofo, quizá ha sido igualmente grande, pero no tan feliz. La geometría, que por la naturaleza de su objeto siempre debe ganar sin perder, no podía dejar de hacer progresos muy sensibles y evidentes para todo el mundo, al ser manejada por tan grande genio. La filosofía se encontraba en un estado muy diferente; todo estaba ahí por comenzar; ¿y qué no cuestan los primeros pasos en todas las materias? El mérito de darlos dispensa a quien los da, de que sean grandes. Si Descartes, que nos abrió la ruta, no fué tan lejos como sus secuaces lo creían, dista mucho de que las ciencias le deban tan poco como pretenden sus adversarios. Su solo método habría bastado para volverlo inmortal; su dióptrica es aún la más grande y bella aplicación que se haya hecho de la geo-

metría a la física; en sus obras, hasta en las menos leídas actualmente, vemos brillar por todas partes su genio inventivo. Si juzgamos sin parcialidad sus torbellinos, que hoy han llegado a ser casi ridículos, me atrevo a decir que se convendrá que entonces no se podía imaginar nada mejor; las observaciones astronómicas que han servido para destruírlos eran todavía imperfectas o poco comprobadas; nada más natural que suponer un flúido que transportaba los planetas; era menester una larga serie de fenómenos, de razonamientos y de cálculos, y por consiguiente, una larga serie de años, para que se pudiera renunciar a teoría tan seductora. Tenía además la ventaja singular de explicar la atracción de los cuerpos por la fuerza centrífuga del mismo torbellino, y no temo adelantar que esta explicación de la atracción es una de las más bellas e ingeniosas hipótesis que haya imaginado nunca la filosofía. También fué necesario, para abandonarla, que los físicos fueran arrastrados, como a pesar suyo, por la teoría de las fuerzas centrales y por las experiencias hechas mucho tiempo después. Reconozcamos, pues, que Descartes, forzado a crear una física completamente nueva, no pudo crearla mejor; que fué preciso, por decirlo así, pasar por los torbellinos para llegar al verdadero sistema del mundo; y que, si se equivocó sobre las leyes del movimiento, por lo menos fué el primero en adivinar que debía haberlas.

Su metafísica, tan ingeniosa y nueva como su física, tuvo aproximadamente la misma suerte; y también podemos justificarla más o menos por las mismas razones; porque tal es hoy la fortuna de ese gran hombre que, después de haber tenido partidarios innumerables, está reducido casi a apologistas. Se equivocó sin duda al admitir las ideas innatas; pero, si hubiera retenido la única verdad que enseñaba la secta peripatética sobre el origen de las ideas por los sentidos, tal vez habrían sido más difíciles de desarraigar los errores que, al mezclarse con aquella verdad, la deshonraban. Por lo menos Descartes osó enseñar a los espíritus finos (bons esprits) a sacudir el yugo de la escolástica, de la opinión, de la autoridad, en una palabra, de los prejuicios y la barbarie; y con tal rebelión, cuyos frutos recogemos hoy, la filosofía ha recibido de Descartes un servicio tal vez más difícil de hacer que todos aquellos que la filosofía debe a sus ilustres sucesores. Podemos mirarlo como a un jefe de conjurados, que tuvo el valor de levantarse el primero contra

una potencia despótica y arbitraria, y que, al preparar una manifiesta revolución, echó los fundamentos de un gobierno más justo y más feliz, que no pudo ver establecido. Si terminó por creer explicarlo todo, comenzó al menos por dudar de todo; y las armas de que nos servimos para combatirlo no le pertenecen menos porque las volvamos contra él. Además, cuando las opiniones absurdas son inveteradas, estamos forzados a veces, a fin de desengañar al género humano, a reemplazarlas por otros errores, cuando no se puede hacer nada mejor. La incertidumbre y la vanidad del espíritu son tales, que siempre tiene necesidad de una opinión a la cual asirse: es un niño a quien hay que ofrecer un juguete para quitarle un arma peligrosa; abandonará por sí mismo el juguete cuando llegue la edad de la razón. Al engañar así a los filósofos o a los que creen serlo, se les enseña al menos a desconfiar de sus luces, y esta disposición es el primer paso hacia la verdad. También fué Descartes perseguido mientras vivió, como si hubiera venido a revelar la verdad a los hombres.

NEWTON, a quien Huyghens le había preparado el camino, apareció al fin y dió a la filosofía una forma que, al parecer, ésta ha de conservar. Ese grande genio vió que era tiempo de desterrar de la física las conjeturas y las hipótesis vagas, o al menos de estimarlas en lo que valen; y que esta ciencia debía estar únicamente sometida a las experiencias de la geometría. Quizá con tal mira, comenzó por inventar el cálculo del infinito y el método de las series, cuyo empleo, tan extenso en la geometría misma, es aún más eficaz para determinar los efectos complicados que se observan en la naturaleza, donde todo parece ejecutarse como por progresiones infinitas. Las experiencias de la gravedad y las observaciones de Kepler hicieron descubrir al filósofo inglés la fuerza que retiene a los planetas en sus órbitas. Enseñó conjuntamente a distinguir las causas de sus movimientos y a calcularlos con una exactitud que no se habría podido exigir sino al trabajo de muchos siglos. Creador de una óptica completamente nueva, hizo conocer la luz a los hombres, al descomponerla. Lo que nosotros podríamos añadir al elogio de ese gran filósofo estaría muy por debajo del testimonio universal que hoy se rinde a sus descubrimientos casi innumerables, y a su genio a la vez amplio, justo y profundo. Enriqueciendo la filosofía con una gran cantidad de bienes reales, ha merecido, sin

duda, todo su reconocimiento; pero tal vez ha hecho más por ella, enseñándole a ser modesta y a contener en sus justos límites esa suerte de audacia que las circunstancias habían forzado a Descartes a darle. Su teoría del mundo (pues no quiero decir sistema) es hoy tan generalmente aceptada, que se comienza a disputarle al autor el honor de la invención, porque a los grandes hombres se les acusa al principio de equivocarse y se termina por tratarlos de plagiarios. Cedo a los que todo lo encuentran en las obras de los antiguos el placer de descubrir en esas obras la gravitación de los planetas, aun cuando no esté ahí; pero suponiendo que los griegos hubieran tenido la idea, lo que era en ellos un sistema azaroso y novelesco, se transformó, en las manos de Newton, en una demostración. Esta demostración que sólo le pertenece a él constituye el mérito real de su descubrimiento; y la gravitación sin tal apoyo sería una hipótesis como tantas otras. Si algún escritor célebre se atreviese a predecir hoy, sin ninguna prueba, que se llegará un día a fabricar oro, ¿tendrían derecho nuestros descendientes, con tal pretexto, de quererle quitar la gloria de su gran obra al químico que lo hubiera llevado a cabo? ¿Y la invención de los lentes pertenece menos a sus autores, aun cuando algunos antiguos no hubieran creído imposible que extendiéramos un día la esfera de nuestra visión?

Otros sabios creen hacer a Newton un reproche mucho más fundado acusándolo de haber vuelto a traer a la física las *cualidades ocultas* de los escolásticos y de los antiguos filósofos. ¿Pero los sabios de que hablamos están bien seguros de que esas dos palabras, vacías de sentido entre los escolásticos y destinadas a señalar a un Ser cuya idea creían tener, fuesen otra cosa entre los antiguos filósofos que la expresión modesta de su ignorancia? Newton, que había estudiado la naturaleza, no se jactaba de saber más que ellos sobre la causa primera que produce los fenómenos; pero no emplea el mismo lenguaje, para no irritar los ánimos de los contemporáneos que no habrían dejado de agregarle una idea distinta de la suya. Se contentó con probar que los torbellinos de Descartes no pueden dar razón del movimiento de los planetas; que los fenómenos y las leyes de la mecánica se unían para rebatirlos; que hay una fuerza por la cual los planetas tienden los unos hacia los otros y cuyo principio nos es enteramente desconocido. No rechazó la impulsión; se limitó a pedir que se hiciera de ella uso más feliz del que se

había hecho hasta entonces para explicar los movimientos de los planetas; sus deseos todavía no se han cumplido, y no lo serán tal vez en mucho tiempo. Después de todo, ¿hizo algún daño a la filosofía dándonos ocasión de pensar que la materia puede tener propiedades que no le sospechábamos, y desengañándonos de la ridícula confianza en que estamos de conocerlas todas?

Con respecto a la metafísica, parece que Newton no la había descuidado enteramente. Era demasiado gran filósofo para no sentir que es la base de nuestros conocimientos y que sólo en ella hay que buscar nociones claras y exactas de todo; parece asimismo, por las obras de ese profundo geómetra, que había llegado a elaborarse tales nociones sobre los principales objetos que lo habían ocupado. Sin embargo, sea que estuviera descontento él mismo de los progresos que había hecho en otros aspectos de la metafísica, sea que creyera difícil dar al género humano luces satisfactorias o muy extensas sobre una ciencia muy a menudo incierta y contenciosa, sea, en fin, que temiera que a la sombra de su autoridad se abusara de su metafísica, como se había abusado de la de Descartes, para sostener opiniones peligrosas o erróneas, se abstuvo casi absolutamente de hablar de ella en aquellos de sus escritos que son más conocidos; y apenas se puede saber lo que pensaba sobre los diferentes objetos de esta ciencia, por las obras de sus discípulos. Por consiguiente, como no ha causado ninguna revolución en este punto, nos abstendremos de considerarlo en este aspecto.

Lo que Newton no había osado, o tal vez no pudo hacer, LOCKE lo emprendió y lo ejecutó con éxito. Se puede decir que creó la metafísica tal como Newton había creado la física. Concibió que las abstracciones y las cuestiones ridículas que se habían agitado hasta entonces y que habían hecho como la substancia de la filosofía, eran la parte que sobre todo era preciso proscribir. Buscó en esas abstracciones y en el abuso de los signos las causas principales de nuestros errores y las encontró ahí. Para conocer nuestra alma, sus ideas y sus afecciones, no estudió los libros, porque lo habrían instruído mal; se contentó con descender profundamente en sí mismo; y después de haberse contemplado largo tiempo, por decirlo así, no hizo en su *Tratado del entendimiento humano*, más que presentar a los hombres el espejo en que él se había visto. En una palabra, redujo la metafísica a lo que en efecto debe ser, la física experimental del

alma; física muy diferente de la de los cuerpos, no sólo por su objeto, sino por la manera de encararlo. En ésta se pueden descubrir y se descubren a menudo fenómenos desconocidos; en aquélla los hechos, tan antiguos como el mundo, existen igualmente en todos los hombres; tanto peor para quien cree ver en ella algo nuevo. La metafísica razonable no puede consistir, como la física experimental, sino en reunir con cuidado todos esos hechos, reducirlos a un todo, explicar los unos por los otros, distinguiendo los que deban ocupar la primera fila y servir como de base. En una palabra, los principios de la metafísica, tan simples como axiomas, son los mismos para los filósofos y para el pueblo. Pero el escaso progreso que ha hecho esta ciencia desde hace mucho tiempo muestra qué raro es aplicar felizmente sus principios, sea por la dificultad que encierra semejante trabajo, sea quizá también por la impaciencia natural que impide ceñirse a ello. Sin embargo el título de metafísico y aun de gran metafísico es todavía bastante común en nuestra época; porque nos gusta prodigarlo todo: ¡pero hay pocas personas verdaderamente dignas de tal nombre! ¿Cuántas hay que sólo lo merecen por el desdichado talento de obscurecer con mucha sutileza ideas claras, y de preferir, en las nociones que se forman, lo extraordinario a lo verdadero, que siempre es sencillo? Después de esto es preciso no sorprenderse si la mayoría de aquellos que llamamos metafísicos hacen tan poco caso los unos de los otros. No dudo de que ese título llegue a ser pronto una injuria para nuestros hombres probos (bons esprits), como el nombre de sofista, que no obstante significar sabio, envilecido en Grecia por quienes lo llevaban, fué rechazado por los verdaderos filósofos.

Concluyamos, de toda esta historia, que Inglaterra nos debe el nacimiento de esa filosofía que hemos recibido de ella. Hay tal vez mayor distancia de las formas substanciales a los torbellinos, que de los torbellinos a la gravitación universal, como hay tal vez mayor intervalo entre el álgebra pura y la idea de aplicarla a la geometría que entre el pequeño triángulo de Barrow y el cálculo diferencial.

Tales son los principales genios que el espíritu humano debe mirar como sus maestros y a quienes Grecia habría levantado estatuas aunque se hubiera visto obligada, para darles lugar, a derribar las de algunos conquistadores.

Los límites de este *Discurso preliminar* nos impiden hablar de muchos filósofos ilustres que, sin proponerse designios tan grandes como aquellos cuya mención acabamos de hacer, no han dejado de contribuir mucho, con sus trabajos, al adelanto de las ciencias y, por decirlo así, han levantado una punta del velo que nos oculta la verdad. De este número son: GALILEO, a quien tanto debe la geografía por sus descubrimientos astronómicos, y la mecánica por su teoría de la acèleración; HARVEY, a quien volvió inmortal su descubrimiento de la circulación de la sangre; HUYGHENS, a quien ya hemos nombrado, y que por sus obras plenas de fuerza y de genio ha merecido bien de la geometría y de la física; PASCAL, autor de un tratado sobre la cicloide, que debemos mirar como un prodigio de sagacidad y penetración, y de un tratado del equilibrio de los líquidos y del peso del aire que nos ha abierto una ciencia nueva; genio universal y sublime cuyos talentos nunca podrían ser bastante echados de menos por la filosofía, si no hubiera aprovechado de ellos la religión; MALEBRANCHE, que tan bien ha desentrañado los errores de los sentidos, y que conoció los de la imaginación como si a menudo no hubiera sido engañado por la suya; BOYLE, el padre de la física experimental; muchos otros, en fin, entre los cuales deben ser contados con distinción VESALE, SYDENHAM, BOERHAAVE y una infinidad de anatomistas y médicos célebres.

Entre estos grandes hombres hay uno cuya filosofía, hoy celebrada y combatida en el norte de Europa nos obliga a no pasarlo en silencio: el ilustre LEIBNIZ. Aunque no hubiera tenido para sí más que la gloria o siquiera la sospecha de haber dividido con Newton la invención del cálculo diferencial, merecería a tal título una mención honorable. Pero queremos considerarlo principalmente por su metafísica. Como Descartes, parece haber reconocido la insuficiencia de todas las soluciones que, hasta su tiempo, habían sido dadas a las cuestiones más elevadas: sobre la unión del cuerpo y el alma, sobre la providencia, sobre la naturaleza de la materia. Parece asimismo haber tenido la ventaja de exponer con más fuerza que nadie los problemas que se pueden plantear sobre esas cuestiones; pero menos discreto que Locke y Newton, no se contentó con las dudas, buscó disiparlas, y por ese lado no ha sido, quizá, más feliz que Descartes. Su principio de *la razón suficiente*, muy hermoso y verdadero en sí mismo, no parece que ha de ser muy útil a seres tan

poco ilustrados como lo somos nosotros sobre las razones primeras de todas las cosas; sus *mónadas* prueban a lo más que ha visto mejor que nadie que no podemos formarnos una idea clara de la materia, pero no parecen hechas para darla; su *armonía preestablecida* parece agregar una dificultad más a la opinión de Descartes sobre la unión del cuerpo y el alma; en fin, su sistema del *optimismo* es tal vez peligroso por la pretendida ventaja que tiene de explicarlo todo.

Terminaremos con una observación que no parecerá sorprendente a los filósofos. Los grandes hombres de que acabamos de hablar, apenas cambiaron la faz de las ciencias mientras vivieron. Ya hemos visto por qué Bacon no fué jefe de secta; dos razones se unen a la que hemos aportado. Ese gran filósofo escribió muchas de sus obras en el retiro a que sus enemigos lo habían forzado, y el mal que habían hecho al estadista no pudo dejar de dañar al autor. Además, ocupado únicamente en ser útil, tal vez abrazó demasiadas materias, para que sus contemporáneos se dejaran ilustrar a la vez sobre tan gran número de objetos. Casi no se permite a los grandes genios saber tanto; queremos aprender algo de ellos sobre un tema limitado, pero no queremos estar obligados a reformar todas nuestras ideas sobre las suyas. Por esta razón, en parte, las obras de Descartes sufrieron en Francia, después de su muerte, mayor persecución de la que había sufrido en Holanda su autor mientras vivía; con mucha dificultad las escuelas osaron al fin admitir una física que imaginaban contraria a la de Moisés. Newton, es verdad, encontró en sus contemporáneos menor oposición, sea que los descubrimientos geométricos por los cuales se hizo conocer y cuya propiedad y realidad no podían disputarle, hubiesen acostumbrado a la admiración por él y a rendirle homenajes que no eran excesivos ni forzados; sea que por su superioridad impusiera silencio a la envidia; sea, en fin, lo que parece más difícil de creer, que tuviera que habérselas con una nación menos injusta que las otras. Tuvo la ventaja singular de ver, en vida, su filosofía aceptada generalmente en Inglaterra y la de tener a todos sus compatriotas por partidarios y admiradores. Sin embargo, el resto de Europa le hizo entonces a sus obras muy distinta acogida. No sólo eran desconocidas en Francia, sino que la filosofía escolástica dominaba aquí todavía cuando ya Newton había derribado la física cartesiana; y

los torbellinos estaban destruídos antes que pensáramos en adoptarlos. Demoramos tanto sosteniéndolos como en adoptarlos. Sólo hace falta abrir nuestros libros, para ver con sorpresa que no hace aún veinte años que hemos comenzado en Francia a renunciar al cartesianismo. El primero que osó entre nosotros declararse abiertamente newtoniano es el autor del *Discurso sobre la forma de los astros*, que une a conocimientos geométricos muy amplios, ese espíritu filosófico con el cual aquellos conocimientos no se encuentran siempre reunidos y ese talento de escritor que ya no considerará un estorbo quien haya leído sus obras. M. de MAUPERTUIS ha creído que se podía ser buen ciudadano sin adoptar ciegamente la física de su país; y para atacar esta física tuvo necesidad de un coraje que debemos reconocerle. En efecto, nuestra nación, singularmente ávida de novedades en las materias del buen gusto es, por el contrario, muy apegada a las opiniones antiguas en materia de ciencia. Dos disposiciones tan contrarias en apariencia tienen su principio en muchas causas y, sobre todo, en esta ansia de gozar que parece constituir nuestro carácter. Todo lo que concierne al sentimiento no está hecho para ser buscado durante mucho tiempo y cesa de ser agradable en cuanto no se presenta de súbito: pero también el ardor con que nos entregamos a él se agota pronto; y el alma, hastiada apenas ha sido satisfecha, vuela hacia un nuevo objeto que abandonará de la misma manera. Por el contrario, sólo a fuerza de meditación alcanza el espíritu lo que busca: por esta razón quiere que el gozar dure tanto tiempo como el empleado en la búsqueda, sobre todo cuando se trata de una filosofía hipotética y conjetural, mucho menos dificultosa que los cálculos y las combinaciones exactas. Los físicos, apegados a sus teorías con el mismo celo y por los mismos motivos que los artesanos a sus prácticas, tienen en este punto mayor semejanza con el pueblo de lo que se imaginan. Respetemos siempre a Descartes; pero abandonemos sin pena opiniones que él mismo habría combatido un siglo después. Sobre todo, no confundamos su causa con la de sus sectarios. El genio que ha mostrado, al buscar en la noche más sombría una ruta nueva, aunque engañosa, sólo le pertenece a él. Los primeros que lo siguieron en las tinieblas, al menos dieron muestra de valor; pero no hay gloria en extraviarse tras sus huellas después que llegó la luz. Entre los pocos sabios que aún defienden su doctrina, Descartes en

persona habría reprobado a aquellos que se mantienen ahí por servil apego a lo que han aprendido en su infancia o por no sé qué prejuicio nacional, deshonra de la filosofía. Con tales motivos se puede ser el último de sus partidarios, pero no se habría tenido el mérito de ser su primer discípulo (o, más bien, uno habría sido su adversario) cuando por serlo había que soportar injusticias. Para tener el derecho de admirar los errores de un gran hombre, es preciso saber reconocerlos cuando el tiempo los ha descubierto. Así, los jóvenes a quienes de ordinario miramos como jueces bastante malos, son tal vez los mejores en materias filosóficas, y en muchas otras, cuando no están desprovistos de luz; porque siéndoles todo igualmente nuevo, no tienen otro interés que el de elegir bien.

En efecto, los jóvenes geómetras, tanto en Francia como en los países extranjeros, han sellado la suerte de las dos filosofías. La antigua está de tal modo proscripta, que sus más celosos partidarios ni siquiera osan ya nombrar aquellos torbellinos con que llenaban sus obras en otro tiempo. Si el newtonismo llegara a ser destruído en nuestros días por cualquier causa que fuese, injusta o legítima, los numerosos secuaces que tiene ahora representarían sin duda entonces el mismo papel que han hecho representar a los otros. Tal es la naturaleza de los espíritus: tales son las consecuencias del amor propio que gobierna a los filósofos al menos tanto como a los demás hombres, y de la oposición que deben soportar todos los descubrimientos o aun los que tienen la apariencia de tales.

Sucedió con Locke más o menos lo que con Bacon, Descartes y Newton. Olvidado mucho tiempo por Rohault y Regis, y aún bastante poco conocido de la multitud, comienza al fin a tener lectores entre nosotros, y algunos partidarios. Así, los personajes ilustres, a menudo demasiado por encima de su época, trabajan casi siempre a pura pérdida para su misma edad; a las edades siguientes está reservado recoger el fruto de sus luces. De igual modo los restauradores de las ciencias no gozan casi nunca de toda la gloria que merecen; hombres muy inferiores se la arrebatan, porque los grandes hombres se entregan a su genio y los mediocres al de su nación. Es cierto que el testimonio que la superioridad no puede dejar de rendirse a sí misma, basta para resarcirla de la falta del voto popular: se nutre de su propia substancia; y aquella repu-

tación de que tan ávidos solemos ser, sirve, a menudo, tan sólo para consolar a la mediocridad de las ventajas que el talento tiene sobre ella. Puede decirse, en efecto, que el renombre que todo publica cuenta más a menudo lo que oye que lo que ve, y que los poetas que le han atribuído cien bocas debieron ponerle también una venda sobre los ojos.

La filosofía que constituye el gusto dominante de nuestra época parece querer recuperar el tiempo perdido, por los progresos que hace entre nosotros, y vengarse de la especie de desprecio con que la habían señalado nuestros padres. Ese desprecio hoy ha recaído sobre la erudición y no es más justo por haber cambiado de objeto. Suponen muchos que hemos sacado de las obras de los antiguos todo lo que nos importaba saber; y con ese fundamento dispensarían de muy buena gana de la molestia de consultarlos a los que aún quieren hacerlo. Parecen mirar la Antigüedad como un oráculo que lo ha dicho todo y al que es inútil interrogar; y apenas hacen más caso hoy de la restitución de un pasaje, que del descubrimiento de una ramificación venosa en el cuerpo humano. Pero ¡qué ridiculo sería creer que no hay nada que descubrir en la anatomía, porque los anatomistas se entregan a veces a búsquedas inútiles en apariencia, pero a menudo útiles por sus consecuencias! No sería menos absurdo querer prohibir la erudición bajo pretexto de búsquedas poco importantes a que nuestros sabios pueden entregarse. Es de ignorante o presuntuoso creer que todo se ha visto en una materia cualquiera, y que no tenemos ningún beneficio que sacar del estudio y la lectura de los antiguos.

La costumbre actual de escribirlo todo en lengua vulgar ha contribuído sin duda a fortificar ese prejuicio, y tal costumbre es quizá más perniciosa que el prejuicio mismo. Habiéndose extendido nuestra lengua por toda Europa, hemos creído que era tiempo de que ella sustituyese a la lengua latina, que, a partir del Renacimiento de las letras, era la lengua de nuestros sabios. Que un filósofo escriba en francés lo declaro mucho más excusable que el hecho de que un francés haga versos latinos; quiero asimismo convenir en que esa costumbre ha contribuido a volver más general la ilustración, si es realmente ampliar el espíritu de un pueblo, ampliarlo en superficie. Sin embargo, resulta de ahi un inconveniente que habríamos debido prever. Los sabios de otras naciones, a quienes hemos dado el ejem-

plo, han creído con razón que escribirían mejor en su propia lengua que en la nuestra. Inglaterra nos ha imitado, pues; Alemania, donde el latín parecía haberse refugiado, comienza insensiblemente a perder la costumbre de usarlo. No dudo de que pronto será seguida por suecos, daneses, y rusos. Por consiguiente, antes de finalizar el siglo XVIII, un filósofo que quiera instruírse a fondo con los descubrimientos de sus predecesores, estará obligado a recargar su memoria con siete u ocho lenguas diferentes; y después de haber consumido en aprenderlas el tiempo más precioso de su vida, morirá antes de comenzar a instruirse. En las materias que tocan al buen gusto hemos mostrado que es ridículo el uso de la lengua latina; pero podría ser muy útil en las obras de filosofía, cuyos méritos deben ser la claridad y la precisión y que sólo necesitan una lengua universal y de convención. Sería pues de desear que se restableciera el uso del latín, pero no hay que esperarlo. El abuso de que nos atrevemos a quejarnos es demasiado favorable a la vanidad y a la pereza, para que nos lisonjeemos de arrancarlo de raíz. Los filósofos, como los demás escritores, quieren ser leídos y, sobre todo, en su nación. Si se valieran de una lengua menos familiar, tendrían menos bocas para celebrarlos y no podrían vanagloriarse de oírlas. Es cierto que con menos admiradores tendrían mejores jueces: pero es una ventaja que los afecta poco, porque la reputación corresponde más al número que al mérito de quienes la dispensan.

En compensación, porque no hay que exagerar nada, nuestros libros de ciencias parecen haber adquirido hasta esa clase de mérito que suele creerse es particular de las obras literarias. Un escritor respetable que nuestra época tiene aún la felicidad de poseer y cuyas diferentes producciones alabaría aquí, si no me limitara a considerarlo como filósofo, ha enseñado a los sabios a sacudir el yugo de la pedantería. Superior en el arte de iluminar las ideas más abstractas, ha sabido con mucho método, precisión y claridad, bajarlas a la altura de los espíritus que habríamos creído menos capaces de captarlas. Asimismo ha osado prestar a la filosofía los adornos que parecían serle más extraños y de que la filosofía, al parecer, debía privarse más severamente; y este atrevimiento ha sido justificado por el éxito más amplio y lisonjero. Pero, como todos los escritores originales, dejó muy atrás a los que creyeron poder imitarlo.

El autor de la *Historia natural* siguió diferente camino. Rival

de Platón y de Lucrecio, ha esparcido en su obra, cuya reputación crece de día en día, esa nobleza y elevación de estilo que son tan propios de las materias filosóficas y que deben ser, en los escritos del sabio, la pintura de su alma.

Con todo la filosofía, pensando en agradar, parece no haber olvidado que ha sido hecha principalmente para instruír; por esta razón la afición a los sistemas, que son más apropiados para lisonjear la imaginación que para ilustrar la razón, está hoy casi completamente desterrada de las buenas obras. Uno de nuestros mejores filósofos parece haberle dado el golpe de gracia.[1] El espíritu de hipótesis y de conjetura podía ser muy útil en otro tiempo y hasta había sido necesario para el renacimiento de la filosofía; porque entonces se trataba menos de pensar bien que de aprender a pensar por cuenta propia. Pero los tiempos han cambiado, y el escritor que hiciera entre nosotros el elogio de los sistemas llegaría demasiado tarde. Las ventajas que ese espíritu puede procurar ahora están en número demasiado pequeño para equilibrar los inconvenientes que resultan de ello; y si se pretende probar la utilidad de los sistemas por un número pequeñísimo de descubrimientos que ocasionaron en otra época, de la misma manera se podría aconsejar a nuestros geómetras que se aplicaran a la cuadratura del círculo, porque los esfuerzos de muchos matemáticos por encontrarla nos han producido algunos teoremas. El espíritu de los sistemas es en la física lo que la metafísica en la geometría: si a veces es necesario para ponernos en el camino de la verdad, casi siempre es incapaz de conducirnos por él. Iluminado por la observación de la naturaleza, puede entrever las causas de los fenómenos; pero corresponde al cálculo asegurar, por decirlo así, la existencia de esas causas, determinando exactamente los efectos que pueden producir, y comparando esos efectos con los que la experiencia nos descubre. Toda hipótesis desprovista de tal socorro adquiere raramente ese grado de certidumbre que se debe buscar siempre en las ciencias naturales y que, no obstante, se encuentra tan poco en esas conjeturas frívolas que se honran con el nombre de sistemas. Si no pudiera haberlos más que de esta especie, el principal mérito del físico sería,

---

1 El abate de Condillac, de la Real Academia de Ciencias de Prusia, en su *Tratado de los sistemas.*

propiamente hablando, tener el espíritu de sistema, y no construírlos jamás. Con respecto al uso de sistemas en las otras ciencias, mil experiencias prueban qué peligroso es.

La física está, pues, únicamente limitada a las observaciones y los cálculos; la medicina, a la historia del cuerpo humano, de sus enfermedades y de los remedios; la historia natural a la descripción detallada de los vegetales, los animales y los minerales; la química, a la composición y la descomposición experimental de los cuerpos; en una palabra, todas las ciencias, encerradas en los hechos tanto como les es posible, y en las consecuencias que se pueden deducir de los hechos, no conceden nada a la opinión, salvo cuando se ven forzadas a hacerlo. No digo nada de la geometría, la astronomía y la mecánica, destinadas por su naturaleza a perfeccionarse más y más.

Abusamos de las mejores cosas. Este espíritu filosófico, tan a la moda hoy, que quiere verlo todo y no suponer nada, se ha extendido hasta las bellas letras; se sostiene que es nocivo para su progreso, y es difícil disimularlo. Inclinada nuestra época a la combinación y el análisis, parece querer introducir las discusiones frías y didácticas en las cosas del sentimiento. No se trata de que las pasiones y el gusto no tengan una lógica que les pertenece: pero esta lógica tiene principios totalmente diferentes de los de la lógica ordinaria: esos principios es menester discernirlos en nosotros y de esto, hay que declararlo, es poco capaz una filosofía común. Entregada enteramente al examen de las percepciones tranquilas del alma, le es mucho más fácil distinguir los matices de aquellas percepciones que los de nuestras pasiones o, en general, de los sentimientos vivos que nos afectan. ¿Y cómo no ha de ser difícil analizar con justeza esta clase de sentimientos, si por un lado es preciso entregarse a ellos para conocerlos y, por el otro, el momento en que el alma está afectada por ellos es el menos adecuado para estudiarlos? Sin embargo, es menester convenir en que ese espíritu de discusión ha contribuido a liberar nuestra literatura de la ciega admiración por los antiguos: nos ha enseñado a estimar en ellos las bellezas que nos vemos obligados a admirar en los modernos. Pero también a la misma fuente, debemos, quizá, no sé qué metafísica del corazón, que se ha apoderado de nuestros teatros. Si no es preciso desterrarla enteramente, todavia es menos necesario dejarla reinar allí. Esa anatomía del alma se ha insinuado hasta en nuestras conversaciones:

se diserta, ya no se habla; y nuestras reuniones han perdido sus principales atractivos, el calor y la alegría.

No nos sorprenda, pues, que las obras del espíritu, en nuestro tiempo, sean inferiores, en general, a las del siglo precedente. Asimismo se puede encontrar la razón de todo ello en los esfuerzos que hacemos para sobrepasar a nuestros predecesores. El buen gusto y el arte de escribir hacen progresos rápidos en poco tiempo, una vez que la ruta verdadera está abierta. Apenas un gran genio entrevé lo bello, lo percibe en toda su amplitud; y la imitación de la bella naturaleza parece reducida a límites ciertos que una generación, o a lo sumo dos, han alcanzado pronto: a la generación siguiente sólo le resta imitar. Pero no se contenta con esa tarea; las riquezas que ha adquirido autorizan el deseo de acrecentarlas; quiere agregar algo a lo que ha recibido y marra el tiro, con el propósito de mejorar lo ya alcanzado. Tenemos, pues, a un tiempo, principios más numerosos para juzgar bien, mayores luces, muchos y buenos jueces y menos obras buenas; nunca se dice de un libro que es bueno, sino que es el libro de un hombre de aguda inteligencia (d'un homme d'esprit). Así, el siglo de Demetrio Faléreo ha sucedido inmediatamente al de Demóstenes, el siglo de Lucano y de Séneca al de Cicerón y Virgilio, y el nuestro al de Luis XIV.

Sólo hablo aquí de la época en general, pues estoy muy lejos de satirizar a algunos hombres de raro mérito con quienes convivimos. La constitución física del mundo literario entraña, como la del mundo material, revoluciones forzosas, de las que sería tan injusto lamentarse como del cambio de las estaciones. Por otra parte, así como debemos a la edad de Plinio las obras admirables de Quintiliano y de Tácito, que la generación precedente tal vez no habría estado en situación de producir, la nuestra dejará a la posteridad monumentos de que tiene derecho de gloriarse. Un poeta célebre por sus talentos y sus desgracias ha sobrepujado a Malherbe en sus *Odas* y a Marot en sus *Epigramas* y en sus *Epístolas*. Hemos visto surgir el único poema épico que Francia pueda oponer a los de los griegos, los romanos, los italianos, los ingleses y los españoles. Dos hombres ilustres, respecto de los cuales nuestra nación parece dividida, aunque la posteridad sabrá poner en su lugar a cada uno, se disputan la gloria del coturno, y sus tragedias se ven con placer extremo aun después de las de Corneille y Racine. Uno de esos dos hombres, el mis-

mo a quien debemos la *Henríada*, seguro de lograr entre el cortísimo número de grandes poetas un lugar distinguido y propio, posee al mismo tiempo en el más alto grado un talento que no ha tenido casi ningún poeta, ni siquiera en grado menor: el de escribir en prosa. Nadie ha conocido mejor el arte insigne de expresar sin esfuerzo cada idea mediante el término que le es propio; de embellecer todo sin equivocarse acerca del colorido propio de cada cosa; en fin, lo que caracteriza a los grandes escritores mucho más de lo que se piensa, no estar nunca ni por encima ni por debajo de su tema. Su ensayo sobre el siglo de Luis XIV es un trozo tanto más precioso cuanto que el autor no tenía en ese género ningún modelo ni entre los antiguos ni entre nosotros. Su historia de Carlos XII, por la fluidez y la nobleza del estilo, es digna del héroe que tenía que pintar; sus piezas ocasionales, superiores a todas aquellas que estimamos más, bastarían para inmortalizar a muchos escritores, por su número y por su mérito. ¡Que no pueda yo, recordando aquí sus numerosas y admirables obras, pagar a este genio excepcional el tributo de alabanzas que merece, que tantas veces ha recibido de sus compatriotas, de los extranjeros, y de sus enemigos, y a quien la posteridad pondrá en la cima cuando ya no podrá gozar de ello!

No están ahí nuestras únicas riquezas. Un escritor sesudo, tan buen ciudadano como gran filósofo, nos ha dado sobre los principios de las leyes una obra desacreditada por algunos franceses y estimada por toda Europa. Excelentes autores han escrito historia; espíritus justos e ilustrados han profundizado en ella; la comedia ha adquirido un género nuevo, que nos equivocaríamos al rechazar, porque de él resulta un placer más y que no ha sido tan desconocido de los antiguos como se nos querría persuadir; en fin, tenemos muchas novelas que nos impiden echar de menos las del siglo pasado.

Las bellas artes no son menos honradas en nuestra nación. Si he de creer a los aficionados ilustrados, nuestra escuela de pintura es la primera de Europa, y muchas obras de nuestros escultores no habrían sido desaprobadas por los antiguos. De todas esas artes la música es, quizá, la que ha hecho mayores progresos entre nosotros desde hace quince años. Gracias a los trabajos de un genio viril, osado y fecundo, los extranjeros que no podían soportar nuestras sinfonías comienzan a gustarlas y los franceses parecen al fin persuadidos de que Lulli había dejado mucho por hacer en ese gé-

nero. Rameau, impulsando la práctica de su arte a un alto grado de perfección, ha llegado a ser a un tiempo el modelo y el objeto de la envidia de gran número de artistas, que lo desacreditan mientras se esfuerzan por imitarlo. Pero lo que lo distingue más particularmente es haber reflexionado con mucho éxito sobre la teoría de ese mismo arte; haber sabido encontrar en la base fundamental el principio de la armonía y de la melodía; haber reducido por ese medio a leyes más seguras y más simples, una ciencia entregada antes de él a reglas arbitrarias o dictadas por una experiencia ciega. He cogido con solicitud la ocasión de celebrar a este artista filósofo, en un discurso destinado principalmente al elogio de grandes hombres. Su mérito, en el cual ha obligado a nuestra edad a convenir, será bien reconocido cuando el tiempo habrá hecho callar a la envidia, y su nombre, caro a la parte más ilustrada de nuestra nación, no puede herir a nadie aquí. Pero aunque deba disgustar a algunos pretendidos Mecenas, sería muy de lamentar que un filósofo no se permitiera decir la verdad, inclusive en materia de ciencias y de buen gusto.

Hé ahí los bienes que poseemos. ¡Qué idea no se tendrá de nuestros tesoros literarios, si unimos a las obras de tantos grandes hombres los trabajos de todas las asociaciones de sabios, destinadas a mantener el gusto de las ciencias y de las letras y a las que debemos tantos libros excelentes! Semejantes sociedades no pueden dejar de producir grandes ventajas en un Estado, con tal que, al multiplicarlas en exceso, no se facilite la entrada en ellas de un número demasiado grande de gente mediocre; que se destierre toda desigualdad que tienda a alejar o rechazar a los hombres hechos para ilustrar a los otros; que no se reconozca ahí otra superioridad que la del genio; que la consideración sea en ellas el premio del trabajo; en fin, que las recompensas vayan a buscar a los talentos y nunca les sean arrebatadas por la intriga. Porque es menester no equivocarse; se daña más el progreso del espíritu asignando mal las recompensas que suprimiéndolas. Declaremos también, en honra de las letras, que los sabios no siempre tienen necesidad de ser recompensados para multiplicarse. Testigo Inglaterra, a quien tanto deben las ciencias, sin que el gobierno haga nada por ellas. Es verdad que la nación las considera, hasta las respeta; y esta clase de recompensa, superior a todas las demás, es sin duda el medio más seguro de hacer florecer

las ciencias y las artes; porque el gobierno es quien da los cargos, y el público quien distribuye la estimación. El amor de las letras, que es un mérito entre nuestros vecinos, todavía no es, a la verdad, sino una moda entre nosotros y tal vez nunca será otra cosa; pero por más peligrosa que sea esta moda que produce, por un Mecenas ilustre, cien aficionados ignorantes y orgullosos, tal vez le somos deudores de no haber caído aún en la barbarie adonde una multitud de circunstancias tiende a precipitarnos.

Puede mirarse como una de las principales esta afición al falso ingenio (cet amour du faux bel esprit) que protege a la ignorancia, que se honra con ella y que la extenderá universalmente tarde o temprano. La ignorancia será el fruto y el término del mal gusto; añado que también será el remedio. Porque todo tiene revoluciones fijas y la oscuridad ha de terminar en un nuevo siglo de luz. Nos impresionará más la luz del día después de haber estado algún tiempo en las tinieblas. Éstas serán como una especie de anarquía, muy funesta por sí misma, pero útil a veces por sus consecuencias. Guardémonos, no obstante, de desear una revolución tan temible; la barbarie dura siglos, parece que ése es nuestro elemento; la razón y el buen gusto no hacen más que pasar. Tal vez aquí se presentaría la oportunidad de rechazar los dardos que ha lanzado hace poco contra las ciencias y las artes, acusándolas de corromper las costumbres, un escritor elocuente y filósofo.[1] Nos sentaría mal ponernos de su parte en el comienzo de una obra como ésta; y el hombre de mérito de que hablamos parece haber dado su sufragio a nuestro trabajo por el celo y la eficacia con que ha concurrido a él. En absoluto le reprocharemos haber confundido la cultura del espíritu con el abuso que se pueda hacer de ella; nos responderá sin duda que ese abuso es inseparable de la cultura; pero nosotros le rogaremos que examine si la mayoría de los males que atribuye a las ciencias y las artes no son debidos a causas muy diferentes, cuya enumeración sería tan larga como delicada. Las

---

1 Rousseau, de Ginebra, autor de la parte de la *Enciclopedia* que concierne a la música, y de la cual esperamos que el público quedará muy satisfecho, ha compuesto un Discurso, muy elocuente, para probar que el restablecimiento de las ciencias y las artes ha corrompido las costumbres. Ese Discurso fué coronado con los más grandes elogios, en 1750, por la Academia de Dijon; ha sido impreso en París a comienzos de este año 1751, y ha logrado mucha honra a su autor.

letras contribuyen seguramente a volver más amable la sociedad; sería difícil probar que los hombres llegan a ser mejores y la virtud más común; pero es un privilegio que se puede discutir a la misma moral. Y para decir más aún ¿habría que proscribir las leyes, porque su nombre sirve de abrigo a algunos crímenes cuyos autores serían castigados en una república de salvajes? En fin, aunque suscribiéramos aquí, en desmedro de los conocimientos humanos, una declaración de la que mucho distamos, nos hallamos aun más lejos de creer que se ganaría destruyéndolos: nos quedarían los vicios y tendríamos además la ignorancia.

Terminamos esta historia de las ciencias señalando que las diferentes formas de gobierno, que tanto influyen sobre los espíritus y sobre el cultivo de las letras, determinan también las clases de conocimientos que deben florecer principalmente, cada uno de los cuales tiene su mérito particular. En general, debe haber en una república más oradores, historiadores y filósofos; y en una monarquía más poetas, teólogos y geómetras. Esta regla, con todo, no es tan absoluta, que no pueda ser alterada y modificada por una infinidad de causas.

Después de las reflexiones y los propósitos generales que hemos creído debíamos poner al comienzo de esta Enciclopedia, es el momento de instruír más particularmente al público sobre la obra que le presentamos. Habiendo sido recibido con los más grandes elogios de toda Europa el *Prospecto* ya publicado con este objeto, y cuyo autor es mi colega Diderot, en su nombre voy a ponerlo aquí de nuevo ante los ojos del público, con los cambios y las adiciones que a ambos nos han parecido convenientes.

No se puede discrepar en que, desde la renovación de las letras entre nosotros, se debe en parte a los diccionarios las luces generales que se han difundido en la sociedad, y ese germen de ciencia que dispone insensiblemente los espíritus a conocimientos más profundos. La evidente utilidad de esa clase de obras las ha vuelto tan comunes, que más bien corresponde hoy justificarlas que elogiarlas. Se pretende que, multiplicando los auxilios y la facilidad de instruírse, con-

tribuyeron ellas a atenuar el gusto del trabajo y el estudio. En cuanto a nosotros, creemos estar bien fundados al sostener que nuestra pereza y la decadencia del buen gusto deben atribuirse a la manía del ingenio (la manie du bel esprit) y al abuso de la filosofía, más bien que a la multitud de diccionarios. Esa clase de colecciones pueden servir, a lo más, para dar algunas luces a quienes no habrían tenido el valor de procurárselas sin tal socorro; pero nunca ocuparán el lugar de los libros para quienes traten de instruírse; los diccionarios, por su misma forma, sólo son adecuados para que se los consulte, y rechazan toda lectura continuada. Cuando nos enteremos de que un hombre de letras, deseando estudiar a fondo historia, ha elegido con tal objeto el Diccionario de Moreri, estaremos de acuerdo con el reproche que se les quiere hacer. Tal vez tendríamos mayor razón atribuyendo el pretendido abuso, de que algunos se lamentan, a la multiplicación de los métodos, elementos, compendios y bibliotecas, si no estuviéramos persuadidos de que nunca se han de facilitar demasiado los medios de instruírse. Se abreviarían aun más esos medios reduciendo a algunos volúmenes todo cuanto han descubierto los hombres hasta nuestros días, en las ciencias y en las artes. Tal proyecto, que incluiría también los hechos históricos realmente útiles, no sería quizá imposible de ejecutar, por lo menos sería de desear que se lo intentara. Nosotros no pretendemos hoy sino esbozarlo. Nos desembarazaría al fin de tantos libros cuyos autores no han hecho más que copiarse unos a otros. Lo que debe tranquilizarnos contra la sátira de los diccionarios es que podría hacérseles el mismo reproche a los periodistas más estimables, con un fundamento también poco sólido. ¿No es su objeto, esencialmente, exponer en resumen la luz que nuestro siglo añade a las luces de los siglos precedentes, enseñar a pasarse sin los originales, y arrancar, por consiguiente, esas espinas que nuestros adversarios querrían que se dejaran? ¡Cuántas lecturas inútiles nos ahorraríamos mediante buenos extractos!

Hemos creído, pues, que era importante tener un diccionario que se pudiera consultar sobre todas las materias de las artes y las ciencias, y que sirviera tanto para guiar a los que se sienten capaces de trabajar por la instrucción de los demás, como para ilustrar a los que sólo se instruyen a sí mismos.

Hasta ahora nadie había concebido una obra tan grande o, por lo menos, nadie la había ejecutado. Leibniz, de todos los sabios el más

capaz de sentir las dificultades de tal empresa, deseaba que se las venciera. Sin embargo había enciclopedias; y Leibniz no lo ignoraba cuando reclamaba una.

La mayoría de esas obras aparecieron antes del siglo pasado, y no fueron enteramente menospreciadas. Se estaba de acuerdo en que, si no manifestaban mucho genio, demostraban al menos trabajo y conocimientos. ¿Pero qué valen para nosotros esas enciclopedias? ¿Cuánto progreso no se ha hecho a partir de entonces en las ciencias y las artes? ¿Cuántas verdades descubiertas hoy, ni siquiera se entreveían entonces? La verdadera filosofía estaba en la cuna; la geometría del infinito no existía aún; la física experimental apenas despuntaba; no había dialéctica; las leyes de la sana crítica eran enteramente ignoradas. Los autores célebres en todos los géneros, de que hemos hablado en este Discurso, y sus ilustres discípulos o no existían o no habían escrito aún. El espíritu de investigación y de emulación no animaba a los sabios; otro espíritu menos fecundo tal vez, pero más raro, el de justeza y método no dominaba aún las diferentes partes de la literatura; y las academias, cuyos trabajos tanto han estimulado las ciencias y las artes, aún no estaban instituídas.

Si los descubrimientos de los grandes hombres y de las asociaciones de sabios de que acabamos de hablar ofrecieron después poderosos auxilios para formar un diccionario enciclopédico, es preciso declarar también que el aumento prodigioso de las materias volvió tal obra mucho más difícil, en otros aspectos. Pero no nos corresponde juzgar si los sucesores de los primeros enciclopedistas han sido audaces o presuntuosos; dejaríamos que gozaran todos de su reputación, sin exceptuar a Efraím Chambers, el más conocido de todos, si no tuviéramos motivos particulares para pesar el mérito de éste.

La Enciclopedia de Chambers, de la cual se ha publicado en Londres gran número de ediciones sucesivas, esa Enciclopedia que acaba de ser traducida al italiano y que merece, lo testimoniamos, los honores que se le rinden en Inglaterra y en el extranjero, tal vez nunca habría sido hecha, si no hubiéramos tenido en nuestra lengua, antes que apareciera en inglés, obras en las que Chambers apuró, sin tasa y sin selección, la mayor parte de las cosas con las que compuso su Diccionario. ¿Qué habrían pensado, pues, los franceses de una traducción pura y simple de aquel diccionario? Habría provocado la indignación de los sabios y el clamor del público, al que se habrían

presentado, bajo un título fastuoso y nuevo, riquezas que posee desde hace mucho tiempo.

De ninguna manera rehusamos a aquel autor la justicia que se le debe: ha advertido el valor del orden enciclopédico o de la cadena por la cual podemos descender, sin interrupción, desde los primeros principios de una ciencia o de un arte hasta sus consecuencias más lejanas, y remontarnos desde las más lejanas consecuencias hasta los primeros principios, pasar imperceptiblemente de una ciencia o arte a otra y recorrer sin extraviarnos el circuito del mundo literario. Estamos de acuerdo con Chambers en que el plan y el propósito de su Diccionario son excelentes y en que, si la ejecución hubiera sido llevada a un cierto grado de perfección, contribuiría él solo a los progresos de la verdadera ciencia más que la mitad de los libros conocidos en conjunto. Mas, a pesar de todos los beneficios que debemos a ese autor y la utilidad considerable que hemos obtenido de su trabajo, no hemos podido menos de advertir que quedaba mucho por agregar. En efecto, ¿es concebible que todo lo que concierne a las ciencias y las artes pueda ser encerrado en dos volúmenes *in folio*? La nomenclatura sola de materia tan extensa daría un volumen, si estuviera completa. ¿Cómo no ha de haber en su obra, pues, artículos omitidos o truncados?

No son conjeturas. Hemos revisado con nuestros propios ojos la traducción entera de Chambers y hemos hallado que falta una multitud prodigiosa de cosas deseables, en las ciencias; en las artes liberales, una palabra donde se necesitaban páginas; y en las artes mecánicas, todo está por completar. Chambers ha leído libros, pero ha visto poco a los artistas; sin embargo, muchas cosas sólo se aprenden en los talleres. Además, las omisiones tienen aquí un sentido diferente de las de otras obras. Un artículo omitido en un diccionario común sólo lo vuelve imperfecto. En una enciclopedia, rompe el encadenamiento y daña a la forma y al fondo; y ha sido menester todo el arte de Efraím Chambers para paliar tal defecto.

Pero, sin extendernos más acerca de la Enciclopedia inglesa, anunciamos que la obra de Chambers no es la única base sobre la cual hemos construido; que hemos rehecho gran número de sus artículos; que no hemos empleado casi ninguno de los otros sin adición, corrección o supresión y que Chambers entra, simplemente, en el grupo de los autores que hemos consultado particularmente. Los elogios que

se tributaron hace seis años al simple proyecto de traducción de la Enciclopedia inglesa habrían sido para nosotros motivo suficiente para haber recurrido a esa Enciclopedia, en la medida en que no menoscabara la bondad de nuestra obra.

La parte matemática, según nos pareció, es la que más merecía ser conservada; mas por los considerables cambios hechos, se juzgará de la necesidad que tienen, esta parte y las otras, de una exacta revisión.

El primer punto en que nos hemos apartado del autor inglés es el árbol genealógico de las ciencias y las artes que ha compuesto, y que hemos creído debíamos sustituir por otro. Esta parte de nuestro trabajo ha sido suficientemente desarrollada más arriba. Presenta a nuestros lectores el boceto de una obra que sólo puede ejecutarse en muchos volúmenes *in folio,* y que debe contener un día todos los conocimientos humanos.

Ante materia tan extensa, nadie dejará de hacer con nosotros la siguiente reflexión. La experiencia diaria nos enseña demasiado qué difícil es, a un autor, tratar profundamente la ciencia o el arte de que ha hecho el estudio particular de toda su vida. ¿Qué hombre, pues, puede ser lo bastante osado y corto de entendimiento para emprender la tarea de tratar él solo de todas las ciencias y las artes?

De ahí hemos inferido que, para sostener un peso tan grande como el que tendríamos que llevar, era necesario compartirlo; e inmediatamente dirigimos nuestra mirada hacia un número suficiente de sabios y artistas: artistas hábiles y conocidos por sus talentos; sabios ejercitados en las materias particulares que se iban a confiar a su trabajo. Hemos distribuído a cada uno la parte que le convenía; algunos ya poseían la suya antes que nos encargáramos de esta obra. El público conocerá en seguida sus nombres y no tememos que nos los reproche. Así, ocupándose cada uno en lo que entendía, ha estado en situación de juzgar sanamente de lo que han escrito los antiguos y los modernos, y de agregar, a los recursos que ha sacado de ellos, conocimientos bebidos en su propio caudal. Nadie se ha metido en terreno ajeno, ni ha escrito de lo que no ha aprendido; y hemos tenido mejor método, mayor certidumbre, extensión y detalle que los que pueden advertirse en la mayoría de los lexicógrafos. Es verdad que ese plan redujo a poca cosa el mérito del Editor; pero agregó mucho a la perfección de la obra; y siempre juzgaremos haber

adquirido suficiente gloria, si el público queda satisfecho. En una palabra, cada uno de nuestros colegas hizo un diccionario de la parte en la cual se ocupó, y nosotros pusimos juntos todos esos diccionarios en uno.

Creemos haber tenido buenas razones para seguir, en esta obra, el orden alfabético. Nos ha parecido más cómodo y más fácil para nuestros lectores que, deseando instruírse acerca del significado de una palabra, la encontrarán más fácilmente en un diccionario alfabético que en cualquier otro. Si hubiéramos tratado todas las ciencias separadamente, haciendo de cada una un diccionario particular, no sólo habría tenido lugar en esa nueva ordenación el pretendido desorden de la sucesión alfabética, sino que tal método habría estado sujeto a considerables inconvenientes, por el gran número de palabras comunes a diferentes ciencias, y habría sido menester repetirlas muchas veces o situarlas al azar. Por otra parte, si hubiéramos tratado de cada ciencia separadamente y en un discurso continuo, conforme al orden de las ideas, y no al de las palabras, la forma de esta obra habría sido aun menos cómoda para la mayoría de nuestros lectores, que no habrían encontrado nada sin dificultad; el orden enciclopédico de las ciencias y las artes habría ganado poco; y el orden enciclopédico de las palabras, o más bien de los objetos por los cuales las ciencias se comunican y se tocan, habría perdido infinitamente. Por el contrario, nada más fácil que satisfacer uno y otro en el plan que hemos seguido: el cual detallamos arriba. Por lo demás, si la cuestión hubiera sido hacer de cada ciencia y cada arte un tratado particular en la forma ordinaria, y unir solamente esos diferentes tratados bajo el título de enciclopedia, habría sido mucho más difícil reunir para esta obra un número tan grande de personas; la mayoría de nuestros colegas, sin duda, hubieran preferido dar separadamente su obra, en vez de verla confundida con muchas otras. Además, siguiendo este último plan, habríamos estado obligados a renunciar casi enteramente al uso que hemos querido hacer de la Enciclopedia inglesa, impulsados tanto por la reputación de esta obra como por el antiguo *Prospecto,* aprobado por el público, y al cual deseábamos conformarnos. La traducción entera de esa Enciclopedia nos ha sido entregada por los libreros que habían emprendido la tarea de publicarla; la hemos distribuído a nuestros colegas que han preferido encargarse de reverla, corregirla, aumentarla, más bien que comenzar

sin tener algunos materiales preparatorios. Es verdad que una gran parte de esos materiales les ha sido inútil, pero al menos sirvió para hacerles emprender de mejor gana el trabajo que de ellos se esperaba; trabajo al que muchos se habrían rehusado, tal vez, si hubieran previsto los desvelos que debía costarles. Por lo demás, algunos de esos sabios, en posesión de su parte mucho tiempo antes que nosotros fuéramos editores, la tenían ya muy adelantada según el antiguo proyecto del orden alfabético; por consiguiente, nos habría sido imposible cambiar ese proyecto, aunque hubiéramos estado menos dispuestos a aprobarlo. Sabíamos, en fin, o al menos estábamos en situación de creer, que no se había hecho al autor inglés, nuestro modelo, objeción alguna sobre el orden alfabético al cual se había sujetado. Todo se unía, pues, para obligarnos a componer esta obra conforme a un plan que habríamos seguido por elección, si hubiéramos sido dueños de elegir.

La única operación de nuestro trabajo que supone alguna inteligencia, consiste en llenar los vacíos que separan dos ciencias o dos artes, y atar de nuevo la cadena en las ocasiones en que nuestros colegas, en ciertos artículos que parecían pertenecer igualmente a muchos, por descansar los unos sobre los otros, dejaron enteramente de escribirlos. Pero a fin de que la persona encargada de una parte no sea responsable de las faltas que puedan deslizarse en los trozos agregados, hemos tenido el cuidado de distinguir esos trozos con un asterisco. Mantendremos exactamente la palabra dada: el trabajo ajeno será sagrado para nosotros y no dejaremos de consultar al autor, si sucede, en el curso de la edición, que su obra nos parezca demandar algún cambio considerable.

Las diferentes manos que hemos empleado han puesto en cada artículo el sello de su estilo personal, así como el estilo propio de la materia y el objeto de esa parte. Un procedimiento químico no tendrá el mismo tono que la descripción de las termas y los teatros antiguos; ni la maniobra de un cerrajero será expuesta como las inquisiciones de un teólogo sobre un punto de dogma o de disciplina. Cada cosa tiene su colorido, y sería confundir los géneros reducirlos a cierta uniformidad. La pureza de estilo, la claridad y la precisión son las únicas cualidades que pueden ser comunes a todos los artículos, y esperamos que se las notará en todos. Permitirse más sería exponernos a la monotonía y el disgusto que son casi inseparables de

las obras extensas y que la extrema variedad de las materias debe impedir en ésta.

Hemos dicho bastante para instruír al público acerca de la naturaleza de una empresa en la que ha parecido interesarse; de las ventajas generales que resultarán de ella si está bien ejecutada; del resultado bueno o malo de los que la intentaron antes que nosotros; de la extensión de su objeto; del orden al que nos hemos sometido; de la distribución que se ha hecho de cada parte y de nuestra función de editores. Vamos a pasar ahora a los principales detalles de la ejecución.

Toda la materia de la *Enciclopedia* puede reducirse a tres capítulos: las ciencias, las artes liberales y las artes mecánicas. Comenzaremos por lo que concierne a las ciencias y las artes liberales y terminaremos por las artes mecánicas.

Mucho se ha escrito sobre las ciencias. Los tratados sobre las artes liberales se han multiplicado infinitamente: la república de las letras está inundada de ellos. Pero ¡qué pocos dan los verdaderos principios! ¡Cuántos los sofocan en una afluencia de palabras, o los pierden en medio de afectadas tinieblas! ¡Cuántos hay de imponente autoridad, en los cuales un error, situado junto a una verdad, o la desacredita o se acredita a si mismo a favor de tal vecindad. Sin duda habría sido preferible escribir menos y escribir mejor.

De todos los escritores se ha dado la preferencia a los generalmente reconocidos como los mejores. Los principios se han sacado de ahí. A su exposición clara y precisa se han añadido ejemplos o autoridades constantemente aceptadas. La práctica común es remitir a las fuentes o citar de una manera vaga, a menudo infiel, y casi siempre confusa; de suerte que en las diferentes partes de que se compone un artículo, no se sabe exactamente qué autor debe ser consultado a propósito de tal o cual punto, o si hay que consultarlos a todos, lo que vuelve larga y dificultosa la verificación. Nos hemos aplicado a evitar este inconveniente, en la medida de lo posible, citando en el cuerpo mismo de los artículos a los autores en cuyo testimonio nos hemos apoyado; transcribiendo su propio texto cuando es necesario; comparando siempre las opiniones; sopesando las razones; proponiendo medios de dudar o de salir de dudas; aun decidiendo algunas veces; destruyendo los errores y los prejuicios en la medida de nuestras posibilidades; y tratando, sobre todo, de no mul-

tiplicarlos y perpetuarlos, al proteger sin examen criterios rechazados o al proscribir sin razón opiniones aceptadas. No temimos extendernos cuando lo demandaban el interés de la verdad y la importancia de la materia, sacrificando el agrado siempre que no podía acordarse con la instrucción.

Haremos aquí una advertencia importante sobre las definiciones. En los artículos generales de las ciencias nos hemos conformado al uso constantemente aceptado en los diccionarios y en las demás obras, que quiere que se comience por dar la definición, al tratar de una ciencia. La hemos dado nosotros también, la más simple y la más corta que nos ha sido posible. Pero no debe creerse que la definición de una ciencia, sobre todo de una ciencia abstracta, pueda dar una idea de ella a los que no están, por lo menos, iniciados. En efecto, ¿qué es una ciencia sino un sistema de reglas o de hechos relativos a un cierto objeto?; ¿y cómo puede darse la idea de ese sistema a alguien que sea absolutamente ignorante de lo que el sistema encierra? Cuando se dice de la aritmética que es la ciencia de las propiedades de los números, ¿la hacemos conocer, a quien no la sabe, mejor de lo que haríamos conocer la piedra filosofal diciendo que es el secreto de hacer oro? La definición de una ciencia consiste propiamente en la exposición detallada de las cosas en que esa ciencia se ocupa, como la definición de un cuerpo es la descripción detallada de ese mismo cuerpo. Nos parece, según ese principio, que lo que se llama definición de cada ciencia estaría mejor colocado al final que al comienzo del libro que trata de ella; sería entonces el resultado, extremadamente reducido, de todas las nociones que se habrían adquirido. Por lo demás, ¿qué contienen esas definiciones, en su mayoría, sino expresiones vagas y abstractas cuya noción es a menudo más difícil de fijar que la noción de la ciencia misma? Tales son las palabras *ciencia, número* y *propiedad* en la citada definición de la aritmética. Los términos generales son necesarios, sin duda, y hemos visto en este *Discurso* cuál es su utilidad; pero podríamos definirlos como un forzado abuso de signos, y la mayoría de las definiciones como un abuso, a veces voluntario, a veces forzoso, de términos generales. Por lo demás, lo repetimos, en este punto nos hemos conformado al uso, porque no nos corresponde cambiarlo y porque la forma misma de este diccionario nos lo impedía. Pero aun tratando con miramien-

tos los prejuicios, de ningún modo hemos temido exponer ideas que creemos sanas.

Continuemos informando acerca de nuestra obra.

El imperio de las ciencias y las artes es un mundo alejado del vulgar, donde todos los días se hacen descubrimientos, pero de los cuales se obtienen muchos relatos fabulosos. Era importante determinar los verdaderos y prevenir acerca de los falsos; fijar puntos de partida y facilitar así la búsqueda de lo que resta encontrar. No se citan hechos, no se comparan experiencias, no se imaginan métodos sino para incitar al genio a abrirse rutas ignoradas y a avanzar hacia descubrimientos nuevos, considerando como primer paso aquel con que han terminado su carrera los grandes hombres.

También nos hemos propuesto la finalidad de aliar a los principios de las ciencias y las artes liberales la historia de su origen y de sus progresos sucesivos; y si la hemos alcanzado, los hombres cultos no se ocuparán ya en buscar qué se sabía antes de ellos. Será fácil distinguir, en las producciones venideras sobre las ciencias y las artes liberales, lo que los inventores han sacado de su propio caudal de lo que han tomado de sus predecesores; se apreciarán los trabajos; y esos hombres ávidos de reputación y desprovistos de genio, que publican osadamente viejos sistemas como si fueran ideas nuevas, pronto serán desenmascarados. Pero, para lograr estos beneficios fué menester dar a cada materia una extensión conveniente, insistir sobre lo esencial, descuidar las minucias, y evitar un defecto bastante común: el de machacar sobre un asunto que sólo demanda una palabra, probar lo que no se discute y comentar lo que está claro. No hemos ahorrado ni prodigado las aclaraciones. Se juzgará que eran necesarias donde se han puesto y que habrían sido superfluas donde no se las halle. También nos hemos cuidado mucho de acumular pruebas donde creíamos que bastaba un solo razonamiento sólido, y únicamente las hemos multiplicado en las ocasiones en que la fuerza del razonamiento dependía del número y el acuerdo de las pruebas.

Los artículos concernientes a los elementos de las ciencias han sido trabajados con todo el esmero posible: son, en efecto, la base y el fundamento de los demás. Por tal razón, los elementos de una ciencia sólo pueden ser bien expuestos por aquellos que han avanzado mucho más allá; pues encierran el sistema de los principios generales que abarcan las diferentes partes de la ciencia; y para co-

nocer la manera más favorable de presentar esos principios, es menester haber hecho una aplicación muy extensa y variada de ellos.

Hé ahí todas las precauciones que debíamos tomar. Hé aquí las riquezas con que podiamos contar. Pero nos llegaron inopinadamente otras que nuestra empresa debe a la buena fortuna: en primer lugar, manuscritos que nos han sido comunicados por aficionados, o proporcionados por sabios, entre los cuales nombraremos aquí a FORMEY, secretario perpetuo de la Real Academia de Ciencias y Literatura de Prusia. Este ilustre académico había meditado acerca de un diccionario parecido al nuestro; y, generosamente, nos entregó la parte considerable que ya había ejecutado, de la cual no dejaremos de rendirle honras; además debemos agregar las investigaciones y observaciones que cada artista o sabio encargado de una parte de nuestro diccionario guardaba en su gabinete, y que ha tenido a bien publicar por este camino. De este número serán casi todos los artículos de gramática general y particular. Creemos poder asegurar que ninguna obra conocida será tan rica ni tan instructiva como la nuestra en reglas y usos de la lengua francesa, y aun sobre la naturaleza, el origen, y la filosofía del lenguaje en general. Haremos partícipe al público, tanto en ciencias como en artes liberales, de muchos caudales literarios, de los cuales nunca, tal vez, habría tenido conocimiento.

Pero no contribuirá menos a la perfección de esas dos importantes ramas, la solícita ayuda que hemos recibido de todas partes: protección de los grandes, buena acogida y consejo de muchos sabios; bibliotecas públicas, gabinetes particulares, colecciones, portafolios, etc., todo nos ha sido abierto, tanto por los que cultivan las letras como por los que les tienen amor. Un poco de habilidad y muchos gastos han procurado lo que no se pudo obtener de la mera benevolencia; y las recompensas casi siempre apaciguaron las inquietudes reales o las alarmas simuladas de aquellos a quienes debíamos consultar.

Somos principalmente sensibles a la gratitud que debemos al abate SALLIER, Conservador de la Biblioteca Real. Con la cortesía que le es propia, y que aumentaba todavía su gusto de favorecer una importante empresa, nos ha permitido elegir, en el rico fondo de que es depositario, todo cuanto podía esparcir luz o agrado en nuestra *Enciclopedia*. Se justifica, podríamos decir que se honra la elección

del Príncipe, cuando se sabe cumplir así sus intenciones. Las ciencias y las bellas artes, en efecto, nunca cooperarán demasiado para ilustrar con sus producciones el reinado del soberano que las protege. En cuanto a nosotros, espectadores e historiadores de sus progresos, sólo nos ocuparemos en trasmitirlas a la posteridad. Diga la posteridad, al abrir nuestro diccionario: tal era entonces el estado de las ciencias y las bellas artes. Añada la posteridad sus propios descubrimientos a los que nosotros hemos registrado y avance la historia del espíritu humano y de sus producciones de edad en edad hasta los siglos más lejanos. Llegue a ser la *Enciclopedia* un santuario donde los conocimientos de los hombres estén al abrigo de los tiempos y las revoluciones. ¿No nos atribuiremos méritos excesivos por haber echado los cimientos? ¿Cuál no habría sido la ventaja de nuestros padres y de nosotros mismos, si los trabajos de los pueblos antiguos, egipcios, caldeos, griegos, romanos, etc. nos hubieran sido trasmitidos en una obra enciclopédica, en que al mismo tiempo estuvieran expuestos los verdaderos principios de sus lenguas? Hagamos, pues, para los siglos venideros lo que lamentamos que no hayan hecho para nosotros los siglos pasados. Nos atrevemos a decir que, si los antiguos hubieran compuesto una enciclopedia, como han ejecutado tantas grandes empresas, y se hubiera salvado ese único manuscrito de la famosa biblioteca de Alejandría, ese único manuscrito habría sido capaz de consolarnos de la pérdida de los demás.

Ya está dicho cuanto teníamos que exponer al público sobre las ciencias y las bellas artes. En cuanto a las arte mecánicas, no demandaron menos detalles ni menos cuidados. Nunca tal vez se encontraron tantas dificultades juntas y, para vencerlas, tan pocos auxilios en los libros. Se ha escrito demasiado sobre las ciencias; bueno no se ha escrito lo suficiente sobre la mayoría de las artes liberales; casi nada se ha escrito sobre las artes mecánicas; porque, lo poco que encontramos en algunos autores ¿qué es comparado con la extensión y la fecundidad del tema? Entre los que se han ocupado en el asunto, uno no estaba bastante instruído de lo que tenía que decir y ha tratado menos su materia que mostrado la necesidad de una obra mejor. Otro sólo ha tocado superficialmente el tema, tratándolo más bien como gramático y literato que como artesano. Un tercero es, en verdad, más informado y más del oficio, pero al mismo tiempo es tan breve, que las operaciones de los artistas y la descripción de

las máquinas, materia ella sola capaz de suministrar obras considerables, sólo ocupan una parte muy pequeña de la suya. Chambers casi no agregó nada a lo que tradujo de nuestros autores. Todo nos determinó, pues, a recurrir a operarios.

Nos dirigimos a los más hábiles de París y del reino; nos tomamos el trabajo de ir a sus talleres; interrogarlos; escribir a su dictado; desarrollar sus pensamientos; obtener los términos propios de sus profesiones, disponerlos metódicamente, definirlos; conversar con aquellos de quienes habíamos obtenido relaciones escritas; y (precaución casi indispensable) rectificar en largas y frecuentes conversaciones con unos, lo que otros habían explicado imperfecta, oscura y, a veces, inexactamente. Hay artistas que son, a un tiempo, hombres de letras, y podríamos citarlos aquí; pero su número sería muy corto. La mayoría de los que ejercen las artes mecánicas las han abrazado por necesidad y operan por instinto. Entre mil, apenas encontramos una docena en situación de expresarse con claridad acerca de los instrumentos que emplean, y las obras que fabrican. Hemos visto obreros que trabajan hace cuarenta años sin conocer nada de sus máquinas. Ha sido preciso ejercitar con ellos la función de que se gloriaba Sócrates, la función penosa y delicada de hacer alumbrar a los espíritus: *obstetrix animorum.*

Pero hay oficios tan singulares y obras manuales tan delicadas que, a menos de trabajar uno mismo, mover una máquina con las propias manos, y ver cómo se forma la obra ante los propios ojos, es difícil hablar de eso con precisión. Fué menester, pues, muchas veces procurarse las máquinas, construírlas, poner manos a la obra; hacerse aprendiz, por decirlo así, y realizar uno mismo malas obras para enseñar a los otros cómo se hacen las buenas.

Asi nos hemos convencido de la ignorancia en que estamos sobre la mayoría de los objetos de la vida, y de la dificultad de salir de esta ignorancia. De esta manera nos hemos puesto en situación de demostrar que el hombre de letras que más estudia su lengua no conoce la vigésima parte de las palabras; que aunque cada arte tiene su lenguaje, éste es aún muy imperfecto; que los operarios se entienden por la costumbre de conversar unos con otros y mucho más por el retorno de las circunstancias que por el uso de los términos. En un taller habla el momento, no el artista.

Hé aquí el método que se ha seguido para cada arte. Se ha tratado:

1º De la materia, de los lugares donde se encuentra, de la manera como se la prepara, de sus buenas y malas cualidades, de sus diferentes especies, de las operaciones por las que debe pasar, sea antes de emplearla, sea al trabajarla.

2º De las principales obras que se hacen con ella y de la manera de hacerlas.

3º Se ha dado el nombre, la descripción y la forma de los instrumentos y las máquinas, por piezas separadas y con las piezas reunidas; el corte de los moldes y otros instrumentos cuyo interior, perfiles, etc. es del caso conocer.

4º Se ha explicado y representado la mano de obra y las principales operaciones en una o muchas láminas donde a veces se ven las manos del artista, a veces al artista en acción, trabajando en la obra más importante de su arte.

5º Se han recogido y definido lo más exactamente posible los términos propios del arte.

Pero el poco hábito que tenemos de escribir y leer escritos sobre las artes vuelve las cosas difíciles de explicar de una manera inteligible. De ahí surge la necesidad de figuras. Se podría demostrar con mil ejemplos que un diccionario de definiciones puro y simple, por mejor hecho que esté, no puede suprimir las figuras, sin caer en definiciones obscuras o vagas. Con mayor razón, pues, era necesario a nuestra obra tal socorro. Un vistazo al objeto o a su representación dice más que una página de explicación.

Hemos enviado dibujantes a los talleres. Trazaron el bosquejo de las máquinas y los instrumentos. Nada se ha omitido de cuanto podía mostrarlos distintamente a los ojos. Cuando una máquina merecía ser descripta en detalle, por la importancia de su uso y por la multitud de sus partes, se ha pasado de lo simple a lo compuesto. Se ha comenzado por reunir en una primera figura tantos elementos como se pueden percibir sin confusión. En una segunda figura se ven los mismos elementos con algunos otros. De este modo se ha formado sucesivamente la máquina más complicada, sin ningún estorbo ni para el espíritu ni para los ojos. Es menester a veces remontarse del conocimiento de la obra al de la máquina y, otras veces, descender del conocimiento de la máquina al de la obra. Se encontrarán en

el artículo *Arte* algunas reflexiones sobre las ventajas de esos métodos y sobre las ocasiones en que conviene preferir uno u otro.

Hay nociones que son comunes a casi todos los hombres, que las tienen en el espíritu con mayor claridad que la que pueden recibir del discurso. Hay también objetos tan familiares, que sería ridículo trazar sus figuras. Las artes ofrecen otros objetos tan complejos, que se los representaría inútilmente. En los dos primeros casos, hemos supuesto que el lector no estaba enteramente desprovisto de buen sentido y de experiencia; y en el último, remitimos al objeto mismo. Hay en todo un justo medio y nos hemos esforzado para que no falte aquí. Una sola de las artes, de la cual se quisiera representarlo y decirlo todo, suministraría volúmenes de disertaciones y láminas. No terminaríamos más si nos propusiéramos dar, en figuras, todos los estados por que pasa un trozo de hierro antes de transformarse en aguja: siga el discurso, en buena hora, el procedimiento del artista hasta el último detalle; en cuanto a las figuras, las hemos limitado a los movimientos importantes del operario y a los momentos de la operación que son muy fáciles de pintar y muy difíciles de explicar. Nos hemos atenido a las circunstancias esenciales cuya representación, cuando está bien hecha, entraña necesariamente el conocimiento de las que no se ven. No hemos querido parecernos a quien hiciera fijar guías a cada paso de la ruta, por temor de que se pierdan los viajeros; basta con que las haya en los lugares donde estarían expuestos a extraviarse.

Por lo demás, la mano de obra hace al artista; de ningún modo puede aprenderse en los libros a trabajar con las manos. El artista sólo encontrará en nuestra obra maneras de ver que él, quizá, no habría tenido nunca y observaciones que no habría hecho sino después de muchos años de trabajo. Ofreceremos al lector estudioso, para satisfacer su curiosidad, lo que habría aprendido de un artista viéndolo operar, y al artista lo que sería de desear que él aprendiera del filósofo, para avanzar hacia la perfección.

Hemos distribuido las figuras y las láminas en las ciencias y las artes liberales según el mismo espíritu y la misma economía que en las artes mecánicas. Sin embargo, no hemos podido reducir el número de unas y otras a menos de seiscientas. Los dos volúmenes que formarán no serán la parte menos interesante de la obra, por el cuidado que tendremos de colocar, en el reverso de una lámina, la explicación

de la que esté enfrente, con remisiones a los lugares del diccionario con los que se relaciona cada figura. Abre un lector un volumen de láminas; ve una máquina que pica su curiosidad; es, si se quiere, un molino de polvo, de papel, de seda, de azúcar, etc.; leerá enfrente: figura 50, 51 ó 60, etc., molino de polvo, molino de azúcar, molino de papel, molino de seda, etc. y encontrará en seguida una explicación sucinta de esas máquinas con remisiones a los artículos polvo, papel, azúcar, seda, etc.

El grabado reproducirá a la perfección los dibujos, y esperamos que las láminas de nuestra *Enciclopedia* superen en belleza las del diccionario inglés, en la medida en que las superan en número. Chambers tiene treinta láminas; el antiguo proyecto prometía ciento veinte y nosotros daremos seiscientas, por lo menos. No es sorprendente que el camino se haya prolongado al andarlo: es inmenso y no nos jactamos de haberlo recorrido todo.

A pesar de los socorros y los trabajos de que acabamos de informar, declaramos sin dificultad, en nombre de nuestros colegas y en el nuestro, que siempre se nos encontrará dispuestos a convenir en nuestra insuficiencia y a aprovechar de las luces que nos sean proporcionadas. Las recibimos con reconocimiento y nos conformaremos a ellas con docilidad, tan persuadidos estamos de que la perfección última de una enciclopedia es obra de los siglos. Han sido menester siglos para comenzar; serán menester otros tantos para concluír: pero estamos satisfechos de haber contribuído a echar los fundamentos de una obra útil.

Tendremos siempre la satisfacción interior de no haber ahorrado nada para alcanzar el éxito; aportaremos una prueba: hay partes de las ciencias y las artes rehechas hasta tres veces. No podemos dejar de decir, en honor de los libreros asociados, que nunca han rehusado prestarse a lo que podía contribuir a perfeccionar la obra. Es preciso esperar que la conjunción de tan grande número de circunstancias, tales como las luces de los que han trabajado en la obra, los auxilios de las personas que se han interesado en ella y la emulación de los Editores y los Libreros, producirá un buen resultado.

De todo lo que precede se deduce que, en la obra que anunciamos, se ha tratado de las ciencias y las artes de una manera que no supone ningún conocimiento preliminar; se expone lo que importa saber de

cada materia; los artículos se explican los unos por los otros y, por consiguiente, la dificultad de la nomenclatura no estorba en ninguna parte. De donde inferimos que esta obra podrá, al menos algún día, hacer las veces de biblioteca de todos los géneros que interesan al hombre culto (à un homme du monde), y de todos los temas, excepto el suyo, para el sabio de profesión; desarrollará los verdaderos principios de las cosas; señalará sus relaciones; contribuirá a la certidumbre y a los progresos de los conocimientos humanos; y, multiplicando el número de los sabios verdaderos, de los artistas distinguidos y de los aficionados esclarecidos, repartirá nuevos beneficios en la sociedad.

Sólo nos resta nombrar a los sabios a quienes el público debe esta obra tanto como a nosotros. Seguiremos al nombrarlos, tanto como nos sea posible, el orden enciclopédico de las materias de que se han encargado. Hemos tomado este partido para que de ningún modo parezca que tratamos de asignar alguna distinción de rango ni de mérito entre ellos. Los artículos de cada uno serán designados en el cuerpo de la obra mediante letras particulares, cuya lista se hallará inmediatamente después de este *Discurso*.

Debemos la *historia natural* a DAUBENTON, doctor en medicina, de la Real Academia de Ciencias, conservador y enseñante del Gabinete de Historia Natural, colección inmensa, reunida con mucha inteligencia y cuidado, y que en manos tan hábiles no puede dejar de ser llevada al más alto grado de perfección. Daubenton es el digno colega de Buffon en la gran obra sobre la historia natural cuyos tres primeros volúmenes ya publicados han tenido sucesivamente tres ediciones rápidas, cuya continuación espera el público con impaciencia. Se ha publicado en el *Mercurio* de marzo de 1751 el artículo *Abeja*, que Daubenton ha escrito para la *Enciclopedia;* y el éxito general de este artículo nos ha comprometido a insertar en el segundo volumen del *Mercurio* de junio de 1751 el artículo *Ágata*. Se ha visto por este último que Daubenton enriquece la *Enciclopedia* con observaciones y puntos de vista nuevos e importantes en la parte que se le ha encargado, así como se advirtió en el artículo *Abeja* la precisión y claridad con que sabe presentar lo ya conocido.

La *teología* es de MALLET, doctor en teología de la Facultad de París, de la Casa y Sociedad de Navarra y profesor real de teología en París. A su saber y mérito, sin solicitación alguna de su parte, debe

su nombramiento en la cátedra que ocupa, lo cual no es elogio pequeño en el siglo en que vivimos. El abate Mallet es también el autor de todos los artículos de *historia antigua y moderna,* materia en la que es muy versado, como se verá pronto por la obra importante y curiosa que prepara en esa materia. Por lo demás, se observará que los artículos de *historia* de nuestra *Enciclopedia* no se extienden mucho en los nombres de reyes, sabios y pueblos que son el objeto particular del Diccionario de Moreri, y que casi habrían doblado el nuestro. Finalmente, debemos también al abate Mallet todos los artículos concernientes a la *poesía,* la *elocuencia,* y en general la *literatura.* Ha publicado ya en esta materia obras útiles y llenas de juiciosas reflexiones. Una es su *Ensayo sobre el estudio de las bellas letras* y la otra sus *Principios para la lectura de los poetas.* Por el detalle en que acabamos de entrar se ve qué útil ha sido el abate Mallet a esta gran obra, por la variedad de sus conocimientos y talentos, y cuántas deudas de gratitud tiene contraídas con él la *Enciclopedia:* nunca se las encarecerá demasiado.

La *gramática* es de DU MARSAIS, a quien basta nombrar.

La *metafísica,* la *lógica* y la *moral* son del abate YVON, metafísico profundo, y lo que es más raro aun, de extremada claridad. Podemos juzgarlo por los artículos de este primer volumen que le pertenecen; el abate PESTRÉ, digno de secundar al abate YVON, por su saber y su mérito, lo ha ayudado en muchos artículos de moral. Aprovechamos la ocasión para advertir que el abate Yvon prepara, conjuntamente con el abate De Prades, una obra sobre la religión, tanto más interesante cuanto que será hecha por dos hombres cultos y por dos filósofos.

La *jurisprudencia* es de TOUSSAINT, abogado de la Corte Soberana de Justicia y miembro de la Real Academia de Ciencias y Bellas Letras de Prusia; título que debe a la extensión de sus conocimientos y a su talento de escritor, que le ha ganado renombre en literatura.

El *blasón* es de EIDOUS, ex ingeniero de los ejércitos de su Majestad Católica, y a quien es deudora la república de las letras de la traducción do muchas excelentes obras de diferentes materias.

La *aritmética* y la *geometría elemental* han sido revisadas por el abate DE LA CHAPELLE, censor real y miembro de la Real Sociedad de Londres. Sus *Instituciones de geometría* y su *Tratado de las secciones*

cónicas han justificado, con su éxito, la aprobación que la Academia de Ciencias había dado a esas dos obras.

Los artículos de *fortificación*, de *táctica* y, en general, de *arte militar* son de LE BLOND, profesor de matemáticas de los pajes de la gran cuadra real, muy conocido del público por muchas obras justamente estimadas, entre otras, los *Elementos de fortificación*, reimpresos varias veces; el *Ensayo sobre la castrametación;* los *Elementos de la guerra de sitio;* y la *Aritmética y geometría del oficial*, que la Academia de Ciencias ha aprobado con elogio.

La *talla de piedras* es de GOUSSIER, muy versado en todas las partes de las matemáticas y la física, y muy inteligente; esta obra tiene contraída con él muchas otras obligaciones, como se verá más abajo.

La *jardinería* y la *hidráulica* son de D'ARGENVILLE, consejero del Rey en los Consejos Reales, Ministro ordinario en su Cámara de Cuentas de París, miembro de las reales Sociedades de Ciencias de Londres y Montpellier, y de la Academia de los Árcades de Roma. Es autor de una obra intitulada *Teoría y práctica de la jardinería*, con un *Tratado de hidráulica* cuyo mérito y reconocida utilidad prueban cuatro ediciones hechas en París y dos traducciones, una al inglés y otra al alemán. Como en esa obra sólo considera los jardines y la hidráulica relacionada con ellos, en la *Enciclopedia* ha generalizado las dos materias, hablando de todos los huertos, incluso frutales, de hortalizas y legumbres; se encontrarán un método nuevo de cortar los árboles y nuevas figuras de su invención. También ha ampliado la parte de la hidráulica, hablando de las máquinas más bellas de Europa para elevar las aguas, así como de las esclusas y otros bastimentos que se construyen en el agua. D'Argenville es muy bien conocido del público por muchas obras de diferentes géneros, entre otras su *Historia natural aclarada en dos de sus principales partes, la litología y la conquiliología*. El éxito de la primera parte de esta historia ha comprometido al autor a publicar dentro de poco la segunda, que tratará de los minerales.

La *marina* es de BELLIN, censor real e ingeniero ordinario de Marina; a cuyos trabajos se deben muchos mapas que sabios y navegantes han acogido con solicitud. Se verá por nuestras láminas de marina que esa parte le es bien conocida.

La *relojería* y la *descripción de instrumentos astronómicos* son de

J. B. le Roy, que es uno de los hijos del célebre Julian le Roy, y que une a las enseñanzas que recibió en esta materia de un padre tan estimado en toda Europa, muchos conocimientos de matemáticas, y de física, y un espíritu cultivado por el estudio de las bellas letras.

La *anatomía* y la *fisiología* son de Tarin, doctor en medicina, cuyas obras en esta materia son conocidas y aprobadas de los sabios.

La *medicina*, la *materia médica* y la *farmacia* son de Vandenesse, profesor de la Facultad de Medicina de París, muy versado en la teoría y en la práctica de su arte.

La *cirugía* es de Louis, cirujano graduado, enseñante real en el Colegio de San Cosme y Consejero encargado de los informes de la Real Academia de Cirugía. Louis, muy estimado ya, pese a su juventud, por los más hábiles colegas, ha sido encargado de la parte quirúrgica de este diccionario por elección del señor de la Peyronie, a quien tanto debe la cirugía, y que ha merecido bien de la cirugía y de la *Enciclopedia* procurándole el concurso de Louis a una y otra.

La *química* es de Malouin, profesor de la Facultad de Medicina de París, censor real y miembro de la Real Academia de Ciencias; autor de un *Tratado de química* que ha tenido dos ediciones, y de una *Química médica* que los franceses y los extranjeros han aprobado totalmente.

La *pintura*, la *escultura*, el *grabado* son de Landois, que une mucho ingenio y talento de escritor al conocimiento de estas bellas artes.

La *arquitectura* es de Blondel, célebre arquitecto, no sólo por muchas obras que ha ejecutado en París y por otras cuyos planos ha trazado, y que han sido realizadas para diferentes soberanos, sino también por su *Tratado de la decoración de los edificios*, cuyas láminas, muy estimadas, ha grabado él mismo. Se le debe también la última edición de *Daviler*, y tres volúmenes de *Arquitectura francesa* con seiscientas láminas; esos tres volúmenes serán seguidos de otros cinco. El amor del bien público y el deseo de contribuir al desarrollo de las artes en Francia lo movieron a establecer, en 1744, una escuela de arquitectura, que en poco tiempo llegó a ser muy frecuentada. Blondel, aparte de la arquitectura que él enseña a sus alumnos, hace explicar en su escuela, por hombres capaces, las partes de las matemáticas, de la fortificación, de la perspectiva, de la talla de piedras, de la pintura, de la escultura, etc., relativas al arte de la cons-

trucción. No se podía, pues, desde todos los puntos de mira, hacer una elección mejor para la Enciclopedia.

ROUSSEAU de Ginebra, de quien ya hemos hablado, y que posee, como filósofo y hombre de ingenio, la teoría y la práctica de *la música,* nos ha dado los artículos concernientes a esta ciencia. Hace algunos años publicó una obra intitulada *Disertación sobre la música moderna.* Hay allí una nueva notación de la música, la cual tal vez hubiera sido acogida, de no haber existido una notación más antigua generalmente aceptada.

Además de los sabios que acabamos de nombrar, hay otros que nos han proporcionado, para la *Enciclopedia,* artículos enteros y muy importantes, por lo cual no omitiremos honrarlos.

LE MONNIER, de las reales Academias de Ciencias de París y de Berlín y de la Real Sociedad de Londres y médico ordinario de S. M. en Saint-Germain-en-Laye, nos ha dado los artículos referentes al *imán* y la *electricidad,* dos materias importantes que ha estudiado con mucho éxito y acerca de las cuales ha pronunciado excelentes disertaciones en la Academia de Ciencias de que es miembro. Hemos advertido en este volumen que los artículos *Imán* y *Aguja imantada* son enteramente suyos, y haremos otro tanto con respecto a los que le pertenezcan, en los otros volúmenes.

DE CAHUSAC, de la Academia de Bellas Letras de Montauban, autor de *Zeneida,* que el público ve y aplaude tan a menudo en la escena francesa, de *Fiestas de Amor y de Himeneo* y de muchas otras obras que han tenido mucho éxito en el teatro lírico, nos ha dado los artículos *Ballet, Danza, Ópera, Decoración,* y muchos otros menos importantes que se refieren a esos cuatro principales; tendremos cuidado de señalar cada uno de los que le debemos. Se hallará en el segundo volumen el artículo *Ballet,* lleno de investigaciones curiosas y observaciones importantes; esperamos que se verá, en todos, el estudio profundo y razonado que ha hecho del teatro lírico.

Yo hice o revisé todos los artículos de *matemática* y de *física* que no pertenecen a los apartados de que hablé más arriba; completé algunos artículos de las otras partes, pero en muy corto número. En los artículos de matemática trascendente, me apliqué a dar el espíritu general de los métodos; a indicar las mejores obras donde pueden hallarse los detalles más importantes de cada objeto que, por su

naturaleza, no entraban en esta *Enciclopedia;* a aclarar lo que me pareció no había sido aclarado suficientemente o no lo había sido de manera alguna; a dar, finalmente, tanto como me fué posible, en cada materia, principios metafísicos exactos, es decir, simples. En este volumen puede verse un ensayo en los artículos *Acción, Aplicación, Aritmética universal,* etc.

Pero este trabajo, por más considerable que sea, lo es mucho menos que el de mi colega DIDEROT. Él es el autor de la parte más extensa de esta *Enciclopedia,* la más importante, la más deseada por el público y, me atrevo a decirlo, la más difícil de cumplir: la descripción de las artes. Diderot la ha hecho sobre los informes que le han sido suministrados por obreros o por aficionados, cuyos nombres se leerán en seguida, o sobre los conocimientos que él mismo obtuvo entre los obreros, o, finalmente, sobre los telares que él se ha tomado el trabajo de ver y de los que a veces hizo construír modelos para estudiarlos con mayor comodidad. A este pormenor, que es inmenso, y al cual se dedicó con mucho cuidado, añadió otro, que no lo es menos, supliendo, en las diferentes partes de la *Enciclopedia,* un número prodigioso de artículos que faltaban. Se entregó a ese trabajo con un desinterés que honra a las letras, y con un celo digno del reconocimiento de todos aquellos que les tienen amor o que las cultivan y, en particular, de las personas que han colaborado en la tarea de la *Enciclopedia.* Se verá por este volumen qué considerable es el número de artículos que le debe la *Enciclopedia.* Entre esos artículos hay algunos muy extensos, como *Acero, Aguja, Pizarra, Anatomía, Animal, Agricultura,* etc. El notable éxito del artículo *Arte,* que publicó separadamente hace algunos meses, lo animó a dar a los otros todos sus cuidados; y creo poder asegurar que son dignos de ser comparados con aquél, aunque de temas diferentes. Es inútil replicar aquí a la crítica injusta de alguna gente del gran mundo que, poco acostumbrada sin duda a cuanto demanda la más ligera atención, encontraron el artículo *Arte* demasiado razonado y metafísico, como si fuera posible hacerlo de otro modo. Todo artículo que tiene por objeto un término abstracto y general, no puede ser tratado en forma adecuada sin remontarse a principios filosóficos, siempre un poco difíciles para aquellos que no tienen el hábito de reflexionar. Por lo demás, debemos declarar aquí que hemos visto con placer que entendía perfectamente este artículo un gran número de personas de la alta socie-

dad. Respecto de aquellos que lo criticaron, deseamos que tengan que hacernos el mismo reproche a propósito de los artículos de objeto semejante.

Muchas otras personas, sin habernos escrito artículos enteros, han procurado a la *Enciclopedia* socorros importantes. Hemos hablado ya en el *Prospecto* y en este *Discurso* del abate Sallier y de Formey.

El Conde de HEROUVILLE DE CLAYE, Lugarteniente General de los Ejércitos del Rey e Inspector General de Infantería, a quien sus profundos conocimientos en el arte militar no impiden cultivar con éxito las letras y las ciencias, nos ha comunicado informes muy curiosos sobre *mineralogía;* en catorce fraguas hizo ejecutar muchos trabajos en relieve, como el *cobre,* el *alumbre,* el *vitriolo,* la *caparrosa,* etc. También se le deben memorias sobre la *colza,* la *rubia,* etc.

FALCONET, médico de consulta del Rey y miembro de la Real Academia de Bellas Letras, poseedor de una biblioteca tan numerosa y rica como sus conocimientos, de la cual saca fruto todavía más estimable, el de ganarse el agradecimiento de los sabios poniéndola a su disposición sin reservas, nos ha dado a este respecto todos los auxilios que podíamos desear. Este hombre de letras y ciudadano, que une a la más variada erudición las cualidades del hombre de ingenio y del filósofo, ha tenido a bien echar una mirada sobre algunos de nuestros artículos, darnos consejos y hacernos útiles aclaraciones.

DUPIN, Recaudador General, conocido por su amor a las letras y al bien público, nos ha procurado sobre las *salinas* todas las explicaciones necesarias.

MORAND, que tanto honra la cirugía de París, y las diferentes academias de las que es miembro, nos ha comunicado algunas observaciones importantes; se las encontrará en este volumen, en el artículo *Arteriotomía.*

DE PRADES y YVON, de quienes ya hemos hablado con el elogio que merecen, han suministrado muchas memorias relativas a la *historia de la filosofía* y algunas sobre la *religión.* El abate PESTRÉ también nos ha dado algunas memorias sobre la *filosofía,* que tendremos cuidado de señalar en los siguientes volúmenes.

DESLANDES, ex Comisario de Marina, ha hecho observaciones importantes sobre esta materia, las cuales hemos usado. La reputación adquirida con sus diferentes obras hace que sea cuidadosamente requerido cuanto de él proviene.

LE ROMAIN, Ingeniero Jefe de la Isla de Granada, ha dado todas las luces necesarias sobre los *trapiches* y sobre muchas otras máquinas que ha tenido ocasión de ver y examinar en sus viajes de filósofo y atento observador.

VENEL, muy versado en física y en química, sobre la cual ha presentado a la Academia de Ciencias excelentes memorias, ha proporcionado explicaciones útiles e importantes sobre *mineralogía.*

GOUSSIER, ya nombrado a propósito de la *talla de piedras,* el cual une a la práctica del dibujo muchos conocimientos de mecánica, dibujó para Diderot *muchos instrumentos* y le dió su explicación. Pero se ha ocupado particularmente de las ilustraciones de la *Enciclopedia,* todas las cuales ha revisado y dibujado casi todas; de los *instrumentos musicales de cuerda* en general y de la *fabricación del órgano,* inmensa máquina que ha detallado de acuerdo con los estudios de M. Thomas, su asociado en este trabajo.

ROGEAU, hábil profesor de matemáticas, ha proveído materiales sobre la *acuñación* y muchas figuras que él mismo ha dibujado o vigilado.

Creemos que en cuanto concierne a la imprenta y la librería, los Libreros asociados nos han dado en persona todos los auxilios que podíamos desear.

PREVOST, Inspector de *Cristalerías,* nos suministró luces sobre este importante arte.

El artículo sobre *cervecería* se hizo en base a una memoria de LONGCHAMP, a quien una fortuna considerable y mucha aptitud para las letras no han apartado del oficio de sus padres.

BUISSON, fabricante de Lyon y ex Inspector de Manufacturas, ha dado memorias sobre el *teñido,* sobre la *fabricación de paños,* sobre la *fabricación de telas de lujo,* sobre el trabajo de la *seda,* su *hilado,* su *torcido en torno circular* y *óvalos,* etc., y observaciones sobre las artes relativas a las precedentes, como las de *dorar los lingotes, batir el oro y la plata, estirarlos, hilarlos,* etc.

LA BASSÉE ha proporcionado artículos acerca de *pasamanería,* cuyo detalle sólo es bien conocido por aquellos que se han ocupado de eso particularmente.

DOUET se ha prestado a todo lo que podía instruir en el arte de *gasero* que ejerce.

BARRAT, obrero excelente en su género, ha montado y desmontado

muchas veces, en presencia de Diderot, el *telar de medias*, máquina admirable.

PICHARD, comerciante e industrial bonetero, ha dado luces sobre la *bonetería*.

BONNET y LAURENT, obreros de la *seda*, han montado y hecho trabajar ante los ojos de Diderot un telar de *terciopelo*, etc. y otro de *tela de brocado;* se verá el detalle en el artículo *Terciopelo*.

PAPILLON, célebre *grabador en madera*, ha proveído una memoria sobre la historia y la práctica de su arte.

FOURNIER, muy hábil *fundidor de tipos de imprenta*, hizo otro tanto para la *fundición de tipos*.

FAVRE ha dado memorias sobre *hierro forjado, herrería de corte, fundición de cañones*, etc., en lo cual está bien adiestrado.

MALLET, *peltrero* en Melun, no dejó nada que desear sobre el conocimiento de su arte.

HILL, inglés de nacionalidad, nos ha hecho conocer un taller inglés de fabricación de vidrios, ejecutado en relieve, y todos sus instrumentos con las explicaciones necesarias.

PUISIEUX, CHARPENTIER, MABILE, y DE VIENNE han ayudado a Diderot en la descripción de muchas artes. EIDOUS ha hecho por entero los artículos referentes al oficio de *herrador* y al *picadero*, y ARNAUL, de Senlis, los que conciernen a la *pesca* y la *caza*.

En fin, muchísimas otras personas bien intencionadas han instruído a Diderot sobre la fabricación de *pizarras*, sobre las *forjas*, la *fundición*, sobre las *sierras mecánicas* (*refenderie*), la *trafilación* (*trifilerie*), etc. Estando ausentes la mayoría de estas personas, no hemos podido disponer de sus nombres sin su consentimiento; los nombraremos en cuanto lo deseen. Decimos otro tanto de muchos otros cuyos nombres se nos han escapado. Respecto de aquellos cuyos auxilios no nos han sido útiles, creemos estar dispensados de nombrarlos.

Publicamos este primer volumen en el tiempo preciso en que lo habíamos prometido. El segundo volumen ya está en prensa; esperamos que el público tampoco tendrá que esperar los demás, ni los de láminas; nuestra exactitud para mantener la palabra dada sólo dependerá de nuestra vida, de nuestra salud y de nuestro reposo. Advertimos también, en nombre de los Libreros asociados, que en caso de una segunda edición, daremos las adiciones y correcciones en volumen aparte a los que hayan comprado la primera. Las personas que nos suministren

ayuda para la continuación de esta obra serán nombradas al frente de cada volumen.

Hé ahí lo que teníamos que decir sobre esta inmensa colección. Se presenta con cuanto puede atraer el interés: la impaciencia que se ha testimoniado por verla aparecer; los obstáculos que han retardado la publicación; las circunstancias que nos han forzado a encargarnos de ella; el celo con que nos hemos entregado a este trabajo, como si lo hubiéramos elegido; los elogios que han dado a la empresa los buenos ciudadanos; los socorros innumerables y de toda clase que hemos recibido; la protección del gobierno; enemigos tanto débiles como poderosos que trataron, aunque en vano, de ahogar la obra antes que naciera; finalmente, autores sin maquinaciones ni malicias, que no esperan otra recompensa, para sus cuidados y esfuerzos, que la satisfacción de haber merecido bien de la patria. De ningún modo trataremos de comparar este Diccionario con otros; reconocemos con gusto que todos nos han sido útiles y nuestro trabajo no consiste, en absoluto, en desacreditar el de nadie. Al público que lee corresponde juzgarnos: creemos un deber distinguirlo del público que habla.

(*Traducido de la primera edición* (1751) *por Aída A. Barbagelata*)

A DOS SIGLOS DE
LA PUBLICACION DE LA
ENCICLOPEDIA

ANTECEDENTES E INCITACIONES PARA LA "ENCICLOPEDIA". EL ESPIRITU ENCICLOPEDICO A PARTIR DEL RENACIMIENTO

POR

FRANCISCO ROMERO

Los antecedentes de la *Enciclopedia* han de buscarse por dos lados. Lo primero que se ve en ella es un conjunto de conocimientos dispuesto según el orden más adecuado para su manejo circunstancial, esto es, el orden alfabético. Desde este punto de vista, sus antecedentes son los repertorios más o menos parecidos que la precedieron en distintos países de Europa. Pero la *Enciclopedia* —y al emplear en adelante este título sin especificarlo nos referiremos siempre a la inspirada por Diderot y D'Alembert— la *Enciclopedia* no es un mero repertorio de conocimientos, destinado a proporcionar cómoda y pasivamente la información deseada sobre un determinado asunto, como las obras enciclopédicas anteriores, sino algo más o, mejor dicho, mucho más. Alienta en ella un propósito entre filosófico y social: el de hacer un gran inventario del saber moderno, de los resultados de la filosofía y la ciencia, de los conocimientos técnicos, característicos del mundo moderno, en vista de organizar una gran visión racional y científica de la realidad, tal como había ido dibujándola el pensamiento nuevo desde los albo-

res del Renacimiento, con fines de instrucción y de aplicación, con un designio teórico y práctico al mismo tiempo. Todo este saber puro y aplicativo, si bien por la conveniencia del manejo se disponía en el orden apropiado para su uso, el orden alfabético, no por eso renunciaba a ser más que una serie de artículos puestos en línea según la sucesión alfabética. El *Discurso preliminar* y la clasificación de las ciencias, que encabezan la obra, no sólo enuncian aquellos de sus propósitos que podían publicarse sin inconveniente, sino que atienden a corregir la dispersión y arbitrariedad alfabética, introduciendo un orden superior, o más bien dos criterios de orden, de sistematización: el criterio histórico de la aparición y génesis del saber, y el criterio sistemático de una clasificación natural de los conocimientos. El que manejaba la obra podía, pues, utilizarla cómodamente, hallando lo que buscaba en cada caso, pero también disponía de una pauta previa que encasillaba cada parcela del saber en el proceso histórico y psicológico de la obtención y constitución de los conocimientos, y sobre todo de un cuadro sistemático riguroso que permitía la reordenación ideal de todos los materiales en un gran sistema, para componer el cuadro completo de la realidad, establecido jerárquicamente y de acuerdo a un plan, con lo que el diccionario pasaba a ser un gran sistema del saber. En estos propósitos la *Enciclopedia* contaba con dos grandes precursores, Bacon y Leibniz, quienes, como veremos, no habían imaginado únicamente empresas de abstracta teoría, sino que habían pensado en los fines prácticos, en las grandes ventajas que del saber se derivarían para la vida cotidiana, en el alcance social de los conocimientos y de una técnica fundada sabiamente en ellos. Pero hay otro contenido más en la *Enciclopedia,* y quiero referirme sucintamente a él aquí, porque queda fuera de mi tema y no apa-

recerá más en esta exposición. La *Enciclopedia* es, en buena parte, el siglo XVIII, y el siglo XVIII es, en lo capital, la Ilustración, el anhelo militante de imponer las luces y de reformar la humanidad por ellas, la fe en un proceso hacia la verdad y el bien que debe y puede ser apresurado. Desde este especial punto de vista, la *Enciclopedia* es un gran fermento revolucionario, uno de los impulsos que desembocan en la Revolución Francesa, y por lo tanto, uno de los episodios memorables en la grande y continua revolución que es, en su dimensión positiva, afirmativa, la vida del hombre colectivo desde que trabajosamente dejó atrás las nieblas de la animalidad.

Como mera ordenación alfabética de los conocimientos, como diccionario explicado y razonado —diccionario de cosas y no de palabras— el intento no era nuevo.

Si intentáramos reseñar los escritos enciclopédicos desde sus orígenes, tendríamos que comenzar por tiempos muy lejanos y entrar en distinciones que la ocasión presente no aconseja. El conocido historiador francés Langlois dice en uno de sus trabajos: "Los más antiguos libros de vulgarización que estuvieron en uso durante la Edad Media remontan a los últimos tiempos de la Antigüedad, en los cuales se trabajó activamente en encerrar, en compendios más o menos manejables, la sustancia de las bibliotecas. Y así es como fué depositándose como una primera capa de resúmenes o recopilaciones que, por decirlo así, no han cesado de estar en servicio durante una larga serie de siglos... Baste recordar los nombres célebres de Solin, de Marciano Capella, de Boecio; del *De lapidibus* y del *Physiologus* de Damigeron; de Isidoro de Sevilla y de Rábano Mauro. Todos los géneros se

hallan ya representados en esta bibliografía primitiva, desde la gran enciclopedia en forma de diccionario hasta las colecciones de fábulas populares".

Todo el material recogido en estas compilaciones medievales provenía de la Antigüedad. El vasto movimiento de indagación científica y de renovación filosófica promovido por el Renacimiento suscita una curiosidad que se aplican a satisfacer otros repertorios, en los que paulatinamente se va infiltrando el espíritu moderno. La palabra "enciclopedia" aparece en el título de un libro de Ringelbergius, publicado en Basilea, en 1541, y de nuevo en otro de Martinius, aparecido en Herborn, en 1606. También en Herborn, en 1620, se publicó la enciclopedia de Alsted, exposición de los conocimientos humanos a la que el autor procuraba ya dar cierta disposición científica, libro muy reputado en su tiempo y que alcanzó una segunda edición. En 1673 salió en Lyon una obra del mismo tipo, escrita por Luis Moreri, con el título de *Gran diccionario histórico;* por estar redactada en francés y por la comodidad del manejo, logró un inmediato éxito y contribuyó a popularizar este género de obras. Poco después, en 1677, se publicó en Basilea el *Lexicon universale,* de Hoffmann. Bayle publica su famoso *Diccionario histórico y crítico* en 1695-97; es la única de las obras citadas en esta enumeración sobre la cual hemos de decir a continuación algunas palabras. El religioso italiano Vincenzo Coronelli planeó una amplia *Biblioteca Universal,* en cuarenta y cinco volúmenes, que empezó a salir en 1701 y se detuvo en el volumen séptimo, por el fallecimiento del autor; lo ambicioso del proyecto es buen indicio del favor que hallaban en el público las empresas de este orden. Más extenso aún era el plan, que llegó a realizarse y aun se prolongó con un suplemento, del *Gran léxico universal completo,* editado por el librero

alemán Zedler, a partir del año 1732. Más bien que enciclopedias propiamente dichas, fueron diccionarios con tendencia enciclopédica las obras del abate Furetière (1690) y de Harris (1704). Último en fecha de esta serie de antecedentes es la *Enciclopedia* del inglés Chambers, de 1728, que tiene bastante que ver con los orígenes inmediatos de la *Enciclopedia* francesa; en efecto, el primer proyecto, al parecer, consistía en revisar la obra de Chambers y dar una reelaboración francesa en doce volúmenes. Debe recordarse que en la época de la iniciación de la *Enciclopedia* —de la que fué colaborador— Voltaire emprende por su cuenta la redacción de escritos de tipo enciclopédico, mezcla siempre interesante de erudición, de desenfado y de polémica eficaz. La idea del *Diccionario filosófico* se le ocurre a Voltaire en 1751 o 1752, en Potsdam, y lo concibió como una obra en la que participaran diversas personas de las que había reunido a su alrededor Federico el Grande, y en la que aun el mismo rey debía colaborar.

Un puesto especial ocupa entre los antecedentes de la *Enciclopedia* la obra de Bayle y es merecedora de particular recuerdo. Fiel expresión la empresa de Diderot y D'Alembert del espíritu del siglo XVIII, es natural que se considere como una especie de anticipación suya la obra de quien es, al lado de otros pocos hombres del siglo XVII, uno de los principales precursores de la Ilustración, uno de los que le abren el camino. Creo que nadie ha visto con mayor profundidad que Cassirer la significación de Bayle, el lugar que ocupa en la historia de las ideas, y he de aprovechar aquí algunas de sus indicaciones. Antes quiero repetir a este propósito lo que he dicho otras veces, que la estricta historia de la filosofía desorienta en muchas ocasiones en lo tocante a lo que podría denominarse la marcha real o social o histórica del pensa-

miento. La llamada historia de la filosofía se atiene a las cumbres del pensamiento, a la serie de las grandes construcciones ideológicas. Estas grandes creaciones tienen su sentido dentro de la línea que ellas mismas componen, y también, de reflejo, en la común vida histórica; pero en esta vida histórica, en la trama de los hechos concretos que van constituyendo la vida de los pueblos, influyen más de cerca y con mayor eficacia muchas ideas que no tienen cabida en las sistematizaciones filosóficas, aunque por las raíces suelen relacionarse estrechamente con ellas. Para completar la historia de los hechos con la dimensión intelectual y emocional, para descubrir la componente ideológica de los sucesos e integrar la historia con los resortes del pensamiento que continuamente intervienen en ella, no es suficiente de ninguna manera agregarle la historia de la filosofía y buscar la conexión entre los hechos concretos y las fórmulas de los grandes pensadores, sino que hay que reconstituir la historia cabal de las ideas, el proceso total del pensamiento humano. La historia de las ideas es una rama del saber histórico que no ha sido muy cultivada, que ha aparecido tardíamente, pero que cuenta ya con una serie de estudios importantísimos, a los que debemos aclaraciones considerables y con frecuencia sorprendentes sobre la marcha de los acontecimientos que componen la trama histórica.

Bayle casi no pertenece a la historia de la filosofía, pero es personaje eminente en el cuadro de la historia de las ideas. La filosofía y la ciencia modernas habían ido elaborando una interpretación nueva del mundo físico, habían discutido racionalmente desde muchos ángulos los problemas más generales, las cuestiones supremas y últimas. En lo referente a lo político-jurídico, los filósofos y los tratadistas del derecho natural habían ido echando las bases del Estado

moderno. Faltaba, para completar la visión moderna del mundo, una cosa sumamente importante: la limpieza del horizonte histórico, un examen crítico de la realidad humana que la desbrozara de errores y prejuicios inveterados, que la purgara de las incontables fábulas que todavía pasaban por inconcusas verdades. La Ilustración, para traer eficazmente a los primeros planos las conquistas del espíritu moderno, necesitaba que antes se hubiera despejado el terreno de los residuos de lo viejo; para edificar convenía que el suelo estuviera desembarazado de malezas y escombros, y las afirmaciones de lo moderno y fresco requerían las negaciones previas de lo arcaico y marchito. A Bayle le tocó ante todo, en los últimos años del siglo XVII, esta tarea preparatoria para la faena que emprendería el siglo XVIII. Su *Diccionario histórico y crítico* se publica, como se dijo, en 1695-97, y tuvo doce ediciones, hasta principios del siglo XIX; se tradujo parcialmente al alemán, y su influencia fué enorme. Entre sus restantes trabajos se destaca, por haber sido otro instrumento de agitación espiritual en la época, la revista que redactó desde 1684 a 1687, con el título de *Nouvelles de la Republique des Lettres,* que tuvo también un éxito sorprendente. Bayle era cartesiano en filosofía, pero sus predilecciones no iban a los conceptos y las teorías: era hombre de hechos, el más apasionado por los hechos que jamás hubo. Su punto de partida en lo histórico es, como el de Descartes en lo filosófico, una duda universal, que no atiende a lograr seguridades metafísicas sino a discernir la concreta verdad del dato efectivo. Su vocación lo impulsaba a explorar el mundo de los hechos y a perseguir en él la verdad. Pero los hechos habían llegado a su época mediante una tradición confusa, envueltos en imaginaciones pueriles. De aquí que su empeño revistiera ante todo un cariz severamente crítico

y por lo común resueltamente negador; el restablecimiento de la verdad requería en primer término la poda de una frondosa vegetación parásita que de ordinario ocultaba o desfiguraba el núcleo de verdad en cada personalidad o suceso del pasado. En una carta suya se lee lo siguiente: "Alrededor del mes de noviembre de 1690 concebí el designio de componer un *Diccionario crítico* que contuviera la recopilación de los errores cometidos tanto por los que han hecho diccionarios como por otros autores, y que, bajo cada nombre de persona y de ciudad, indicara las faltas en que se ha incurrido respecto a ese hombre o esa ciudad". Con esto queda definida la intención principal de la obra. Bayle no se preocupa mucho de distinguir entre lo grande y lo menudo, entre el asunto de gran trascendencia histórica y el que tiene apenas una significación anecdótica; hasta parecería que el asunto mismo le interesa relativamente menos que desmontar la máquina de engaños e ilusiones construída sobre él; se ha dicho que, aunque parezca paradojal, su genialidad consiste, más que en el descubrimiento de la verdad, en el descubrimiento de la falsedad. La historia se había concebido hasta él con criterio providencialista, con lo que se supeditaban los hechos a una interpretación previa que tenía que desvirtuarlos; él reivindica el hecho puro, se propone su restitución, su definición exacta en cada caso. Inagotable en su curiosidad, dueño de una erudición portentosa, aplicó su implacable análisis a una verdadera montaña de materia histórica. En su obra legó un tesoro de información y un ejemplo de crítica; desde este punto de vista, anota Cassirer, "se conquistó, en el terreno de la historia, méritos acaso no menores a los de Galileo en el conocimiento de la naturaleza".

Con Bayle nos hallamos a las puertas de la *Enciclopedia;* aunque de índole diferente, su obra es un antecedente conside-

rable. Representa uno de los momentos culminantes en la demolición sabia de muchas de las construcciones del pasado que se oponían a las edificaciones venideras. La imposición militante del espíritu nuevo, que la *Enciclopedia* emprende, llegó a ser facilitada por la ciclópea labor de este hombre que estableció la *fe de erratas* de una gran porción del saber tradicional y que enseñó a sus contemporáneos y sucesores cómo se discierne y comprueba, en el terreno de los hechos, la verdad desnuda.

La segunda raíz de la *Enciclopedia* ha de buscarse por otro lado. Como colosal depósito del saber moderno, se enlaza con las grandes tentativas que realiza este pensamiento para organizarse y sistematizarse, y también para ponerse al inmediato servicio del hombre, de la comunidad. La mayor parte de los creadores de la filosofía y de la ciencia en la Edad Moderna habían trabajado en su recinto propio, atendiendo sobre todo al desarrollo de sus ideas o de sus investigaciones. Dos hombres hacen excepción, y se preocupan también de la recapitulación de los conocimientos, de su progreso plural y planeado, de su posible utilización en gran escala. En ambos, mentes enciclopédicas y con notable sentido de la eficacia práctica del saber, se dan con toda claridad dos motivos que aparecen en la empresa de Diderot y D'Alembert, la recopilación completa y el propósito social. Lo que faltaba en ambos, como era natural, era la intención polémica o política, que convierte a la *Enciclopedia* en expresión fidelísima del siglo XVIII, en el mayor monumento del espíritu de la Ilustración. Estos dos hombres fueron Bacon y Leibniz.

El pensamiento filosófico tiene, entre otras notas que le son propias, la de proponerse llegar a la profundidad últi-

ma y buscar las postreras razones del ser, y la de abarcar la totalidad de lo cognoscible; esto es, se halla obligado por su propia índole a un examen de las cosas en hondura y en extensión. Cuando se atiende sobre todo a lo primero, se concibe la filosofía como ciencia de los principios; cuando se advierte en especial lo segundo, la filosofía se convierte en una gran sistematización del saber, en una empresa enciclopédica, como fueron los sistemas de Comte y de Spencer, para poner un par de ejemplos. Estas dos notas, la exigencia de profundidad última —búsqueda de los principios— y la de extensión total —organización de todos los conocimientos—, por una parte difieren, pero también en cierto modo coinciden y se asocian; porque los principios últimos, por sí mismos, son motivos organizadores de los que puede deducirse una sistematización, aunque de hecho no se lleve a cabo, y porque, viceversa, toda gran organización de la realidad o de los conocimientos sobre ella supone principios que la inspiren. De cualquier modo, y sea la que fuere la relación entre estas dos exigencias filosóficas fundamentales, predomina una u otra según los casos, y hay, correlativamente, filósofos que atienden preferentemente a los principios, y filósofos preocupados más bien por la multiplicidad de la realidad y del saber.

La segunda exigencia, la de abarcar la realidad en todos sus aspectos, es claramente una exigencia enciclopédica. Toda concepción filosófica madura viene a prefigurar o configurar una explicación total de lo real, una visión enciclopédica de la cual nada importante quede fuera; esto es, de la que no queden fuera sino instancias secundarias que puedan ser referidas sin dificultad a otros asuntos de mayor importancia registrados en ella.

El pensamiento griego, en su madurez, alcanza el nivel

enciclopédico en la filosofía de Aristóteles. Para que este cariz enciclopédico fuera realmente alcanzado era indispensable que al enfoque filosófico se agregara el sentido científico, la capacidad de reconocer concretamente las cosas, de recoger y examinar los hechos, de completar la intención especulativa con la empírica. Esto ocurre en la Antigüedad con Aristóteles, por su universalidad, por haber unido a la genialidad filosófica la científica. Los que después lo proclamaron el filósofo único y definitivo, el filósofo por antonomasia, en nombre del cual debía jurar toda posterior filosofía, no cayeron en la cuenta de que eran infieles al espíritu aristotélico, que era en parte capital un espíritu de búsqueda, de averiguación empírica, de compulsa y crítica de los hechos. Lo que puede denominarse la enciclopedia medieval, trazada sobre la herencia de Aristóteles, contradecía sus enseñanzas en lo tocante a la realidad natural, porque no prosiguió su tarea de ponerse en claro sobre los hechos mediante un examen científico, que hubiera conducido a proseguir su obra, a corregirla, a reemplazar muchas de sus tesis por otras halladas por la vía que él siguió, la de acumular e interpretar hechos. Sabido es que Aristóteles no se limitó a comprobar hechos naturales por la observación y la experiencia, sino que aplicó el mismo método científico a otros dominios, por ejemplo, al de la realidad política y social, en su doctrina política general y en sus laboriosos estudios sobre las constituciones de los Estados. Una prosecución del impulso aristotélico hubiera dado lugar a una cosa totalmente contraria de lo que fué el aristotelismo de la Edad Media.

La obra de Santo Tomás puede en cierto sentido ser considerada la enciclopedia medieval. Al producirse en el Renacimiento la gran renovación que inaugura la época mo-

derna, surgen dos requerimientos: el de descubrir métodos nuevos que reemplacen a los agotados métodos medievales, y el de organizar una nueva enciclopedia, un nuevo conjunto sistemático de conocimientos, según el espíritu de la época. No ha de costar mucho comprender la identidad de raíz de ambas exigencias. Todo método va de antemano condicionado por cierta idea de los objetos a que ha de aplicarse, y eran las suposiciones nuevas sobre la realidad las que imponían la adopción de métodos no utilizados antes. Y estos métodos llevaban en si, como su principio animador, una oscura impresión de los resultados a que se llegaría mediante ellos. El método medieval, del que la enciclopedia medieval dependía, había sido la especulación lógica, con la creencia como punto de partida y sin que los resultados de la especulación pudieran contradecir las tesis del dogma. Tras muchas rebuscas, el nuevo método se formaliza como una indagación racional autónoma, unas veces con predominio de la experiencia y otras con el de la pura razón, pero siempre con una gran predilección por la matemática. Y sobre estas bases habría de irse constituyendo la nueva enciclopedia.

Uno de los más meritorios artífices de la nueva metodología es al mismo tiempo el primer diseñador y el gran anunciador de la nueva enciclopedia. El canciller inglés Francis Bacon, cuya vida, rica en trabajos y abundante en contingencias, corre de 1561 a 1626, fué un acre impugnador de los métodos medievales, y sistematizó, en el *Novum Organum,* las reglas del método empírico. Aquí no nos interesa por lo que constituye su mayor empeño filosófico, su concienzuda y minuciosa elaboración de una lógica de la experiencia inductiva, sino como antecedente de las posteriores tentativas enciclopédicas.

Bacon, desde su mirador, entre los finales del siglo XVI

y los comienzos del XVII, que es como si dijéramos entre Giordano Bruno y Descartes, contempla en entusiasta anticipación el futuro desarrollo del pensamiento moderno, celebra por adelantado sus conquistas y mide las ventajas de todo orden que de ellas extraerá la humanidad. El imperio sobre la naturaleza, que la Edad Media había buscado por el sojuzgamiento de los poderes ocultos, por las alucinaciones de la magia, por todos aquellos ritos y fórmulas que vinieron a cobrar un renovado prestigio durante los siglos XV y XVI, ese imperio sobre las fuerzas naturales cree él que se logrará mediante la ciencia, mediante el saber alcanzado por rigurosos métodos de observación y experimento. A muchos deslumbró entonces el ancho panorama de conocimientos posibles que se abría ante el hombre, pero nadie tuvo como él la conciencia de lo que el conocimiento científico significaría para la vida. La ecuación "saber igual a poder" ocupa el centro de su pensamiento; dice textualmente: "tanto podemos cuanto sabemos". Al lado de su tratado del método, de su conjunto de reglas para perseguir y aislar el hecho, para comparar los fenómenos y extraer de esa comparación crítica las leyes que han de escalonarse en principios de sucesiva generalidad, desenvuelve otra faena en la que intervenía tanto como su cabeza su corazón: la del propulsor e incitador, la del profeta de la nueva ciencia, que veía, a la distancia, los logros de la gran empresa que se iniciaba, como quien columbra la tierra prometida que no ha de pisar. No se contentó, pues, con proporcionar los recursos metódicos para la investigación. Invitó apasionadamente a que se investigara, con una confianza ilimitada en la capacidad del hombre y en los bienes que se obtendrían por el conocimiento. A lo lejos veía todas las potencias naturales puestas por primera vez al servicio del hombre. Con su novela

inconclusa *La Nueva Atlántida*, agregó a las utopías políticas del Renacimiento una utopia científica, la pintura de un Estado en el cual los hombres disfrutaban de todos los beneficios de la técnica fundada en el saber cierto. Hombre del Renacimiento por muchos costados, es un entusiasta, un fervoroso. Pero su fervor no es como el de un Bruno, como el de tantos otros a quienes deslumbraban los conocimientos que se sucedían en una rápida sucesión de descubrimientos y componían una nueva imagen de la realidad. Había en él esto, sin duda, pero había también la visión de un mundo donde se celebrase, por el saber, el triunfo del hombre. La preocupación por el sentido social del saber, por su utilidad en una amplia acepción que comprende lo espiritual y lo material y práctico, aparece en la Edad Moderna, por primera vez, en Bacon, y se repetirá luego en Leibniz, adelantándose así ambos a lo que será uno de los caracteres más destacados de la *Enciclopedia*.

En el tiempo en que le tocó vivir a Bacon, la ciencia y la filosofía modernas, nacientes y en habitual conflicto con la tradición medieval que se mantenía en las Universidades, eran practicadas por lo común por personalidades aisladas. Bacon, que mira hacia el porvenir, anhela que esta situación se corrija. "Encuentro extraño —escribe— que entre tantas grandes fundaciones de colegios en Europa dedicados a las profesiones, no se haya destinado ninguno a las artes y a las ciencias, en su sentido más amplio". Y a continuación explica que las aplicaciones útiles y las prácticas profesionales sacarán el máximo provecho de los estudios teóricos sistemáticamente llevados adelante. Para poner un ejemplo capaz de mover a las autoridades que podían auxiliar eficazmente su propósito, agregaba: "De aquí proviene que, cuando los gobernantes buscan hombres aptos para servirlos en las ta-

reas del Estado, difícilmente los encuentran, por cuanto no existe una libre enseñanza universitaria en donde, los que tengan disposición para ello, puedan entregarse al estudio de la historia, las lenguas modernas, los libros, discursos políticos y otros estudios que los capaciten para el servicio del Estado". Nótese que al requerir un tipo de institutos científicos no existentes entonces, tiende Bacon tanto a la impulsión y fomento del saber como a su organización, a la conexión entre los estudiosos, aspecto que pudiéramos llamar personal o humano de la agrupación enciclopédica de los conocimientos, en una época en que el saber inquisitivo y fresco era la tarea de individualidades dispersas.

Un asunto muy debatido posteriormente en la filosofía, el de la clasificación, según principios, de los conocimientos humanos, arranca de Bacon, como es sabido. Su clasificación de las ciencias y las técnicas se tuvo en cuenta en la *Enciclopedia,* y si D'Alembert la retocó, admitió lo principal de ella, con lo cual queda dicho que, desde Bacon hasta el siglo XVIII, nadie propuso otra que pareciera más satisfactoria. Es cierto que, tras él, Hobbes, en el *Leviathan,* incluyó otra clasificación que, en algunos respectos, supera a la de Bacon; pero tuvo una resonancia tan escasa que podemos calificarla de nula, y la distribución baconiana siguió siendo el modelo por excelencia. Esta clasificación de Bacon, que se suele examinar y discutir apareándola a las muchas que produjo luego el siglo XIX, tiene una significación que le pertenece en exclusividad. Las clasificaciones de las ciencias del siglo XIX —y sólo el siglo XIX volvió a interesarse profundamente por ese problema— eran los ensayos de ordenación sistemática de los conocimientos adquiridos. En posesión de un inmenso depósito de conocimientos, era natural y aun obligatorio que el siglo pasado se propusiera empeño-

samente su ordenación sistemática, creyese imprescindible trazar el cuadro completo en el cual cada saber ocupara el sitio que por su naturaleza le correspondiese. El caso es muy distinto en Bacon. Lo que él traza no es el panorama del saber poseído, sino del saber deseado; lo que se propone no es distribuir racionalmente los conocimientos existentes, como se hacía en el siglo XIX, sino diseñar el orbe del saber tal como en su sazón podía ser imaginado, como un programa de acción científica, como una incitación a llenar el vacío que se abría bajo cada rubro. Lo que proponía era como el mapa de la ciencia venidera, y lo consignaba, como un mensaje, al porvenir. Su mirada iba hacia los hombres que tras él completarían la visión moderna del universo físico y humano, y cuando, tras muchos años de trabajos y sacrificios, esa visión moderna está ya lograda, cuando por primera vez se intenta su recapitulación en los volúmenes de la *Enciclopedia,* D'Alembert no podía hacer cosa mejor y más justiciera que lo que hizo: dirigir su mirada a quien, mucho tiempo antes, trazó por adelantado el esquema de los conocimientos modernos. A aquella mirada de Bacon, cuyo destinatario era el moderno espíritu científico, responde la mirada de D'Alembert vuelta hacia el gran antepasado, cuyo ensueño había cuajado en una grandiosa realidad.

No voy a referirme a la clasificación de Bacon, sobrado conocida. Me he de limitar a aquello que la distingue y pone aparte de todos los demás ensayos de este género, a su carácter incitativo y programático, a lo que en ella es impulso y admonición para que se constituya el repertorio completo del saber renovado. "Trataré —dice— de hacer una general y fiel inspección de los estudios, con una investigación de cuáles son las partes que se hallan vírgenes, desaprovechadas y no mejoradas ni aplicadas por la industria del

hombre; con el propósito de que tal plan, comprendido y retenido en la memoria, pueda, a un tiempo, dar luz a cualquier autoridad pública, y también servir a excitar empeños voluntarios, para lo cual mi propósito en este momento es sólo anotar deficiencias y omisiones..." En más de una ocasión se refiere al sentido colectivo de las tareas científicas y a la necesidad del apoyo estatal; indicaciones de notable alcance, cuando, como ya se dijo, la ciencia era la obra individual y esforzada de personalidades dispersas. Así escribe: "...pienso que hay cosas que son imposibles de hacer por una cierta persona, aunque pueden no serlo por todas; que las hay que pueden ser hechas por muchos, aunque puedan no serlo por cualquiera; las hay que pueden hacerse en el transcurso de los tiempos, aunque pueden no caber en el lapso de la vida de un hombre, y hay, finalmente, las que pueden ser realizadas por obra pública, pero no mediante el solo esfuerzo privado". Si se piensa en cuánto duró la situación que aspiraba a remediar Bacon, se podrán apreciar con justeza las generosas anticipaciones del filósofo.

Obra de notorio tono enciclopédico, el tratado *Del adelanto y progreso de la ciencia* no es, no podía ser todavía sino el esbozo de una enciclopedia propiamente dicha; pero es el gran cuadro, la ordenada serie de casilleros que compone el plan, abundantemente fundado y explicado, de la futura enciclopedia moderna, según la concebía Bacon; nadie había hecho antes nada semejante, ni tampoco se hizo después, en el sentido de trazar un panorama completo y razonado del saber, hasta la empresa de Diderot y D'Alembert.

De otro carácter, aunque con grandes coincidencias en las intenciones, fueron los empeños del gran filósofo alemán Leibniz, que vivió de 1646 a 1716. La actividad de Bacon se desarrolló en los finales del siglo XVI y los principios del

XVII; la de Leibniz se extiende aproximadamente cien años después, en la segunda mitad del siglo XVII y los comienzos del XVIII. Para la composición de la nueva visión del mundo, este intervalo de un siglo entre ambos es sumamente considerable, porque en él se dieron grandes pasos en la ciencia y la filosofía. Bacon era un anunciador, casi un profeta; expresaba anhelos, señalaba faenas, se regocijaba por adelantado con lo que debía traer el porvenir. Leibniz tenía ante sí muchas conquistas firmes, abarcaba una ingente masa de flamantes conocimientos y de inéditos puntos de vista que había atesorado el tiempo transcurrido, y no se refería ante todo a los conocimientos futuros, como Bacon, cuando miraba a lo lejos, sino que observaba lo que se había hecho, lo que se hacía a su alrededor y lo que de inmediato podía y debía hacerse. De aquí que sus conatos organizadores no se concretaran en un vasto programa teórico, como ocurre en Bacon, sino que constituyeran una serie de intentos efectivos, encaminados, de manera diversa, a operar sobre una realidad presente: a fomentar el saber, a completarlo, a organizarlo, a disponerlo en modo que se tradujera en un eficaz instrumento de utilidad social.

Con Descartes y Spinoza, completa Leibniz la gloriosa trilogía del racionalismo moderno. Entre los rasgos que lo distinguen de sus dos grandes compañeros, conviene señalar y destacar el que tiene que ver con nuestro asunto. Descartes era un puro teórico, recluído en los problemas del pensamiento abstracto. Spinoza propuso, por la vía de la metafísica, un "camino de salvación". La cotidiana terrenalidad, la práctica de la vida de los hombres, ocupó escasamente a ambos pensadores. Leibniz, excelso en la genialidad metafísica y en la capacidad científica, también se preocupó de la vida corriente, y tuvo muy en cuenta las ventajas

que esta vida puede obtener del conocimiento. "Nunca —dice un historiador— había consagrado antes nadie tan clara y al par tan calurosamente su existencia entera a la ilustración de los hombres y al trabajo por lograr el advenimiento del mayor bien universal". Es tan ignorado u olvidado este aspecto de su compleja personalidad, que conviene insistir sobre él.

Encasillado Leibniz en la historia de la filosofía y de la matemática, no se suele hacer cumplida justicia a los otros costados de su rica y diversa actividad. Nadie más universal que él, nadie más capaz de más varios intereses, así en el campo del saber como en el de la acción. Fué una especie de viviente enciclopedia. Filósofo sobre todo, pero también teólogo, jurista, historiador, matemático, físico, diplomático y forjador de planes políticos, intensamente preocupado del acuerdo entre las naciones y de la reconciliación de las iglesias, se le podría aplicar la frase del poeta latino, porque nada humano le fué extraño, y aun habría que agregar que todo lo humano, lo natural y lo divino lo quiso reconducir a una armoniosa unidad. Fué el suyo un espíritu de armonía y de concordia; proyectado sobre la infinita diversidad de las cosas, tendió a la equilibrada unificación de los conocimientos y de los intereses, movido por su doble vocación filosófica y social.

De muchas maneras se preocupa Leibniz de organizar el saber. Asombra la cantidad de trabajo, de ingenio y de energía que consumió en este propósito. Uno de los recursos principales para la facilidad, el orden y la continuidad en el esfuerzo científico tenía que ser la asociación de los hombres consagrados a la tarea intelectual. En las Universidades persistía y se atrincheraba la tradición intelectual aristotélico-escolástica, que laboriosamente iba siendo reem-

plazada en la Edad Moderna. Las Academias, creaciones de nuevo cuño, se convirtieron en los hogares del nuevo saber. Leibniz se preocupa de estos institutos, con un sentido más amplio y dinámico de lo acostumbrado en su época, y proyectando la incorporación a ellas de ciertos métodos y procedimientos de su invención. Dilthey, que ha estudiado a fondo este asunto, escribe: "La meta de Leibniz no había sido en primer término determinados resultados, ni siquiera concepciones metafísicas como tales, sino que buscaba instrumentos que encerrasen ilimitadas posibilidades de fecundidad. Un instrumento tal debia ser su lenguaje simbólico-filosófico, luego su cálculo diferencial, más adelante sus principios del conocimiento universal... También su idea de la Academia fué inspirada por este punto de vista; la Academia era para él uno de aquellos instrumentos, que una vez puesto en acción, prometía fomentar la cultura en todas las direcciones... El proyecto más antiguo se ocupa con una sociedad alemana de ciencias, radicada en Francfort... De motivo y ejemplo le sirven las Academias existentes en Inglaterra y Francia, que tenían el centro en el conocimiento matemático de la naturaleza, de acuerdo con el estado de las ciencias a la sazón. Pero Leibniz subraya con más fuerza la relación práctica de la ciencia con la industria y el comercio". Como vemos, desde joven, pues entonces lo era, la aplicación práctica del saber se hace presente en Leibniz, sin perjuicio de su notable propensión teórica. Pero a nuestro tema toca más de cerca otro motivo siempre operante en sus proyectos académicos: el de constituir una verdadera "central" científica, un organismo tanto creador como recolector y sistematizador, uno de cuyos fines había de ser, precisamente, preparar una gran enciclopedia del saber. Esta noción de una gran recopilación enciclopé-

dica tiene la notable característica de que no se le presenta a Leibniz como una empresa aislada, sino como uno de los miembros de un plan complejo, y puede decirse que completo, de lo tocante al saber humano, a su obtención, ordenación, sistematización y aprovechamiento. Todavía no se ha emprendido nada por el estilo, aunque tan grandes cosas hayan sido realizadas.

Tuvo Leibniz una participación decisiva en la fundación de la Academia de Berlín; aunque algunas de sus ideas entraran en la reglamentación del alto instituto, no le fué dado hacer de él la gran central científica que había imaginado. Los proyectos a que me he venido refiriendo no son sino una parte de lo que concibió o elaboró con el objeto de coordinar el trabajo intelectual. Por diversos costados atacó la cuestión de buscar métodos que tuvieran un alcance universal en la busca y fundamentación del saber, una especie de "matemática universal" que fué en él una obsesión, y que debía reemplazar a la lógica común. Creía que, mediante la descomposición y el análisis, todas las verdades se podrían reconducir a un corto número de ideas simples o elementales, con las que se constituiría el alfabeto de los pensamientos humanos; de estas ideas, por composición o combinación, se formarían las demás, las complejas, así como las frases y los períodos del lenguaje se forman por combinaciones de las veintitantas letras del alfabeto. La nueva lógica que de esta manera se constituiría no había de ser un puro formalismo, como la habitual, sino también un instrumento para obtener conocimientos nuevos. Con esta tentativa se encadena la de una lengua universal, concebida, no como mero recurso práctico para la comunicación, sino fundada en razones filosóficas, que fuera al mismo tiempo una ideografía o álgebra de las ideas y que obedeciera a una gramática rigurosamente lógica. Diferentes en sus detalles y en sus finalidades inme-

diatas, en todos estos proyectos late una misma intención final: la ordenación del saber y su disposición para aplicarlo al mayor bien de los hombres.

Todas estas ideas confluían y se concentraban en la concepción de una gran enciclopedia. "Este proyecto —escribe Couturat— ha ocupado a Leibniz durante toda su vida; debía ser su gran obra filosófica y científica. Así la historia de esta empresa, de sus orígenes, de sus transformaciones, de su fracaso final, se identifica con la historia del pensamiento y del espíritu del filósofo". Lo que primeramente planeó fué una enciclopedia del derecho; luego pasó a concebir una grande y completa enciclopedia de todo el saber y aun de toda la experiencia humana. Como preparación, al servicio de ese propósito, se le ocurrió crear una publicación, una gran revista científica que diera cuenta de los libros nuevos y de las investigaciones y descubrimientos, y en la cual, además, se publicaran las obras importantes inéditas, antiguas y modernas. De esta compilación previa saldría la gran enciclopedia sistemática, cuyas dificultades, por la dispersión de los materiales a reunir, comprendía bien Leibniz y procuraba superar. En cuanto a la enciclopedia misma, la imaginó primero no muy voluminosa, especie de tratado manual, pero luego creyó que debía ser muy amplia, redactada por una sociedad de sabios congregada *ad hoc*, con mucho material gráfico y con abundante transcripción de la documentación inédita o difícil de encontrar. Mucha importancia atribuía a la parte práctica o aplicativa, porque, como he dicho, Leibniz tuvo siempre en vista la utilización social del saber y creía firmemente en las ventajas que el hombre habría de extraer de los conocimientos, así para su dignidad, su esclarecimiento y su dicha espiritual, como para su bienestar material.

Todos estos empeños de Leibniz no pasaron de realizaciones truncas, de esbozos, de sueños; si se quiere, de fracasos. Pero no olvidemos que el fracaso de lo noble y generoso es por lo común relativo. Todo éxito grande y duradero necesita de esos fracasos que allanan el camino, que preparan las conciencias para que, a la larga, se logre y cumpla lo que antes parecía un designio irreal y utópico, el ideal de un iluso, una fantasía dibujada en las nubes. Muchas veces, en las grandes obras de la cultura, el realizador feliz, el constructor venturoso, no es sino el heredero afortunado de unos cuantos fracasados ilustres. Para toda empresa de alta y noble intención, para cualquier empeño de gran envergadura, la primera exigencia, el requisito indispensable, consiste en hallarse de antemano resuelto a arrostrar los fracasos, y no tanto por resignación ante lo presumible o lo inevitable, como por la convicción de que sólo al precio de repetidos fracasos se compran los éxitos grandes y auténticos, los que señalan un triunfo sobre el mal, la estupidez, la rutina o la ignorancia.

Tanto en Bacon como en Leibniz se da, como hemos visto, una notable preocupación por la organización de la enciclopedia del saber; ambos hacen sitio al saber práctico o aplicado, a las técnicas, al lado del saber puro o teórico, y en ambos también resplandece la esperanza de que el saber llegará a ser para los hombres liberación y dicha, ocasión para el perfeccionamiento espiritual y para el goce de la existencia. Todo esto, que alienta y se expande en la insigne realización de Diderot y D'Alembert, estaba ya en los proyectos de aquellos dos; pero no podía figurar en ellos, por razones históricas, lo que fué en la *Enciclopedia* fuerza revolucionaria, energía espiritual al servicio de los impulsos renovadores del siglo XVIII.

PRELIMINARES INTELECTUALES DE LA REVOLUCION FRANCESA: LA "ENCICLOPEDIA"

POR

JOSE A. ORIA

El título de esta monografía corresponde al deseo de no encabezarla con expresiones equívocas o desproporcionadas. Considérase en él a la *Enciclopedia* como a uno de los preliminares o antecedentes de la revolución francesa de 1789, porque esto es lo que sin lugar alguno de duda puede afirmarse de la ardua y discutida empresa intelectual que fué, en el siglo XVIII, la publicación del famoso diccionario dirigido por D'Alembert y Diderot.

Se ha descartado, en cambio, deliberadamente del título de estas consideraciones toda expresión que prejuzgase sobre la medida en que la *Enciclopedia* pudo influir en el estallido revolucionario y en los acontecimientos sucesivos.

La extensión de la obra y lo mucho que toda enciclopedia encierra necesariamente de caduco, hacen hoy de la publicada doscientos años atrás más un objeto de comentarios históricos que de lectura completa o de compulsa fructuosa. Esa compilación, como tantas otras, resulta actualmente más mencionada que conocida.

Recuerda Henri de Régnier que para pintarle Mallarmé la bulimia intelectual de Elémir Bourges, lector insaciable,

le habría dicho: "En cuanto Bourges dispone de cinco minutos, relee la *Enciclopedia*"[1]. Ni en cinco meses de atención asidua podría un lector voraz recorrer aceptablemente dicha compilación, y para estudiarla a fondo sería imprescindible consagrarle varios años. Uno de los estudiosos que más seriamente han cumplido, en los últimos tiempos, ese cometido afirma con razón que la mayoría de los críticos e historiadores hablan de la *Enciclopedia* sin conocerla[2].

Menos aun puede extrañarnos la obscuridad que rodea a no pocos antecedentes y circunstancias de la publicación colectiva más célebre del siglo XVIII. Conviene recordar al respecto que la preparación y publicación de la obra llevó cerca de treinta años y que, como la guerra treintenaria del siglo anterior, la lucha por la *Enciclopedia* abarca varios períodos y contiene dramáticas alternativas.

No cabe duda de que la *Enciclopedia* respondía, en su carácter informativo y de balance cultural, a una verdadera necesidad y que aparecía en momento oportuno para satisfacerla.

Desde fines del siglo XVII, el *Diccionario crítico* (1697) de Pierre Bayle inicia en lengua francesa publicaciones de carácter enciclopédico y muestra el espíritu corrosivo que puede inspirarlas.

Y como esa oportunidad no era meramente local, y el éxito de una publicación incita a imitarla, a partir de la de Bayle se multiplican las "enciclopedias" o "diccionarios generales", primero en Alemania, luego en Inglaterra.

La más famosa de las enciclopedias inglesas, anteriores al siglo XIX, es probablemente la publicada en 1728 por

1 Régnier, Henri de, *De mon temps*, p. 86.
2 Hubert, René, *Les Sciences sociales dans l'Encyclopédie*, p. 14.

Ephraim Chambers y titulada *Cyclopaedia or Universal Dictionary of the Arts and Sciences.*

Chambers no posee la personalidad sobresaliente de sus colegas franceses D'Alembert o Diderot; pero dista mucho de ser un personaje vulgar. Como tantos otros iniciadores, Chambers es un autodidacto. Cuáquero, por sus ideas religiosas, ha comenzado por ser artesano, entre cuyos oficios figuró el de armador o constructor de esferas geográficas. Esta tarea por la cual queda el globo terráqueo reducido a proporciones de material escolar y adorno de bufete, pudo contribuir a sugerirle el hacer algo análogo con la inmensidad de los conocimientos humanos, consignados en obras nunca suficientes para contenerlos y que no cabían ya en las bibliotecas particulares.

Es igualmente posible que Chambers perteneciera a los cuadros todavía indecisos de la francmasonería, que comenzaba a difundirse en Inglaterra y Francia.

Lo indudable es que la francmasonería, que consideraba a Dios como arquitecto supremo del universo, daba importancia a los oficios, y que, en 1737, Ramsay propiciaba en Inglaterra una vasta obra de carácter enciclopédico, para la cual reclamaba el apoyo de todos los maestros y "hermanos" de Alemania, Inglaterra e Italia. Tres años después, el duque de Antin, primer gran maestre de la francmasonería francesa, hacía en París un discurso análogo.[1]

Alcanza la enciclopedia de Chambers un éxito rotundo de librería, y sus dos volúmenes *in folio* representan el esfuerzo informativo más certero realizado en obras de su índole. A mediados del siglo, el diccionario de Chambers ha tenido seis ediciones y dado pingües ganancias a sus impresores.

1 LE GRAS, JOSEPH, *Diderot et l'Encyclopédie*, ed. 1928, ps. 28 ss.

Dos intelectuales trashumantes, John Mills y Godofredo Sellius, inglés el primero y alemán el segundo, buscan en Francia un editor próspero al cual proponer la adaptación de la afortunada enciclopedia de Chambers. Dan con el librero Le Breton [4], y no se equivocan al confiar en la sagacidad comercial del parisiense, pero sí al suponer que se dejará manejar por ellos. Nadie superaba a Le Breton en olfato editorial, pero tampoco nadie, ni Diderot mismo, lograba imponerle los propios puntos de vista, si estaban en pugna con los intereses o resquemores del librero.

Para Le Breton la enciclopedia propuesta es, en primer término, un negocio.

Ni Mills, ni Sellius le parecen convenientes para llevar a cabo la empresa, aunque sin la intervención de ambos la famosa *Enciclopedia* de Francia no hubiera nacido o habría esperado tiempo incalculable para presentarse en el mundo.

Muere el alemán, se desentiende Le Breton del inglés Mills, y obtiene un "privilegio" para editar la adaptación proyectada que le deja con libertad de elegir a sus colaboradores.

Nada más fácil o nada más difícil que hallar los secuaces que llevarán a término una enciclopedia, según sea el criterio con que se haga la selección. Por supuesto que la dificultad sólo existe si de encontrar verdaderas competencias

4 Le Breton pertenecía a las logias de la francmasonería. (Véase Lanson, en *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, 1912, p. 315). A pesar de su francmasonería, el editor celoso de sus intereses comerciales, frenó y hasta saboteó las audacias doctrinarias de Diderot, como lo prueba la carta indignada de este último, de 12 de noviembre de 1764, que comienza: "Usted me ha engañado cobardemente durante dos años...".

se trata; la facilidad, si meramente se procura hallar frangolladores que traduzcan o manipulen materiales ajenos.

Y aun podría decirse, sin paradoja, que no hay obra enciclopédica de vastas proporciones en que no estén representadas ambas especies de colaboradores[1].

Actualmente, en los países cultos, una enciclopedia es largamente elaborada, antes de comenzar a imprimirse. Algunas casas editoriales especializadas poseen verdaderos institutos de información lexicográfica donde se reúne y depura técnicamente el material de las futuras ediciones.

En las librerías francesas de tiempos de Le Breton no existía nada que presentase ventajas equivalentes.

Requeríase, por lo tanto, alguien atraído por lo que la empresa enciclopédica encerraba a la vez de incitante y de aventurado; alguien, asimismo, a quien no arredrasen tareas obscuras, de esfuerzo ciclópeo y de escasa retribución. Un enciclopedista nato, en momentos en que nadie pensaba en cultivar ni estimar tal especie de talentos.

No basta la suerte para explicar la persistencia del éxito personal, y Le Breton logró acierto constante en sus empresas. Pero admitamos la fórmula y digamos que tuvo el editor la buena estrella de encontrar a Dionisio Diderot para la tarea que proyectaba. Y la expresión de "buena estrella" no supone, por cierto, que ella brillase siempre serena y radiante en las relaciones entre el librero y el director técnico elegido para su empresa.

Bohemio por sus hábitos de hombre de café, pero capaz

1 Del *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, en que colaboró, escribe Menéndez y Pelayo: "...es trabajo bastante de pacotilla, como todas las enciclopedias españolas que yo he visto hasta ahora. Mucha parte debe estar traducida del francés y del alemán." *Epistolario de M. y Pelayo y Valera*, ed. 1946, p. 401.

de conciliar esas preferencias desgarbadas con una curiosidad realmente enciclopédica y una capacidad de trabajo pasmosa, Diderot había ya traducido obras inglesas de carácter técnico y de divulgación histórica, tales como el *Diccionario de medicina* de Roberto James y la *Historia de Grecia* de Temple Stanyan.

Siempre escaso de recursos y desbordante en ideas, improvisador incorregible no menos que genial, Diderot carecía de prestancia y de prestigio. Años después, ya célebre en los medios literarios, un noble como D'Argenson sólo se referirá al capataz de la *Enciclopedia* como: "Ese Fulano... ¡Ah!, sí, ese tal Diderot."

En esas manos tan avezadas a las tareas anónimas y aventuradas, que en 1749 lo hacen poner preso en Vincennes, el proyecto de enciclopedia sólo podía crecer en proporciones. En efecto: convence a Le Breton de que lo realmente oportuno sería, no adaptar la enciclopedia de Chambers, sino descartarla y hacer de la obra encarada un verdadero panorama de los conocimientos humanos, en numerosos volúmenes, a cargo de una imponente legión de colaboradores.

Con anterioridad a Diderot, un abate, Gua de Malves, había aconsejado a Le Breton idea semejante. El abate sirvió involuntariamente de fianza a las sugestiones del escritor bohemio y discurridor "libertino", como se llamaba desde fines del siglo XVII a los después conocidos con el apodo de "libres pensadores".

La prolongación de la obra aseguraba a Diderot, mientras se la editase, recursos modestos, pero constantes. El estipendio inicial de 1.500 libras anuales será luego justamente aumentado, a medida que la tarea y la responsabilidad editorial de Diderot crezcan en importancia. Pero esas mil quinientas libras son, desde el comienzo, más de lo que el inco-

rregible desordenado había podido hasta entonces llevar a su casa.

Presta Diderot otro servicio de insospechadas proporciones a la empresa común: el de convencer al octogenario y regalista canciller D'Aguesseau [1] que conceda el privilegio editorial, para que la *Enciclopedia* pueda publicarse. El veterano orador forense, tan ducho en desenmascarar los embozos de la chicana curialesca, cree de la futura compilación lo que el gran conversador de *El sobrino de Rameau* quiere decirle.

Y hé aquí cómo fueron personas de insospechable monarquismo y buena fe las que hicieron posible la publicación de esa *Enciclopedia*, siempre mencionada como máquina de guerra contra el antiguo orden de cosas.

Concebida la empresa como verdadero y amplio repertorio de los conocimientos humanos, quédale por cumplir a Diderot la ardua tarea de hallar los colaboradores capaces de poner en marcha las diversas secciones de obra semejante. Ya hemos recordado que el prestigio personal del escritor bohemio no bastaba para conferirle el derecho de encabezarla.

Ese "fulano", ese factotum más conocido en los cafés que en las academias y en los centros científicos no inspiraría ni confianza ni respeto a los suscriptores de la publicación proyectada. Para lanzar ésta y para imponerla requeríase alguien con mejores títulos y mayor crédito de los poseídos por Diderot.

Piénsase, por lo tanto, en D'Alembert, ya consagrado en

1 D'Aguesseau era un humanista completo, conocedor no tan sólo del griego y el latín, sino también del hebreo, el español, el italiano y el portugués. Sabía de matemática y de física, aunque su preferencia decidida era en favor de las letras. Ver *Oeuvres de D'Aguesseau*, 16 vls.

los círculos cultos, asociado a la Academia de Ciencias y en vísperas de ingresar a la de Letras.

Acepta D'Alembert el papel directivo que se le confiere, y entra la *Enciclopedia* en el período de las realizaciones y de las dificultades.

En el siglo pasado, Pascal había dado la fórmula de toda labor análoga a la emprendida luego por Diderot: "Puesto que no es posible ser universal y saber todo lo que puede saberse sobre todas las cosas, es menester saber un poco de todo. Pues es mucho más hermoso saber algo de todo que el saber todo de algo; esta universidad es más bella" [1].

A este ideal de "universalidad" concentrada, responde inicialmente la concepción de la *Enciclopedia*. Lo enuncia claramente el *Prospecto* redactado por Diderot: "Esta obra podrá servir, alguna vez, de biblioteca en todos los géneros, excepto en el de su especialidad, a un sabio de profesión..." Programa de que se hace también eco D'Alembert, en el *Discurso preliminar*: "Esta obra hará las veces de biblioteca para el hombre culto ("l'homme du monde"); y, en todos los géneros, excepto el suyo, para un sabio de profesión..."

La oportunidad de estas declaraciones quedó demostrada por el aflujo sorprendente de suscriptores.

A pesar de tratarse de una publicación costosa, cuyo precio la ponía fuera del alcance de las bolsas modestas, la suscripción llega a esparcirla por toda Francia. El profesor Strowski recuerda haber encontrado ejemplares hasta en una aldehuela del Forez, en la habitación de modestos propietarios campesinos [2].

1 Pascal, *Pensées*, ed. Crès, 1924, p. 62.

2 Strowski, *Histoire des Lettres*, dans *Histoire de la Nation Française*, vl. II, p. 407.

Con las perspectivas intelectuales halagüeñas surgen las dificultades jurídicas enconadas.

La empresa editorial de Le Breton vulnera derechos anteriores de otros titulares: los jesuítas, redactores del *Diario de Trévoux,* autorizados, asimismo, para la publicación de un "Diccionario", cuya primera edición había aparecido en 1704.

En aquella Francia de gremios regimentados, de corporaciones disciplinadas, de limitaciones intransigentes y de privilegios exclusivos, los jesuítas entendían poseer legalmente el derecho que se concedía a Le Breton.

Basta con recordar los innumerables procesos motivados por estas situaciones, para comprender que no serían ciertamente los primitivos titulares de uno de esos derechos los que se dejarían despojar de él sin protestas [1].

A estos motivos estrictamente jurídicos y humanos, podía añadirse en los jesuítas la desconfianza con que veían anunciar una "enciclopedia", con el espíritu preconizado por los francmasones y dirigida por alguien, como Diderot, a quien sus tendencias antirreligiosas habían llevado a la prisión.

La intención sectaria de la obra es denunciada por el *Diario de Trévoux,* desde la publicación de los primeros volúmenes.

Sería, con todo, un error suponer en la *Enciclopedia* de los comienzos el ardor combativo y la eficacia disolvente que la caracterizaron años después. Lo mismo que las personas, las obras prolongadas a través del tiempo y de volúmenes

1 Solamente en París, las corporaciones gastaban en litigios por mantener sus privilegios, más de un millón al año. RAMBAUD, *Histoire de la civilisation française*, t. II, p. 522.

sucesivos, suelen tornarse en muy distintas de lo que comenzaron por ser.

Le Breton era un especulador hábil, no un aventurero. D'Alembert era un hombre de prestigio internacional, miembro de la Academia de Ciencias, en vísperas de ingresar a la Academia Francesa; no era ciertamente un bohemio como Diderot ni un libre pensador tabernario. Si a D'Alembert le conviene no comprometer sus brillantes perspectivas académicas, para Le Breton es de un interés vital la continuidad de la *Enciclopedia* y que los suscriptores a la misma no puedan considerarse defraudados.

El nuevo diccionario debía ser revisado y censurado por eclesiásticos. Nadie podía asegurar de antemano la benevolencia de tales jueces.

Pensóse entonces, lógicamente, que los artículos que más convenía vigilar eran los referentes a la teología, a la religión y a los asuntos eclesiásticos. Y, para que los mismos inspirasen confianza, encargóse de ellos a diversos sacerdotes.

Una de las características de la *Enciclopedia,* y de las que mejor explican que nos ocupemos de ella a doscientos años de su publicación, es la de no haber sido una obra académica y mansamente literaria, sino la de constituir un momento expresivo del pasado prerrevolunario, en el cual circunstancias políticas y caracteres individuales, ideas e intereses, grandes corrientes sociales y pequeñas pasiones humanas convergen y se entremezclan hasta producir uno de los remolinos intelectuales más impetuosos y más turbios de la historia.

La lejanía desde la cual consideramos hoy ese pretérito nos permite advertir lo que hubo de cómico en malandanzas que no debieron parecer lo que a nosotros a quienes las vivían.

Tal, por ejemplo, el incidente del abate de Prades, uno de los primeros colaboradores en la *Enciclopedia* francesa.

Hombre culto y sacerdote estimado, el abate de Prades, que ya figuraba entre los secuaces de D'Alembert y Diderot, debía pasar un examen doctoral en la Sorbona. Fiel a su origen medieval y a la voluntad de su fundador, la Sorbona era todavía y primordialmente una facultad de Teología. En ella y ante tribunal autorizado expuso brillantemente de Prades su tesis *La Jerusalem celestial*, el 18 de noviembre de 1751.

El abate fué felicitado por sus jueces, laureado, púsose el birrete doctoral y se fué a su casa despedido por un concierto de elogios y de plácemes.

Si en aquel ambiente de triunfo olvidó de Prades lo cerca que estaba, en la Roma clásica, el Capitolio de la roca Tarpeya, las circunstancias se encargaron muy pronto de recordárselo.

Adviértase que el sostenimiento de la tesis supuso en aquel caso, como en todos, la presentación previa de un texto escrito y el desarrollo, luego, oral de las conclusiones y fundamentos aducidos por el examinando.

Aún dormía el abate sobre sus laureles universitarios, cubierto con la flamante muceta doctoral, cuando lo despertó bruscamente de su sueño la más extraordinaria tormenta que haya provocado examen universitario en aquel siglo.

¿Por qué?

Corrían ya impresos los dos primeros volúmenes de la *Enciclopedia*. Figuraban en ellos colaboraciones del abate de Prades, entre otras, una sobre la certidumbre. Diderot, uno de los directores más activos de la recopilación, era amigo del abate, y había estado preso por la publicación, en 1749, de *La carta sobre los ciegos*, obra indudablemente impía.

¿Podía un amigo y colaborador de Diderot haber pre-

sentado en la Sorbona una tesis limpiamente ortodoxa? Además, "horresco referens", y los mismos que se horrorizaban al suponerlo lo afirmaban como si les constase a ciencia cierta: ¡Diderot había colaborado en la tesis aprobada por la Sorbona, Diderot, el ateo de *La carta sobre los ciegos!*

La tesis del abate de Prades fué denunciada; los mismos que la calificaron con altas recompensas declararon no haberla leído, "por estar escrita con letra muy pequeña" [1] y se convocó a una asamblea excepcional, a un claustro ampliado para juzgar en definitiva la zarandeada disertación del peligroso colaborador de la *Enciclopedia*.

Se le atribuye al juez Laubardemont el dicho de que le bastaría una línea cualquiera, la más indiferente, de un inculpado, para hallar en ese autógrafo con qué mandar a la horca al que lo hubiese escrito.

La tesis del abate de Prades tenía miles de líneas, y el 30 de diciembre del mismo año de 1751 la Sorbona, que un mes antes coronaba las pruebas rendidas, empleaba ahora la fórmula "horruit sacra Facultas", repudiaba las proposiciones contenidas en *La Jerusalem celestial*, anulaba los honores concedidos, suspendía en su función sacerdotal al abate de Prades y destituía de la cátedra al presidente del tribunal ante el cual rindió su examen el colaborador de Diderot.

Si el jurado del 18 de noviembre no había leído la monografía del abate de Prades, ¿cómo pudo interrogarlo? Y si la letra era muy pequeña, ¿tampoco el tribunal alcanzó a oír la voz del examinando en la parte oral de sus pruebas?

Todo esto sería muy jocoso, si, por lo aquí escuetamente narrado, de Prades no hubiera debido ocultarse, primero, y

1 De Prades, *Le Tombeau de la Sorbonne*, ed. Hollande, 1753, p. 20.

luego, para evitar males peores, huir de Francia y vivir expatriado durante varios años.

Convengamos en que, dentro del juego normal de la vida universitaria, nada de esto debió ocurrir.

Pero lo que aflige en el sonadísimo asunto de Prades es la inflación pasional de un incidente por intereses banderizos y solapados; la reaparición de los procesos de "tendencia" siempre odiosos y el uso de las formas del derecho contra la realidad de la justicia.

Era a la *Enciclopedia* misma a la que apuntaban los tiros de los cuales resultaba el abate de Prades la primera víctima.

Contaba entonces la empresa con una nómina brillante de colaboradores; aunque la contribución de algunos de ellos haya sido más nominal que efectiva.

Siempre se ve figurar a Montesquieu entre los participantes en la *Enciclopedia.* Sin embargo, el autor de *El espíritu de las leyes* rehusó toda colaboración realmente eficaz a la obra de Diderot. Se le habían solicitado dos artículos: uno sobre democracia y otro sobre despotismo. No aceptó escribirlos. No, ciertamente, porque Montesquieu careciese de audacia. Pero no le agradaba para esos trances la compañía de los "enciclopedistas". Montesquieu, cuya reputación de jurista era incomparable, sólo acepta colaborar en la *Enciclopedia* con un artículo sobre "el gusto", que ni siquiera está terminado al morir el autor en 1755.

También fué escasa y reticente la contribución de Buffon al famoso diccionario.

La posición de Voltaire es activa; aunque, como de él podía esperarse, más contradictoria que decidida y franca.

Ha colaborado Voltaire en la empresa común, con artículos, reunidos en la edición de Kehl a su *Diccionario filosófico*; ha inspirado lo que tuvo la *Enciclopedia* de más atre-

vido; la ha defendido en público... Pero la ha censurado en su correspondencia privada[1] y no tomó nunca abiertamente la responsabilidad de dirigir la recopilación que indudablemente orientaba.

Rousseau, sí; Juan Jacobo comenzó por colaborar con esos mismos "enciclopedistas" con los que rompió luego tan ruidosamente, a propósito de un artículo aparecido en la obra de que él fué también redactor. La unidad de miras no ha sido característica sobresaliente del célebre diccionario.

Rousseau tuvo a su cargo, en los primeros volúmenes, los artículos sobre "música". El juicio del mismo Rousseau sobre su aporte a la *Enciclopedia* no puede ser más modesto: "hice mi parte, muy apresuradamente y muy mal, en los tres meses que me fueron concedidos"[2].

Abundaban los abates, entre los colaboradores de la *Enciclopedia,* y varios de ellos, de ortodoxia insospechada. Entre los más conocidos, puede recordarse a De la Chapelle, Langlet-Dufresny, Mallet, Pastré, Ivon, etc.

La publicación, en 1757, del séptimo volumen de la obra, señala un momento crítico en la vida de la misma.

Contenía el volumen el artículo sobre "Ginebra" de D'Alembert, en el cual incitaba a los magistrados de la ciudad protestante a ser más tolerantes con los espectáculos escénicos.

Rousseau, cada vez más alejado del espíritu predominante entre los "enciclopedistas", aprovechó la ocasión para romper con sus ex compañeros, en una "carta" a D'Alembert, no menos elocuente que paradojal.

1 Carta a d'Argental, 12 de marzo de 1757: "La *Enciclopedia* está construída, por partes iguales, de lodo y de mármol".

2 ROUSSEAU, *Les Confessions*, 2ª parte, final del libro VII.

Al aparecer, en 1757, el volumen séptimo de la *Enciclopedia* debe ésta hacer frente a las mayores dificultades que se le hubieran presentado. Desde años atrás es violentamente atacada por Fréron y denunciada por los jesuítas lioneses. Prohibida, una primer vez, en 1752, después del incidente del abate de Prades, la *Enciclopedia* ve condensarse las nubes de mal presagio sobre su imprenta.

Dos nuevos adversarios aparecen: Palissot y Moreau. Pero lo de mayor riesgo para la empresa de Le Breton es un incidente imprevisto y de carácter más político que literario: Damiens, un excriado tornadizo hiere, a comienzos de 1757, a Luis XV.

A ese atentado de un anormal se le quiere asignar una intención ideológica y partidaria. Los jesuítas lo atribuyen a la impiedad que les parece tener a la *Enciclopedia* como principal foco; los filósofos consideran a Damiens como a instrumento de los jesuítas, por haber servido en residencias de aquéllos. Damiens, criado de muchos amos, había servido igualmente en casas de magistrados y de personas de la nobleza.

En 1758, el año de la "carta" de Rousseau a D'Alembert, un amigo de los enciclopedistas, Helvecio, es severamente condenado por el Parlamento.

Al año siguiente, es anulado el privilegio concedido para la publicación de la *Enciclopedia;* se obliga a Le Breton a resarcir a los suscriptores por los volúmenes pendientes; y, el 3 de septiembre de ese mismo año de 1759, el Papa Clemente XIII condena la *Enciclopedia*[1].

D'Alembert se retira de la dirección y Voltaire aconseja

1 Solamente por error venial, pero no menos indudable, Hervier, Lamy, Voilquin, Le Gras, etc., atribuyen la condena a Clemente VIII, que falleció siglo y medio antes de la bula sobre la *Enciclopedia.*

a Diderot que haga otro tanto, o que continúe la obra en el extranjero. Diderot demuestra ser el más identificado con la empresa, al contestar a Voltaire: "Abandonar la obra es volver espaldas al enemigo, y hacer lo que desean los bribones que nos persiguen. ¡Si supierais la alegría con que han recibido la 'deserción' de D'Alembert!... ¿Qué hacer? Lo que conviene a gente de valor: despreciar a nuestros enemigos, perseguirlos, y aprovechar, como lo hemos hecho, de la imbecilidad de nuestros censores" [1].

Y, a pesar de las ofertas que se le hacen desde el extranjero, Diderot continúa en París esperando mejores tiempos para su edición y preparando los volúmenes futuros.

Las circunstancias le dieron razón.

La publicación de la *Enciclopedia* no es ya una cuestión simplemente editorial. Se ha convertido en campo de batalla de influencias poderosas.

Fuera de los intereses materiales empeñados, militan en favor de la *Enciclopedia* cuantiosos auxiliares de singular importancia. Lo que Taine ha llamado "l'esprit classique" [2], esa audacia para deducir de todo principio las consecuencias que de él pueden desprenderse y aplicar a las ciencias sociales los principios de las físicas, apoya decididamente el espíritu racionalista y los propósitos generales de la empresa encabezada por Diderot. La lámina de Cochin, que abría el primer volumen de la *Enciclopedia*, mostraba a la Razón y a la Metafísica, en lo alto de la composición, tratando de despojar a la Verdad de los velos que la envuelven.

El "espíritu clásico", definido por Taine, podía reconocerse en la lámina inicial de la *Enciclopedia*.

1 Carta de 19 de febrero de 1758.
2 TAINE, *L'Ancien Régime*, t. I, ps. 315 ss.

Además de esas influencias doctrinarias, existen las políticas y materiales.

D'Argenson, al que la obra está dedicada, se empeña eficazmente en resolver las dificultades opuestas a la continuación de la misma, e interesa en igual sentido a la más poderosa influencia del momento: la de Madame de Pompadour.

Un bello retrato al pastel de La Tour muestra a Madame de Pompadour, al lado de una mesa en que aparecen algunos volúmenes de esa misma *Enciclopedia* condenada por el Parlamento y por la Iglesia.

El significado de este retrato es más fácil de colegir que el del grabado alegórico de Cochin. Los jefes del partido devoto eran en la Corte el hijo y la esposa de Luis XV, decididos protectores de los jesuítas, y enemigos naturales de Madame de Pompadour. Ésta era, por lógica consecuencia, aliada de los filósofos y adversaria de la compañía de Jesús.

La marquesa aplicaba el conocido principio en virtud del cual los enemigos de nuestros enemigos resultan nuestros amigos.

Esta lucha de alianzas familiares y religiosas explica las alternativas y vicisitudes sufridas por la subsistencia de la *Enciclopedia* a través de los veinte y tantos años que dura su publicación.

Fuera de esas influencias nacionales, existían otras de carácter internacional. Soberanos extranjeros, como Catalina II, Federico II, José II de Austria y el futuro Gustavo III de Suecia eran partidarios decididos de los enciclopedistas.

Una prolongada suspensión de la obra en Francia podía traer como consecuencia la continuación de la empresa en el extranjero, con la consiguiente repercusión para el prestigio intelectual de ambas naciones. En 1762, Catalina

II propone formalmente a Diderot llevar a Rusia el centro de elaboración de la *Enciclopedia*, comprometiéndose a financiar la terminación del diccionario suspendido.

Estas influencias internacionales no son las únicas en conflicto durante la batalla enciclopedista. Los tiempos en que el poder pudo mostrarse más enérgico y decidido frente a los filósofos son también los de la declinación del prestigio francés y de los reveses en la guerra de los Siete años.

El debilitamiento del poder real acentuaba la progresiva gravitación de la vanguardia ilustrada de ese "estado llano", en vísperas de serlo todo, según la fórmula prerrevolucionaria de Sieyès. Y ese "estado llano" creciente es partidario de la *Enciclopedia*.

En resumen, a pocos años de la supresión del privilegio que debió matar a la empresa de Le Breton, ésta puede reanudarse con el embozo de un pie de imprenta ginebrino y a condición de repartirse en los suburbios parisienses.

En 1762 aparece el primer volumen de láminas y, en 1765, los tomos VIII y siguientes del texto; poco después, los once volúmenes finales de ilustraciones.

La batalla ha sido ganada por los "enciclopedistas".

El parte final de victoria no puede olvidar a quienes la hicieron posible, sea cual fuere el valor moral asignado al triunfo.

Si Chambers ejerció el oficio de constructor de esferas geográficas, Diderot se constituyó, a través de toda su vida, la cabeza más enciclopédica de su tiempo. Se ha dicho de él que formaba un todo indisoluble con la obra a que consagró la mayor parte de su actividad intelectual: "Esos artículos sobre los diversos oficios, no son sino parte de los 1239 que Diderot dió a la *Enciclopedia*. Todos los temas que le sugieren, sean las circunstancias, sean sus gustos personales, desde la

gramática hasta la teología, son tratados por él sin ignorancia ni menoscabo. Pero lo que más lo honra es que ese mismo hombre haya sido capaz de escribir, sobre los oficios, una serie de artículos que parecen de un especialista y otra sobre la filosofía antigua que los filósofos modernos consultan todavía hoy con provecho. Así, pues, había profundizado el pretérito y, a través del presente, había adivinado el porvenir" [1].

El otro triunfador en esa lucha fué, sin duda, Voltaire. A pesar de sus reservas y censuras, no había cesado de exhortar a los enciclopedistas: "¡Agrupaos! ¡Formad el batallón sagrado!" En varias ocasiones, con su ingeniosidad dialéctica no menos hábil que capciosa, salió en defensa del diccionario.

El último de esos alegatos, publicado cuatro años antes de la muerte de Voltaire y cuando ya el triunfo de la *Enciclopedia* no podía dejar lugar a dudas, es una de las obras maestras polémicas del autor.

Hé aquí el escenario inventado por Voltaire, pero al que él supone evocado por uno de los criados de Luis XV, presente en una de las cenas casi íntimas en que se complacía el monarca, y que presidía la gracia de Madame de Pompadour:

"—Es curioso, dijo el duque de Nivernois, que nos divirtamos diariamente en matar perdices en los parques de Versalles, otras veces en matar o hacernos matar en la frontera, y no sepamos de qué está hecha la pólvora que para matar empleamos.

"—¡Ay!, nos pasa otro tanto, respondió Madame de Pompadour, con todas las cosas del mundo. ¿Acaso sé yo de

1 Delbos Victor, *La Philosophie française*, ed. 1919, p. 205.

qué está hecho el colorete que me aplico en las mejillas? Y se me pondría en graves dificultades si se me preguntara cómo se hacen las medias de seda con que me calzo.

"—Es lástima, dijo el duque de la Vallière, que Su Majestad nos haya confiscado nuestros diccionarios enciclopédicos, que nos han costado cien pistolas: en ellos podríamos encontrar la respuesta a nuestras preguntas.

"El Rey justificó su confiscación: se le había advertido de que los veinte y un volúmenes *in folio,* que estaban en el tocador de todas las damas, eran algo de lo más peligroso que había en el mundo para el reino de Francia... A fines de la cena envió a buscarlos...

"Pudo verse en el artículo sobre la "pólvora" que el duque de La Vallière tenía razón; y pronto Madame de Pompadour supo la diferencia entre el antiguo colorete español, que usan las damas de Madrid para encender sus mejillas, y el rojo preferido por las damas de París...

"Los concurrentes se echaron sobre los volúmenes con el afán con que las hijas de Lycomedes se disputaron las joyas llevadas por Ulises; y cada uno de ellos encontraba inmediatamente lo que le interesaba saber... El rey encontró los derechos de su corona"... "Pero, en verdad, dijo, no comprendo por qué me han hablado tan mal de esta obra" [1].

No transcribimos sino pequeña parte del habilísimo alegato compuesto por Voltaire, uno de los mejores que hayan salido de la pluma del formidable polemista.

Esa obra, que se encontraba "en el tocador de todas las damas", tiene respuesta para todas las curiosidades, y nada encierra de peligroso. Los "derechos del rey" figuran en

1 Diálogo por primera vez impreso a continuación de la tragedia *Don Pèdre.*

ella... El monarca termina por no comprender por qué le han hablado tan mal de una obra tan útil e inofensiva...

Lástima que esta vez, y no ha sido la única, haya olvidado Voltaire uno de los consejos más sensatos que daba él mismo en otras ocasiones: el de que las noticias requieren siempre "el sacramento de la confirmación" [1]. El admirable historiador de Carlos XII debió buscar la ratificación de las versiones que difunde y cuya autenticidad garantiza. No lo hizo ni le convenía hacerlo.

Madame de Pompadour murió en 1764... y casi todos los tomos de la *Enciclopedia* consultados en su presencia, según Voltaire, solamente se publicaron a partir de 1765.

Voltaire ha construído la escena con la misma sinceridad con que en uno de sus diálogos filosóficos hace decir a otro de los interlocutores "que los enciclopedistas no amenazaban a la religión..., que nadie pensaba en atacar, cuyos fundamentos son inconmovibles, y que está bajo la protección de las leyes y del gobierno" [2].

La *Enciclopedia* ha sido juzgada desde el punto de vista religioso por la autoridad suprema de Clemente XIII.

El primero de los censores jesuítas de la *Enciclopedia*, el P. Berthier, declaraba su propósito de estimar la obra "sin parcialidad ni afectación" [3]. Es lo menos que puede esperarse de quienes la comentamos a dos siglos de distancia.

Si algo contiene la compilación famosa de meramente circunstancial, necesariamente caduco y deleznable, es la hostilidad solapada contra el catolicismo, en un todo ajena a los propósitos normales de cualquier diccionario de su índole.

1 Carta al conde de Argental, 28 de Agosto de 1760.

2 *Dialogues philosophiques*, ed. Lemerre, t. I, p. 55.

3 *Journal de Trévoux*, marzo de 1752, p. 467.

Al redactar el artículo sobre "Enciclopedia", Diderot hace un examen de conciencia, y declara: "Examino sin parcialidad nuestra obra; advierto que no hay, quizás, ninguna clase de error que no hayamos cometido; y me veo forzado a reconocer que solamente dos tercios de la misma podrían entrar, no sin pena, en el contenido de una verdadera Enciclopedia..."

Pero, una vez hecha esta declaración oportuna, Diderot se pregunta: "¿cómo, a pesar de todos esos defectos, habéis podido obtener el éxito que ninguna publicación de estas proporciones ha logrado jamás? A lo cual respondo que nuestra *Enciclopedia* tiene sobre cualquier obra semejante..., la ventaja de contener una infinidad de cosas nuevas, que se buscarían en vano en otra parte".

No es caprichoso el suponer que en esa tercera parte que ya no incluiría Diderot en una "verdadera Enciclopedia" figuran los ataques a la religión que sirven de peso muerto a la primera, a la editada por Le Breton, porque Diderot mismo nos dice lo siguiente: "Le ton de la satire est le plus mauvais pour un Dictionnaire, et l'ouvrage le plus impertinent et le plus ennuyeux qu'on peut concevoir, ce serait un Dictionnaire satirique... Il faut absolument bannir, d'un grand livre, ces à-propos légers, ces allusions fines, ces embellissements délicats qui feraient la fortune d'une historiette: les traits qu'il faut expliquer deviennent fades, ou ne tardent pas à devenir inélligibles".

Pues esa parte de "sátira", de "alusión" que pronto se torna incomprensible y aburrida, cuando no odiosa, es la que en la *Enciclopedia* iba dirigida contra la religión.

Ha variado mucho el criterio con que se estima la eficacia corrosiva y demoledora del famoso diccionario del siglo XVIII.

Todavía Pablo Deschanel afirmaba: "La Revolución está ya íntegra en la *Enciclopedia*" [1].

Es casi la reedición del famoso "couplet" del pilluelo que, a cien años de distancia, daba a Rousseau culpa de haber nacido en el arroyo; y a Voltaire, la de no tener padre ni madre conocidos.

Conviene no exagerar. Durante una cena, en la que se despellejaba con saña a una dama ausente, Talleyrand, enemigo de toda desmesura, intervino: "Señores, no conviene llegar a tales extremos: hay todavía vicios que esa pobre señora no practica."

Aun en el capítulo de los cargos, corresponde juzgar a la *Enciclopedia* "sin parcialidad ni afectación". Los modernos historiadores de izquierda de la Revolución francesa, como Mathiez o Jaurès, distan de coincidir con Deschanel en la parte asignada al celebérrimo diccionario como factor de 1789.

Daniel Mornet, el más exacto y documentado de los historiadores de "Les origines intellectuelles de la Révolution Française" afirma que nada hay en las tendencias políticas de la *Enciclopedia* que no estuviera ya en las obras de Boulainvilliers, Fénelon o Montesquieu [2].

Más categórico todavía resulta Paul Hazard, para el cual: "La gran batalla de las ideas ocurre antes de 1700... Ni Voltaire, ni Federico II tienen el frenesí anticlerical, antirreligioso de un Toland; sin Locke, d'Alembert no habría escrito el *Discurso preliminar* de la *Enciclopedia*" [3].

1 DESCHANEL, PAUL, *La Question sociale*, p. 331.

2 MORNET, *Les origines intellectuelles de la Révolution Française*, ps. 79 ss.

3 HAZARD, PAUL, *La crise de la conscience européenne*, ed. 1935, t. II, p. 294.

Correspondería justipreciar, también "sin parcialidad ni afectación", la verdadera influencia de la *Enciclopedia* en el ambiente católico de Francia, durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Por grande que haya sido la difusión del diccionario enciclopédico, no es fácil suponer que haya superado, ni igualado, quizá, la lograda por el *Diccionario histórico y crítico* de Bayle. De quinientas bibliotecas cuyo catálogo ha conseguido compulsar M. Mornet, 288 contenían la obra de Bayle [1], publicada en 1697. Dada la inspiración francamente escéptica que domina en la obra de Bayle, ¿no conviene, en estricta justicia, asignarle algo de la influencia que se atribuye a la compilación de Diderot?

Los escritos más peligrosos de Voltaire, Helvecio, Rousseau, Montesquieu no están ciertamente en la *Enciclopedia*.

El problema es harto más complejo de lo que se supone.

La Asamblea del clero, en sus reuniones periódicas, se pronuncia constantemente contra la publicación de la *Enciclopedia*. Obtiene, en 1770, que la obra denunciada y condenada por el pontífice sea depositada en la Bastilla. Logra del rey, en 1772, la promesa de que su policía impedirá la impresión y difusión de obras perniciosas... Pero en la lista de suscriptores a la empresa de Le Breton, publicada por el historiador católico La Gorce, en una sola región, sobre cuarenta nombres de sostenedores de la *Enciclopedia*, veinticuatro, más de la mitad, son de sacerdotes [2].

No pueden imputarse a la *Enciclopedia* los numerosos

1 El estudio de Mornet demuestra que el diccionario de Bayle ha sido la obra más difundida del siglo XVIII. Véase *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, année 1910, ps. 463 ss.

2 La Gorce, *Histoire religieuse de la Révolution Française*, t. I, ps. 25 ss.

elementos de descomposición moral que contiene la sociedad francesa del siglo XVIII. Tenían ciertamente otro origen las fortunas escandalosas entonces reunidas por los explotadores de la miseria pública o por cortesanas encumbradas como las de Prie, la Pompadour, la Dubarry. El Padre Hyacinthe decía, un siglo después, que lo nuevo, en la edad moderna, no era la existencia de las cortesanas, sino la importancia que han adquirido. "El cinismo de las costumbres —afirmaba Napoleón— trae la pérdida del cuerpo político" [1]. Y Dumas, hijo, a su vez: "Sean los tiempos de Lais, de Popea o de la Dubarry, una sociedad en que la cortesana reina corre inevitablemente a la ruina. Las instituciones se desquician y los hombres se envilecen" [2]. Por otra parte, y desde el punto de vista de la defensa religiosa, el historiador protestante Alberto Monod sostiene que la expulsión de los jesuítas, en 1764, y la disolución de la orden, en 1773, dejó a la Iglesia "grièvement blessée" [3].

El capítulo de los merecimientos y de los males de la *Enciclopedia* no puede simplificarse sin incurrir en injusticia o en incomprensión igualmente manifiestas.

Tratemos de mostrarlo con un ejemplo concreto. El padre jesuíta Van Tricht, uno de los mejores conferenciantes del siglo XIX, tiene una diestra disertación sobre Andrés María Ampère, uno de los más grandes sabios católicos de la misma centuria.

Recordaremos algunos rasgos de esa certera semblanza. Hijo de padre guillotinado por la Revolución, creció Ampère poco menos que abandonado a sí mismo. "Devoró resuelta-

1 NAPOLEÓN, *Máximas y pensamientos*, ed. Bouet, p. 94.
2 DUMAS, hijo, *Théâtre*, t. IV, p. 54.
3 MONOD, ALBERT, *De Pascal à Chateaubriand*, p. 73.

mente la biblioteca paterna. Poseía en grado prodigioso esa facultad que Platón llama "potente diosa", la memoria...

"Desde sus doce a sus dieciocho años leyó de cabo a rabo los veinte volúmenes de la *Enciclopedia*...

"¡Ay! Señores, la *Enciclopedia* enorme, indigesta, emponzoñada... Pues bien, medio siglo después, la *Enciclopedia* toda permanecía presente en su memoria" [1].

En efecto, medio siglo después, Ampère repetía textualmente cualquier artículo de la *Enciclopedia,* sin desfallecimiento ni inexactitud de ninguna especie.

Puede, por lo tanto, afirmarse que nadie, absolutamente nadie ha sabido tan cabalmente la "emponzoñada" obra como el católico Ampère, lo cual no le impidió ser creyente. No pretendemos generalizar este caso excepcional de inmunidad, sino interpretarlo en lo que tiene de legítimo y esclarecedor.

¿Por qué un creyente y hombre de ciencia nada vulgar recordaba tan fielmente los tomos *in folio* del diccionario famoso? No, ciertamente, por lo que tenían de emponzoñado y sectario, por esa tercera parte que el mismo Diderot consideraba inconveniente en una "verdadera Enciclopedia"; pero sí por esas "otras cosas", que como el mismo escritor dice no se podían encontrar en otra parte y que tenían valor para una cultura general.

La *Enciclopedia* que no impidió que Ampère fuera católico, contribuyó indudablemente a que resultase un sabio.

No debe el de Ampère haber sido un caso aislado, y muchos de los religiosos que se suscribían a la *Enciclopedia* buscaban simplemente en ella una fuente informativa amplia,

1 VAN TRICHT, *Obras amenas,* t. XII, ps. 11 ss.

más abundante y mejor compuesta que las otras existentes en aquellos tiempos.

Un sacerdote mencionado en la monografía del doctor Giusti se ha encontrado en nuestro país, no hace muchos años, ante el problema de explicar y poner en marcha, con propósitos conmemorativos, una vieja imprenta colonial. Ninguna tradición viva, ninguna obra moderna podía servirle para el caso. Recurrió a la vieja *Enciclopedia* "emponzoñada" y excomulgada del siglo XVIII, y en los artículos de la obra y en las láminas de los suplementos halló cómo hacer funcionar y comprender perfectamente la destartalada máquina varias veces centenaria.

Éstas son las "cosas" que se jactaba de haber puesto Diderot en su *Enciclopedia*, y que decía, con razón, que no se encontraban en otra parte.

Hubo en Diderot un escritor licencioso de mal gusto, al que nadie piensa actualmente en rendir homenaje. Pero había también en él un "espíritu genial e inventor", cuya "importancia en la historia de las ideas estéticas es muy grande" [1], según Menéndez y Pelayo. No menor es la importancia del mismo Diderot en la historia de la lexicografía enciclopédica. Al decir esto descarto esa tercera parte de su *Enciclopedia* que Diderot mismo parece lamentar en el trozo citado, y me refiero al lexicólogo y polígrafo de carácter puramente informativo y científico.

Ese espíritu realmente enciclopédico, en el sentido permanente de la expresión, estaba lleno de porvenir.

En su aspecto moderno y auténticamente científico, Diderot comprendía la obra prevista por Pascal, deseada por los

1 MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, ed. 1940, t. III, ps. 51 ss.

contemporáneos y que, en sus aspectos legítimos, serviría de modelo en los tiempos subsiguientes.

Tal, por ejemplo, esa parte gráfica de los once volúmenes finales de láminas en que, por primera vez, en obra de esa índole aparecían representados maquinaria e instrumentos de los diversos oficios.

Para lograr que esa novedad estuviera dignamente registrada, el bohemio Diderot, ese incorregible "Fa presto" de las letras, no escatimaba sacrificio personal ninguno. Iba a los talleres, se hacía mostrar las máquinas, las hacía desmontar en su presencia, para mejor comprender su funcionamiento; las estudiaba detalle por detalle; las hacía dibujar pieza por pieza; y cuando las conocía cabalmente, escribía descripciones de las mismas que todavía hoy pasan por modelos de precisión técnica. Entre otras, es justamente célebre la presentación del telar para medias, que figura en el segundo tomo de las ilustraciones.

En la historia de la cultura no cabe sino felicitarse de que esta parte noblemente gráfica de la *Enciclopedia*, en que por primera vez artes y oficios ocupaban lugar tan importante, haya sido llevada a cabo.

No es fácil saber con exactitud cuál ha sido la influencia moral o religiosa de una vasta obra colectiva y prolongada en decenios, como la que nos ocupa.

De admitirse, y sería mucho conceder, que los franceses de 1789 hicieron la Revolución porque habían leído la *Enciclopedia*, correspondería aceptar que la generación romántica y católica de los Chateaubriand, Lamartine y el joven Hugo fué creyente porque sus padres habían sido descreídos. La verdad del aforismo "a padre avaro, hijo pródigo", se cum-

ple tanto o más que la del proverbio opuesto: "de tal palo, tal astilla" [1].

Descartando una vez más las cuestiones irresolubles y ajenas al tema de este ensayo, conviene tan sólo recordar el saldo de ilustración dejado por la *Enciclopedia* del siglo XVIII y lo que el esfuerzo puramente informativo y cultural de muchos de sus colaboradores tuvo de abnegado y de admirable.

1 Sería fácil respaldar esta observación popular con autoridades ilustres: bastaría con recordar el "corsi, ricorsi" de Vico; el trozo de Schopenhauer que compara a la opinión con un péndulo, y le atribuye "igual ley"; la página de Taine, en *Les Philosophes du XIX.e siècle* (p. 296), etcétera. Pero en cuestiones de evidencia empírica tan autoridad es Perogrullo como Aristóteles.

EL "DISCURSO PRELIMINAR" DE LA "ENCICLOPEDIA"

POR

JOSE BABINI

La vida de D'Alembert transcurre entre la vejez gloriosa de Newton y la *Crítica de la razón pura*, de Kant. Del primero tomó la concepción de la filosofía natural fundada sobre principios matemáticos; con las doctrinas del segundo habría quizás atemperado el dogmatismo algo superficial que planea en la gnoseología implícita en el "Discurso preliminar de los editores" que D'Alembert compuso para la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, de las artes y de los oficios, por un grupo de hombres de letras, ordenado y publicado por Diderot, de la Academia real de las ciencias y de las bellas letras de Prusia, y, en cuanto a la parte matemática, por D'Alembert, de la Academia real de las ciencias de París, de la de Prusia y de la Sociedad real de Londres* (tomo I, París, 1751).

El *Discurso* es la obra de un escritor científico que será más tarde miembro de la Academia francesa, y hasta su secretario perpetuo; en él las concepciones e ideas científicas, que hoy llamaríamos epistemológicas, de uno de los exponentes máximos del siglo de las luces se expresan vestidas o revestidas de "bellas letras".

Se ha acusado al *Discurso* de falta de método, quizá por

la comparación casi obligada con su homónimo cartesiano de un siglo anterior, que unía al orden y método querido por su autor, el que otorgaba la marcha de la propia vida y de las propias ideas. Sin ser tan metódico y ordenado como el escrito cartesiano, el *Discurso* de D'Alembert no carece sin embargo de método. Ya en sus primeras páginas se exponen el objeto y la división del mismo, que dependen, claro es, del carácter y finalidad de la obra a la cual ha de servir de preliminar. Según sus directores aquella obra debía ser tanto una enciclopedia como un diccionario. Como enciclopedia debía "exponer en lo posible el orden y encadenamiento de los conocimientos humanos", como diccionario debía contener los principios generales y los detalles esenciales de cada ciencia y de cada arte, fuera éste liberal o mecánico. De ahí que el plan general y la división del *Discurso* estén en cierto modo ya fijados: consistirá en "reflexiones filosóficas" que por una parte examinarán, como dice D'Alembert, "la genealogía y la filiación de nuestros conocimientos", examen al cual su autor agregará un "árbol enciclopédico"; y por la otra mostrarán el origen y la naturaleza de los conocimientos adquiridos a través de un esbozo histórico o, nuevamente con palabras de D'Alembert, a través de la "historia filosófica de los progresos intelectuales desde el renacimiento de las letras". Si a esto se agrega el *Prospectus* de Diderot, aparecido el año anterior y que D'Alembert agrega, ligeramente modificado, al final de su *Discurso*, queda esbozado el plan fundamental del mismo.

En el propósito que anima a la primera parte del *Discurso* ya se advierte una de las notas caracteríticas de las concepciones gnoseológicas de la época: la creencia en un encadenamiento de los conocimientos humanos, como reflejo de un orden natural ínsito en los mismos; ese orden que el

clamoroso triunfo newtoniano había revelado en el mundo físico, tanto celeste como sublunar, y que Buffon se esforzaba en extender al mundo orgánico. En este encadenamiento el hacer priva sobre el ser, de ahí que la actividad racional que lo descubre acentúe más el proceso que el producto, y se la considere más como un poder de adquisición que de posesión; en una palabra, se diría que en este racionalismo el protagonista, más que la razón fija y estática, es el raciocinio, siempre dinámico y móvil.

Para descubrir el encadenamiento de los conocimientos, de esos conocimientos que se asimilan a seres vivos con ascendencia y descendencia, D'Alembert dice que han de investigarse el origen y la generación de nuestras ideas, expresión que recuerda a Condillac, que ya en 1746 había publicado su *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos;* mientras que se piensa en Locke cuando D'Alembert divide todos nuestros conocimientos, como la luz que nos llega de los astros, en directos y reflejados. "Los directos son aquellos que recibimos en forma inmediata sin operación alguna de nuestra voluntad; y que hallando abiertas, si así podemos decir, enteramente las puertas de nuestra alma penetran en ella sin resistencia y sin esfuerzo". Tales conocimientos son pues aquellos que se reciben directamente a través de los sentidos; si se agrega que D'Alembert admite que los demás conocimientos, vale decir los reflejados, no son sino adquisiciones que realiza la mente uniendo o combinando los conocimientos directos, queda reconocido el origen empírico de todos los conocimientos. Satisfecho este primer principio gnoseológico, comienza a funcionar el segundo: esto es, la virtud del proceso deductivo unifilar que ha de revelar el encadenamiento de los conocimientos.

La primera adquisición es la de nuestra propia existen-

cia y de nuestra naturaleza como seres pensantes; la segunda es la del mundo exterior con todos sus objetos, entre los cuales nuestro propio cuerpo. Como el raciocinio parece mostrarse impotente para vincular esos objetos con las sensaciones que suponemos originadas en ellos, D'Alembert, más matemático que metafísico, argumenta con una especie de demostración por el absurdo que la existencia o no de los objetos exteriores en nada modifica la vivacidad, la uniformidad y la constancia de las sensaciones, así como tampoco en nada disminuye la fuerza del instinto que nos hace creer en aquella vinculación.

Una tercera adquisición se refiere a las sociedades: reconocida por un lado la existencia de seres semejantes a nosotros entre los objetos exteriores, y por otro lado, distinguidos estos objetos en útiles y nocivos a los efectos de resguardar nuestro cuerpo del dolor y de la destrucción, surge la conveniencia de comunicarnos y de unirnos con nuestros semejantes con el fin de facilitar la tarea de buscar los objetos útiles y evitar los dañinos. A estas y otras ventajas que el comercio humano aporta, ha de agregarse empero la llamada "ley del más fuerte", ese "derecho bárbaro" que proviene de la desigualdad de la fuerza que la naturaleza concede a los hombres, resultando que éstos, aun teniendo iguales derechos, logren beneficios desiguales. De esta comprobación surge una nueva adquisición, ahora de orden moral: es la noción del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de aquella "ley natural, que encontramos dentro de nosotros" y que constituye el fundamento de "las primeras leyes que los hombres han debido elaborar". De estas nociones, de una índole tan peculiar, se deduce ahora la existencia, dentro de nosotros, de un principio distinto al del cuerpo, pero que mantiene con éste una correspondencia tan

íntima y estrecha que tal comprobación, junto con las reflexiones a que nos obliga la naturaleza de estos dos principios, nos lleva "a la contemplación de una inteligencia todopoderosa, a la que debemos lo que somos y que, por ende, exige nuestro culto..."

Desde la sensación hasta Dios, el razonamiento de D'Alembert se ha desarrollado como un ovillo siguiendo el hilo del discurso, y las deducciones se han proseguido sin dejar nada al borde del camino, enhebrando una tras otra todas las dificultades. No hay duda que en esta mezcla de procesos psicológicos y sociológicos hoy encontraríamos mucha metafísica encubierta, numerosos postulados implícitos y hasta elementos ajenos al saber mismo; no obstante, esta razonada visión de "la genealogía y filiación" de los conocimientos, significa un esfuerzo cuyo valor trasciende a una mera finalidad especulativa: es la expresión de la posibilidad de desarrollar las actividades humanas libres de sujeciones que no sean las de la naturaleza misma o de la propia conciencia.

La parte del *Discurso* dedicada a la adquisición de las verdades relativas al mundo exterior, al alma y a Dios, es relativamente reducida, pues muy pronto D'Alembert, hombre del siglo XVIII, vuelve a la naturaleza donde parece encontrarse más a sus anchas.

Así, las necesidades y exigencias corporales darán origen a las actividades y conocimientos indispensables para la conservación del cuerpo y para la prevención y curación de los males que lo acechan; nacen de esta manera la agricultura, la medicina y otros conocimientos útiles. En cuanto a los conocimientos naturales desinteresados, D'Alembert explica su origen en forma ingeniosa introduciendo, al lado del "homo faber", el "homo ludens", de modo que, ya por

necesidad, ya por diversión, se va constituyendo la ciencia natural.

De las propiedades generales de los cuerpos distingue D'Alembert la impenetrabilidad y el movimiento, que le permiten establecer, a diferencia de Descartes, dos clases distintas de extensión: una penetrable e inmóvil que es el espacio, y otra impenetrable y móvil que es la materia. Para destacar la materia del trasfondo espacial puede utilizarse la figura o el color; por varias razones D'Alembert prefiere la figura, surgiendo la geometría como estudio de las propiedades de la extensión figurada. Por abstracciones sucesivas van apareciendo las demás ramas de la matemática: la aritmética como conjunto de medios para estudiar las combinaciones y comparaciones entre las diversas partes de las figuras, el álgebra como generalización de la aritmética, y finalmente la ciencia de las magnitudes como "fundamento de todos los descubrimientos que pueden hacerse sobre la cantidad, es decir, sobre todo lo que es susceptible de aumento o de disminución", definición, esta última, de cantidad que tuvo más suerte que rigor lógico, pues corrió bastante. Esta ciencia de las magnitudes, agrega D'Alembert, es "el límite más alejado al que nos puede conducir la contemplación de las propiedades de la materia, y no podríamos ir más lejos sin salirnos del universo material".

Esta concepción de la matemática como rama de la ciencia natural, que se mantuvo hasta mediados del siglo pasado, muestra en el matemático D'Alembert ciertos rasgos que la aproximan a la concepción actual. Por ejemplo, su definición de la geometría representa ya un progreso frente a la concepción de Newton para quien este sector de la matemática no es sino la rama de la mecánica universal que se ocupa de las medidas exactas. Y si D'Alembert no reconoce

todavía en la matemática un valor en sí, sino únicamente el valor utilitario que se desprende de su aplicación al conocimiento de los seres reales, algunas de sus consideraciones sobre los principios de la matemática se adelantan evidentemente a su tiempo. La imagen de una cadena de proposiciones geométricas, próximas una de otra, como el mismo enunciado expresado en las distintas etapas de un lenguaje que se ha desnaturalizado insensiblemente, no deja de ser sintomática.

Si a los conocimientos de las ramas matemáticas se agregan las leyes del equilibrio y del movimiento, es decir la mecánica, de caracteres semejantes a aquellas ramas, se obtiene, según D'Alembert, uno de los dos pilares firmes en que parecen haberse "concentrado casi todos los conocimientos ciertos acordados a nuestras luces naturales". El otro pilar lo constituyen los conocimientos "metafísicos": la idea de nosotros mismos que tiene como consecuencias la idea del Ser todopoderoso y la de nuestros principales deberes.

Entre ambos extremos de conocimientos ciertos se extiende un inmenso intervalo de conocimientos, tanto más inciertos cuanto más alejados de la matemática o cuanto más profundizan en la naturaleza humana; de ahí la necesidad de una religión revelada que complemente nuestro conocimiento natural. En pocas líneas D'Alembert señala el papel de la religión revelada y su misión tranquilizadora en las masas populares: "Algunas verdades en las que creer, un pequeño número de preceptos a practicar; hé ahí a lo que se reduce la religión revelada: con todo, a favor de las luces que ha comunicado al mundo, el pueblo mismo se siente más tranquilo y más seguro, respecto de un gran número de cuestiones interesantes, que todas las sectas de los filósofos." Más adelante, en la parte histórica, al referirse a los conflictos entre

la religión y la ciencia insiste en este concepto: "Aunque la religión esté destinada únicamente a regir nuestras costumbres y nuestra fe, [algunos teólogos] la creyeron hecha para esclarecernos también sobre el sistema del mundo, es decir, sobre aquellos asuntos que el Todopoderoso ha abandonado expresamente a nuestras disputas. No advertían que los libros sagrados y las obras de los Padres, escritas para mostrar tanto al pueblo como a los filósofos lo que debe practicarse y creerse, no podían usar, respecto de las cuestiones indiferentes, otro lenguaje que el popular".

De los demás conocimientos relativos a la ciencia natural, es claro que los más seguros serán aquellos más directamente vinculados con la geometría y con la mecánica: ellos constituyen las ciencias físico-matemáticas, a la cabeza de las cuales pone la astronomía; a las que sigue la "física general y experimental". Las páginas que D'Alembert dedica a las ciencias físicas son de las mejores del *Discurso*. Todo contribuye a ello: la especialidad científica del autor, el reciente triunfo newtoniano que había hecho de la astronomía "la aplicación más sublime y segura de la geometría y la mecánica juntas, y a sus progresos, el monumento más incontestable del éxito que ha obtenido el espíritu humano mediante sus esfuerzos" y la convicción de D'Alembert de vivir en un "siglo filosófico", en el que la ciencia trataba de "recuperar el tiempo perdido". Se explica entonces que el optimismo le dicte como frase final de sus consideraciones una expresión que encierra el ideal que D'Alembert, y seguramente toda su época, soñaba para la ciencia natural: "Para quien supiera abarcarlo con una sola mirada, el universo no sería más que un hecho único y una gran verdad"; es decir, la completa y adecuada observación de los hechos, debería encaminarnos a la posesión de una única ley, de la cual el hom-

bre deduciría el comportamiento de todos los fenómenos del universo.

Al proseguir la "genealogía y filiación" de los conocimientos, D'Alembert agrega que al mismo tiempo que el hombre cultivaba los conocimientos, útiles o agradables, relativos a la ciencia natural, fué cultivando otros en cierto modo relacionados con los anteriores.

Estos nuevos conocimientos son de distinto tipo. Por un lado se trata de los conocimientos relativos a la manera de adquirir y de trasmitir las ideas, es decir, la lógica y la gramática, como rama de la lógica. Asoma la consabida crítica de esterilidad de la lógica: "los libros que tratan de lógica no son útiles sino al que puede privarse de ellos"; no obstante, D'Alembert vislumbra la objetividad de los principios lógicos al admitir que "este arte tan precioso" ofrece "el medio de aproximar, en cierto sentido, a los hombres más distintos"; pues, como el origen de los conocimientos reside en las sensaciones, aproximadamente las mismas para todos, y la diferencia entre los conocimientos reflejados depende en gran parte de la lentitud en combinar y relacionar las ideas directas; la lógica, al facilitar tales combinaciones y relaciones, contribuye a eliminar aquella diferencia, de ahí, concluye D'Alembert, que no haya "ciencia o arte que no pueda enseñarse, con una buena lógica, al espíritu más limitado". Siguiendo con el clásico "trivium", satiriza la retórica como conjunto de "puerilidades pedantescas" que espera que algún día se proscriban del conjunto de los conocimientos, mientras sostiene que la elocuencia, que no habla a la mente sino al sentimiento, no puede enseñarse.

Por otro lado, la curiosidad y el amor propio, así como la avidez natural de abarcar a la vez el pasado, el presente y el futuro dan origen a otro tipo de conocimientos: la histo-

ria, cuyos fundamentos son la cronología y la geografía, que permiten ubicar a los hombres en el tiempo y en el espacio. Fruto de tales estudios es el examen de las distintas sociedades, de sus gobiernos, leyes e idiomas, y el origen de la política: "especie de moral de género particular y superior" y "estudio quizás el más difícil de todos, por los profundos conocimientos de los pueblos y de los hombres que exige, y por la amplitud y variedad de talentos que supone, sobre todo cuando el político no olvida que la ley natural, anterior a todas las convenciones particulares, es también la ley básica de los pueblos, y que para ser hombre de Estado, no se debe dejar de ser hombre".

Los conocimientos anteriores son conocimientos "filosóficos", vale decir, son los conocimientos reflejados resultantes de la unión o combinación de los conocimientos directos. Pero la mente puede operar de distinta manera con las ideas directas, tratando de componer o imaginar seres semejantes a aquellos que constituyen el objeto de nuestras sensaciones. Hé aquí el origen de una concepción, que también ha tenido bastante suerte, que convierte las manifestaciones artísticas en un tipo especial de conocimientos, y que hace del arte una "imitación de la naturaleza". Párrafos más adelante, D'Alembert dirá "de la bella naturaleza".

La imitación será pues el criterio que ordenará y encadenará este nuevo tipo de conocimientos. En primer lugar, estarán la pintura y la escultura, pues en ellas la imitación las acerca más a los objetos naturales; a su lado irá la arquitectura, aun reconociendo que en ella la imitación se limita a la simetría "que la naturaleza observa más o menos sensiblemente en todo individuo"; seguirá la poesía que "emplea para la imitación palabras dispuestas según una armonía agradable al oído"; y por último la música, que si ocupa en

el orden de la imitación el último rango no se debe tanto a su propia naturaleza, como "a la escasa inventiva y a los pobres recursos de la mayoría de los que la cultivan". Se embarca luego D'Alembert en una serie de reflexiones que lo convierten en un precursor de la música de programa, o mejor de la música descriptiva. La música no debe limitarse a expresar nuestras pasiones, sino nuestras sensaciones mismas. Si, por ejemplo, un músico quiere describir (D'Alembert dice: pintar) un objeto pavoroso ha de tomar de la naturaleza aquellos ruidos que suscitan en nosotros una sensación de pavor, etc., e inscribe esta frase lapidaria: "Toda música que no describe nada, no es sino ruido".

Terminada la "genealogía y filiación" de las ideas, D'Alembert tratará de fijar un "árbol enciclopédico"; es decir, después del proceso de la génesis de los conocimientos, la contemplación de su conjunto. Pero esta contemplación es estática, no natural, de ahí que pueda ser encarada desde distintos puntos de vista más o menos convencionales. Y D'Alembert expondrá algunos de estos puntos de vista.

Un primer criterio de clasificación de los conocimientos los distingue en especulativos (ciencias), prácticos (artes) y conocimientos que en cierto sentido participan de ambos caracteres. Dentro de este orden de ideas, D'Alembert distingue las artes en liberales y mecánicas, según que sus reglas se refieran a operaciones de la mente o del cuerpo, incluyendo en las primeras las "bellas artes", que se caracterizan por no tener reglas fijas y por su objeto, que es agradar imitando la naturaleza.

Otro criterio, más interesante, con que D'Alembert clasifica los conocimientos, se refiere a la modalidad del juicio,

distinguiendo los diferentes juicios en evidencias (juicios metafísicos y matemáticos); certidumbres (juicios físicos); probabilidades (juicios históricos) y sentimientos. Estos sentimientos pueden referirse o bien a las "evidencias del corazón", vale decir a los juicios morales; o bien a las bellas artes, en cuyo caso hablamos de genio cuando se trata de un sentimiento creador, o de gusto cuando el sentimiento juzga.

D'Alembert menciona otros criterios, para destacar la arbitrariedad que implica todo sistema de clasificación y su escaso valor como tarea científica, apoyando de paso a Buffon en su crítica a Linneo (sin mencionarlos) y a otros naturalistas "que, ocupados sin cesar en dividir las producciones de la naturaleza en géneros y en especies, consumen en ese trabajo un tiempo que hubiesen empleado mucho mejor estudiando esas mismas producciones".

Al referirse al "árbol enciclopédico" que ha de permitir que el filósofo contemple a la vez las ciencias y las artes principales, sus objetos y sus vinculaciones, D'Alembert utiliza la imagen del mapamundi, distinto según el sistema de proyección que usa el geógrafo, y que sólo muestra los principales países, su posición y su dependencia mutua, mientras que los detalles de los mismos deben señalarse en mapas especiales. "Esos mapas especiales —agrega D'Alembert— serán los diferentes artículos de la *Enciclopedia* y el árbol o sistema representado será su mapamundi".

El sistema que Diderot y D'Alembert eligieron para la *Enciclopedia* es el de "un autor célebre" (Bacon) con algunas modificaciones. Es ésta la única deuda que el *Discurso* tiene con Bacon; sin embargo se acusó a D'Alembert de que todo el plan del *Discurso* estaba tomado de las obras del inglés, lo que obligó a D'Alembert, al publicar el *Discurso* en una de sus obras en 1759, a desmentir tal afirmación. Por

otra parte, había agregado al *Discurso* el sistema de Bacon con algunas observaciones respecto del mismo, sobre todo para mostrar las diferencias entre los dos "árboles".

Probablemente sean estas modificaciones lo que más nos interesa hoy de ambas clasificaciones, pues revelan el progreso realizado en ese orden de ideas en el lapso de un siglo largo que va desde Bacon hasta D'Alembert. Esas clasificaciones se fundan en la división de las facultades del entendimiento en: memoria, razón e imaginación, a las que corresponden como objetos generales del conocimiento humano la historia, la filosofía y las bellas artes (Bacon dice: poesía). Ya en el orden de estas facultades aparece una modificación, pues mientras que Bacon antepone la imaginación a la razón, en el *Discurso* se dan varias razones en favor del orden contrario que es el que se adopta. Cada una de estas divisiones principales se subdivide a su vez según la naturaleza de los objetos: espirituales y materiales, es decir: Dios, el hombre (que participa de la naturaleza espiritual y material) y la naturaleza. Aquí también difiere el *Discurso* de Bacon, pues éste antepone la naturaleza al hombre. De manera que la división de la historia es: historia sagrada (y eclesiástica), civil (y literaria) y natural. Esta concepción que hace de la historia un mero almacenamiento de seres, sucesos y fenómenos, es sin duda uno de sus aspectos más inactuales.

Para la filosofía, imperio de la razón, se sigue igual subdivisión, aunque ahora la precede la metafísica general, que se refiere a las propiedades generales de los seres sobre los cuales se ejercitará la razón. Sigue la ciencia de Dios o teología, mostrándose ahora una nueva diferencia con Bacon, quizá la más importante de todas, pues Bacon separa la teología sagrada de la filosofía, mientras que para D'Alembert esa teología "no es otra cosa que la razón aplicada a los hechos

revelados". Vienen luego las ciencias del hombre que comprenden el conocimiento del alma: pneumatología o metafísica particular, y de sus operaciones: lógica (con gramática) y moral. Finalmente la ciencia natural con sus numerosas subdivisiones, también precedida por una "metafísica de los cuerpos", a la que sigue la matemática, "cuyas subdivisiones se extienden casi hasta el infinito", y las "innumerables ramas de la física razonada".

La clasificación de los conocimientos provenientes de la imaginación es la menos detallada; en realidad toda esta parte del *Discurso* que se refiere al "arbol enciclopédico" es bastante abreviada, pues D'Alembert nos informa que el año anterior, "para sondear el gusto del público", se había ya hecho conocer, con el *Prospectus*, el "Sistema figurado de los conocimientos humanos" con una explicación detallada del mismo (en su obra de 1759 nos dirá que ambos eran obra de Diderot), a los que en el *Discurso* había introducido algunos pequeños cambios.

D'Alembert termina esta parte del *Discurso* con algunas reflexiones sobre el "mundo literario", que la clasificación adoptada tenía la ventaja de dividir en eruditos, filósofos y hombres de ingenio (beaux esprits); y con algunas indicaciones acerca de la manera de utilizar el cuadro general que contenía el "Sistema figurado" y que encabezaba la *Enciclopedia.*

El autor del *Tratado de dinámica* se mantiene fiel a su concepción. Si para dar cuenta del orden y del encadenamiento de los conocimientos procedió a un análisis psicológico y sociológico del saber, para dar cuenta del contenido de esos conocimientos procederá a un análisis histórico.

Este análisis histórico, que "para no remontarnos demasiado lejos", inicia con el "renacimiento de las letras", es un interesante escorzo de historia de la ciencia. Quizás hoy no nos satisfaga el breve esbozo que hace de los "tiempos tenebrosos", ni participemos totalmente del juicio acerca de la revolución que permitió al género humano "salir de la barbarie"; pero es innegable que la concepción de la historia del saber como actividad humana, que se perfila en ese análisis, es totalmente actual.

Es claro que también este análisis histórico es "razonado". "Como es más fácil leer que ver", dice D'Alembert, "como el país de la erudición y de los hechos es inagotable" mientras que "por el contrario, el país de la razón y de los descubrimientos es poco extenso", se explica que el proceso comenzara por la erudición y que la primera manifestación del espíritu humano al salir de la barbarie fuera la presencia de una multitud de eruditos, a los cuales no deja D'Alembert de lanzar algunos dardos, aun reconociendo que "no se podría extraer el oro de una mina sin que salieran al mismo tiempo metales no preciosos y gangas." El oro, en este caso, son las bellas letras, que aparecen después de la erudición, pero antes de la filosofía, es decir, de la ciencia. Esta inversión en el orden que antes había admitido como el natural, la explica D'Alembert por la circunstancia de no tratarse ya de una generación de las ideas sino de "una regeneración de las ideas, si podemos hablar así".

La excursión histórica de D'Alembert por el campo de las artes es relativamente breve y casi exclusivamente francesa; más interesante y extensa es la parte dedicada a las ciencias.

Comienza ésta exponiendo algunas razones a las que se debía que la filosofía apareciera después de la erudición y

de las bellas letras; entre ellas: que "los antiguos no eran tan perfectos filósofos como escritores", juicio que quizás hoy no compartiríamos; los obstáculos opuestos por la escolástica; el "abuso que osaban hacer de la sumisión de los pueblos algunos teólogos" (en la *Enciclopedia* añade "poco numerosos, pero poderosos", agregado que suprimió en la edición del *Discurso* de 1763); y a la intervención de la religión en la ciencia, recordando al respecto la condena de Galileo por "un tribunal que llegó a ser poderoso en el mediodía de Europa, en las Indias, en el Nuevo Mundo, pero en el cual la fe no ordena creer ni la caridad aprobar, y cuyo nombre Francia no ha podido aún acostumbrarse a pronunciar sin espanto".

Pasa luego a considerar las grandes figuras científicas de los siglos XVII y XVIII comenzando con "el inmortal canciller de Inglaterra, Francis Bacon", para quien no escatima elogios, en especial por haber realizado el inventario de los conocimientos de su época y por haber confeccionado "el catálogo inmenso de lo que restaba por descubrir". El juicio que le merece "el ilustre Descartes", que sucedió a Bacon, es más equitativo y en lo que se refiere a la matemática y a la física podría suscribirse hoy. Al juzgar las concepciones metafísicas de Descartes, D'Alembert dice que si "terminó por creer que podía explicarlo todo, por lo menos comenzó por dudar de todo"; por lo demás, agrega, cuando las opiniones absurdas son inveteradas, a veces nos vemos obligados a reemplazarlas por otros errores, pues el espíritu es "como un niño a quien debemos ofrecerle un juguete para quitarle un arma peligrosa; cuando llegue la edad de la razón abandonará el juguete por sí mismo". Finalmente apareció Newton y su teoría del mundo "pues no deseo decir sistema", pone D'Alembert entre paréntesis, que dió a la física la forma que "al pa-

recer, —agrega proféticamente— ésta ha de conservar". Por su parte, Locke "creó la metafísica tal como Newton creara la física", y la convirtió en lo que debía ser realmente: "la física experimental del alma, física muy diferente de la de los cuerpos".

A estos genios principales D'Alembert agrega la mención de otros "filósofos ilustres", que la limitación del *Discurso* impide tratar con más detalles. Son Galileo, Huygens, Harvey, Pascal, Malebranche, Boyle, Vésale, Sydenham, Boerhaave. Agreguemos que de este último la *Enciclopedia* adoptó su clasificación de la medicina, y que en el *Prospectus* de Diderot se mencionan además algunos sabios que no figuran en el *Discurso*, como los Bernoulli, Bayle y otros.

Una mención especial le merece a D'Alembert el nombre de Leibniz, cuya metafísica es juzgada más bien severamente, aunque en la edición del *Discurso* de 1763 aparece una frase muy elogiosa para Leibniz que no figura en el *Discurso*.

Las reflexiones con que D'Alembert termina su esbozo histórico son de índole muy variada: se refiere a la gloria, generalmente póstuma, que espera a los científicos, con la excepción de Newton, lo que le permite elogiar a Maupertuis "el primero que osó... declararse francamente newtoniano" en Francia; a la costumbre, ya impuesta, de escribir en lengua vulgar que al inconveniente que trae aparejado de la necesidad de conocer muchos idiomas, une la ventaja de que algunas obras científicas adquieran los caracteres de obras literarias (se refiere, sin citarlos, a Fontenelle, a la sazón casi centenario, y a Buffon); al destierro que estaba sufriendo la afición a los sistemas, afición que acababa de sufrir un rudo golpe por obra de "uno de nuestros mejores filósofos" (Condillac); y al juicio que le merece el propio siglo, cuyas obras considera inferiores a las del siglo anterior. Este tema

lo lleva a hablar de sus contemporáneos, refiriéndose, sin citarlos, a Rousseau, Voltaire, Crebillon y Montesquieu. Hace excepción con un "genio viril, audaz y fecundo": Rameau, a quien cita. Esta excepción se explica; no sólo Rameau es un gran músico, que está a la altura de sus contemporáneos Bach, Haendel y Domenico Scarlatti, sino es además un teórico, autor de estudios sobre la armonía, de los cuales el mismo D'Alembert se hizo eco en un opúsculo de 1752: *Elementos de música teórica y práctica según los principios de Rameau.*

Finalmente D'Alembert se refiere a la función de las corporaciones científicas, que elogia, así como a las recompensas, siempre que éstas sean justas pues "más daño se hace a los progresos del espíritu asignando mal las recompensas que suprimiéndolas"; y al célebre escrito de Rousseau en el que éste sostenía que las ciencias y las artes corrompían las costumbres, tesis que D'Alembert por supuesto refuta, alegando que esa corrupción obedece a causas muy distintas, y que, de suprimir el cultivo de las ciencias y de las artes, nos quedarían los vicios y además, la ignorancia.

Repetimos que el interés de este esbozo histórico reside, más que en su contenido, en la intención que lo informa: analizar dentro de una determinada época la actividad cognoscitiva en todos los campos del saber; y es de lamentar que la historia de la ciencia no haya proseguido en esa dirección que, podría decirse, se ha retomado recién en este siglo. Con todo, su influencia ha sido notable. Baste pensar que si se exceptúa una de las primeras historias de la medicina, la de Leclerc, que aparece en las postrimerías del siglo XVII, las primeras historias de las ciencias, dignas de este nombre, son posteriores al *Discurso*: la historia de la matemática de Montucla es de 1758, la de la astronomía de Bailly de 1775, la de los inventos de Beckmann de 1786, y las consideraciones his-

tóricas de v.Haller aparecen en sus obras fisiológicas y médicas de 1771 y 1776.

Tal es la obra de D'Alembert en el *Discurso;* la última parte del mismo la compone el *Prospectus* de Diderot de 1750, ligeramente modificado, pero que en materia de ideas nada agrega al *Discurso.*

Quizás una de las partes más interesantes del *Prospectus* y que, a su vez, denuncia uno de los rasgos salientes de la *Enciclopedia,* es la importancia concedida a las artes mecánicas: oficios y manualidades, importancia ya mencionada en el *Discurso.* Esa parte nos informa de la preocupación de Diderot para dar a esas artes, sobre las cuales "casi nada se ha escrito" una información completa; cómo para ello se ha recurrido a los obreros mismos, visitando sus talleres, conversando con ellos y escribiendo bajo su dictado; cómo en muchos casos fué necesario mover las máquinas con las propias manos, y hasta construirlas, convirtiéndose en "aprendices, por así decir, y fabricar malos trabajos para enseñar a los demás a hacerlos buenos"; cómo en fin ha dado de cada arte la materia empleada y sus características, la descripción y fabricación de los distintos objetos que pueden hacerse con ella, los términos propios de cada arte, la descripción y dibujo de las máquinas y herramientas empleadas, etc. Una anécdota, seguramente inventada, que relata Voltaire, da cuenta del interés que este novedoso aspecto de la *Enciclopedia* había despertado en el ambiente. Se refiere a la época en que habían triunfado los enemigos de la *Enciclopedia* y ésta había sido confiscada y retirada a los suscriptores. En verdad Voltaire se proponía criticar tal medida, fruto de la ignorancia y de la superstición y que, además de ser injusta, pro-

vocaba perjuicios económicos al país. Para ello esgrime en forma amena el argumento de la gran utilidad que reportaba el material original de la *Enciclopedia.*

Cuenta Voltaire que en un almuerzo íntimo, en presencia del rey, sale a relucir la conversación sobre la caza y, de ahí, sobre la composición de la pólvora. Las opiniones son encontradas y alguien señala la curiosa situación de personas que ocupan gran parte de su tiempo en matar perdices, y a veces hombres, ignorando con qué los matan, a lo que Madame de Pompadour agrega que desgraciadamente eso ocurre con todo, pues ella ignora de qué está compuesto el carmín que aplica en sus mejillas y cómo se fabrican las medias de seda que calza. "Lástima grande —continúa un tercero— que Su Majestad nos haya confiscado nuestros Diccionarios enciclopédicos, que nos han costado cien pistolas, pues ahí encontraríamos la solución de todas estas cuestiones". Se conversa entonces de la *Enciclopedia,* el rey trata de justificar la medida que le hicieron adoptar, y en definitiva se ordena comparecer al reo. Tres criados llegan agobiados bajo el peso de siete tomos cada uno, y entonces se suceden los gritos de admiración. No sólo se encuentra lo que se buscaba, sino mucho más. Uno de los presentes, entusiasmado, exclama: "Majestad, quitadme todas mis riquezas, si queréis, pero devolvedme mi *Enciclopedia*". El rey, ante la justicia del pedido, accede, etc.

Sería redundante insistir hoy, a dos siglos de distancia, sobre la influencia y méritos de la *Enciclopedia* en general y de su *Discurso preliminar,* en particular. Si podemos hoy decir que algunas de las verdades particulares del *Discurso*

no tienen sino un valor histórico, es indudable que su intención general es de valor permanente.

Presentar una obra como la *Enciclopedia*, tal como la concebían y soñaban sus editores; una obra que, como en alguna ocasión escribió D'Alembert, "si no se trata en ella de los santos... ni de la genealogía de las grandes casas, ni de los conquistadores que han desolado la tierra, tienen en ella gran cabida la genealogía de las ciencias y los genios inmortales que han iluminado la humanidad; la *Enciclopedia* todo debe a los talentos, nada a los títulos; ella es la historia del espíritu y no de las vanidades de los hombres", significa sin duda alguna tener plena fe en ese espíritu y en sus posibilidades.

Al cumplir su tarea D'Alembert fué fiel a sí mismo y a su época; científico y nominalista, poco dado a las generalidades y a la metafísica, encontró en el modelo newtoniano una posibilidad de exponer el orden y encadenamiento de todos los conocimientos humanos: de Dios, del hombre y de la naturaleza. Y la expuso.

D I D E R O T

POR

ROBERTO F. GIUSTI

La *Enciclopedia* y Dionisio Diderot forman, si no un solo cuerpo, una sola alma. Él fué quien concibió la magna obra, su redactor más activo, su incansable propulsor. La posteridad ha hecho justicia a sus libros; no, sin embargo, en el juicio general, en la medida de que es digno su genio. Por la riqueza de las ideas y por el brío de la pluma Diderot merece figurar en su siglo, en el campo de las letras y la filosofía, junto a los fecundadores más insignes del pensamiento humano, entre Vico, Hume, Kant, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Lessing, Herder y Goethe. A la inmensa y varia influencia ejercida en las postrimerías del siglo XVIII y sobre todo en el siglo XIX por sus contemporáneos Voltaire y Rousseau, puede oponerse la que ejerció la memorable empresa colectiva que habría de dar nombre glorioso o abominado a una caudalosa corriente de la cultura humana, de extensión universal y todavía no agotada. Por su obra personal ciertamente Diderot no cuenta tanto en la historia como sus dos colaboradores más famosos; pero sería juzgado erróneamente si la graduáramos de valor secundario y de escasas proyecciones. La perjudicó la propia generosidad del genio del autor, llevada hasta el despilfarro, desinteresado de la gloria, con la

sola compensación que da el placer de producir. Hay en Diderot algo del grafómano —páseseme esta calificación atrevida—; pero del grafómano genial, que no puede contener la inagotable vena que brota de su ingenio en perpetua fluencia. La obra de Diderot, si bien incomparable por la extensión con la de Voltaire, casi toda ella compuesta con propósitos precisos de objeto y éxito inmediatos, no ocupa menos de veinte gruesos volúmenes. De sus escritos muchos vieron la luz en vida del autor; pero no son pocos ni los menos importantes los póstumos, perdidos entre sus papeles o extraviados por ahí, publicados a los pocos años de su muerte o bien en el siglo XIX. *La Religiosa, Jacobo el fatalista, El sobrino de Rameau,* la *Paradoja sobre el comediante* se cuentan entre ellos, y no he dicho poco. *La Religiosa,* la obra maestra de Diderot en el campo de la creación novelesca, se anticipa a las más sutiles novelas psicológicas del siglo XIX. El crudo análisis que hace de sus sentimientos y experiencias la monja recluída en varios conventos contra su voluntad, es de una verdad y audacia impresionantes. La descripción de las astucias y deliquios de la Superiora (concediendo la inverosímil inocencia de la narradora y protagonista) es insuperable en su género. Y lo asombroso es que este despiadado alegato contra la clausura monjil que Menéndez y Pelayo calificó con colérica inexactitud de "libelo repugnante y groserísimo contra las órdenes monásticas", nació de una superchería hecha por burla a un ingenuo caballero. Algo de ese espíritu de chacota persiste en *Jacobo el fatalista,* en la complacencia que el autor pone en marear al lector en la red de digresiones innumerables de que está tejido este capricho filosófico y humorístico, que lleva como ninguno la marca de su jubilosa y desatada inventiva. ¿Y qué decir del *Sobrino de*

Rameau, conocido antes en alemán por la traducción de Goethe, que en su texto francés? Ninguna de sus obras ha hecho tanto por su popularidad póstuma como esta sátira profética y demoledora. ¿Y qué de la *Paradoja sobre el comediante*, libro que señala una fecha en la historia del arte escénico? Allí donde este incorregible divagador se detenía un instante y exploraba en torno de sí, descubría algo nuevo. No es posible escribir la historia del teatro sin hacerle en ella un ancho lugar. Más por sus reflexiones sobre el arte que por sus dos obras *El hijo natural* y *El padre de familia*, con las cuales, siguiendo el rumbo señalado por la comedia "larmoyante" de La Chaussée, intentó crear la tragedia doméstica en prosa. Dichas comedias pertenecen indudablemente al género aburrido, sin que la posteridad haya rectificado el juicio de los contemporáneos, que sólo fué medianamente favorable a la segunda. Malogra las excelentes innovaciones introducidas en ella, la sensiblería que almibara los largos parlamentos y el pesado afán de moralizar. Pero la teoría era excelente y fué fecunda. La expuso Diderot en sus "entretiens" sobre *El hijo natural* y en su *Discurso sobre la poesía dramática*, publicado junto con *El padre de familia*. Sus argumentos en favor de la naturaleza y la verdad en la escena son copiosos y están brillantemente ejemplificados. Él echa los fundamentos de la tragedia burguesa o comedia seria, entre la tragedia heroica y la comedia burguesa. Lessing, que tradujo las "Pláticas", confesó haberse inspirado en ellas para componer la *Dramaturgia de Hamburgo*. "Sin los ejemplos y las lecciones de Diderot, escribió el insigne tratadista, mi gusto habría tomado otra dirección". Pero hay mucho más en los escritos sobre el arte dramático de Diderot, a los que conviene agregar la respuesta a la carta

de madame Riccoboni, actriz amiga suya, y esa admirable *Paradoja sobre el comediante,* que no vió la luz hasta 1830, tan verdadera, tan chispeante, tan rica en vistas originales. Precediendo a los naturalistas, propone en las "Pláticas" sustituir las condiciones del hombre a los caracteres. Liga la pantomima con la acción dramática, cuando no reemplaza con ella directamente la palabra, cosa muy explicable en ese expresivo y apasionado gesticulador. Modifica la escena, anunciando los modernos escenarios simultáneos. Éstos habrían hecho inútil, a su juicio, el mantenimiento de las unidades de tiempo y de lugar, que él no se atrevió a violar en sus comedias y defendió sin convicción aparentemente muy grande en sus "Pláticas". Teorizó la introducción en el teatro lírico de la tragedia real, con sus amplios recitativos. Ensanchó la concepción de la danza, convertida por él en pantomima dramática y en poema. O yo me engaño mucho o Diderot, no sólo creó, como es sabido, uno de los más prestigiosos moldes en que se vaciaría la comedia de costumbres y tesis moral del siglo XIX, hasta llegar en Francia al llamado teatro realista de Dumas hijo y de Augier —¿y por qué no después, hasta Ibsen?— mas también vislumbró el teatro como lo vería Antoine, el drama lírico wagneriano, la escenografía y "mise en scène" modernas, y el "ballet", tal como hoy lo concebimos. El nombre de este indudable prerromántico puede ser igualmente inscripto en la lista de los precursores del naturalismo en la novela y en el teatro, y Zola no lo desconocía. Volviendo a sus comedias, si bien refrena la agilidad del diálogo la lánguida declamación virtuosa, en algunas escenas aquél no desmiente la destreza de Diderot. Pues raros escritores han dialogado como él lo hizo, con mayor viveza, naturalidad, oportunidad. Conversador admirable en el salón y en el café, sigue des-

plegando esa aptitud genial en la novela, en el capricho filosófico, en el ensayo moral o científico, en las propias cartas familiares, como aquella a Mlle. Volland, su querida Sofía, en la cual, fingiendo una charla en una tertulia del Barón D'Holbach, entremezcla una disertación suya sobre los sarracenos —que por lo demás es la reproducción casi fiel del artículo que escribió para la *Enciclopedia*— con todas las frivolidades e ingeniosidades que podían oírse en un salón del setecientos.

El que pudo ser en el teatro precursor triunfante de la "verve" del *Barbero de Sevilla*, solamente lo fué, junto con otros contemporáneos, del Beaumarchais de algunos olvidados dramas lúgubres y lacrimosos: esto porque prefirió Diderot vestir en la escena el sayal del predicador, cuando le hubiera sentado mejor el gorro de Fígaro. Y que podía llevarlo muy bien, si no bastaran a hacerlo más que probable muchas de sus obras no teatrales y por encima de todas *El sobrino de Rameau* —allí está para probarlo la comedia *Est-il bon? est-il méchant?*, compuesta en 1781, en un solo día, tres años antes de morir, y conservada entre sus papeles. Me desmentirá el fracaso de las gestiones hechas en diversas épocas para verla representada, incluso una de Baudelaire; pero, si bien concedo que la comedia póstuma de Diderot puede no interesar actualmente, en cambio nadie podría desconocer en ese "divertissement" extravagante y cínico en cuatro actos, el mejor "esprit" francés, en la animación crepitante del diálogo. Se me ocurre también que a Pirandello no le habría desagradado concebir un personaje como el protagonista doble y sutil de esa enredada farsa, en el cual la crítica ha pretendido reconocer al propio Diderot, su cinismo elegante y su afición a la mistificación y la burla. Y puesto que cité a Pirandello, diré más. Me complacería

ver confirmado por algún crítico más versado que yo en el teatro del comediógrafo italiano, lo que me ha parecido descubrir en las conversaciones sobre *El hijo natural:* la superposición u oposición de los dos planos de la ficción y la realidad, caros al autor de *Sei personaggi in cerca di autore* y *Questa sera si recita a soggetto,* con planteos parecidos en la conversación de Diderot con Dorval, el supuesto héroe de su comedia. Entre los géneros teatrales que Diderot ideó en su *Discurso sobre la poesía dramática,* está el drama filosófico. Propuso como tema, escenificándola con el texto del *Critón* a la vista, la muerte de Sócrates. ¿Habrá sido él quien inspiró a Zacconi la representación del diálogo platónico?

Se dirá que veo demasiadas cosas en Diderot; pero aseguro que es difícil no verlas cuando se lo lee atentamente. En los surcos donde ese impávido sembrador arrojaba ideas al voleo, la semilla fructificaba extraordinariamente. Si fué precursor, por sus adivinaciones y realizaciones en el campo del arte escénico, no lo fué menos en el de la crítica de arte. Sus "salones", tardíamente conocidos por su inserción en la *Correspondencia* de Grimm, representan una concepción de la crítica de arte, innovadora en su tiempo, fecunda posteriormente, por más que pueda discutirse el criterio preferentemente literario que domina en ellos. Componiéndolos para su amigo se distraía —descansaba, diremos— de la pesada tarea que le impuso llevar a término los últimos diez tomos de la *Enciclopedia.* Era su hábito descansar de los trabajos más engorrosos, escribiendo cualquier cosa que uniera utilidad y amenidad. Así le proponía a Grimm escenas de tapicería tomadas de Homero, evocándolas con aquel mismo arte con que hacía vivir en el espacio, para la imaginación, las telas por él contempladas en los salones, como

colaboraba con Rameau para componer un discurso sobre la armonía. Su generosidad no tenía límites. Era pródigo de su tiempo y su dinero, siempre dispuesto a servir con su pluma a quien le pidiese una carta, una dedicatoria, un argumento de comedia, un prefacio, un discurso. Grimm citaba para el Juicio Final, haciéndolos responsables ante Dios y ante los hombres, a todos los indiscretos que cometieron el delito de robarle el tiempo que habría empleado en componer veinte obras inmortales. Su círculo le fué deudor de mucho. A Rousseau le descubrió su genio. No es seguro que le sugiriera la paradoja de su célebre *Discurso sobre los progresos de las ciencias y las artes*, pero le inspiró más de una idea e influyó sobre el ginebrino aconsejándolo y corrigiéndolo. Contribuyó a la *Historia Filosófica de las Indias* de Raynal, y abasteció de ideas el *Sistema de la Naturaleza* del barón D'Holbach.

Alguna de sus ideas, confiadas con despreocupada prodigalidad a papeles dispersos, a veces apenas esbozadas, habría bastado, madurada más largamente y expuesta sistemáticamente, para hacer la fama de un pensador. Me atrevería a decir que tuvo sobre todas las cosas más ideas que Voltaire, enciclopédico como él, con la diferencia de que Voltaire es siempre límpido y Diderot resulta a veces humoso. Ha sido observado un volterianismo anterior a Voltaire. Aun reconociendo que, como muchas ideas de éste, parte de las de Diderot proceden de Inglaterra, otras intuiciones suyas parecen en cambio no tener precedentes. Estas intuiciones chispean en todos sus escritos, presentadas a menudo bajo la forma de paradojas, defendidas otras con habilidad sofística. Serán la idea animadora de algunos de sus trabajos más serios y orgánicos o se deslizarán en una de las tantas digresiones en que él se complacía; lo mismo

se las encontrará en el ensayo filosófico o en el artículo científico que en las cartas familiares, las cuales pasan sin transición de la elocuencia amorosa a la anécdota divertida, y del chiste y la agudeza a la divagación metafísica. Lo mismo en sus cuentos y novelas. La extravagancia se codea en sus escritos con la razón, la elevación moral con la vulgaridad, lo serio con lo burlesco; es alternativamente verboso y preciso, claro y oscuro, lógico y contradictorio. Hasta en *Les bijoux indiscrets* (ha sido traducido indiferentemente por *alhajas* y por *dijes)*, novela galante, licenciosa y de clave, a la moda del tiempo, echada sobre el papel por apuesta y para servir a una amiga, libro de cuya publicación se arrepentiría más tarde hasta decir que habría dado un dedo por no haberlo escrito, pueden leerse muchas páginas de intención satírica, filosófica y moral, dignas del Diderot que admiramos. Lessing la caracterizó diciendo que es "una novela frívola en la cual se agitan cuestiones graves".

Carezco de la competencia necesaria y nos falta además el tiempo allí donde podría hacerlo, para discriminar con rigor en la riquísima copia de ideas de Diderot, cuáles le pertenecen en propiedad en el campo científico, en el filosófico y en el estético, y cuáles eran ya cosa adquirida en su tiempo o estaban en el aire; cuáles quedaron en estériles aunque ingeniosas paradojas y cuáles fueron revolucionarias y fecundas; pero tengo la competencia suficiente para reconocer que nunca el pensador ponía en sus escritos manidos lugares comunes y para afirmar que quien lo diga o lo haya dicho trivial, es injusto o no lo ha leído con paciencia y simpatía. Vienen en mi auxilio autorizados testimonios para darme la certidumbre de esa fecundidad asombrosa del pensamiento. La audacia imaginativa de tres tratados suyos filosóficos, compuestos en la forma por él preferida, la dia-

logada, el *Entretien* con D'Alembert, el *Sueño de D'Alembert* y la *Continuación de "L'Entretien"*, también ellos publicados por primera vez en 1830, asustaba al mismo autor. La riqueza de argumentos y ejemplos con que defiende la unidad sustancial del universo y el encadenamiento de todos los elementos y fuerzas de la naturaleza, es sorprendente. De ejemplos, repito, porque otra facultad de Diderot es la de vivificar todo cuanto piensa, por abstracto que sea, con la observación de los hechos, con la comparación esclarecedora.

Hay acuerdo unánime en que Diderot, cuarenta años antes de Lamarck, formuló y anticipó la teoría de la transformación de las especies, probablemente intuída a través de Leibniz y Lucrecio. En una carta a Mlle. Volland adivinó el telégrafo eléctrico. Versado en muchas disciplinas —filosofía, física, química, anatomía, fisiología, historia natural— este extraordinario autodidacto juntaba la intuición con la ciencia. El doctor Daniel Mornet, eminente profesor de la Sorbona, destacaba veinticinco años atrás, la originalidad de los *Elementos de fisiología* de Diderot, también póstumos. Era una mente leonardesca, como la crítica ha ido descubriéndolo a medida que ha sido conocida su obra a lo largo de un siglo. Un crítico, Arnaud Dandieu, lo ha modernizado comparándolo con Wells, por su hervor temperamental, su sentido del humorismo, su amor al riesgo intelectual, su incesante búsqueda de lo nuevo, su inclinación a servir a la sociedad.

Nunca apareció más heroico este servicio que en la *Enciclopedia.* Como se sabe, el *Discurso preliminar* lo escribió D'Alembert, pero pertenecen a Diderot ciertas advertencias y notas puestas al frente de varios tomos. Yo

me había hecho la ilusión, leyendo la que encabeza el tercero, de que la escribió él; pero debo rendirme a la certidumbre de que su autor fué asimismo D'Alembert. Lo sabemos por la *Correspondencia* de Grimm. Éste dice que pertenece a la pluma de D'Alembert, aunque avisando que el ilustre matemático escribió por los dos asociados en la empresa. Y Grimm debía saberlo, pues Diderot fué uno de sus más activos colaboradores en ese carteo que mantenía el ingenioso barón alemán radicado en París, con los monarcas y príncipes de Europa, especie de gaceta secreta o informe diplomático, pero de carácter casi exclusivamente literario, que le cedió el abate Raynal, ocupado en otras tareas. Séame permitido, pues, ver, si no la pluma, sí el espíritu de Diderot en ese largo prólogo al tomo tercero, suscrito impersonalmente por los Editores. Apareció el año 1753, después de una prolongada interrupción, pues el primero y el segundo llevan la fecha de 1751. Nuevas dificultades había sufrido la publicación, "suprimida" en 1752 por decisión del Consejo y reanudada gracias a los protectores de que gozaba en la Corte, entre quienes estaban Madame de Pompadour, interesada en la empresa por su médico Quesnay, y el ministro Malesherbes. Dicho prólogo está redactado con explicable cautela, pero no sin valentía. Para defenderse contra las imputaciones de irreligión proclamaban el respeto de la Religión y la Ley, y manifestábanse hábiles en la distinción entre la legítima autoridad monárquica de derecho divino, consentida por el pueblo, como era la de los reyes Capetos, y la ostentada por un rey usurpador. ¿Que los Padres de la Iglesia no figuraban en la *Enciclopedia* a la par de los filósofos? Los editores, después de abismar a los Padres con su veneración, identificando su palabra con la de la propia Santa Escritura, al llegar a San Agustín

decían muy serios que "su lugar está en el Martirologio, preferible de todo punto de vista al que habría podido dársele en la *Enciclopedia*". ¿Cómo no percibir en estas irónicas cautelas a ese "enfant terrible" que más tarde diría secretamente tantas verdades por boca del sobrino de Rameau? Tratando la Advertencia que comento de otras omisiones, declaraba: "El nombre mismo de los Príncipes y de los Grandes no tiene derecho a estar en la *Enciclopedia* sino por el bien que han hecho a las Ciencias, pues la *Enciclopedia* debe todo a los talentos, nada a los títulos, y ella es la historia del espíritu humano y no de la vanidad de los hombres".

Rechazaban los editores con desprecio y también con tristeza e indignación las odiosas imputaciones personales de que habían sido víctimas los enciclopedistas, y mostraban un legítimo resentimiento contra las censuras apasionadas e injustas, sin aceptar tampoco los elogios impropios y sospechosos. Muchas evasivas irónicas se juntan en ese discurso prudente, en el cual tiene elocuentes acentos el orgullo legítimo, no reñido con la modestia, sin hipocresía, del que sabe cuán difícil es hacer obra perfecta de tanta magnitud. "Nos sentiríamos sobre todo halagados —decían en un pasaje— si nuestros primeros trabajos pudieran empeñar a los sabios y escritores más célebres a retomar nuestra obra en el punto en que está hoy; nosotros borraríamos con júbilo nuestro nombre del frontispicio de la *Enciclopedia* con tal que se tornara mejor. ¡Que los siglos futuros ignoren a tal precio todo lo que hemos hecho como lo que hemos sufrido por ella!" Sufrido; ¿quién era el que había sufrido sino Diderot? Y más adelante, reconociendo las imperfecciones de la obra: "La ruta está abierta, y eso es quizás haber hecho algo; otros más felices arrancarán en paz las espinas que

todavía quedan en esta tierra que el destino severo o propicio nos ha dado para desmontar. Los niños, dice el Canciller Bacon, son débiles e imperfectos en el instante de su nacimiento, y las grandes obras son los niños del tiempo".

La magna tarea de Diderot consistió en ordenar y publicar los artículos recibidos, en suplir los que no fueron hechos, en refundir en uno solo los escritos sobre el mismo asunto por diversas personas. Innumerables (más de un millar se calcula) son los que se vió forzado a escribir él, de poca o mucha significación; son valiosos en cambio los que compuso desde el III tomo sobre historia de la filosofía. Además se reservó expresamente para si la descripción de las llamadas artes mecánicas, la mayor novedad de ese diccionario. ¡Y con qué competencia y minuciosidad extraordinaria lo hizo!

Ciertamente, así como lo hacían los demás colaboradores, acudió a muchas fuentes de información. Leyó, extractó, refundió toda suerte de libros. ¿Cómo podía saberlo todo por propia experiencia en tantas materias técnicas? Pero la suma de experiencia propia que agregó a su información, asombra y la confirma el testimonio de los contemporáneos. En el *Prospecto* de la *Enciclopedia* —escrito de su mano y publicado en 1750— al exponer su plan inicial, que según su primera previsión, no tendría menos de ocho volúmenes, insistió particularmente en la innovación que representaba la introducción en ella de las artes mecánicas. Refiriéndose a la enciclopedia inglesa de Chambers, que fué la inspiradora, decía: "Chambers ha leído muchos libros, pero no ha visto artistas (entiéndase "artesanos"); sin embargo muchas cosas sólo se aprenden en los talleres". Y explicando sus fuentes de información refería: "Nos hemos dirigido a los más hábiles obreros

de París y del reino. Nos hemos dado el trabajo de ir a sus talleres, de interrogarlos, de escribir al dictado de ellos, de desarrollar sus pensamientos, de sacarles los términos usados en sus profesiones, de dibujar láminas, de definirlas, de conversar con aquellos que nos habían suministrado memorias, y (precaución casi indispensable) de rectificar mediante largas y frecuentes conversaciones con unos, lo que otros habían explicado imperfecta, obscura y a veces infielmente..." Y refiriéndose a aquellos obreros que trabajaban en sus máquinas sin conocerlas, dice gráficamente: "Nos ha sido preciso ejercer con ellos la función de la cual se glorificaba Sócrates, la función penosa y delicada de hacer parir los espíritus..." Se aplicó también a trabajar a la par de los obreros, para entender mejor su oficio, a desmontar sus bancos, a bosquejar y recomponer sus máquinas y herramientas para entrar en los secretos de la manufactura. Algunos procedimientos —tal, por ejemplo, la fabricación de las agujas de coser— él fué el primero que los describió. El padre Furlong, ilustrado jesuíta, historiador de nuestro pasado, me decía, hablando de esto, que solamente con el auxilio del artículo pertinente de la *Enciclopedia* había podido armar las piezas de una imprenta colonial que le interesaba. Ya los contemporáneos más perspicaces vieron que en ese "diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios", la parte más sólida y más nueva era la última.

Nada escapa a su curiosidad: la relojería, los papeles pintados, la curtiembre, el arte tintórea, la encuadernación, el cultivo de las plantas textiles, los hilados y tejidos, la fabricación de sombreros y pelucas, los almácigos, ¡qué sé yo!

Ese burgués procedente de la pequeña industria provinciana, no diré que rehabilitaba, pero sí que dignificaba el

trabajo manual, incorporándolo a las actividades más bienhechoras del hombre.

Diderot no ignoraba lo que había de deleznable en su esfuerzo, junto a su magnitud; cómo, con el rápido progreso de las artes mecánicas y de las máquinas y procedimientos de elaboración, había de envejecer cuanto se escribiera sobre ellas. En el artículo titulado *Enciclopedia*, incluído en el V tomo, escribía en términos generales que no alcanzan a disimular la tristeza que lo poseía: "Un hombre consume parte de su vida en la descripción de las artes (se refería a los oficios y a los procedimientos industriales); disgustado de esa obra fatigosa se deja arrastrar a ocupaciones más divertidas y menos útiles; su primera obra permanece encerrada en sus carpetas; no pasarán veinte años y allí donde había cosas nuevas y curiosas, picantes por su singularidad, interesantes por sus usos, gracias al gusto dominante o a su importancia momentánea, no encontrará sino nociones incorrectas, oficios superados, máquinas o imperfectas o abandonadas. En los numerosos volúmenes que haya compuesto, no habrá una página que no sea preciso retocar; y en la multitud de láminas que haya hecho grabar, casi ninguna figura podrá pasar sin que se haga necesario dibujarla de nuevo. Son retratos cuyos originales ya no subsisten. El lujo es el padre de las Artes, es como el Saturno de la fábula, que se complacía en destruír a sus hijos". Fuera como fuese, su obra es el documento más completo del estado de la técnica en vísperas de la revolución industrial que transformó el mundo en el siglo XIX.

Tampoco debió de ser pequeña la tarea que le exigió reunir y ordenar los artículos de sus colaboradores. No todos, sabios y literatos, eran por supuesto de igual capacidad; no todos igualmente diligentes o probos en el apro-

vechamiento de las fuentes bibliográficas. Conocemos la historia externa de la *Enciclopedia;* pero la íntima ¿quién la podría adivinar en toda su extensión y profundidad? Cada redactor respondía de su artículo, salía garante de él por la propia autoridad de su nombre. Esto dicen también los directores de revistas científicas o literarias; sin embargo no es enteramente exacto. En vano él declaraba que no pretendía reformar los artículos hechos por otros, ni remontarse a las fuentes donde se habían originado: en la práctica, en última instancia, el responsable era él, y para descargarse de esa responsabilidad no dejó de confesar o insinuar más de una vez su disgusto de que las cosas no hubieran sido hechas con mayor diligencia y probidad. El mejor juez de la magna empresa era él. Los compiladores contestaban a sus críticos: "Nadie quizás estaría en mejor condición que nosotros para hacer el examen de esta obra y mostrar que la malignidad habría resultado mucho más acertada. No se piense que haya ninguna vanidad en esta declaración. Si alguna vez fué fácil una crítica, es la de una obra tan considerable y tan variada; y nosotros conocemos bastante íntimamente la *Enciclopedia* como para no ignorar lo que le falta: tal vez lo probaremos algún día, si llegamos a acabarla..."

Diderot no esperó ese día para hacer a fondo la crítica de su obra. El ya citado artículo sobre la voz *Enciclopedia,* incluído en el V tomo, merece tanta atención como la Advertencia al tercero. ¿Cómo podía encerrarse en las generalidades sobre el concepto de una obra de esa naturaleza, sobre su objeto y composición, quien desbordaba su yo en todo cuanto escribía? En muchos de sus artículos aparece el "je pense", el "il me semble" y otras expresiones personales; pero no hay quizás en toda la obra ninguno menos impersonal que el citado. A lo largo de sus 55 columnas,

indirecta o directamente Diderot no habla sino de la Enciclopedia de Diderot, del método seguido en ella y del que pudo haberse seguido, de sus cualidades y de sus defectos, de las dificultades encontradas y de las rectificaciones aconsejables. A los colaboradores, aunque sin nombrarlos particularmente, no les ahorra severas críticas: a la vanidad de unos, a la difusión de otros; a la negligencia, a la falta de novedad. Traza planes, señala métodos, amonesta, corrige, se vanagloria, se excusa, se defiende. "Detallando de este modo cómo debe estar hecha una verdadera Enciclopedia (avisa de pronto, como si no le hubiéramos entendido la intención desde la primera frase) establecemos reglas muy severas para examinar y juzgar la que publicamos. Cualquier uso que hagamos de esas reglas, en nuestro favor o en contra, ellas probarán al menos que nadie estaba en mejor condición para criticar su obra."

Bien veis que su impaciencia y su franqueza no le permitieron llegar hasta el término de la empresa para probarles a sus críticos que nadie la conocía mejor que él, ni era capaz de juzgarla con mayor imparcialidad. "Veo —reconoce— que acaso no hay yerro que no hayamos cometido, y *me siento forzado* a confesar que de una Enciclopedia tal cual es la nuestra, entrarían apenas dos terceras partes en una verdadera Enciclopedia."

Ese mismo artículo —o manifiesto, o defensa— ciertamente sobraría en la Enciclopedia ideal. Concluíalo manifestando que había dejado de decir más cosas de las que había dicho (¡y son 27 páginas *in folio!*) "Tal vez la prolijidad y la adulación —agregaba— no estarán en el número de los defectos que podrán reprochárseme." No sé qué decir de la prolijidad; pero en cuanto a la adulación, no cabe ninguna duda. Uno se sorprende de que después de ciertas

críticas personales, aunque sin nombrar al destinatario, se le mantuvieran adictos los que habían trabajado hasta entonces con él y que la lista se acreciera con otros, aparte de los colaboradores espontáneos, contra los cuales se ponía cortésmente en guardia en la advertencia al VI tomo. ¡Y qué colaboradores! Turgot le había suministrado una memoria propia sobre el algodón *(coton)*, que él usó en el artículo pertinente; Rousseau se salía de la materia musical que habíale sido confiada desde el primer tomo, para escribir en el V un muy importante artículo sobre *Economía;* Voltaire entraba a colaborar desde el III sobre temas de estética y literatura con contribuciones que en verdad no dan la medida de su genio ni de su "esprit". Al que publicó en el VI sobre el vocablo *Gusto*, añadía triunfalmente Diderot un fragmento póstumo de Montesquieu, destinado —dijo— a la *Enciclopedia* por el sabio autor del *Espíritu de las leyes*, cuyo cumplido y extenso elogio encabezó el V tomo, aparecido el año 1755, el de su muerte. Sin ser todos de la talla de esos grandes, algunos de esos colaboradores se llamaron D'Holbach, Helvetius, La Condamine, Buffon, Marmontel, Morellet, el presidente de Brosses, Quesnay, Necker, Duclos, Dumarsais. Diderot sabía distinguir con admirable clarividencia los respectivos valores. Al insertar el fragmento de Montesquieu a continuación del artículo de Voltaire sobre el *Gusto*, escribió de su puño y letra estas palabras proféticas: "La gloria del señor de Montesquieu, fundada sobre obras de genio, no exigía sin duda que se publicaran estos fragmentos que nos ha dejado; pero ellos serán un testimonio eterno del interés que los grandes hombres de la nación tomaron por esta obra; y se dirá en los siglos por venir: Voltaire y Montesquieu también participaron en la Enciclopedia."

Pudo la *Enciclopedia* ser "suprimida" después del VII tomo; pudieron abandonar, prudentes, a Diderot, muchos de sus colaboradores; pero él no desmaya. En 1765 se publican los últimos diez volúmenes. Llevaban el pie de imprenta de Samuel Foulche, librero de Neufchâtel. Ya no ostenta en la portada los nombres de Diderot y D'Alembert. Éste se ha retirado por motivos diversamente apreciados, pero todavía no conocidos con rigurosa seguridad. La edita ahora "une societé de gens de lettres", cuyos trabajos ordena y publica un M. X., que no es más que Diderot. No me incumbe tratar aquí las razones que pudo tener el gobierno para hacer la vista gorda sobre la circulación de esos diez gruesos volúmenes, ni examinar en qué forma se ejerció la protección, antigua o nueva, de Mme. de Pompadour, del director de librería Malesherbes, del "lieutenent de police" Sartine, de M. de Choiseul, y la generosidad de Mme. de Geoffrin, para hacer posible la continuación de la obra. Me circunscribo a la contribución literaria de Diderot, no a su ciclópea lucha con las prohibiciones gubernativas, con los jesuítas —que le movieron guerra desde el comienzo—, con los demás adversarios y los propios editores, como aquel Le Breton, el de los primeros siete tomos, que lo traicionó mutilando por su cuenta y riesgo o quizás pérfidamente aconsejado, artículos que le parecieron comprometedores, después de haber autorizado Diderot la impresión de las pruebas de imprenta.

De todas las advertencias puestas al frente de varios volúmenes, la que prefiero es la que encabeza el VIII. El hombre, agigantándose ante los obstáculos vencidos y por vencer, físicos y morales, expresa con orgullosa firmeza su fe en la bondad de su obra, "la más vasta quizás —dice— que en ningún tiempo haya sido concebida en Literatura".

Las persecuciones no le habían sido ahorradas por la envidia, la ignorancia y el fanatismo. Su optimismo acerca de la naturaleza humana parece flaquear, pero él no ceja. "El hombre de bien es capaz de entusiasmos que el malvado no conoce" —sentencia. "En el espacio de veinte años consecutivos, apenas hemos podido contar algunos instantes de reposo" —se duele. Después de tantos días consumados en un trabajo ingrato y continuo, ¡cuántas noches pasadas en la espera de los males que la maldad buscaba infligirnos! ¡Cuántas veces nos hemos levantado inciertos de si, cediendo a los gritos de la calumnia, no nos desgarraríamos de nuestros parientes, de nuestros amigos, de nuestros conciudadanos, para ir a buscar bajo un cielo extranjero la tranquilidad que nos era necesaria y la protección que se nos ofrecía! Pero nuestra patria nos era cara, y nosotros siempre hemos esperado que la prevención abriera paso a la justicia". Conviene aquí recordar cómo la *Enciclopedia* hubiera podido ser continuada en Rusia, de haberlo él querido, con el auspicio de la emperatriz Catalina, protectora del filósofo, a quien le compró la biblioteca, dejándola en su poder; o bien en Berlín, con el apoyo de Federico II; y es admisible la suposición de que uno de los motivos de la secreta tolerancia del gobierno haya podido ser el temor de ver acabarse en el extranjero una empresa de resonancia universal prohibida en Francia. ¿Tantos años de lucha habrían sido vanos? —se preguntaba. No. Presiente la recompensa que le espera, que algún día se dirá de él que no vivió del todo inútilmente. Ya dije que en el camino había perdido muchos colaboradores. Pero suplió su ausencia el esfuerzo heroico del caballero de Jaucourt, tan sabio como laborioso, tan laborioso como modesto. Él proporcionó gran parte de los materiales, sin temer las búsquedas más penosas e ingratas.

Voltaire todavía escribía sobre historia en el tomo VIII.

El espíritu de la obra muéstrase cada vez más libre. Algunos de sus artículos son discursos polémicos, otros completan los contenidos en volúmenes anteriores. No faltan las flechas envenenadas. Merece ser leído el que Jaucourt escribió sobre los curas *(prêtres)* y los dedicados a la *tiranía,* los *teósofos,* los *teólogos* y la *superstición.* El que explica el vocablo *teósofo,* que, aunque no firmado, pertenece a Diderot, concluye de este modo: "Quedan todavía entre nosotros algunos teósofos. Son personas instruídas a medias, entercadas en referir a las Santas Escrituras toda la erudición antigua y toda la filosofía nueva; que deshonran la revelación con los estúpidos celos con que defienden sus derechos; que empequeñecen cuanto les es posible el imperio de la razón, del que nos prohibirían de buena gana el uso; que están siempre prontos a unir el epíteto de herejía a cualquier hipótesis nueva; que reducirían de buen grado cualquier conocimiento a la religión, y cualquier lectura a los libros del antiguo y el nuevo Testamento, en los que ven todo lo que no hay y nada de lo que hay; que han cobrado aversión a la Filosofía y a los Filósofos, y que conseguirían apagar en nosotros el espíritu de investigación y volver a hundirnos en la barbarie, si el gobierno los apoyara como lo piden." A propósito de la última frase, nuevamente conviene considerar si la expulsión de los jesuítas, decretada al fin en 1762, cuando los diez últimos tomos de la *Enciclopedia* estaban en preparación, no fué uno de los motivos que hicieron secretamente tolerante al gobierno con la distribución de ésta. Recordaré el final del artículo sobre el vocablo *Jesuíta,* cuyo tono es marcadamente de panfleto: "No es por odio ni por resentimiento contra los Jesuítas por lo que yo he escrito estas cosas; mi objeto ha sido justificar

al gobierno que los ha abandonado y a los magistrados que los han sancionado, y enseñar a los religiosos de esa orden, que, cuando intente algún día restablecerse en este reino, si lo consigue, como lo creo, en cuáles condiciones pueden esperar mantenerse en él."

A los defectos que en la *Enciclopedia* notaba el propio director de la empresa, agregaré yo, ateniéndome solamente a su espíritu, y no a su composición formal y contenido científico, por supuesto hoy superado, el extremo racionalismo, muy propio del siglo de la Ilustración, y con relación a los tomos que la completaron, ciertas notas de frivolidad, no menos dieciochescas, a las cuales sentíase inclinado más de lo conveniente el erudito caballero de Jaucourt.

A esa ingente mole de diecisiete volúmenes y de los once de láminas que los ilustran —y no es en estos últimos donde menos se ejerció la ciencia y paciencia de Diderot, tanto que Emile Bourgeois ha podido decir con injusta ponderación: *"l'Encyclopédie? Ce sont les planches... La nouveauté et le succès sont là..."*— la voluntad indomable del animador había de hacerles seguir los años 1776 y 1777 los cuatro del Suplemento, publicados en Amsterdam por el librero Rey. Jaucourt había muerto. Pero en el Suplemento colaboró de nuevo D'Alembert, y también lo hicieron Condorcet, La Lande, Bernouilli y Marmontel, entre otras notabilidades de aquel tiempo. En sus artículos, que son más que nunca discursos, el Iluminismo entra con todas sus bellas ilusiones. La Advertencia nos avisa que la Ciencia conduce a la virtud y a la felicidad. "¡Pueda esta obra —dice— difundiendo la luz de las Ciencias en los espíritus, extender sobre los corazones el imperio de la Virtud!"

La heterogeneidad e incoherencia, la desigualdad en la composición, las notaron aun los más adictos a la empresa.

Voltaire las definió con esta frase ingeniosa: "La *Enciclopedia* es un traje de Arlequín en el cual hay unos trozos de buen género y muchos harapos". No lo ignoraba Diderot, y ya hemos visto que lo dijo. Una Babel, sin duda; la fiel expresión de ese hervidero de materias ígneas que fué el siglo XVIII y que había de soterrar un mundo bajo su corriente de lava y escorias. Fué máquina de guerra, pero indudablemente también obra de ciencia, así reconozcamos que la armoniosa construcción que anunciaban el Prospecto de Diderot y el Prefacio de D'Alembert, a modo de soberbios pórticos, no se confirma en todas sus partes, cuando marchamos entre los diversos materiales acumulados. Reputo, pues, injusto, el juicio de un pensador tan agudo como el matemático Cournot, el cual, restándole a la *Enciclopedia* toda importancia, y atribuyendo su boga en el siglo XVIII a interés de secta o de partido, no vió en ella más que un negocio de librería. Sus razones, movidas por la idea de progreso dentro del orden, pueden leerse en la *Historia de los movimientos intelectuales y de las instituciones en los tiempos modernos*. Concediendo que las obras de ese género se tornan viejas al cabo de treinta años y que no son científicamente monumentos duraderos, ¿no les atribuiremos ningún valor en la historia a los principios de tolerancia religiosa y libertad política que la *Enciclopedia* desde luego no creó, pero sí contribuyó a difundir, sacudiendo el yugo de muchos prejuicios, derribando instituciones caducas que se sobrevivían, emancipando de arbitrarios poderes conciencias y pueblos?

Ésa es la obra que debemos al fervor, a la voluntad, a la ciencia de Diderot. Treinta años de labor y sacrificios empleó en verla acabada.

Únicamente una cabeza y un temple como el suyo podían acometer tamaña empresa y darle cima. Muerto Diderot, desalojado, después de la Revolución, el espíritu de la *Enciclopedia* por otras corrientes de pensamiento, el nombre de su hercúleo promotor cayó en la penumbra. Los que trabajaron con él, los que lo conocieron, sintieron profunda admiración por su genio. No puedo ocupar el corto espacio de que aún dispongo con un extenso repertorio de testimonios irrecusables. Referiré unos pocos muy significativos. El abate Raynal lo pintaba en la *Correspondencia,* a propósito de la notable *Carta sobre los ciegos* —la misma que motivó el encarcelamiento de Diderot en Vincennes— como "uno de nuestros más profundos metafísicos y de nuestros más ingeniosos escritores". La admiración de Grimm no reconoce límites. "Cabeza sublime y corazón excelente", lo dice en una página de la *Correspondencia.* En otra lo compara con Bacon. En una ocasión lo define "el hombre de Europa quizás más rico en ideas y talento". Y también: "la cabeza más naturalmente enciclopédica que haya existido". Ésta es asimismo la opinión de Voltaire. En 1760 le escribía a un amigo, refiriéndose a Diderot: "Todo entra en la esfera de actividad de su genio; pasa de las alturas de la metafísica al oficio del tejedor, y de ahí va al teatro". Rousseau, cuya suspicacia enfermiza, que acabó en manía persecutoria, había de amontonar tantos agravios contra Grimm y Diderot, después de haberle unido con el segundo una afectuosa amistad, todavía acariciada en la ruptura, escribió de él: "A la distancia de algunos siglos del momento en que ha vivido, ese hombre parecerá prodigioso; se contemplará de lejos esa cabeza universal como hoy miramos la de los Platones y los Aristóteles."

No puede decirse que el siglo XIX lo olvidara, y lo

prueban las cuatro ediciones póstumas que se hicieron de sus obras completas, a partir de la del editor Naigeon, de 1798 [1], pero no fué haciéndole entera justicia sino a medida que descubría su obra inédita, más sorprendente que la que conocieron los contemporáneos. Tocábale al presente reconocer toda su grandeza.

No podría abandonar a Diderot sin declarar que después de haber convivido espiritualmente con él varios meses, estimo su corazón tan excelente como su cabeza, confirmándome en el juicio de Grimm. Su ardor en la prosecución de la obra emprendida me lo vuelve admirable. Tenía la pasión de la ciencia, sed de verdades positivas; en busca de éstas anduvo, si queréis a tientas, toda la vida. ¿Puede dudarse de ese fervor, tratándose del hombre que pidió a su hija que se le hiciera la autopsia, pues reputaba útil disecar a los muertos? Y la autopsia se hizo.

Brunetière pretende disminuir, supongo, a Diderot, caracterizándolo con una definición de Bacon. La traduzco: "Hay quienes se complacen en la variación de los pensamientos (*vertigine*, dice Bacon) y tienen por esclavitud ser constreñidos a una fe estable o a axiomas constantes". A mi me parece en cambio que lo enaltece, juzgando a un grande espíritu. Su filosofía del universo no fué, sin embargo, tan vacilante como podría creerse leyéndolo a saltos o sin atender a las circunstancias en que escribía y que lo forzaban a ser prudente, si publicaba, o a guardar inéditos sus escritos si quería declarar todos sus pensamientos. En términos generales puede decirse: Voltaire y Rousseau anclaron, ya en el deísmo, ya en el teísmo; Diderot, del teísmo y el deísmo,

1. Conviene recordar que la colección en 21 volúmenes del editor Brière, de 1821-1823, depositada en la Biblioteca Nacional, perteneció al General San Martín y lleva su firma autografiada.

pasó al ateísmo. Pero su materialismo sin Dios se acerca al panteísmo spinoziano al convertirse en religión de la naturaleza, cuyo culto él hizo en su siglo penetrar más que nadie en los espíritus. Páginas suyas de adoración de la naturaleza recuerdan a Lucrecio tanto por la elevación intelectual como por la exaltación poética. La intolerancia que el hermano de Dionisio, el canónigo, puso en su fe católica, hasta no admitir reconciliarse con el filósofo, se convirtió en éste en inquieto buceo en el océano del conocimiento. Le venía de familia ese ardor en los sentimientos y en la persecución de las ideas. ¿Cómo explicarse que su perpetuo monólogo se parta casi siempre en diálogo, con la consiguiente interrogación o contradicción, sino por su naturaleza intelectual, inclinada a ver el pro y el contra de todas las cosas?

Así como era móvil la inteligencia de Diderot, lo eran su fisonomía y los sentimientos que reflejaba. Muchas veces se retrató él mismo, o se lo adivina en sus diálogos, en los que es obligado interlocutor —diré mejor, único interlocutor— y en su correspondencia. En carta al escultor Falconet decíale que en un solo día él mostraba cien fisonomías diversas: "era sereno, triste, soñador, tierno, violento, apasionado, entusiasta". De suyo era jovial, sensible, fácil al entusiasmo, tan pronto para irritarse, cuando se lo provocaba, como para apaciguarse. No fué mezquino ni envidioso. Ingenuo sí, y más de una vez lograron engañarlo. En el fondo un niño, con mucho de la volubilidad del niño. Irruente e inspirado en la conversación, pasaba por rápidas asociaciones y transiciones de un tema a otro, pasmando y abrumando. El itinerario algo caricaturesco que nos ha dejado afectuosamente Garat de uno de los soliloquios casi sonambúlicos de Diderot, es el espejo de su espíritu y de su obra.

Cuenta Mlle. de Lespinasse en una carta a su amigo M. de Guibert que Catalina de Rusia, en uno de sus cotidianos coloquios con el filósofo, mientras éste, sexagenario, fué su huésped en San Petersburgo, le decía: "A veces me parecéis de cien años, y a veces os veo como un niño de doce". Y comenta la amiga de D'Alembert, entusiasmada: "Eso pinta a Diderot". Pongamos también en la cuenta a su favor, que no fué nunca un cortesano. Al acalorarse en sus discusiones con la zarina, disputaba con ella como con un igual. También escribámoslo en el haber del déspota, malogrado aspirante a filósofo.

Con respecto al juicio de la posteridad, me he de valer solamente del de dos adversarios suyos: los escritores católicos Ferdinand Brunetière y Marcelino Menéndez y Pelayo. El primero, que confesaba no amar a Diderot (aunque alguna vez, atenuando, agrega: "casi"), no puede disimular su admiración ante su personalidad compleja y poderosa, y desconocer la extensión de la influencia ejercida por sus ideas. De ellas dice que "han constituído una atmósfera nueva de los espíritus" y las compara con una fuerza de la naturaleza, anónima y ciega.

Sea Menéndez y Pelayo, acusador inobjetable para la parte contraria, quien dé el último fallo. El eminente polígrafo y crítico, tenía hartos motivos ideológicos para aborrecer a Diderot y los hace ostensibles en los breves exámenes que hizo de diferentes aspectos de su obra en la *Historia de las ideas estéticas* y en la de *Los heterodoxos españoles*. No hay cargo ni censura, algunos justificados, otros injustos, que omita, expresados con palabras fuertes, contra el contenido y la forma. Sin embargo esos bosquejos críticos rebosan de admiración, no ya mal disimulada, sino gritada. Para Menéndez y Pelayo, Diderot fué "induda-

blemente el pensador más genial y poderoso de su tiempo". A tal ponderación agregó este juicio enfático, que parece alumbrado por el resplandor siniestro de una hoguera inquisitorial: "En su frente de réprobo todavía se descubre el sello de los fuertes y de los grandes con que Dios le había marcado".

VALOR EDUCATIVO Y SOCIAL DE LA "ENCICLOPEDIA"

POR

LUIS REISSIG

En 1746 el editor Le Breton, asociado a tres colegas: Briasson, Durand y David, obtiene el privilegio real indispensable para la traducción de la enciclopedia inglesa de Chambers, y ofrece a Diderot la dirección de la empresa. Pero el plan de Diderot es otro: componer y publicar una nueva enciclopedia que contenga esencialmente los hechos y el pensamiento formados y llegados hasta el siglo, y vigentes en él. Lo ha de expresar con satisfactoria objetividad al definir la palabra "enciclopedia" en el propio diccionario: "El objeto de una enciclopedia —dice— es el de reunir los conocimientos diseminados en todo el mundo, exponer su sistematización a nuestros contemporáneos y transmitirla a los que han de sucedernos; de modo que lo hecho en el pasado no se pierda para el futuro, y que nuestros descendientes, más instruidos que nosotros, sean al mismo tiempo más felices, y no muramos sin haber merecido el bien del género humano".

El plan de Diderot se acepta. La filosofía de la época, inspirada cada vez más en la ciencia y en la razón, y el nuevo estado económico, social y político que se gestaba, habían creado las condiciones para la nueva enciclopedia. Una sín-

tesis del saber según las ideas y los hechos que iban modificando la concepción y contenido del mundo, se tornaba indispensable. La vieja sociedad del señor y los siervos se había transformado notablemente; las viejas ideas de un mundo concebido y realizado por el soplo divino y regido por una iglesia, no eran suficientes para interpretar y comprender los fenómenos de la naturaleza y de la vida; y menos, para explicar las profundas desigualdades sociales y económicas y las hirientes jerarquías políticas.

¿Iba a ser la enciclopedia el instrumento ideológico que sistematizaría los ideales y las apetencias que se habían ido gestando?

Abramos en sus primeras páginas el primer tomo *in folio* de la edición fechada en 1751, que correspondería a la primera: a la derecha, la inscripción siguiente: "Enciclopedia o diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios". A la izquierda, el frontispicio dibujado por Carlos Nicolás Cochin: la Verdad —figura capital— que recibe la luz radiante, no del cielo sino de su propio templo, junto al cual está de pie, se abandona con recatada voluptuosidad al despojamiento que la diosa Razón y la Metafísica le hacen de todos sus velos, a fin de que pueda alumbrar al mundo con su maravillosa desnudez. Mientras, la Teología, arrodillada a los pies de la Verdad, y reclinada hacia atrás en éxtasis suplicante a las alturas, recibe de allí un haz de luz, el de la iluminación divina, menos esplendente que el de la Verdad. El resto de la parte superior del cuadro está ocupado por bellas y exuberantes diosas de las artes y las ciencias principales de la época.

Hasta aquí cabe señalar: en la denominación de la obra, el que se la destaque como diccionario razonado —lo que postula una actitud en el campo de la filosofía; y en el fron-

tispicio, dibujado por Cochin, la primacía de la Verdad y de la Razón sobre la Teología, lo que afirma una militancia no religiosa; y en cuanto a la Metafísica —definida en la *Enciclopedia* como física experimental del alma— el hecho sugestivo de que ayude a desnudar a la Verdad, sin pedir a los cielos inspiración ni mandato para hacerlo.

Pero hay en ambos —título y frontispicio— una incorporación que constituye la gran novedad de la *Enciclopedia*: los oficios y la artesanía. Bien es cierto que los artesanos que los representan: impresores, relojeros, orfebres —una docena en total— están apiñados en el ángulo inferior del cuadro, oscurecido como si fuera una cueva con techo de nubes; mientras que las diosas —dobles en número y flotando sobre las mismas nubes en signo de excelsitud— están entregadas, unas, al éxtasis o la contemplación; otras, al diálogo y al estudio, felices en la bienaventuranza del plácido "ocio creador", tan grato a los ociosos y tan ingrato para los que realmente trabajan y crean.

Esta diferencia de categorías humanas y sociales —que el siglo XVIII está todavía muy lejos de poner en tela de juicio y menos de rechazar— no empaña, sin embargo, el cuadro de ideas que el frontispicio decora y que el prudente *Discurso preliminar* distribuye en párrafos bien proporcionados, como corresponde al geómetra que los redacta, D'Alembert, y a la conveniencia de ubicar bien las cargas para el viaje difícil que iba a emprender la enciclopedia naciente. Ese cuadro de ideas corresponde a una nueva política de la vida y de la cultura: aunque separados todavía por nubes, y en evidente desnivel de jerarquías, el trabajo intelectual y el manual, la ciencia y la técnica, el saber y el hacer se disponen a reanudar su cópula cósmica, que sólo una socie-

dad sin servidumbre podrá restablecer del todo, algún día, en su paridad eterna.

"La superioridad que se acuerda" a las artes liberales sobre las mecánicas "es sin duda injusta en muchos aspectos" —dice el *Discurso preliminar*. Y agrega: "Dependiendo las artes mecánicas de una operación manual, y sujetas... a una especie de rutina, fueron abandonadas a los hombres que los prejuicios colocaron en la clase ínfima... La ventaja que las artes liberales tienen sobre las artes mecánicas, por el trabajo que exigen las primeras al espíritu y por la dificultad de descollar en ellas, está suficientemente compensada por la utilidad superior que las últimas, en su mayoría, nos procuran... Pero la sociedad, respetando con justicia a los grandes genios que la ilustran, no debe envilecer las manos que la sirven... El descubrimiento de la brújula no es menos ventajoso, para el género humano, que lo sería para la física la explicación de las propiedades de esa aguja... ¿Cuántos pretendidos sabios hay cuya ciencia no es propiamente sino un arte mecánica? ¿Y qué diferencia real hay entre una cabeza repleta de hechos sin orden, sin uso, sin vinculación, y el instinto del artesano reducido a la ejecución maquinal? El menosprecio que se tiene por las artes mecánicas parece haber influído hasta cierto punto sobre los mismos inventores. Los nombres de esos benefactores del género humano son casi todos desconocidos, mientras que la historia de sus destructores, es decir de los conquistadores, por nadie es ignorada. Sin embargo, entre los artesanos es, quizás, adonde hay que ir a buscar las pruebas más admirables de sagacidad de espíritu, de paciencia y de industria. ¡Cuántos descubrimientos que han inmortalizado a sus autores, habían sido preparados por los trabajos de los siglos precedentes, a menudo hasta llevados a su madurez, a punto que

no faltaba más que un paso por dar!... ¿Por qué aquellos a quienes debemos el volante de los relojes, el escape, y la repetición, no son tan estimados como los que trabajaron sucesivamente en perfeccionar el álgebra?" "Se ha escrito demasiado sobre las ciencias —dice a su vez Diderot en el mismo *Discurso*—; bueno no se ha escrito lo suficiente sobre la mayoría de las artes liberales; casi nada se ha escrito sobre las artes mecánicas". Diderot se propone dar a conocer con qué se trabaja y cómo se trabaja en los talleres de París y del reino. Va adonde están los operarios más hábiles, los interroga, escribe a su dictado, desarrolla sus pensamientos; obtiene los términos propios de sus profesiones, los dispone metódicamente, los define; conversa con aquellos de quienes ha obtenido relaciones escritas, y "precaución casi indispensable" —dice— rectifica "en largas y frecuentes conversaciones con unos, lo que otros habían explicado imperfecta, oscura y, a veces, inexactamente". "La mayoría de los que ejercen las artes mecánicas —agrega— las han abrazado por necesidad y operan por instinto. Entre mil, apenas encontramos una docena en situación de expresarse con claridad acerca de los instrumentos que emplean y las obras que fabrican. Hemos visto obreros que trabajan hace cuarenta años sin conocer nada de sus máquinas. Ha sido preciso ejercitar con ellos la función de que se gloriaba Sócrates, la función penosa y delicada de hacer alumbrar a los espíritus: *obstetrix animorum.* Pero hay oficios tan singulares y obras manuales tan delicadas que, a menos de trabajar uno mismo, mover una máquina con las propias manos, y ver cómo se forma la obra ante los propios ojos, es difícil hablar de eso con precisión. Fué menester, pues, muchas veces —agrega— procurarse las máquinas, construírlas, poner manos a la obra; hacerse aprendiz, por decirlo así, y rea-

lizar uno mismo malas obras para enseñar a los otros cómo se hacen las buenas. Así nos hemos convencido de la ignorancia en que estamos sobre la mayoría de los objetos de la vida y de la dificultad de salir de esta ignorancia".

De este examen de circunstancias y del método que emplea, se forman los tres volúmenes de grabados, con descripción de su contenido, de la primera edición de la *Enciclopedia.* Cuando se hojean, una por una, las láminas finamente dibujadas y nítidamente grabadas, y se está informado, como lo explica Diderot, del proceso previo a su composición, y de que por primera vez se da a los oficios categoría histórica, es fácil comprender la admiración con que fueron recibidos.

Recurrir en todo lo posible a la observación directa para la composición de la *Enciclopedia,* no es uno de sus valores educativos de menor cuantía. Ni tampoco lo es en cuanto a su valor social el haber agregado a la lista de sus ilustres colaboradores en ciencias, filosofía, artes, letras, el nombre de sus asesores para los oficios: en primer término, los mismos libreros editores de la *Enciclopedia,* en cuanto concierne a imprenta y librería; luego, un señor Prevost, inspector de cristalerías; Longchamp, acaudalado fabricante de cerveza; Buisson, fabricante de Lyon y ex inspector de manufacturas; La Bassée, de pasamanería; Douet, gasero; Barrat, obrero de telares; Pichard, comerciante e industrial bonetero; Laurent y Bonnet, obreros de la seda; Papillon, grabador en madera; Fournier, fundidor de letras de imprenta; Favre, herrero forjador; Mallet, peltrero; Hill, fabricante de vidrios; Puisieux, Charpentier, Mabile, de Vienne. No estando en París, en el momento en que se escribe el *Prospecto,* la mayoría de los artesanos consultados, Diderot considera que no debe mencionarlos sin su consen-

timiento, pero los nombrará en cuanto ellos lo deseen; otros nombres los ha olvidado; otros, cuyos auxilios no le han sido útiles, los ha omitido ex profeso.

Diderot da a la *Enciclopedia*, con su concepción de la misma y su dedicación personal, lo que ésta tiene de aporte nuevo y significativo: la descripción de las artes manuales, conocidas por todos aisladamente, pero no en su conjunto, ni en su significación social, ni en su calidad humana, ni en su categoría de obra de la sabiduría del hombre. La sabiduría y no la inteligencia constituye el punto de partida del hombre para su elevación de nivel zoológico, económico, social, cultural, político, científico. La sabiduría, que es la posibilidad de distinguir, valorar, crear, en suma, que se logra por la totalidad del hombre en lo físico, en lo psíquico, en lo social y aun en lo político, y que se expresa de muchas maneras, tanto por los actos manuales como por los intelectuales, por la ejecución como por la reflexión. "Se creía —dice el *Discurso preliminar*— que bastaba leer para volverse sabio; y es mucho más sencillo leer que ver".

La *Enciclopedia* da así el tono educativo que las letras de la época plantean al librarse de las vestiduras de las obras de ingenio. Las obras de ingenio han sido y continuarán siéndolo por un tiempo, las expresiones más preciadas del saber. Durante varios siglos, los ingenios fueron los príncipes de la literatura, pero en el fondo, tan pobres criaturas humanas como los siervos de los príncipes de carne y hueso a que todos ellos servían. Dan testimonio, con su ironía, sus burlas, y hasta sus piruetas, del predominio de una clase ociosa, dueña de todos los medios de expresión: teatro, prensa, libro, manuscrito, púlpito, pregón, tablado; de todos los medios de alimentación: empleos, licencias comerciales e industriales, retribuciones, dádivas, cargos; de todos los

medios de coerción: aislamiento, difamación, excomunión, destierro, cárcel; de todos los medios de supresión: silencio y muerte. Tal sociedad toleraba solamente la burla, la sátira, la comedia, porque esto formaba parte indirecta de la lucha de señores contra señores, utilizando unos las armas intelectuales que podían herir a los otros.

La *Enciclopedia* representa una época. Ella y la Revolución son sus más grandes testimonios. No lo desmiente el que la *Enciclopedia* no agregue nada nuevo al pensamiento del siglo, y que la revolución no vaya tan lejos como los que en ella supieron ver lejos. Ambas reflejan las contradicciones en que la época se desenvuelve, y por lo tanto son su historia viva. La *Enciclopedia* no prepara ni adelanta la revolución, ni ésta corona aquélla. Las dos pertenecen a un mismo proceso, del cual no son causa y efecto sino componentes que se identifican más por las transacciones a que llegan que por las soluciones a que aspiran. Su historia está llena de compromisos entre lo que ataca y lo que resiste. Ni la *Enciclopedia* llega a formar un acabado cuerpo de doctrina, ni la revolución constituye de pleno la sociedad burguesa.

La mayoría de los que se incorporan a la composición de la *Enciclopedia* saben de su heterodoxia personal con relación al estado ideológico, social y político gobernante. "Si a veces osamos elevarnos más alto —dice untuosamente D'Alembert en el *Discurso preliminar*— que sea con esa sabia circunspección que tan bien va con una vista tan débil como la nuestra". El creyente D'Alembert, ornado además con el prestigio de la ciencia y de su cargo académico, escribe los dos primeros tercios del *Discurso*. "Nada es más necesario que una religión revelada" —afirma. Lo que no le impide declarar que "nuestras necesidades han sido el

primer origen" de nuestros conocimientos y que éstos "se reducen primitivamente a sensaciones". "Sólo la libertad de actuar y de pensar —añade— es capaz de producir grandes cosas"; pero, temeroso de ser acusado por alguna de sus consecuencias, dice inmediatamente que "la libertad sólo necesita luces para preservarse de los excesos"; presentando así a la ilustración como un cauce corrector más que como un estímulo renovador. Y para curarse y curar en salud a todos sus compañeros de empresa, declara formalmente: "por más absurda que pueda ser una religión (reproche que sólo la impiedad puede hacer a la nuestra), nunca son los filósofos quienes la destruyen: aun cuando enseñen la verdad, se contentan con mostrarla sin forzar a nadie a reconocerla". "Si el cristianismo añade a la filosofía las luces que le faltan, si sólo pertenece a la Gracia someter a los incrédulos, a la filosofía está reservado reducirlos a silencio". Pero este curioso papel de Santo Oficio o de moderna Gestapo atribuído a la filosofía, no llega a eliminar el forcejeo entre ciencia y creencia. Todo el arte literario del *Discurso preliminar*, toda la *Enciclopedia*, podría decirse, trasunta esa lucha, que es el drama ideológico y político de la época, con la secuela de sus profundas consecuencias prácticas. "Aunque la religión —continúa D'Alembert— esté únicamente destinada a reglar nuestras costumbres y nuestra fe, ciertos teólogos la creen hecha para iluminarnos también sobre el sistema del mundo, es decir, sobre esas materias que el Todopoderoso ha abandonado expresamente a nuestras disputas". Esta tesis del abandono a las disputas humanas por parte de la divinidad, del sistema del mundo, era la última tabla de salvación que la filosofía lanzaba a quienes continuaban creyendo en la creación divina, sin dejar de creer en la creación humana. Al aludir a la Inquisición, sin nom-

brarla, porque su "nombre aún no se había acostumbrado Francia a pronunciar sin temor", condena "el abuso de la autoridad espiritual unida a la temporal", que "forzaba al silencio a la razón", faltando poco —dice— "para que se prohibiera pensar al género humano". D'Alembert y los enciclopedistas, no obstante todos los circunloquios de que deben valerse, ya para encubrir su verdadero pensamiento, ya para atenuar lo demasiado vivo o tratar de conciliar lo imposible, sienten que saber, osar, querer y decir son la más alta gloria del hombre. "Nosotros mismos —dice— nos atreveríamos a hacerle algún reproche al canciller Bacon por haber sido quizás demasiado tímido". "Ese gran hombre, después de haber quebrantado tantos hierros, estaba aún retenido por algunas cadenas que no podía o no osaba romper". Y cuando de Bacon pasa al examen de Descartes, se ve patente que es el temor, el milenario temor a las consecuencias, lo que desde el comienzo traba el libre vuelo de los enciclopedistas. "A pesar de toda la sagacidad que había empleado para probar la existencia de Dios —dice D'Alembert de Descartes— fué acusado de negarla por ministros que tal vez no creían en ella". Sagaces, muy sagaces fueron también los enciclopedistas en sus numerosas tentativas de establecer un acuerdo entre las contradicciones que sobrevenían a cada paso.

La necesidad del libre examen, y el espíritu de combate está en la casi totalidad de los enciclopedistas; varios de ellos, en el instante supremo de la prueba, la rehuirán, pero sin abjurar de sus convicciones. Al hablar de Maupertuis, que tuvo en Francia la osadía de declararse abiertamente newtoniano, dice D'Alembert en el *Discurso preliminar*: "Maupertuis ha creído que se podía ser buen ciudadano sin adoptar ciegamente la física de su país; y para atacar esta física

tuvo necesidad de un coraje que debemos agradecerle". Un poco más adelante, el *Discurso* rasga uno de sus velos: "Todo tiene revoluciones fijas —dice— y la oscuridad ha de terminar en un nuevo siglo de luz".

En el *Prospecto* escrito por Diderot e incluido con retoques en el *Discurso preliminar*, se confiesa que la composición de la obra se debe también a la "protección de los grandes". Sin tal protección, aunque retaceada y suspendida varias veces, la *Enciclopedia* no se hubiera publicado. Los enciclopedistas no atacaron a la aristocracia, ni a la burguesía ilustrada, pues ellas eran sus naturales destinatarios y adquirentes; ni hicieron de la monarquía su blanco. Su punto de contradicción en el orden ideológico, político y social fué la Biblia; y también la Iglesia, en cuanto ésta tendía a sobreponerse al Estado.

En el párrafo final del *Discurso*, se hacen lenguas los enciclopedistas de la protección del gobierno: "enemigos tanto débiles como poderosos" —dice— "trataron, aunque en vano, de ahogar la obra antes de que naciera". Alude, en primer término, a los jesuítas, rivales también como editores, pero más rivales como soldados de una causa ideológica, social y política diametralmente opuesta.

Apenas anunciada, la *Enciclopedia* constituye el punto de convergencia o de disidencia de los pensadores y políticos del siglo. Cabanis la denomina "la santa confederación contra el fanatismo y la tiranía". Se llama también a los enciclopedistas "engendros del infierno" [1]. Comienza y termina en un proceso de lucha, como corresponde al objetivo que desea alcanzar: hacer de la *Enciclopedia* "una obra tan importante como las Tablas de la ley". Con estas palabras

1 I. K. LUPPOL, *Diderot*.

termina el prefacio al último de sus 36 tomos. Su lucha fué de creencias contra creencias; de odio y miedo de afuera contra el miedo de adentro. Los últimos diez volúmenes se publican con las alteraciones y mutilaciones que hace en la prueba de galeras su propio editor, Le Breton, temeroso de que se perjudique con afirmaciones imprudentes el pingüe negocio —dos millones de libras— que significa para él y sus libreros asociados, la publicación hasta el final, sea como sea. Y no sólo altera sino que destruye y se pierden para siempre originales y pruebas primitivas. Así se explica la violenta carta de Diderot a Le Breton el 12 de noviembre de 1764, en la que le dice: "Me ha engañado usted cobardemente durante dos años consecutivos; ha destruído o mandado destruír por un salvaje el trabajo de veinte personas honradas que le dedicaron su tiempo, su talento y sus noches, sin exigir pago alguno, por amor al bien y a la verdad, y con la única esperanza de que se publicaran sus ideas, y con ello, conquistaran cierta consideración bien merecida, de la que les privará su injusticia y su ingratitud".

A medida que avanza, la *Enciclopedia* pierde colaboradores, pues cada vez se hace más neto en ella el materialismo y el ateísmo. "El polígrafo de Jaucourt, redactor de casi la mitad de toda la obra, era protestante liberal" [1]. Voltaire se aparta del grupo de los enciclopedistas en 1770, cuando el Barón D'Holbach publica *El sistema de la naturaleza,* libro al que se tilda públicamente de "Biblia de ateísmo". Rousseau, a su vez, rompe violentamente con su amigo Diderot por desacuerdo en cuestiones religiosas; y D'Alembert, después de publicado el séptimo tomo, se aleja también, a raíz de la publicación del artículo *Ginebra,* en el que señala el acuer-

1 René Hubert, *Les Sciences sociales dans l'Encyclopédie.*

do existente entre el clero ginebrino y la doctrina de los socinianos: ambos negaban la Trinidad[1]. "El clero —dice Luppol— puso el grito en el cielo. Denunció al "partido" de los enciclopedistas como un peligro para la sociedad y para la iglesia".

El tema religioso es el tema capital de la *Enciclopedia.* Sus debates, aunque temidos, son los que más interesan entonces, porque sobre la tradición de la Biblia —que la *Enciclopedia* se propone examinar y subordinar— la vida y la cultura de más de diez siglos se ha organizado. La Biblia que permanecía aún como el libro de los libros debía explicarlo todo: el origen y naturaleza de las sociedades, el papel y condición del hombre, la formación y desarrollo del mundo. La *Enciclopedia* no rompe con esa tradición, pues tal hecho se ha operado ya en los más grandes pensadores del siglo. Su papel es el de reunir, ensamblar, difundir, dar estado social y político a esa ruptura y asegurar la preeminencia del hecho laico sobre el hecho religioso. Las ideas innatas —precioso legado de la divinidad— son rechazadas sin artificios en el *Discurso preliminar.*

"La crítica de la tradición bíblica —dice Hubert[2]— reviste en la *Enciclopedia* una doble forma. La primera es la polémica directa o indirecta. Se refiere a los dogmas y a la moral cristiana. De los dogmas se trata de mostrar su absurdo o su incoherencia. De la moral, su ineficacia y hasta sus peligros. Por momentos ataca de frente al propio espíritu religioso, sugiriendo que la intolerancia le es aneja. Estas escaramuzas de frente facilitan el movimiento envolvente que la crítica científica prosigue a su lado. Argumentos

1 I. K. LUPPOL, *Diderot.*
2 Obra citada.

polémicos e históricos se mezclaban íntimamente. El mismo espíritu los inspiraba. Desde el momento que el fundamento teológico de la doctrina tradicional era quebrado, y que una sombra de incertidumbre alcanzaba al principio de la revelación, el pensamiento positivo podía avanzar e infiltrarse, protegido por la sombra que se extendía". A su vez Condorcet declaraba sin ambages en su *Vida de Voltaire* refiriéndose a la *Enciclopedia*: "fué un sumidero en el cual los errores respetados eran traicionados por la debilidad de sus pruebas o sacudidos por la vecindad de verdades que socavaban los fundamentos". Al definir la palabra "Hecho", Diderot declara que aun los hechos que pertenecen a la teología "están igualmente sujetos a la crítica". En el artículo "Razón", afirma: que "es una facultad natural de la cual Dios ha provisto a todos los hombres para conocer la verdad", pero, como Dón divino anterior a la revelación, "la Razón es el verdadero juez competente", pues —agrega— somos hombres antes que ser cristianos". Y en el artículo "Religión" declara: "La revelación nos es dada allí donde la razón no nos proporciona más que probabilidades". Y el polígrafo de Jaucourt escribe en el artículo "Padres": "Como en materia de moral, de dogmas y sobre cualquier asunto que sea, no hay hombres ni sociedades infalibles en la tierra; como no se debe ninguna obediencia ciega a autoridad humana alguna, cualquiera que ésta sea, tanto en ciencias como en religión está permitido llevar al examen de los escritos de los Padres de la Iglesia los mismos métodos de crítica y de discusión que se emplean con todo otro autor humano". Al definirse el vocablo "Lenguaje" se admite el origen divino; pero, como muy bien dice René Hubert, comentándolo: "No es más que una precaución oratoria, pues la hipótesis de la formación natural está expuesta sin

restricciones en numerosos artículos, y no cabe dudar que ello expresa el verdadero pensamiento de los filósofos". El abate Mallet, profesor real de teología en París, a quien se encomienda la redacción del artículo "Adán", escribe: "No puede dudarse que Dios no haya dado a Adán un espíritu amplio y esclarecido, pero esta ciencia especulativa no era incompatible con la ignorancia experimental de cosas que no se aprenden sino por la aplicación y la reflexión". Diderot amplía estos conceptos al definir la palabra "Antediluviano": "Esta sabiduría de Adán —dice— no tiene nada de común con la filosofía que producen la curiosidad y la admiración, hijas de la ignorancia, que no se adquiere sino por el penoso trabajo de la reflexión y que no se perfecciona sino por el conflicto de las opiniones". El abate Pestré, en el artículo "Cábala" declara rotundamente que todo eso no es más que "la historia de devaneos de doctores judíos". En su definición de "Población", Damilaville escribe: "Es muy difícil establecer cuándo y cómo ha tenido principio el género humano. Hablando filosóficamente, y abstracción hecha por el momento de todo dogma respetable y revelado, el origen de la naturaleza está más lejos de lo que se cree".

Al dirigirse, así, a los fundamentos de la Biblia, los enciclopedistas se dispusieron a negar "el pretendido milagro judío" y la misión sobrenatural que —se sostenía— les había sido confiada por Dios. Había que demostrar, incluso, que la civilización no debía nada a los hebreos. De ahí el interés por la civilización egipcia, el considerarla como cuna, y el replanteo de viejos problemas históricos. Egipcios, griegos y romanos: hé aquí la curva de la civilización y de la cultura que ven los enciclopedistas. Ni milagro ju-

dío, ni milagro griego, ni ningún milagro[1]. La vida humana desenvuelta en un proceso enteramente humano. Y aunque contrariando en esto el modo de pensar de la mayoría de los filósofos, Diderot pensaba que podía haber pueblos sin ninguna religión.

Al plantear el problema de la no subordinación ciega a lo divino ni a la revelación, los enciclopedistas afirmaban, de paso, la personalidad del individuo y su sujeción a la tierra, coincidiendo con el momento en que una nueva clase social, la burguesía, grande y pequeña, comenzaba a buscar su lugar adecuado al sol en el mundo; de mayor amplitud éste, en cuanto a la pequeña burguesía, que el pequeño recinto del frontispicio alegórico, y más apetecible que la promesa de una recompensa futura. Las más fuertes críticas estaban ya planteadas. La *Enciclopedia* concurría al examen general de todas las viejas y arraigadas convicciones de siglos precedentes y aun del mismo siglo.

Si la *Enciclopedia* llega a su término es porque sus principios son compartidos por grupos políticos con influencia en la corte. La Biblia constituía todavía el alimento espiritual de la familia francesa, pero no podía ser el instrumento político de las próximas jerarquías dominantes. La Iglesia, más debilitada que en los siglos precedentes, juzga con toda precisión a la *Enciclopedia* como el más peligroso instrumento dirigido contra su enseñanza tradicional; y aunque su milicia permanece intacta, el tiempo de la Inquisición ha pasado. Los tiempos nuevos, más que los hombres de influencia, salvarán la *Enciclopedia.*

No obstante ser muy cierto que la prudencia gravitó mucho en la composición de la *Enciclopedia* —bastante más

1 R. Hubert, *ibid.*

al comienzo que al final—, jamás se propusieron sus redactores la conservación, ni de la religión, ni de su Iglesia. Considerándolas como potencias de valor histórico y práctico, que no podían, de momento, ser anuladas ni sustituídas, se hicieron ante ella las suficientes abluciones litúrgicas, en párrafos especiosos, para no despertar excesiva desconfianza o ira. Pero ninguno de los dos se engañaba. El ceremonial en el trato era sólo en consideración a las fuerzas sociales y políticas que gobernaban Francia; y así como la *Enciclopedia* no podía herir sin riesgo los más profundos sentimientos religiosos de la sociedad burguesa que la amparaba, tampoco la Iglesia se atrevía a librar batalla de frente a la nueva filosofía científica, que abría grandes perspectivas al saber, indispensable a la creación material, a la extensión y acopio de las riquezas; al derecho de todos a pensar y hasta a gobernarse sin tutelas eclesiásticas y teológicas, que —pensaban— bien podían desaparecer, dejando intacto al Dios en el que deseaban todavía seguir creyendo.

"Señor, —dice Diderot al dirigirse con el pensamiento a Luis XVI— si deseáis tener sacerdotes no podréis admitir filósofos, y si admitís filósofos, no podréis tener sacerdotes; pues siendo los filósofos, por su condición, amigos de la razón y promotores de la ciencia, y los sacerdotes, enemigos de la razón y fomentadores de la ignorancia, si los primeros hacen el bien, los segundos hacen el mal" [1]. Pero en este planteo ideológico, Diderot no estaba cegado por el odio, ni se gobernaba por él. En carta a Voltaire, del 29 de setiembre de 1762, escribía: "Lo que me agrada en mis camaradas es verlos a casi todos, menos unidos por el odio y el desprecio hacia aquella a quien habéis llamado la infame, que por

1 *Discours d'un philosophe à un roi.* Obras, tomo IV.

el amor a la verdad, por el sentimiento del bien y por el gusto de lo verdadero, lo bueno y lo bello, especie de trinidad que vale más que la suya" [1].

Cuando D'Alembert, en los primeros párrafos del *Discurso*, anuncia que la *Enciclopedia* procurará establecer "la genealogía y la filiación de nuestros conocimientos, las causas que han debido hacerlos surgir y los caracteres que los distinguen; en pocas palabras", remontarse "al origen y la generación de nuestras ideas" el rompimiento sin estrépito con la tradición bíblica se ha operado ya en el pensamiento de los enciclopedistas. Toda la materia contenida en los 28 ó 36 tomos, según se trate de una edición en folio o en cuarto, no hará más que confirmarlo. Nunca esta idea fué traicionada; sí, encubierta, encogida, retaceada y hasta reducida a polvo tenue. Mucho más al comienzo que al final. Decir que "debemos todas nuestras ideas a nuestras sensaciones" ¿no era ya anticiparlo? Pero el mismo *Discurso* que contenía esta aseveración, dice: "Nada es más necesario que una religión revelada... Destinada a servir de suplemento al conocimiento natural, nos muestra una parte de lo que permanecía oculto; pero se limita a lo que nos es absolutamente necesario conocer; el resto nos está vedado, y aparentemente lo estará siempre. Algunas verdades que creer, un corto número de preceptos que practicar; hé ahí a qué se reduce la religión revelada; con todo, gracias a las luces que ha dado al mundo, el pueblo mismo está más firme y más decidido a propósito de gran número de cuestiones importantes, que las sectas de los filósofos". Es D'Alembert el que habla.

En los últimos volúmenes de la *Enciclopedia*, las conclusiones científicas serán mayores y más netas.

1 *Obras*, tomo XIX.

Diderot comprende, como el que más, que la *Enciclopedia*, obra secular, debe penetrar socialmente en el siglo. No se trata para él, de llevar solamente su pensamiento a los grupos intelectuales, sociales y políticos a los que va materialmente dirigida: "Es preciso —dice— que la filosofía se vuelva popular, sin tardanza. Si queremos que los filósofos marchen siempre adelante, acerquemos al pueblo al punto en que se hallan los filósofos. ¿Dirán que hay obras que nunca estarán al alcance del vulgo? Si lo dicen, demostrarán únicamente de ese modo, que ignoran lo que son capaces de realizar un buen método y una larga costumbre" [1].

Asombra, en verdad, si se comparan situaciones, la audacia de pensamiento del siglo XVIII con relación al XX, que vivimos. Si la Biblia tuviera hoy la misma fuerza política de entonces, posiblemente Buffon —de vivir— no se hubiera atrevido hoy a ignorarla. La impávida mudez de este siglo lleno de papel impreso y de altoparlantes, entristece y alarma. Hoy, que la industria, factor dominante en la producción, la economía y la política, necesita del auxilio constante de la investigación científica, y del factor de atracción colectiva de la técnica, que le es subsidiaria, es relativamente fácil ser hombre de ciencia y hasta versado en fisión nuclear; pero entonces, el solo hecho de adoptar una actitud científica sobre problemas reservados al dominio teológico, constituía una herejía tremenda. La física cartesiana había sido querellada en nombre del dogma de la Eucaristía.

"La perfección última de una enciclopedia —dice Diderot en su parte del *Discurso preliminar*— es obra de los siglos. Han sido menester siglos para comenzar; serán me-

1 *Obras*, tomo II.

nester otros tantos para concluír; pero estaremos satisfechos de haber contribuído a echar los fundamentos de una obra útil".

El carácter de obra útil se identifica en este caso con el de obra social, pues la *Enciclopedia* no fué una obra intelectual; pese a que sus colaboradores sólo disponían de armas intelectuales. El tono de obra social lo impuso Diderot, y es lo que la ha librado del inevitable daño de los siglos.

Obra social quiere decir obra destinada a servir a una sociedad. ¿A qué sociedad se dirigían Diderot y D'Alembert y todos sus colaboradores? A la sociedad aristocrática y burguesa de entonces; la única que podía adquirir los gruesos y costosos volúmenes; la única que estaba o podía estar al tanto de la mayoría de los problemas filosóficos, literarios, históricos, religiosos, científicos, artísticos que trataba la *Enciclopedia*. Todavía, la inmensa masa del pueblo permanecía en la trastienda del saber. La revolución estaba aún lejos.

¿Fué, por lo tanto, de menor valor social porque no llegó a todos, ni se planteó el problema de todos?

Para juzgar un valor social, como para juzgar todo valor, hay siempre que ubicarse en el tiempo y en el medio en que se produce el hecho. El medio capaz de interesarse por ese entonces en una obra como la *Enciclopedia*, no era la masa del pueblo, analfabeta, alimentada por la tradición oral de fábulas, creencias, dichos, leyendas, espectáculos picarescos o edificantes, versículos, sermones, consejas. Aun puesta al alcance de los bolsillos de esa masa, la *Enciclopedia* no hubiera producido los efectos que produjo en la sociedad letrada y semi-letrada de entonces. La parte de los oficios, la más notable como novedad para la aristocracia y la gran burguesía, le era conocida al pueblo; las disquisiciones y

tiradas filosóficas, históricas, científicas, etc., estaban muy por encima de su nivel de cultura; y hubiera ocurrido lo de siempre: cuando un alimento intelectual está muy por encima de un medio, éste no lo apetece; y hasta lo rechaza.

Se ha presentado a la *Enciclopedia* como el caballo de Troya de la Revolución, o como su partera. Ni uno ni otro han sido su papel. Fué, sí, la puesta al día más autorizada, completa y coherente del saber humano a mediados del siglo XVIII. Tuvo su pensamiento: asegurar el legado y los beneficios de la ilustración, trasmtirlo y difundirlo; afirmar el valor social de la cultura y clarificar su papel político. Dar y asegurar la prioridad absoluta a la ciencia sobre la religión en la interpretación de la vida del hombre, del cosmos, de la naturaleza y de la sociedad. Con todo, no llegó a formar un cuerpo de doctrina, pues no fué obra de una secta, ni de una escuela, sino de hombres de un siglo en que, lentamente, se estaban dando las premisas para lo que con todo rigor de verdad podemos llamar nuestro tiempo. Al final de la centuria, la revolución francesa revelaría el contenido, el valor y la amplitud de esas premisas y de las fuerzas nuevas que se habían ido gestando.

La *Enciclopedia* se concibe y se realiza, no bajo el signo de la erudición y la paz de las bibliotecas, sino bajo el signo del examen y en conexión con los conflictos de la época. No es, de ninguna manera, neutral: está embanderada. Se la ataca por lo que dice y hasta se procura dispersar a sus suscriptores, atribuyéndole promesas no formuladas. Lo testimonia Diderot en las advertencias con que encabeza algunos tomos. En el tomo XI dice: "Muchos periodistas han repetido que nuestra edición contendría 99 volúmenes: nosotros hemos contraído con nuestros suscriptores el compromiso solemne y sagrado de darles gratis todos los tomos que

excedan del número de 36. Se nos acusa de haber hecho supresiones. Nos debemos a la confianza de nuestros suscriptores probarles, o que las pretendidas supresiones son supuestas, o que eran necesarias". Y en el tomo XIX, volviendo sobre el mismo punto del XI, declara que es necesario imponer "silencio a la malignidad y a la envidia".

La *Enciclopedia* fué —se ha dicho— un balance de los conocimientos humanos, y según Goethe, "la última aparición de una serie de compilaciones que no ofrece en relación a las precedentes más que el mérito de reunir en un cuerpo único todos las resultados anteriores" [1]. Pero tal balance o compilación, no leído hoy, envejecido y caduco en muchas partes, y hasta superado, sobre todo en su parte científica, contiene un valor educativo vigente todavía, y de trascendencia inmensa para su época: que el hombre se debe a su tiempo y a su medio, y que es, por lo tanto, en íntimo vínculo con ambos como debe formarse. Toda su crítica a la Biblia, hasta llegar a ser en su momento la Antibiblia, está imbuída de un profundo sentido laico. Laico no en su acepción restricta de no religioso, sino de perteneciente desde la raíz y comienzo, al mundo. La *Enciclopedia*, a pesar de sus circunloquios, va a la eliminación de todo dogma, al rompimiento con todo vínculo teológico, pero sin dejar al hombre en el aire, sino ubicándolo, o mejor dicho, colocándolo de nuevo conceptualmente en su medio natural y social, frente a los conflictos y actuando según ellos. Enfoca la sociedad no como un cuadro inamovible de jerarquías, sino como un proceso cambiante. Las ideas nacen con el tiempo; no existen las ideas innatas. Los hombres no son el dón de un legado divino, sino fruto de un proceso temporal y natural.

1 R.Hubert, *ibid.*, p. 6.

"Sólo la libertad de actuar y de pensar —dice Diderot en el *Discurso preliminar*— es capaz de producir grandes cosas, y la libertad sólo necesita luces para preservarse de los excesos."

Doscientos años han transcurrido desde que se anunció la inmediata aparición de la *Enciclopedia;* doscientos años de conflictos profundos, guerras y revoluciones; de grandes adelantos científicos y técnicos; de extensión e intensificación del saber. El hombre sabe mucho más y puede mucho más, no obstante la pavorosa masa de iletrados y de sometidos. Pero cuando se contempla la breve y larga distancia que nos separa de entonces, y se oye aquí y allí, gemir de temor; y se oye predicar a las filosofías de la angustia que la vida no vale la pena de ser vivida, que los hombres se degradan sin remedio, que las sociedades son su sepulcro, y que sólo queda, como única realidad, el individuo sumergido en su sombra, cabe volver los ojos hacia quienes, hace doscientos años, continuando a muchos y precediendo a otros, creyeron en el hombre. La creencia en el hombre y en la sociedad de los hombres es el más alto valor educativo y social de la *Enciclopedia.* La creencia en el hombre y en la sociedad de los hombres es la más grande y la única razón de ser de la vida.

ÍNDICE